

A close-up photograph of a field of purple daisy-like flowers with bright yellow centers. The flowers are in various stages of bloom, and the background is a soft-focus green field of more flowers.

RECICLANDO

EL

AMOR

KRISTA.E.MOLLET

RECICLANDO EL AMOR

Krista.E.Mollet

—¿Entonces no vendrás esta noche a dormir?

—No, tengo trabajo, lo siento. Sé que era un día muy especial para ti pero te lo compensaré, te lo prometo.

Sabía que algo ocurría.

Helen sospechaba que algo sucedía desde hacía varios meses pero al principio se había negado a ver la realidad, siempre había aceptado las excusas de Peter cuando no acudía a las citas, cuando surgían improvisados viajes de negocios sin fundamento o sobre todo cuando llegaba una noche con el olor a colonia de mujer o a jabón de haber tomado una ducha antes de llegar a casa.

Sí, al principio se había negado a ver la realidad pero hacia un par de meses, cuando lo había pillado hablando con alguien por teléfono y al verla había colgado rápidamente había empezado a aceptar la situación.

Peter la engañaba.

—Sí, vale —dijo sin emoción—. Tengo que dejarte o llegaré tarde al trabajo.

—Vale, nos vemos mañana.

—Sí.

—Te quiero.

—Sí, yo también.

Ella cortó primero la comunicación y guardó el teléfono en el bolso antes de caminar hacia el aparcamiento.

Sabía que lo normal era cortar esa relación pero con veintiocho años ya no se atrevía a enfrentarse a una vida sola. No creía que fuera a encontrar a alguien y mucho menos tenía ganas de ir en busca de alguien.

Le gustaba su vida tranquila. Trabajar en el hospital, volver a casa a descansar y refugiarse con alguien que la quisiera, alguien con quien compartir el resto de su vida.

Pero no estaba segura que si seguía aferrándose a Peter esa relación le daría exactamente lo que buscaba.

¿Durante cuanto tiempo podría durar una relación así? ¿Ella aguantaría todo aquello sólo para no estar sola? ¿Ese era el valor que se daba a sí misma?

—Ya ni me reconozco.

Nunca había sido así.

Al menos hubo un tiempo en el que no lo fue. Helen suspiró y agarró el volante con las dos manos, con fuerza antes de arrancar y conducir hacia el hospital.

Su trabajo era su gran evasión. Allí era donde había conocido a sus amigos que con la pérdida de sus padres a los veinte y sin hermanos, se habían convertido en sí familia.

Peter también había creído que lo era pero ya ni siquiera sabía lo que pensar.

—Te toca la consulta ocho —le dijo Johanna, sin apartar la vista de varios expedientes que tenía en la mano.

—¿Mucho trabajo?

—Moly e Inés parece que se han puesto de acuerdo para ponerse malas.

Helen hizo una mueca de disgusto. Eso sólo significaba que tendrían que repartirse los pacientes de sus compañeras.

—Hoy no salimos a la hora.

—Nunca salimos a la hora —rió Johanna.

Helen contuvo las ganas de sacarle la lengua.

—Ya me entiendes.

—Lo hago. Oh —dijo como si se acordara—, ¿hoy no celebrabais tú y Peter algo?

Helen ni siquiera sintió pena.

—No, se ha anulado así que no importa las horas que tenga que meter.

—Vaya —Johanna se puso muy seria de pronto y levantó la mirada de las hojas—. ¿Hay algún problema?

—No.

Por un segundo Helen pensó dejarlo así. Si lo pensaba detenidamente llevaba tiempo escuchando si había algún problema en su relación y siempre decía que no, restándole importancia al asunto, siempre fingiendo que todo marchaba bien pero esta vez se dio la vuelta, ladeó la cabeza y miró a su amiga.

—No—repitió—, solo lo de siempre. Peter me engaña y prefiere pasar tiempo con alguien más que conmigo. Lo típico.

Se dio la vuelta y caminó hacia donde se encontraba su consulta.

—Eh, Helen ¡Helen! —escuchó que la llamaba Johanna y seguramente la imaginaba siguiéndola para que le contara los detalles si no fuera porque alguien la interceptó y consiguió llegar a la consulta mirando preocupada la cantidad de pacientes que ya había esperando.

—Por favor —dijo echando un vistazo al horario de visitas con los nombres que habían imprimido y dejado sobre la mesa—, ¿Carla Guillen?

Durante horas estuvo pasando visitas, escuchando problemas, aconsejando, revisando, recetando y cuando pensó que ya podría bajar a comer alguien llamó a su puerta y Helen revisó la hoja, comprobando que ya había pasado todas las visitas y que tenía una hora libre para comer.

—Adelante —dijo de todas formas esperando a que la puerta se abrieran y casi dejó de respirar cuando vio al hombre que entró con una sonrisa.

—¿Es la doctora Bonnie?

—Sí... —dijo Helen cuando consiguió salir de la sorpresa.

El hombre, Kevin Emeth, el primer chico con quien había mantenido una relación de cinco años y su primer amor, entraba ágilmente en su consulta con la sonrisa irresistible que recordaba.

Se había dejado el pelo un poco más largo pero sus pequeñas ondas rubias no alcanzaban sus hombros y sus ojos de color azul neón tenían la profundidad de alguien que ya ha vivido lo suficiente como para saber que no todo es maravilloso en la vida.

Sí, era obvio que los dos lo habían averiguado.

Y también era obvio que él no la recordaba.

Pero Helen nunca se había olvidado de él. Su relación había terminado porque ella era todavía muy joven y se creía que podía comerse el mundo, que si algo no le gustaba él estaba obligado a adaptarse a ella y no al revés.

Habían roto.

Y ese había sido el mayor error de su vida.

—¿Puedo ayudarle en algo? —dijo con cautela, recordando que él no la conocía.

—Sí, me han dicho en el mostrador que hablara contigo.

—¿Conmigo?

Helen parpadeó.

Bueno, no era la primera vez que le enviaban a un paciente sin cita previa.

—Sí...

—¿Y en qué puedo ayudarte? ¿Qué te pasa?

—Bueno llevo varias noches sin dormir.

—Oh, entiendo Helen asintió con la cabeza. Eso explicaban las ojeras alrededor de los ojos—. ¿Hay algo que le esté molestando, algún problema, algo que le preocupe?

—Siempre hay preocupaciones —respondió él lentamente sin dejar de mirarla—, pero desde hace un par de días hay uno que me preocupa especialmente... hasta el punto de quitarme el sueño.

—Posiblemente sea eso lo que no le deja dormir. Puedo recetarle una medicación pero le recomendaría que solucionase ese problema o que acudiese a un especialista si ve que no es fácil o es un problema de carácter más emocional.

—Sí —aceptó él con una sonrisa que la hizo que contuviera la respiración por un momento. ¡Como se acordaba de esa sonrisa! Había sido tan tonta para perderle... Era evidente que ya tendría pareja... Miró hacia su mano. No había anillo pero eso no significaba nada. Ella lo sabía bien ya que ella tampoco tenía uno—. Me dijeron que enfrentara ese problema para solucionarlo.

—Oh, eso está bien... ¿Entonces...?

¿Por qué iba a verla a ella? Si necesitaba un especialista...

—Tengo entendido que estás saliendo con alguien ahora, Helen.

La sonrisa se le borró de golpe y Helen lo miró con cierta ansiedad, desviando la cabeza.

—Kevin...

—Entenderé que me recuerdas.

Helen apretó los dientes.

—Soy médico si no quieres nada de lo que pueda tratarte profesionalmente te agradecerías que te fueras. Como has dicho estoy saliendo con alguien.

Hubo un largo silencio.

—Lo siento si te he importunado —dijo al fin, levantándose. Helen lo miró con urgencia, de pronto arrepentida de lo que había dicho y deseando haberse mordido la lengua. Aún así no fue capaz de encontrar nada para decirle e impedir que se marchara—. No volveré a molestarte.

Helen vio como salía de la consulta notando como se le encogía el pecho, aún buscando algo, cualquier cosa para detenerlo y son dejar de llamarse estúpida.

¿Por qué no le había preguntado a qué había ido a buscarla?

Abrió mucho los ojos y echando la silla bruscamente hacia atrás se levantó y echó a correr hacia la entrada ignorando las miradas que le lanzaban sus compañeros y pacientes pero le dio igual.

Cuando salió al aire frío buscó desesperada a Kevin y al no verlo se puso histérica, acordándose del aparcamiento de detrás del edificio hospitalario y

corrió hacia allí descubriendo a Kevin yendo hacia uno de los coches.

—¡Kevin! —gritó.

Kevin se detuvo y se giró mirándola sorprendido.

—¿Helen?

—¿Por qué has venido?

—¿Qué?

—A verme —explicó—. ¿Por qué has venido a verme?

¿Por qué la había buscado?

Necesitaba saberlo. No podía evitar sentir esa esperanza surgiendo de lo más profundo de su pecho y realmente no quería dejarla ir, quería aferrarse a ella y esperar que Kevin aún estuviera dispuesto a volver a quererla.

—Te quiero —soltó él haciendo que todos los pensamientos de Helen se evaporaran y miró a Kevin alucinada.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Ah...

Helen intentó buscar algo más que decir pero era la primera vez que simplemente se quedaba sin algo que decir, con la mente en blanco.

—Pero comprendo que si tienes pareja...

—¡No la tengo!

—¿Qué?

Helen miró hacia otro lado.

Sí, existía Peter pero era más que evidente que su relación nunca llegaría a lo que ella quería y si Kevin le daba una oportunidad... Puede que con Kevin no llegara a funcionar y volviera al punto de partida, sola, pero estaba dispuesta a correr ese riesgo.

Levantó la cabeza y miró muy seria a Kevin.

No cometería el mismo error dos veces.

Esta vez no lo perdería por su culpa.

—Han sucedido muchas cosas —intentó explicarse, pero al final puso los

ojos en blanco y sonrió. Tendría tiempo para hablar sobre ello, no ahora. En ese momento había cosas más importantes que decir—. Nunca he dejado de quererte —confesó—. Si retrocediera en el tiempo yo...

Kevin la calló poniendo un dedo en sus labios.

—No hace falta que continúes —se inclinó hacia ella y la besó con suavidad—. Con eso me sirve. No hace falta que me digas nada más.

—Habría tiempo para hablar —Y esperaba que mucho tiempo. Y no sólo para hablar—. Oh, es mi tiempo de comer, ¿Te apetece si vamos juntos? Si tienes tiempo...

Sí lo pensaba ni si quiera sabía se qué trabajaba

—Claro que puedo. Aún me quedan ocho días de vacaciones. Después de vuelta a la oficina.

Hizo una mesa demasiado dramática y Helen sonrió.

—¿De qué trabajas?

—Soy arquitecto.

—Oh.

Era cierto. Era lo que había estudiado.

—¿Nos vamos?

—Claro.

Kevin pasó una mano por sus dedos y los entrelazaron. Helen sintió como flotaba mientras caminaban y hablaban, poniéndose al día de muchas cosas y antes de cruzar hacia un restaurante cerca del hospital, Helen vio a Peter con una mujer saliendo de un lujoso coche y riendo animados mientras él la besaba apasionadamente.

Ni siquiera giró la cabeza. No le molestaba. No eran sus aventuras lo que le molestaban, nunca lo habían hecho y eso sólo significaba una cosa.

Nunca lo había querido.

Sonrió ante algo que había dicho Kevin y siguió caminando hacia delante por la misma acera por donde pasaba de frente Peter y su amante.

Cuando llegaron casi a la misma altura, Peter pareció verla y borró la

sonrisa de la cara, de golpe, Impresionado al verla pero no dejó de caminar hasta alcanzarla.

—Ey... —musitó Peter deteniéndose.

Helen se limitó a hacer un simple cabeceo como saludo y siguió su camino apretando con más fuerza la mano de Kevin.

—¿Lo conoces? —se interesó él mirándola.

—Un poco —admitió con una sonrisa.

Y tiró de él hacia el restaurante.

Tal vez no sabía lo que le depararía el futuro pero con Kevin estaba dispuesta a enfrentarse a él y luchar por una vez por la persona que quería.

Después de todo, amar no sólo significaba sacrificarse, significaba ser feliz.

FIN

LIO DE CORAZONES

Krista.E.Mollet.

Capítulo 1

Beatriz agarró el vaso de cerveza y estuvo a punto de dejarlo caer, algo que hubiera sucedido si John no hubiera estado tan cerca y lo había agarrado antes de que se estrellara contra el suelo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—¿A ti qué te parece?

Cómo detestaba que siempre le dijeran lo mismo cuando comenzaba a ver doble y no distinguía entre el bien y el mal.

Pero, ¿qué importaba? ¿Por qué simplemente no la dejaban todos en paz?

—Deja de beber.

—En vez de decirme lo que tengo que dejar de hacer, ¿por qué no empiezas a pensar lo que tienes que hacer tú?

John la ignoró. Admitía, aunque Beatriz no estaba en esos momentos muy por la labor de admitir nada —y ya puestos ni de pensar—, que John tenía una paciencia envidiable, aunque ella nunca había considerado la alternativa de copiarle. Ni siquiera un poco. La paciencia y ella no se llevaban bien.

De hecho, había muchas cosas con las que ella no se llevaba bien.

Incluso el alcohol.

¿Por qué demonios siempre era ella la que terminaba borracha?

—Deja de beber. Te llevaré a casa.

—Oh —Beatriz de puso a reír—, así que el bueno de John, el correcto, el serio, al fin va a convertirse en un hombre, ¿eh? ¿Te me estás insinuando?

—Imposible —John suspiró y volvió a quitarle el vaso de la mano—. No me gusta el sexo con borrachos.

Beatriz se puso a reír y le dio un golpe en el brazo.

—Que bueno es eso.

—Además, te recuerdo que estoy a punto de casarme.

Beatriz intentó llamar al camarero, moviendo violentamente una mano, o era el suelo el que se movía violentamente. De eso no estaba tan segura.

—¡Mejor me lo pones! ¡Una vez casado adiós a la diversión!

—Estate quieta —John intentó sentarla en la silla—, ¿por qué no pruebas a casarte tú?

Beatriz lo miró con los ojos borrosos, intentando darle forma a la cara de su secretario y volvió a echarse a reír.

—¿Por qué nunca eres tan gracioso en la oficina?

—No estaba bromeando.

—Tienes que estarlo para sugerir eso.

Beatriz intentó ponerse en pie otra vez para alcanzar a otro de los camareros que pasaba a paso rápido por su lado, pero se tambaleó peligrosamente y casi cayó al suelo, algo que no volvió a suceder gracias a la nueva intervención de John que la sujetó con los dos brazos y la mantuvo firmemente pegada al suelo.

O todo lo firme que podía ser un suelo que no dejaba de moverse.

—¿Atacando a tu jefe ebrio? —se mofó ella, intentando moverse sin caerse al suelo.

—Te llevaré a casa —insistió él—. No, no, no.

John le quitó el vaso con una hazaña insuperable, impidiendo que sus dedos rozaran los restos de la cerveza sin permitir que ella diera de bruces contra el suelo.

—Sólo un sorbito.

—Nada de alcohol por hoy.

—¿Qué diferencia hay entre un trago más?

—¿El coma? —sugirió él.

Beatriz le hizo una mueca —o lo intentó—.

—Aguafiestas.

—Eso dímelo mañana.

John la ayudó a salir de bar y la condujo por las calles, sosteniendo todo su cuerpo y obligándola a caminar hasta donde había dejado el coche.

—Dame las llaves.

—No sé donde están —se rió ella, apoyando todo el peso de su cuerpo en el coche y notó como se curvaba hacia un lado.

—Beatriz, las llaves, ¿o prefieres dormir en la calle?

—Hmm.

Los ojos se le cerraron lentamente y no trató de seguir enfocando la figura borrosa de John.

—Eh, no puedes dormirte ahora. Dame al menos las llaves.

Beatriz sacudió algo frente a ella, tratando de alejar la molesta vocecilla chillona de su secretario. Comenzaba a dolerle la cabeza y los problemas volvían a retornar de una manera descorazonadora. No, no quería pensar en eso. Por eso había ido a beber con John. Aunque más bien lo había arrastrado con ella, amenazándolo con despedirle si no la acompañaba.

Lo curioso era que siempre usaba la misma táctica para conseguir lo que quería y John siempre terminaba suspirando, haciendo una mueca y aceptando.

Ya en algún momento había pensado que John no temía tanto que fuera a cumplir su amenaza de despedirlo, sino que la acompañaba por no dejarla emborracharse sola.

—Quiero dormir.

—Sí, luego, cuando llegemos a casa.

—No, ahora.

John suspiró.

—Las llaves, Beatriz, no hagas esto más complicado.

—¿Complicado? —Beatriz sonrió sin abrir casi los ojos—. Si las quieres,

búscalas.

Abrió los brazos y le hizo una tentadora oferta de que comenzara a buscar las llaves entre su cuerpo.

—Tienes que estar bromeando.

—Alguno de los dos tiene que ser divertido, sino nos aburriríamos mucho.

—Vale, lo que tú digas, pero ahora las llaves.

Beatriz sacudió la cabeza y estuvo a punto de caer del coche, pero John corrió a sujetarla y volver a enderezarla.

—No sé donde están.

—No me hagas esto.

Por un momento, Beatriz creyó que John se había dado por vencido y se había ido, dejándola allí tirada, pero de pronto notó como unas manos comenzaban a rebuscar entre su ropa, introduciendo los dedos entre los bolsillos y ella comenzó a reírse.

—¡Estás a punto de casarte y metiéndome mano!

Los dedos de John se apartaron bruscamente y Beatriz se puso a reír.

—Dame esas llaves de una vez.

—Te estás enfadando —rió ella.

John suspiró desesperado.

—¡Es la última vez que salgo a beber contigo! ¡Te lo advierto!

—Oooh —se mofó ella—. John se ha enfadado.

Beatriz escuchó otro suspiro y asintió con la cabeza, lentamente, tratando de alcanzar con un brazo que ni sentía el bolsillo del pantalón.

Siempre guardaba allí las llaves cuando no llevaba el bolso. El móvil en el bolsillo izquierdo, y las llaves en el derecho. ¿O era al revés? Daba igual...

Palmeó con parsimonia el bolsillo y metió al final la mano, comprobando varias veces que se encontraba vacío y sin preocuparse fue a buscar en el bolsillo izquierdo, pero ahí sí se encontraba el teléfono.

—No están —murmuró, levantando las manos para que John lo viera.

—No está, ¿el qué?

—El teléfono sí está.

—Vamos, Beatriz, un poco de ayuda. ¿Dónde has dejado las llaves?

Beatriz intentó golpear algo, moviendo las manos frente a ella, pero no llegó a alcanzar nada.

—¿No te lo estoy diciendo? ¡No está!

—¿Las llaves? ¿Hablas de las llaves del coche?

Beatriz asintió con la cabeza.

—No están.

—¿No están? ¡Mira bien!

John comenzó de nuevo a registrarle la ropa y Beatriz tardó unos segundos en conseguir apartarle de un empujón.

—¡He dicho que no están!

Le mostró el bolsillo vacío del pantalón.

—Las habrás metido en otro sitio.

Beatriz se llevó una mano a la boca. De pronto sentía ganas de vomitar.

—Estarán en el bar.

—Vale, voy a mirar, pero, ¿puedes quedarte un momento sola?

Beatriz volvió a asentir con la cabeza, sintiendo náuseas al hacerlo.

—Sí.

—¿Seguro que estarás bien si me voy?

Beatriz volvió a menear una mano frente a ella.

—Encuétralas rápido.

—Sí.

Las pisadas de John se alejaron corriendo y Beatriz se mantuvo todo lo inmóvil que podía, con los ojos cerrados, tratando de controlar las ganas de vomitar.

No tenía que haber llegado a ese extremo. Siempre había sabido que igual no conseguían convencer a los nuevos posibles clientes, incluso había hecho planes por si eso no llegaba a suceder, pero nunca había encajado bien la derrota y enterarse que habían sido rechazados le había afectado más de lo que

había llegado a creer que sucedería.

No sólo le había afectado, le había irritado, decepcionado y enfurecido.

Y como siempre, Beatriz sólo había pensado en olvidar lo ocurrido arrastrando al bueno de John con ella.

Comenzó a reírse.

Tal y como lo veía ahora, borracha, sin comprender muy bien la situación e imaginando lo que pensarían las personas que estaban pasando ahora mismo por la calle y la miraban, viendo a una mujer de treinta y cinco años, con el cabello largo y suelto completamente alborotado y completamente borracha, ladeándose hacia un lado de un coche de lujo del que había perdido las llaves...

Si, sólo de pensarlo de daban ganas de echarse a reír.

¡A la mierda con todo!

—Eh, tú.

En otras circunstancias, Beatriz ni siquiera hubiera intentado ver quien había hablado tan alto como para que su cerebro prácticamente dormido lo hubiera escuchado al punto de resultar molesto, pero no le gustaba el tono con el que lo habían dicho y aunque le resultó imposible ver fuera de una borrosa imagen al imbécil que tenía enfrente, imaginó no de muy buen humor, que se lo estaban diciendo a ella.

—¿Qué pasa? —soltó con la voz pastosa.

Si se creían que aún no podía romperle la cara a más de uno, iban a estar muy equivocados.

—Acuéstate conmigo.

Beatriz estuvo a punto de caerse finalmente del coche y trató de enfocar mejor al tipo que tenía delante, algo completamente imposible. Si al menos dejara de moverse...

Y, por lo visto, no era ella la más borracha de la zona.

Beatriz sintió deseos de echarse a reír, pero las ganas de vomitar se lo impidieron. ¿Dónde se había metido John?

—¡Eh!

—¡Deja de gritar, maldita sea!

—¿Quieres tener sexo o no?

—¡No! ¡Vete a la mierda antes de que te de una paliza, idiota!

¿Iba a tardar mucho John? Comenzaba a tener urgencia por apoyar la cabeza en algún lado.

—¿Es un no?

—Sí.

—¿Si o no?

—¡Que no! ¡Que sí!

—¿En qué quedamos?

Oh, ¡Qué pesado! Beatriz se llevó las manos a la frente. Si John no aparecía en cinco segundos no iba a seguir esperándolo.

—¡Eh!

—Joder, ¿qué?

—¿Sexo?

Beatriz puso los ojos en blanco y se apartó del coche, notando como unos fuertes brazos la sostenían. ¿John?

—¿Vamos? —escuchó que alguien muy lejano le decía.

Beatriz asintió con la cabeza. Necesitaba acostarse y dormir un rato.

—Hm, vamos —aceptó.

Capítulo 2

Beatriz abrió los ojos con esfuerzo. Se sentía mareada y notaba la cabeza como si le hubiera pasado una maquina por encima y la hubieran pisoteado varias veces por la noche.

Durante unos instantes se sintió desorientada, repasando la habitación donde se encontraba y poco a poco fue notando, reparando en los detalles que comenzaban a espabilarla completamente e hizo la tontería de incorporarse bruscamente, algo de lo que se arrepintió un segundo después cuando todo a su

alrededor comenzó a dar vueltas y el dolor de cabeza se intensificó, provocándole unas fuertes nauseas.

Vale, se había emborrachado.

De eso, al menos, sí se acordaba, pero realmente había demasiados espacios oscuros en su memoria de lo ocurrido cuando terminó abriendo la puerta del último bar acompañada de John.

John.

Beatriz ahogó un gemido de disgusto y miró recelosa a la persona que se movía a su lado, en el otro lado de una cama que no conocía.

Realmente no conocía la habitación en sí. Las cortinas blancas, las alfombras en el suelo, la mesita a pocos metros de la cama junto a un gran sofá, la puerta de lo que prometía ser un baño, incluso el teléfono de la mesita a un lado de la cama. Era como si se encontrase en la habitación de un...

Beatriz sintió un espasmo.

—Un hotel —murmuró horrorizada, notando como se le subía la rabia a la cabeza.

No podía creérselo.

John siempre había estado alardeando de rectitud, de lo mucho que quería a su novia —a una que por cierto conocía y era adorable, un detalle que no le hacía sentirse mucho mejor en ese momento—, aquella con la que iba a casarse... y ahora..., ¿se atrevía a acostarse con ella?

¡Y encima estando borracha!

Iba a matarlo.

—¡Eh!

Vaya que si iba a matarlo; iba a hacerle tragar todas sus estúpidas palabras sobre amor a tortazos. Después de esa mañana se le iban a quitar las ganas de volver a mirar a la cara a su novia y decirle que la quería.

Y sobre todo se le iban a quitar las ganas de mirarle a la cara a ella.

—¡Eh!

Esta vez comenzó a darle patadas, intentando tirarlo de la cama.

—¿Pero qué haces?

El hombre se apartó las sabanas y se incorporó, aún somnoliento y los dos se miraron nos segundos hasta que Beatriz parpadeó confusa.

—¿Quién eres tú?

Una cosa era esperar encontrarse a alguien conocido al lado, y más después de haber tenido sexo con él, incluso si ese alguien era John, aunque tuviera que vivir con la culpa toda la vida, pero estaba más que claro que había pasado con creces el tiempo de despertarse en la cama con un extraño, y lo peor de todo era que no había tenido una experiencia igual en su vida.

—¿Pero qué dices?

El hombre también miró a su alrededor, como si tampoco se orientase en ese momento.

Beatriz apretó la mandíbula furiosa y comenzó a darle patadas otra vez hasta terminar tirándolo de la cama.

—¿Estás loca?

El desconocido se puso de pie y Beatriz arrugó la nariz impresionada, tratando desesperada de recordar algo de lo sucedido entre ellos. Una parte de ella reconocía que era un desperdicio no recordar lo que se sentía al tener semejante pieza viril dentro de ella, pero otra parte de ella le seguía horrorizando la situación. ¿Tenía dieciocho años? Sólo de pensarlo le daba vergüenza enfrentarse a esa situación.

Despacio levantó la mirada hacia los ojos avellana del hombre, reparando en su barbilla donde ya aparecían los signos de un necesario afeitado, unos labios carnosos que imaginaba había estado besando y un cabello completamente despeinado de un tono parecido al de sus ojos.

—Te lo repetiré un vez más, ¿quién demonios eres?

Capitulo 3

Oliver bebió en silencio otro sorbo del café, deseando que Beatriz dejara

de hablar.

O mejor de gritar.

Desde que Oliver había conseguido calmarla en la habitación h había aceptado hablar —razonablemente— en algún otro lugar, la mujer no había dejado de gritar, ni de mirarle como si quisiera abalanzarse sobre él y matarle.

Lo cierto era que se había dejado llevar demasiado por las recomendaciones de sus amigos y él había estado tan enfadado y desesperado que cuando había visto a aquella mujer apoyada en el coche y llamando la atención de todos, simplemente no había pensado.

Y en eso se resumía todo.

Ahora se arrepentía de haberse dejado influenciar por el ambiente disparatado que habían creado sus amigos y también de haber bebido lo suficiente como para que la situación en sí se le subiera a la cabeza.

—Deja de darle tantas vueltas.

Jean había sido quien había pedido una segunda ronda pese a que tanto él como Greg tenían que trabajar al día siguiente.

—Estaba enamorado de ella.

Oliver reconocía que su actitud había sido muy lamentable desde el principio, siempre lloriqueando porque Carolina le había dejado, que no soportaba su actitud inmadura, que ella no iba a estar esperando eternamente a que él se decidiera a dar un paso más y formar una familia.

—Entonces haberte casado.

Oliver había fulminado con la mirada a Jean.

—¿Qué? ¿No estabas enamorado?

—Sí, pero casarse...

No se veía preparado para casarse y embarcarse en todas las responsabilidades que eso significaba.

—Entonces no te amargues. Al fin y al cabo, sólo necesitas un buen polvo, ¿no?

Hasta a él le había parecido absurda la conversación, pero todos habían

bebido más de la cuenta y las cosas simplemente salían de sus labios, ahí ya ninguno pensaba.

—¿Quieres que me vaya ahora de putas?

—No, hombre, aunque es una alternativa, pero tan sólo tienes que acercarte a la mujer que más cerca tengas y proponerle un buen momento, sin responsabilidades.

—Deja que lo entienda —Oliver se había reído, incrédulo—, ¿quieres que me acerque a una desconocida y le proponga que se acueste conmigo?

—Es la idea.

Oliver le había pedido que dejara de beber y se había levantado para irse con la mala de suerte de equivocarse de camino y dar en la calle donde se encontraba aquella mujer.

Sí, se habían acostado, pero ahora ella no parecía muy contenta con la experiencia.

¿Tan malo había sido?

Oliver no tenía muchos recuerdos de lo ocurrido, algunos momentos en los que estaba seguro que ella gemía como una loca bajo su cuerpo, pero no estaba seguro de nada y tratar ese tema con alguien a quien acabas de conocer y con quien se acababa de tener sexo... No iba a hacerlo, simplemente.

—¿Sabías que puedo denunciarte por violación?

Oliver dejó de soñar despierto y miró a la mujer, dejando la taza casi golpeando la mesa con ella.

—¿Violación?

Soltó un bufido, incrédulo. Aquello no podía ir de mal en peor.

—Sí, violación.

Beatriz cruzó las piernas y echó la espalda hacia atrás, sin dejar de mirarlo y sin probar su café.

Si todas las mujeres tenía ese despertar tan terrible, no habría hombre en el mundo que quisiera quedarse a su lado mientras dormían.

—¿Qué de lo sucedido anoche fue una violación?

Aquello era completamente absurdo.

—No fue sexo consentido.

Oliver bufó.

—Viniste por propia voluntad.

—¡Estaba borracha!

—Yo también lo estaba.

—¡No sabía lo que hacía!

—No me dio esa impresión.

—No fue sexo consentido.

—¿Eso antes o después de gritar como loca que querías más?

Los dos se fulminaron con la mirada y Oliver decidió ser el primero en apartar la mirada. Sólo tenía que aguantar un poco más y no tendría que volver a ver a esa mujer en la vida y en cuanto pillara a Jean le iba a dar un buen puñetazo para quitarse el estrés de encima.

—Yo —A Beatriz parecía costarle mucho hablar de pronto, más bien a Oliver le parecía que fuera a darle un ataque en cualquier momento—, jamás he hecho algo así.

Oliver sonrió burlón y se inclinó por encima de la mesa.

—Eso es porque no te acuerdas mucho, ¿eh?

..

Él tampoco tenía grandes recuerdos de lo ocurrido, pero ver la manera en la que aquella mujer tan soberbia —aunque guapa, al menos una vez se encontraba peinada y sin el rimel por toda la cara, ocultando unos ojos azules muy bonitos—, perdía todo el color de la cara merecía la pena disfrazar un poco la verdad.

—Hhe dicho que eso ni es posible.

—Te aseguro que sí. Hasta me pedías que lo hiciera más profundo y más fuerte.

—Deja de decir cosas tan desagradables.

La mujer hizo una mueca de asco y Oliver suspiró, volviendo a agarrar la taza de café y deseó que todo terminara y pudiera ir a por algo para la resaca.

—Ya está bien de esto —dijo de pronto—, somos dos personas adultas que han tenido sexo. Consentido, por cierto —No le pasó por alto el movimiento de labios de la mujer la decir aquello—, que han cometido un error. Ya está. No hay más que hablar y tengo que ir a trabajar, así que...

Oliver movió la silla hacia atrás y se levantó, consultando su reloj para asegurarse que al menos no llegaría tarde al trabajo.

—¿Crees que todo se soluciona así sin más?

—¿Dónde está el problema?

—¿Alguna vez piensas en las consecuencias?

Oliver deseó tirar algo al suelo y romperlo. ¿Por qué de todas las mujeres que había en la calle había tenido que fijarse en esa? Hubiera sido preferible que le hubieran dicho que no con su respectiva bofetada antes de soportar aquello.

—¿Qué consecuencias? —La mujer enarcó una ceja y Oliver intentó pensar rápido, dando con la posibilidad del problema—, Claro, un embarazo, ¿es eso?

—¿Qué?

Por la mirada de espanto que ella le lanzó, Oliver imaginó que después de todo, Beatriz no estaba pensando en eso

—Bueno, podría ser... ¿tomas la píldora?

—No.

Ahora parecía aún más irritada.

—Vale.

Ese era error suyo por no haber pensado en los preservativos mientras estaba ebrio.

—¿Vale?

Oliver buscó en el bolsillo de su camisa una de las tarjetas que siempre llevaba con él y la dejó sobre la mesa, moviéndola hacia ella,

—Es mi número de teléfono. Si ocurre algo, no dudes en llamarme, No evado mis responsabilidades ni doy la espalda a las consecuencias.

La mirada azul de Beatriz llameó colérica y Oliver aprovechó la ocasión que se acercó una de las camareras a escabullirse con una rápida despedida y alejarse de allí.

De esa mujer.

Capítulo 4

Era asombroso.

Y no precisamente consideraba la palabra como un buen término en ese momento.

Beatriz se sentía tan furiosa y humillada que consideraba un milagro no haber tenido un accidente por la calle, aunque finalmente había optado por coger un taxi y ser más prudente de camino a la oficina.

—¿Qué pasó anoche?

Beatriz le lanzó una furibunda mirada a John deteniéndose frente a él.

—¿Pasar?

Tampoco ayudaba a encajar mejor el día el espantoso dolor de cabeza que no había dejado de atormentarle la cabeza desde que se había levantado.

—Te largaste.

—¡Me largué!

Tan absurdo...

—Sí, te dejé en el coche mientras iba a buscar las llaves, ¿recuerdas?

Sí, tenía un ligero recuerdo sobre eso, al igual que de la manera con la que se había marchado con Oliver.

—Tráeme una aspirina.

Beatriz pasó de largo y fue directamente a su despacho.

Había abierto aquella pequeña empresa sobre publicidad y marketing hacía cinco años y había arrastrado a John con ella de la ya consolidada empresa de su familia desde que su tío había echo unos movimientos poco ortodoxos, apropiándose de manera ilícita de la parte de su padre fallecido que debía haber pasado para su hermana y para ella.

Se había negado a seguir trabajando allí y había creado su propio negocio pero siempre a la sombra de su tío, algo por lo que había ido de nuevo a beber la noche anterior. Les habían vuelto a quitar a unos buenos clientes y poco a poco, Beatriz veía como la empresa hacía aguas y amenazaba con hundirse.

—Si hubiera conseguido ese trabajo...

—Estás siendo pesimista por la resaca.

Beatriz levantó la mirada hacia John que entraba con un vaso de plástico y una caja de aspirinas que dejó sobre su mesa.

—¿Por qué me dejaste ayer tirada?

Por supuesto, ahí estaba ella siendo otra vez irracional.

—No te dejé tirada. No había manera de moverte. Además, ¿quién te manda que te emborraches cada vez que algo te sale mal? Es una actitud muy infantil.

Beatriz hizo una mueca.

—No me emborracho cada vez que me sale algo mal —protestó, llevándose las manos a la cabeza.

Si eso fuera verdad, Beatriz suponía que debía haber ido directamente a un bar y no a la oficina.

John se dio la vuelta para marcharse en cuanto vio que ella cogía la caja de aspirinas pero se detuvo a mitad de camino, girándose y volvió a caminar hasta la mesa. Beatriz lo miró con curiosidad.

—¿Qué?

—¿Llegaste a casa anoche?

Beatriz desvió la mirada. No pensaba entrar en ese tema, era demasiado vergonzoso admitir que se había acostado con un desconocido porque había estafo tan borracha como para no darse cuenta ¡Maldita sea! ¡No iba a volver a beber en su vida!

—Algo así —mintió con una sonrisa.

John la miró con ojo crítico y Beatriz se revolvió incomoda.

—Te estuve llamando.

—Me quedé dormida.

Eso era cierto, sólo que no en su cama.

—También al móvil.

—Dormida, John.

Su tono comenzaba a estar irritado.

—Es imposible que llegaras a casa en tu estafo. Hubieras necesitado un taxi o...

—¡Ya vale! Estoy viva, ¿no? —Y dado lo ocurrido podía agradecer que Oliver fuera alguien normal, también medio borracho que quisiera pasar un buen momento y no un psicópata en busca de nuevas chicas para llevárselas quien sabe a donde a prostituir las—. ¿Dónde está mi coche?

—En el aparcamiento, abajo.

—¿Lo has traído?

Su humor mejoró bastante. Odiaba tener que ir en taxi o depender de John, prefería que los demás dependieran de ella.

—¿Sí? Genial. Bueno, ahora vamos a trabajar un poco que hay mucho que hacer.

Beatriz sacó el móvil del bolsillo y con él la tarjeta que le había dado aquel hombre, recordando el por qué se la había dado y la arrugó en el puño. ¿Embarazada? Más le valía que no fuera así o le iba a machacar.

Respiró con fuerza, recordando que debía preocuparse por su cabeza y la alisó, leyendo el nombre de Oliver y la empresa de moda a la que trabajaba.

Paltem company.

Releyó el nombre un par de veces y después levantó ña mirada hacia la espalda de John que ya salía por la puerta.

—John.

—¿Sí?

John se giró para mirarla, sin acercarse.

—¿Cómo se llamaba la empresa que nos ha rechazado?

La miró extrañado.

—Paltem... sí, creo que era esa. ¿Por qué?

—Asegúrate —Beatriz sonrió ampliamente, de pronto muy feliz—. Tal vez no esté todo perdido después de todo.

John la miró sin comprender.

—Como quieras, pero te aviso que ya nos han rechazado.

—No importa.

—¿Te busco también el teléfono?

—No, no —Beatriz alisó aún más la tarjeta con los dedos, sin borrar la sonrisa—. Tengo el número aquí.

—De acuerdo.

John hizo un movimiento para salir del despacho.

—Espera.

John se detuvo.

—¿Algo más?

—Eh... —Beatriz se rascó la cabeza con disimulo, avergonzada por lo que iba a preguntar—, ¿cuándo se sabe si una está embarazada?

La expresión de John lo decía todo.

—¿De qué estás hablando?

Beatriz sonrió sin darle importancia al asunto y lo despidió con un movimiento de manos.

—Nada, olvídalo.

Capítulo 5

Oliver caminó hacia la zona de descanso. Las modelos este año estaban dando más trabajo que el habitual, parecía que cada año que pasaba ellas se volvían más caprichosas o él más viejo.

Tampoco ayudaba el encuentro con Beatriz, o el simple hecho de haberla conocido.

Ahora que se encontraba más refrescado, comenzaba a comprender las palabras entre líneas de Jean, algo que con la mente espesa por culpa del

alcohol no había notado la noche anterior.

Su amigo no le había dicho que se acostara con cualquier chica de la calle, le había insinuado que dado el trabajo que tenía, podía acceder a cualquiera de esas chicas. Él mismo reconocía que cualquiera de esas mujeres —al menos muchas de ellas—, estaba dispuesta a meterse en la cama de uno con tal de conseguir un trabajo en la empresa, un anuncio al menos.

—¿En qué estaba pensando?

Le habían dejado y ya se comportaba como un idiota y encima estaba la posibilidad de que hubiera dejado embarazada a Beatriz.

La idea le espantaba, aunque no era el único, ya que la mujer parecía haber entrado en trance. Dudaba que hubiera aceptado la tarjeta de otra manera, la imaginaba más rompiéndola a trocitos delante de él y lanzándole los pedazos a la cara.

Oliver se frotó la cara con fuerza y saludó a unos compañeros que salían de la sala y agradeció encontrarla vacía.

Necesitaba descansar.

O dormir.

Cualquiera de las dos cosas servía igual, pero ni siquiera tenía tiempo para dedicarle a la resaca. Tenía una agenda bastante apretada y moverla significaban problemas y en bastantes se había metido ya.

—Un par de minutos —se aseguró, dejándose caer en el sofá mientras se aflojaba el nudo de la corbata.

Cerró los ojos y casi dio un bote cuando escuchó el sonido del teléfono.

Primero se aseguró de que realmente no se había quedado dormido, sino que había pasado un minuto desde que había cerrado los ojos y soltó un suspiro de alivio, agradeciendo una vez más que la sala estuviera vacía y cogió el móvil del bolsillo, comprobando que no conocía el número de la llamada. Descolgó volviendo a cerrar los ojos.

—¿Sí?

—Soy Beatriz.

Oliver abrió una vez más los ojos y notó como se le aceleraba el corazón, mirando ausente la pared de enfrente.

—¿Qué?

En realidad había deseado que no le llamara nunca.

—Tenemos que hablar.

Oliver apoyó cansado la cabeza en la silla y contuvo un suspiro. ¿Cuánto tardaba una mujer en saber si estaba embarazada? Era imposible saberlo en unas horas, así que no creía que fuera a saltarle un noción en ese momento si de verdad quería sonar convincente.

—¿Sobre qué?

Pero que aquella mujer le llamara no podía ser para nada bueno.

—Hay algo que tengo que pedirte.

Oliver apartó la cabeza de la silla y dobló la espalda hacia delante, atento a la conversación.

—¿El qué?

—En realidad quiero hablar de negocios.

Eso sí que no se lo esperaba.

—¿Qué tipo de negocios?

—¿A qué te dedicas? —preguntó ella irritada, haciendo que Oliver sonriera al fin.

—Vale, de acuerdo, ¿qué quieres? ¿Ser modelo?

Realmente era guapa, aunque no buscaban chicas de su edad, pero tal vez en algún anuncio podían pedir alguna mujer de una edad un poco más de los veinte.

—¿Estás loco? —Beatriz bufo al otro lado de la línea—, ¿Crees que voy a hacer algo tan poco práctico como para pretender fingir que tengo quince años y encapricharme con el absurdo de ser modelo a mi edad?

Oliver se apartó el teléfono de la oreja y miró la pantalla que seguía marcando su número sin dejar de sonreír.

Aquella mujer tenía su carácter, pero había algo admirable en ella.

Algo, que por supuesto, no significaba que fuera a ser algo bueno para él.

—Vale, lo siento, ¿en qué puedo ayudarte?

—Es sobre el tema publicitario que solicitasteis a mi empresa?

—¿Cuál? No soy yo quien lleva ese área, pero puedo mirarlo si me das la referencia.

Oliver anotó todo lo que la mujer le dijo y reconoció el proyecto. Se encargaba su sección. Habían pedido presupuesto para la marca de una colonia. Iban a promocionar en papel y en un anuncio de televisión, pero según tenía entendido se había acordado ya la empresa.

—Creo que ya está todo aclarado, ¿no? Creo que se acordó empezar la semana que viene. ¿Tenéis algún problema en la empresa con la idea que se pedía? Podemos juntar y hablar sobre el proyecto.

—No —la mujer fue contundente con su negativa y Oliver esta vez sí suspiró. Iba a ser un problema si ahora ella no quería juntarse con él por lo ocurrido. Su imagen de ella volvía a deteriorarse si mezclaba asuntos personales con negocios.

—Si hay algún problema, creo que deberíamos hablarlo.

—No, no es eso a lo que me estaba refiriendo —hubo una pausa y Oliver esperó pacientemente—, el problema es que nosotros no somos la empresa que se seleccionó y quier que hagas algo al respecto.

Capitulo 6

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado?

Greg interceptó a Oliver antes de que llegara a las puertas de cristal y desapareciera, porque tal y como se había comportado durante la última mitad del día, Greg imaginaba que su amigo no iba a salir a refrescarse un poco antes de sugerir ir a tomar algo a algún lugar.

—Greg.

—Greg y una mierda —dijo, impidiéndole continuar—, ¿a qué ha venido eso de que la empresa era una mala decisión y era mejor optar por otra?

¿sabes lo que nos jugamos con el proyecto?

Oliver miró hacia otro lado, posiblemente buscando la manera de hacer que se apartara del camino y poder salir.

—Tengo que irme, hablamos en otro momento, ¿de acuerdo?

—Oliver.

Oliver soltó una maldición y se desabrochó la chaqueta, liberando la presión de la corbata.

—¿Viste alguna de las muestras de las compañías a las que se le pidió presupuesto?

—No.

Y realmente no sabía a qué venía esa pregunta. Muchas veces se seleccionaban la empresa encargada de uno u otro de los materiales, detalles o diseños sin que los miembros del equipo al frente llegara a elegirlo. No era la primera vez ni sería la última.

—He estado revisándolo y cuando he preguntado el por qué se escogió la empresa, me dijeron que desde el principio se sabía qué empresa sería, se pidió presupuesto como un protocolo innecesario.

Greg asintió lentamente.

—Ya.

—Creo que no lo entiendes.

—Creo que sí, pero...

—No es porque la idea sea mejor, sino porque nos pagan un precio para ser ellos quien se encarguen. Quieren tener la firma estampada al final del folleto publicitario.

—Me hacia a la idea. Pero Oliver, no es la primera vez, creo que has estado muy ciego si acabas de descubrirlo.

Oliver lo miró furioso y Greg intentó calmarlo. Al parecer su amigo ni siquiera había pensado en esa posibilidad.

—¿Has visto las ideas? No es la que yo hubiera elegido.

—Lo que no entiendo es qué te importa a ti de todo esto. Sólo haz tu

trabajo.

—No puedo.

—¿Por qué?

¿Qué le pasaba? Después de tantos años que lo conocía era la primera vez que lo veía tan nervioso y Greg comenzaba a creer que la ruptura con Carolina le había afectado a un punto que tal vez debía considerar la alternativa de un especialista.

—Ayer... —Oliver bufó y puso los ojos en blanco.

—¿Qué pasó ayer? No estabas tan borracho, ¿no?

Oliver hizo una mueca y volvió a poner los ojos en blanco.

—Lo suficiente, pero no es eso.

—¿Entonces?

—¿Recuerdas lo que dijo Jean?

—Jean dice muchas cosas.

—Sí, ya, bueno —Oliver se movió un poco, hacia las puertas y Greg lo siguió—, a lo que dijo que me buscara una mujer para tener sexo.

—¡Eso! Jean está loco, no le hagas caso. Lo de Carolina...

—Conocí a una mujer.

Greg dejó de hablar de golpe y estuvo a punto de golpearse la cara con una de las puertas.

—¿Ayer? ¿A qué te refieres con conocerla?

De alguna manera le resultaba demasiado sospechosa la manera con la que lo estaba diciendo.

—Sí, ayer. Conocí a una mujer.

Greg asintió despacio.

—Eso no es malo, supongo.

—No, claro.

A Oliver pareció divertirle la idea.

—¿Ibas a verla ahora?

—Sí, hemos quedado. En el parque.

Oliver comenzó a reírse y Greg lo miró como si se hubiera vuelto loco, aunque se alegraba de verlo así, llevaba días taciturno y serio desde lo ocurrido con Carolina.

—No te imaginaba de los que iban al parque.

—Ha sido cosa suya —A Oliver le seguía dando mucha gracia—. Lo consideraba más prudente.

—¿Prudente?

Greg lo miró extrañado y Oliver se encogió de hombros.

—Sí, eso me ha asegurado.

—Vaya, parece que te ha devuelto la sonrisa, me alegro. Tiene que ser una mujer increíble para que te hayas encaprichado con ella en tan poco tiempo.

Oliver lo miró fijamente y sonrió maliciosamente.

—¿Increíble? —Pareció pensarlo—. Yo diría mejor avasalladora.

Capítulo 7

Pese a todo lo ocurrido, Beatriz se sorprendió de ver acercarse a Oliver por el camino principal, buscándola con la mirada.

Por un momento, Beatriz se levantó sin pensar y fue a levantar la mano para hacerse ver, pero al final giró la cabeza hacia el otro lado y se mantuvo en pie, fingiendo que no lo había visto y que lo estaba esperando impaciente en vez de demostrar que había estado disfrutando de la calida tarde, descansando en el banco.

—Me he entretenido en el trabajo.

Beatriz se giró lentamente y lo miró con altivez.

Ahora que lo miraba más tranquila, tenía que admitir que era guapo, pero no tanto como para que alguien como ella hubiera perdido los papeles al punto de acostarse con él sin conocerlo.

Como fuera, no iba a pensar en eso en ese momento.

Era tiempo de hablar de negocios.

—Pensé que no vendrías.

—No lo iba a hacer.

Su sinceridad decía mucho de él. Al menos tenía algo bueno entre tantas cosas malas que pensaba de él.

—¿Entonces qué te ha hecho cambiar de opinión?

Oliver se encogió de hombros.

—Porque revisé las ideas que se presentaron y me informé un poco.

—¿Lo hiciste?

Beatriz lo miró curiosa. Ya por el teléfono no le había parecido una persona que se dejaba dominar fácilmente, y eso que ella había usado su buen repertorio ensayado de amenazas, pero Oliver se había limitado a escucharla y a echarse a reír.

—No tengo ningún problema —había asegurado él—. Si quieres puedes aparecer en mi empresa y hacer un escándalo.

—Diré que me violaste.

—Sí, hazlo —rió—. Las evidencias son aplastantes.

—¿Evidencias? ¡Sí, por supuesto! Era evidente que estaba borracha.

—¡Por supuesto! ¿Y cómo crees que estaba yo? Viniste por voluntad.

—Te confundí con otra persona.

—No tengo la culpa de parecerme a tu novio.

En ese momento Beatriz había echado de menos un novio que fuera a romperle la cara por aprovecharse de su novia, pero fríamente, Beatriz reconocía que si hubiera existido ese novio, posiblemente ahora tendría problemas.

Por muy borracha que hubiera estado, seguro que no hubiera llevado bien que se hubiera acostado con otro.

Al final Beatriz le había sugerido hablar tranquilamente en un lugar lejos de los oídos no muy cercano a donde trabajaban por si terminaban chillando, pero Oliver le había dicho que no iba a ir.

—Y si quieres, vienes y montas tu numerito.

Ella no había ido a su empresa y él finalmente había acudido a la cita.

—Sí, quería venir numerándote todos los errores de vuestra idea por el que no había sido seleccionada.

Oliver se calló, dejándose caer en el banco y tras unos segundos, Beatriz lo hizo a su lado.

—¿Y? —insistió curiosa.

—No había tales errores.

Oliver parecía contrariado por algo.

—Muy amable por tu parte —dijo ella lentamente, con aspereza, haciendo que Oliver girara la cabeza para mirarla.

—No prometo que vaya a conseguir que escojan tu propuesta, pero sí lo pondré sobre la mesa de nuevo y lo replantearé al equipo.

Oliver se levantó y Beatriz miró como se iba, extrañada.

Estaba segura que no era de los hombres que se dejaban intimidar, entonces, ¿por qué?

—¿Por qué? —gritó.

Oliver se giró para mirarla y tras unos segundos se encogió de hombros.

—Porque era el mejor.

Beatriz sonrió completamente, notando un hormigueo de emoción por todo el cuerpo. Enfrentarse a la competencia de su tío le había traído muchos dolores de cabeza pero como en ese momento, también le había dado alguna que otra satisfacción.

—Oliver —llamó—. Te invito a cenar.

Oliver enarcó una ceja, desconfiado.

—No pienso volver a emborracharme.

Beatriz lo miró indignada, aunque no consiguió desprenderse de esa sensación de satisfacción, notando un poco, mientras Oliver se acercaba a ella que realmente había sido una lastima no recordar completamente la noche que había pasado con aquel hombre.

—¡Yo tampoco! —aseguró, cruzándose de brazos.

No, ella tampoco pensaba volver a beber en la vida.

Capítulo 8

—¡Dijiste que no beberías!

Oliver pasó rápidamente el brazo por la cintura de la mujer, impidiendo que cayera al suelo.

Desde que se habían conocido, Oliver y aquella mujer habían quedado más de diez veces en poco más de un mes. Siempre utilizaban el pretexto de hablar sobre uno u otro tema de negocios, y la excusa no era mala, ya que Oliver había conseguido convencer al jefe de equipo que la idea era mejor la de la empresa de Beatriz y como no se había firmado aún el contrato, se había optado por presentar las diferentes ideas al cliente, quien evidentemente, escogió la de Beatriz, pero Oliver no quedaba con ella con la idea de los negocios.

La llamaba siempre que quería verla.

Y de alguna manera se había vuelto un hábito.

No necesitaban quedar fuera de las empresas o del horario laboral para hablar de trabajo y Oliver imaginaba que Beatriz lo sabía, pero ninguno de los dos buscaba alguna excusa para no quedar a la noche y generalmente hablaban poco de trabajo.

En ese tiempo, poco realmente, habían comenzado a conocerse y Oliver admitía que le gustaba estar con Beatriz, aunque los dos seguían un poco recelosos por lo que había ocurrido entre ellos cuando se conocieron.

O la manera en la que se habían conocido.

También ninguno de los dos había sobrepasado el límite de una única copa de vino mientras cenaban, posiblemente evitando que fuera a ocurrir lo mismo que aquella vez y eso hacía que Oliver se sintiera desanimado, era como si Beatriz hubiera creado una poderosa barrera entre ellos, como si dejase claro que entre ellos no habría nada más que una amistad y una relación de negocios.

—Vamos, Beatriz.

—¡He dicho que no!

—Tienes que ir a casa, ¿dónde vives?

Beatriz lo miró con los ojos vidriosos y sonrió, o hizo algo parecido a eso.

—Ah —le echó todo el aliento a alcohol y Oliver hizo una mueca de disgusto—, lo que quieres es saber donde vivo ¿eh?

—Sí, sí, lo que tú digas, pero dime la dirección.

En el fondo ella no estaba tan mal encaminada. Oliver estaba más que dispuesto a saber donde vivía y a meterse entre sus sabanas, aunque esta vez prefería que no estuviera bebida y mucho menos si él no lo estaba. Una cosa era haber echo el amor cuando los dos estaban borrachos y otra aprovecharse de ella mientras no sabía lo que estaba haciendo.

A eso Oliver sí lo llamaba violación.

—No te lo voy a decir —rió ella tambaleándose.

—Oye...

Oliver la sujetó y le quitó el móvil, dejándola sentada en un bordillo mientras revisaba los números de contacto y encontraba el de John, su secretario.

Era demasiado tarde para hacer una llamada, pero lo consideraba necesario. Dejaría a Beatriz en casa y se marcharía a la suya. No pensaba llevarla a un hotel ni nada.

—Y más te vale que me lo agradezcas después.

Y mucho menos pensaba dejarla sola. Si ya había ocurrido con él, no pensaba tentar a la suerte y dejar que pasara la noche en otro.

La idea le molestaba.

Después de dos intentos en los que Oliver pensó que tendría que pensar en otra cosa, escuchó la voz adormecida de John.

—¿Bea?

Nuna le había gustado a familiaridad que parecía haber entre esos dos.

—Soy Oliver.

—¿Qué haces tú con el teléfono de Beatriz?

Ahora sí que parecía mucho más despierto.

—Necesito que me digas la dirección de Beatriz. La de su casa.

—¿Para qué? —preguntó a la defensiva—. Si se ha dejado el móvil ya se lo darás mañana. Es muy tarde para ir ahora a su casa.

—No es por el móvil.

—¿Entonces por qué?

Oliver estuvo tentado de mandarle a la mierda pero decidió que Beatriz era mucho más importante y suspiró irritado.

—Beatriz está borracha.

—¿Dónde? —A John ni siquiera pareció sorprenderle ese hecho, pero Oliver notó lo rápido que parecía tratar de tomar el control de la situación—. Iré a buscarla.

Oliver miró como la cabeza de Beatriz golpeaba la pared y miró algún indicativo para decirle a John donde se encontraban pero no lo hizo. El cabello de Beatriz también se le cayó a un lado, dándole un aspecto desprotegido.

—¿Sabes por qué se ha emborrachado hoy?

—Lo hace cada vez que algo la molesta.

A él no le había hablado nada y Oliver sintió como le invadía cierto malestar.

—¿Qué le molesta?

—Quien sabe.

Evidentemente no iba a sacar nada de aquel hombre.

—Ya.

—¿Dónde estáis? Iré a buscarla.

—Tranquilo, no hace falta —Oliver no dejó de mirar el cuerpo encorvado de Beatriz y sonrió cuando la mujer comenzó a decir algo bruscamente y sin sentido—. Yo me encargo.

—¿Eh? ¿Qué? No...

Oliver le colgó el teléfono y cuando volvió a llamar, apagó el teléfono antes de guardarlo en su bolsillo y agarró a Beatriz que comenzó a protestar.

—Déjame dormir. No quiero ir a ningún lado.

—Ahora duermes —prometió dulcemente, abrazándola mientras la conducía a su coche y le ayudaba a montar—. Estarás mucho mejor en mi casa.

Capítulo 9

—No otra vez.

Beatriz se sentó en la cama y miró a su alrededor, intentando buscar algo familiar, a la fuerza, de algo de lo que veía en aquella habitación, pero para su frustración no había nada que conociera de algún amigo, de John, de su hermana o su propia casa, pero una vez más se encontraba en una habitación desconocida.

Y esta vez no parecía la habitación de un hotel.

La estancia tenía un toque más personal, las sabanas oscuras, el armario de puertas correderas de madera oscura, el perchero a un lado, el despertador a un lado de la cabecera...

—Maldita sea.

Beatriz apartó la sobrecama y miró con disgusto que estaba desnuda, volvió a maldecir y buscó su ropa perfectamente doblada encima de una silla, incluso las bragas y el sujetador se encontraban sobre los pantalones perfectamente colocados.

Beatriz sintió un nudo en el estómago cuando cogió la ropa y se vistió lentamente, sin ganas de abrir la puerta y enfrentarse a quien se encontrara al otro lado.

Recordaba mal la manera en la que se había emborrachado con Oliver y la forma en la que lo había tratado, sin dejar de beber. Ni siquiera había probado la comida, sólo quería emborracharse para enfrentar mejor la noticia.

O para ser capaz de dar el bombazo de aquella noticia.

Imaginaba lo que sucedía cuando fuera a decirle a alguien con quien sólo había dormido una vez que creía que estaba embarazada.

Aunque lo que peor se había tomado era que tendría que escucharlo de la persona de la que comenzaba a tener sentimientos. Beatriz sabía que iba a ser

como si la rechazaran sin haberse confesado y eso la ponía de un humor de perros.

Y ahora encima eso.

—¿Por qué se largó? Será imbécil.

Por culpa del alcohol la había tomado con él y recordaba haberle gritado en el bar, frente a todos que se largara, incluso había gritado que llamaría a la policía si no la dejaba en paz cuando Oliver había tratado de levantarla y sacarla del bar.

—No... —gimoteó.

Hasta recordaba la cara de confusión que le había puesto Oliver antes de soltarle el brazo y marcharse.

¿Cómo podía haberse marchado y dejarla seguir emborrachándose en un bar?

Y todo había resultado de la misma manera que cuando lo conoció a él. Acostándose con un desconocido por segunda vez cuando ya pasaba de los treinta años.

—Soy lamentable.

Y posiblemente embarazada.

Si encima ni siquiera sabía lo que quería hacer con el bebe, ella se ponía a beber sin pensar en las consecuencias que eso podría tener y para rematar lo ocurrido en esa habitación.

Beatriz miró la habitación con un nudo en el estómago una última vez antes de abrir la puerta y desear poder escabullirse fuera de la casa sin el dueño se diera cuenta de lo que hacía.

—¿Beatriz?

Beatriz se quedó helada y se giró hacia la puerta entreabierta de la cocina y miró sorprendida a Oliver con una taza en la mano.

—¿Oliver? ¿Es... tu casa?

—Sí, te estaba preparando café, pensé que lo necesitarías después de lo de anoche.

—Lo de anoche...

Beatriz fue procesando lentamente la recopilación repentina de datos y lo primero que sintió fue una oleada de alivio y hasta se animó a sonreír.

—Te emborrachaste —le recordó el amablemente, sonriendo con inocencia mientras le tendía la taza de café.

Beatriz no alargó la mano para cogerla ni dejó de mirarlo. Tenía otra cosa en la cabeza que consideraba más importante.

—Tú y yo...

—No —dijo él rápidamente, borrando la sonrisa—. No te preocupes por eso.

Preocuparse...

Beatriz no fue exactamente eso lo que sintió en ese momento. Si había sentido un desasosiego al pensar que había pasado la noche con otro extraño, si había sido con Oliver la cosa cambiaba completamente, pero la manera contundente en la que él había respondido hacía que el alma se le cayera completamente a los pies.

Esa era la respuesta después de todo.

¿Por qué se sentía tan mal si ya lo había sabido desde el principio?

Sonrió a su pesar.

—Menos mal.

—¿Seguro que no quieres el café?

Beatriz aceptó finalmente la taza pero no se la llevó a los labios.

—Pensé que te habías ido.

—Me fui —aceptó él—. A la puerta —Y sonrió como disculpa—. No ibas a entrar en razón y tampoco te podía dejar como estabas. Eres una borracha bastante...

—Mala, ya.

—Adorable —corrigió él—, Había que alejar a los posibles moscardones.

Beatriz lo miró curiosa y esta vez sí se llevó la taza a los labios, dando un sorbito al café.

—Estaba desnuda en la cama.

—Te desnudaste sola, te lo aseguro.

Beatriz lo siguió cuando le indicó con la mano que le acompañase y la llevó al acogedor saloncito y Beatriz se tomó la confianza de sentarse sin una invitación. Ahora que el disgusto, al menos parte de él, había desaparecido, se sentía agotada y dolorida.

—Te llevé a la cama y traté de quitarte los zapatos pero me apartaste con una patada y aseguraste que podías hacerlo sola —Oliver se echó a reír y Beatriz hizo una mueca—. Juro que me di la vuelta mientras te quitabas la ropa y solo te arrojé un poquito porque tú lo habías hecho desastrosamente.

—Y mientras dormías te dedicaste a doblarme la ropa.

—El sofá no es muy cómodo así que hice tiempo, sí.

—Ya —Beatriz sonrió y volvió a dar otro sorbo al café—. Gracias, supongo.

—¿Por no dejarte abandonada y a tu suerte en el bar?

—También por eso.

—Oye, Beatriz.

—¿Hm?

Beatriz levantó la mirada. Oliver se encontraba sentado enfrente y había cruzado las piernas con los ojos fijos en ella y una mirada extraña, como si algo le rondara por la cabeza. Por un momento Beatriz entró en pánico. ¿Y si había dicho algo mientras dormitaba por la borrachera? La idea le espantaba. Aún no se sentía capaz de decirle lo de la posibilidad del embarazo. Si no tenía en cuenta el retraso de la menstruación, tal vez sólo se estaba dejando llevar por el pánico y ese retraso se debía al estrés. No sería la primera vez que le pasaba, y era mejor esperar antes de dejar salir algo tan tremendo como esperar un hijo por si aún podía salvar algo de aquella posible relación.

—¿Te preocupa algo?

¿Entonces sí había dicho algo mientras dormía?

—No, ¿por qué?

Oliver se encogió de hombros. Intentaba parecer indiferente pero a Beatriz no le engañaba.

—No sé. La forma que te pusiste a beber ayer...

—Ah, bueno, tan sólo pretendía quitarme un poco de estrés y se me fue de las manos.

Pero ella disimulaba mucho peor.

Beatriz carraspeó ruidosamente y miró hacia otro lado, deseando dar por finalizada la discusión.

—¿Entonces?

—¿Qué? —dijo a la defensiva.

—Es sábado y no hay trabajo —Oliver sonrió radiante—. ¿Te apetece si hacemos algo juntos?

Capítulo 10

—Has dicho que es una sorpresa pero no llegamos a ninguna parte.

—¿Tanta prisa tienes?

—No, es sólo...

Oliver miró de reojo a Beatriz.

Al final había averiguado donde vivía porque se había negado a vestir la misma ropa sudada con la que había estafo trabajando y bebiendo el día anterior.

Oliver le había acompañado a casa y había reconocido que antes de llevarla a su casa había intentado averiguar su dirección llamando a John, aunque sólo lo había reconocido cuando Beatriz había encendido su móvil, extrañada de tenerlo apagado y ver todas las llamadas perdidas de su secretario y los mensajes.

—Le llamé para pedirle que me diera tu dirección —se confesó cuando iban camino a su casa a cambiarse de ropa.

—¿No te la dio?

Beatriz pareció sorprendida.

—Ni siquiera se lo planteó.

—¿A qué te refieres?

—Dijo que venía a buscarte.

Beatriz lo miró con curiosidad.

—¿Y por qué terminé entonces en tu casa?

Oliver había imaginado que tarde o temprano esa pregunta a relucir.

—No tengo motivos para fiarme de él.

Beatriz se había puesto a reír.

—Claro.

Tampoco había sido capaz de preguntarle la relación que tenía con John. No debía entrometerse, tal vez lo mejor era ir poco a poco.

Aunque esa decisión no explicaba qué hacía llevando a Beatriz a la casa de sus padres. Temía la reacción de la mujer cuando la presentara allí, pero mientras esperaba a que Beatriz se cambiara de ropa, su madre le había llamado, recordándole que era el aniversario de la muerte de Dylan, su hermano mayor y que siempre se reunía la familia para comer y pasar la tarde juntos en la casa de la playa.

Lo que tampoco esperaban sus padres era que apareciera con alguien más ya que sabían de su ruptura con Carolina.

—¿Te gusta la playa? —se interesó finalmente cuando dobló la última curva hacia el camino de arena blanca que tanto conocía.

Los recuerdos no sólo eran buenos. Allí mismo Dylan había muerto ahogado cuando eran niños y aunque su muerte había ocurrido hacía mucho, aún era capaz de hacerle ensombrecer el ánimo.

—¿La playa? ¿A dónde me has traído?

Beatriz comenzó a mirar el reloj nerviosa y Oliver se puso a reír.

—¿Tenias algo mejor que hacer?

—Ya, y supongo que no planeas conducir de noche, ¿no?

Oliver se encogió de hombros.

No, no era su idea conducir de noche y su mirada estaba seguro que lo

decía claramente.

—Vamos, el clima es estupendo y el paisaje es inmejorable.

Oliver aparcó a un lado de dos árboles. Sabía que era imposible ver desde allí la casa a menos que se movieran hacia la derecha y se apartaran de los gruesos troncos.

—¿Y planeas que durmamos a la intemperie?

—¿No te apetece?

La mirada lánguida que Beatriz le dedicó también lo decía todo.

—¿A ti qué te parece? ¡Eh!

Beatriz salió del coche a la misma vez que el y cerró la puerta de un portazo, siguiéndolo a toda prisa mientras no dejaba de numerar todos los inconvenientes de esa locura.

—¡Oli!

Oliver sonrió de oreja a oreja al ver a Brian, el hijo de su hermana y se agachó para agarrarlo y abrazarlo mientras lo levantaba y le daba vueltas en el aire.

—¡Ey, campeón! ¿cómo has estado?

—Mamá dijo que no ibas a venir.

—Mamá no dijo eso.

Oliver dejó a Brian en el suelo y aceptó el abrazo cariñoso de su hermana, uno que se prolongó un rato largo en el que Oliver imaginaba estaría examinando a una posible sorprendida Beatriz.

—Os presentaré —dijo, apartándose de su hermana y se acercó a Beatriz que lo miró inquisitiva, aunque no se atrevió a decirle nada—. Ella es mi hermana Jossy y él mi sobrino, su hijo Brian.

—¿Qué tal?

Jossy le tendió la mano y Beatriz se la estrechó rápidamente con una sonrisa.

—Ella es Beatriz.

Oliver notó como las dos mujeres le miraban ante la escueta presentación

que había hecho de Beatriz, posiblemente cada una haciendo sus propias conjeturas, pero él se limitó a correr tras Brian, sin ganas de dar explicaciones.

Podía haber dicho que eran compañeros de trabajo, amigos... cualquier cosa, pero la verdad era que Oliver prefería decir que eran otra cosa, algo que no eran y ya que no podía hacerlo, prefería evitarlo.

—¿Dónde está la abuela, Brian?

—Dentro, ella, papá y Lina están en la cocina.

—Muy bien. Tengo algo en el coche para ti —le guiñó un ojo y el niño sonrió emocionado—. Donde siempre.

—No, Brian, nada de dulces. ¡Oliver, te lo tengo dicho!

Jossy fue detrás de su hijo a toda prisa, impidiéndole que llegara hasta el coche y Oliver aprovechó para quedarse un momento a solas con Beatriz que le miró acusadoramente.

—¿Qué es esto?

—Es una casa de mi familia. La construyó mi abuelo en...

—No te estoy preguntando eso. ¿Por qué me has traído con tu familia?

—Son majos —se hizo el inocente.

—¿Qué pinto yo aquí?

—Tenía que venir.

—¿Connmigo?

Oliver dudó un momento antes de responder.

—Quería estar contigo.

Beatriz abrió los labios, posiblemente para decir algo, pero en ese momento Oliver escuchó su nombre de manera firme y reconoció inmediatamente la voz de su madre.

Se giro para ver a la mujer de edad indefinida, muy cuidada, de piel aún tersa, posiblemente gracias a todos los tratamientos que recibía, el cabello rubio por los hombros y un cuerpo tan perfecto como el de una adolescente y una mirada clara muy segura de sí misma, una que decía que todo le gustaba

tenerlo controlado.

—Madre.

Su madre no respondió. Sus ojos pasaron de él hacia Beatriz casi de manera inmediata y Oliver suspiró, a la espera de lo que estaba seguro iba a ocurrir a continuación.

—Ella no es Carolina.

Capítulo 11

Jossy observó a su hermano durante toda la tarde, apreciando la forma en la que miraba a Beatriz, la forma que la trataba y antes de que la luz comenzara a menguar y el sol se escondía al otro lado de las aguas en calma del mar, supo que Oliver estaba enamorado.

Su actitud hacia aquella mujer era diferente a la que había tenido con Carolina y eso que todos ya pensaban que terminarían casándose, y posiblemente hubiera sido así si ella no lo hubiera dejado antes.

Pero no solo había estado observando a Oliver, también se había tomado su tiempo en comprender que Beatriz también sentía algo por su hermano por mucho que trataba de fingir lo contrario.

Puede que ninguno se hubiera dado cuenta, pero Jossy sí se había fijado en la manera que le había afectado que su madre mencionara a Carolina; parecía más bien como si acabase de descubrir que Oliver había tenido una novia hacía nada y que había sido él a quién lo habían dejado.

—Hola.

Jossy se sentó a su lado y le ofreció uno de los vasos con limonada que Brian no había querido al quedarse dormido junto a su padre.

—Gracias.

Beatriz aceptó el vaso, posiblemente por no ser descortés.

—Los niños se duermen rápido y en cualquier sitio —comenzó, tratando de romper el hielo.

—Tienen suerte.

Beatriz le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

—Es verdad.

Las dos miraron hacia la zona donde varios niños se habían quedado dormidos y Jossy volvió a mirar a Beatriz de reojo. La mujer a quien miraba fijamente era a Oliver.

—¿Te aburres?

—¿Qué?

Los ojos de Beatriz se apartaron de Oliver y se fijaron en ella,

—No te resultará muy divertido haber acompañado a Oliver a algo como esto.

—Bueno —la mujer la miró con atención—. No me lo esperaba.

—¿Oliver te trajo engañada?

—Me dijo que era una sorpresa.

Beatriz sonrió y movió el vaso con la limonada sin parecer tener intención de beberlo.

—¡Menuda sorpresa!

—Sí.

Las dos rieron sin mucho entusiasmo.

—¿Hace mucho que conoces a Oliver?

—No mucho. Mes y medio o así.

La pregunta parecía incomodarla y Jossy entrecerró los ojos.

—Asuntos de trabajo, ¿no?

Al menos eso era lo que finalmente habían dicho, aunque nadie parecía habérselo tragado realmente.

—Sí, estamos trabajando en un mismo proyecto. Temporalmente.

—Pareéis mucho más unidos que dos simples compañeros de trabajo.

—No, no lo creo.

Beatriz sonrió nerviosa y esta vez sí se llevó la limonada a los labios.

—Como digas.

Jossy también sonrió.

—Por cierto, no me he atrevido a preguntarlo antes pero, Dylan, ¿hace mucho tiempo que murió?

—Bastantes años, sí. Murió siendo un niño. En estas aguas.

—¿Se ahogó?

—Sí. Una noche fue a buscar a Oliver porque no había llegado todavía y no regresó.

—Es terrible.

—Sí. Encontraron su cuerpo dos días después y Oliver nunca se lo ha perdonado.

—¿Se culpa?

Jossy disimuló una sonrisa. Era imposible no ver el interés y la preocupación real por Oliver por mucho que ella intentara negarlo.

—Sí, se echa la culpa. Sé que incluso hoy aún no lo ha superado completamente.

—Pero fue un accidente, ¿no?

—Sí, sí. Nadie lo culpa, ni siquiera entonces, pero Oliver creé que si no se hubiera entretenido jugando, Dylan estaría vivo.

—No sé qué decir.

—No digas nada. Fue hace mucho tiempo.

Jossy se levantó y dejó su limonada encima de la mesa.

—Será mejor que lleve a mi niño a la cama o mañana se levantará con dolor de cuello.

—Claro.

—Dile a Oliver que te enseña la habitación si quieres descansar ya.

La sonrió y Beatriz le devolvió la sonrisa.

—Vale.

—Ah.

La sonrisa de Jossy se hizo maliciosa y Beatriz dejó de sonreír de golpe, mirándola desconfiada.

—¿Qué?

—Tendrás que compartir habitación con Oli. Espero que no te importe.

Capítulo 12

—Puedes dormir en la cama.

—Ese no es el punto.

No lo era, pero a Oliver le divertía completamente la situación.

—¿No? ¿Y cuál es?

—Ni siquiera sé qué pinto aquí.

—Debí habértelo dicho —aceptó él, acercándose a ella—, ¿hubieras aceptado si te hubiera dicho que te traía aquí?

—Puede que sí o puede que no.

Beatriz se soltó el cabello y se frotó suavemente la cabeza.

—¿Cómo te encuentras?

Beatriz lo miró ceñuda.

—No te importaba mucho cuando me trajiste a un lugar lleno de gente sin que hubiera sobrevivido a mi resaca.

Estaba siendo exagerada, pero le daba igual. Aún tenía demasiadas cosas en la cabeza que le preocupaban y no precisamente de trabajo.

Miró a Oliver con un nudo en el estómago.

Parecía el mejor momento para decirlo.

—Oliver.

Aunque una cosa era pensar en decirlo y otra distinta soltarlo sin más.

Estaba embarazada.

No, era imposible decir algo como eso sin que alguien saliera asustado.

Podía estar embarazada. Tenía un retraso.

Eso era más razonable. Aún no lo sabía con certeza pero con eso sólo estaba intentando rechazar la realidad.

—Eh, Beatriz.

Beatriz parpadeó y miró a los ojos de Oliver.

—¿Qué?

Oliver se había acercado a ella hasta el punto de sentir su fragancia.

Lo deseaba.

Abrió los labios para decirlo, ya demasiado cansada de rechazar la realidad, lo que quería, pero no llegó a decir nada más.

Oliver se inclinó hacia delante y la besó, muy tiernamente, acariciándole los brazos, apretándose contra ella.

—Te quiero —murmuró en su oído, haciendo que se estremeciera.

Beatriz puso una mano en su pecho, intentando apartarle ligeramente.

Era el momento.

—Estoy embarazada.

Y no pudo escoge el peor instante.

En ese momento, justo cuando terminaba la frase, la puerta se abrió bruscamente y la madre de Oliver junto a una de sus tías se quedaron inmóviles en la puerta, con unas mantas en los brazos y los ojos abiertos como platos.

Capítulo 13

—Me lo pudiste haber dicho a mí antes que al resto de mi familia.

Beatriz no respondió rápidamente, ni siquiera giró el cuello y apartó la mirada de la ventanilla para mirar a Oliver.

—Era la intención —dijo en voz baja, sin entusiasmo.

Pese a que la familia de Oliver parecieron encantados con la noticia y hasta su madre pareció perder el aura de hostilidad que le había dedicado desde el momento que se conocieron, no había pasado lo mismo con Oliver.

Se había mostrado sorprendido, ausente y no había vuelto a dirigirle la palabra.

Hasta ese momento, cuando regresaban a casa.

—Pero tuviste que esperar a tener a mi familia reunida para decirlo.

—Fuiste tú quien me trajo, ¿recuerdas?

—No para que dijeras algo así.

—Olvídalo, ¿quieres? No estoy de humor para seguir hablando.

—Creo que tenemos que hablar de ello.

—No hay nada de qué hablar.

Beatriz se cruzó de brazos, furiosa.

No había esperado que se alegrara, incluso había esperado una reacción de rechazo parecida, pero eso no significaba que no doliera igual.

—Para el coche.

—¿Para qué?

Pese a la pregunta irritada, Oliver acercó el coche a la orilla de la acera y Beatriz se bajó, ignorando todos los gritos de Oliver a su espalda y caminó un poco hasta dar con un bar y entró, acercándose a la barra y pidió una manzanilla.

Tenía el estómago fatal y se encontraba deprimida.

—Una copa —murmuró con añoranza.

Si pensaba tener al niño iba a ser mejor que olvidase ciertas cosas por el momento entre ellas, el alcohol por mucho que le apeteciera ahogarse en él para aliviar la rabia.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Oliver le agarró del brazo y tiró de él.

—¿Qué haces tú aquí? —protestó ella, soltándose.

—Estás embarazada. No puedes beber como hiciste el otro día.

Beatriz lo miró incrédula.

¿Ahora le importaba? No había tenido esa actitud precisamente después de enterarse del embarazo.

—No es asunto tuyo.

—Es mi hijo, así que sí lo es.

—Déjame en paz, Oliver.

Oliver volvió a agarrarla y tiró de ella, pero Beatriz volvió a solarse, devolviéndole la mirada furiosa.

—Nos vamos. No vas a beber.

En ese momento los dos escucharon como el camarero dejaba una taza sobre la barra y miraron hacia allí.

—Su manzanilla —dijo con una expresión que mostraba su desaprobación por la posible errónea interpretación que estaba dando a lo que estaba presenciando y la posibilidad de intervenir si lo veía necesario.

Beatriz le sonrió para tranquilizarlo y esperó a que se alejara para volver a enfrentarse a Oliver.

—¿Una manzanilla? —preguntó avergonzado.

—¿Contento? Ya puedes dejarme en paz.

Beatriz se movió hacia la barra pero Oliver la detuvo.

—Espera, lo siento.

—Da igual, déjalo. Lo que hice la otra noche no se repetirá. Pienso tener al niño, tanto si estás de acuerdo como si no.

Oliver la miró sorprendido y volvió a agarrarla.

—¿Qué estás pensando? ¿Crees que estoy molesto por el embarazo?

Beatriz puso los ojos en blanco.

—Deberías haber visto tu actitud desde que te enteraste.

—¡No! Me ha molestado tener que enterarme a la misma vez que mi familia y no el primero. Me hubiera hecho ilusión poder tener algo de exclusividad.

Beatriz lo miró asombrada.

—¿Qué?

—Te dije que te quería, ¿recuerdas? —Beatriz asintió lentamente con la cabeza—. Y fue antes de saber la noticia.

Sonrió y le acarició la tripa.

Beatriz le devolvió la sonrisa.

—Creía...

—Ya bueno. Admito que la noticia me dejó descolocado, pero no me desagrada tanto la idea de ser padre.

—Me alegro, porque será mejor que te vayas acostumbrando.

—Seré un padre perfecto.

Oliver se inclinó para besarla y Beatriz le pasó los brazos por el cuello, preguntándose si aquel era un buen momento para decirle ahora que de hecho, aún no estaba completamente segura de que estuviera embarazada.

Lo pensó un segundo y apartó la idea, disfrutando del beso.

FIN

APOSTEMOS AL AMOR

Krista. E. Mollet

Capitulo 1

Amelia sabía lo que estaba haciendo.

Al menos creía que lo sabía.

Despacio, miró a un lado y otro de la calle e hizo unas señas al primer chico que pasó por la calle.

El desconocido la miró extrañado pero no se detuvo, sino que pasó más rápido por su lado, acercándose más a la pared y evitando acercarse al coche donde Amelia esperaba.

—Pareces una acosadora —rió Ann desde atrás del coche.

Su amiga tenía los brazos cruzados y esperaba expectante.

Amelia puso los ojos en blanco.

—Callate.

Sabía lo que hacía...

¿No?

—Sí, sí, lo que tu digas.

Vio pasar a un nuevo chico y repitió lo mismo que con el anterior, haciéndole unas señas con la mano.

—Ey.

Amelia vio como el chico la miraba fijamente pero al igual que el anterior, seguía su camino, aunque esta vez no se pegó a la pared para pasar a su altura.

—Otro que pasa de ti.

Ann gruñó algo.

—Que sosos son estos chicos de hoy en día.

—Tú que pareces una vieja muy lanzada.

Ann miró a su amiga enfadada a través del espejo.

—¡Tengo veintiocho años!

—Al menos diez años menos que tú.

—Oh, vale, de acuerdo —protestó—. Tienes razón.

Ann rió desde el asiento de atrás.

—Siempre la tengo.

Ann no era excesivamente arrogante pero posiblemente ella ya hubiera ganado la apuesta si hubiera sido ella quien se encontrara en su lugar.

Su amiga era guapa, exuberante, con amplias curvas y no mucho más gordura que ella que era prácticamente un palillo.

Las dos tenían el cabello de un tono claro, pero mientras que Amelia se veía obligada a llevarlo por encima de los hombros ya que no le favorecía el cabello largo, Ann disfrutaba de una hermosa melena casi por la cintura

Al menos Amelia tenía unos ojos azules, muy claros, tal vez lo más significativo que tenía a diferencia de los castaños de su amiga.

—No aparecen chicos de otra edad.

—Así que has decidido seducir a un niño y llevarlo a la fiesta

Amelia volvió a gruñir.

—Si no tengo otra alternativa...

—Eso tiene un nombre —canturreó Ann desde atrás.

—Oh, vamos, cállate.

Claro que sabía que lo que ella trataba de hacer con un niño podía considerarse un delito.

Pero no era como si fuera a salir en serio con él.

Y mucho menos acostarse con él se le pasaba por la cabeza.

Solo necesitaba una víctima desconocida para convencerle sin revelar el plan que la acompañase a la fiesta que celebraba la compañía todos los años por su aniversario.

Servía cualquier hombre.

De cualquier edad.

Solo tenía que ser un desconocido.

Amelia suspiró, mirando de nuevo al nuevo muchacho que seguramente se acercaba al colegio a esas horas.

—Mira, otro —lo señaló Ann con el dedo.

Otro crío —se lamentó.

Ann volvió a reír mientras la veía hacer los mismos gestos con la mano y está vez sonreía coqueta.

—Ey, perdona, muchacho.

—¿Qué quieres? —gritó el chico, arrancándose los auriculares de las orejas y mirándola furioso.

Amelia enmudeció de golpe.

Joder con los niños de hoy en día...

—Eh...

Amelia no sabía que decir.

Tal y como se comportaba el muchacho no parecía estar dispuesto a dejarse seducir.

Tampoco era tan feo, aunque los percings de la nariz sobraban.

Miró a su amiga desde el espejo y ésta le devolvió la mirada, encogiéndose de hombros.

—Yo no digo nada.

—Bueno, ¿qué? ¿Quieres algo o no?

El chico parecía cada vez más enfadado y Amelia no dudaba que de un momento para otro no se acercara al coche estacionado en doble fila a partirles la cara a las dos.

—Eh... No —dijo sin convicción—. Me he equivocado de persona.

El chico le enseñó el dedo anular y comenzó a alejarse.

—Será gilipollas la tía esa —le oyó decir.

—El uno para el otro —aseguró Ann riéndose a carcajadas.

—Ya te vale —gruñó

Amelia le lanzó una furibunda mirada pero su amiga siguió riéndose.

—Algo me dice que pierdes la apuesta.

Amelia maldijo.

La apuesta era una tontería.

Al menos debía serlo, pero su orgullo estaba puesto en ella y se negaba a perder tan fácilmente.

Todas sus compañeras del trabajo habían asegurado en una conversación trivial, que Amelia era muy aburrida, nada espontánea y que no era divertido pasar el tiempo con ella, que por eso no tenía pareja.

Habían dicho que por eso nadie quería salir con ella.

Amelia, toda enfadada, había saltado como un basilisco, negando cada una de las acusaciones y antes de darse cuenta estaba metida en eso.

En una apuesta.

Y de lo más absurda.

Pero en aquel momento aquello le parecía cada vez más absurdo.

—Si al menos pudiera elegir otro lugar...

Para interceptar a ese desconocido a quien seducir en ocho horas y convencerlo para que le acompañara a la fiesta como un dócil corderito a sus pies.

Joder.

Amelia golpeó el volante.

¿De verdad había aceptado algo así?

Pero se negaba a aceptar que era aburrida y poco cariñosa.

Admitía que tenía sus defectos y que no iba a ganar en un concurso de miss universo pero ¿aburrida?

¿De verdad la rechazaban por ser aburrida?

¡Ni en broma aceptaba eso!

—No creo que el problema sea el lugar donde tengas que abordarlo — aseguró Ann con un bostezo

—Por supuesto que es un problema.

Su amiga se encogió de hombros

—De acuerdo, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿Te rindes?

¡Claro que no!

Miró a su amiga indignada y Ann se encogió de hombros.

—Vamos, entonces elige a alguien que el tiempo pasa y la fiesta se acerca peligrosamente.

—Ya lo sé, he visto la hora yo también.

—Vale, vale.

Las dos miraron al grupo de cuatro chicos junto a una chica que pasaba en ese momento.

No pasarían de los diecisiete años

Amelia maldijo, cerrando los ojos.

—Joder...

—Bueno, si te presentas con uno de esos y le das el morreo de tu vida delante de todos no volverán a llamarte aburrida.

Amelia puso los ojos en blanco.

—Sí hago eso y en público, me veo en rejas antes de mañana

Ann volvió a reír.

—Qué poco aventurera eres.

—¿Por qué no pruebas a hacerlo tú?

Era evidente que el resultado sería diferente.

Anne enseñó los dientes.

—A diferencia de cierta solterona, soy una mujer comprometida.

—Yo también lo estoy.

—Con el trabajo y no es lo mismo —aseguró Ann con mofa.

Amelia hizo una mueca.

—De acuerdo —aceptó—. No voy a ir con ningún niño.

Y era la mejor decisión que podía tomar.

En realidad iba a ser bastante desagradable tener que explicar a un niño inmaduro y con las hormonas descontroladas que solo había sido un engaño para ganar una apuesta...

Y si lo ponía así hasta a ella le sonaba horrible.

—¿Y qué vas a hacer? Que ligués con alguien enfrente de la floristería de la hermana de Carol te limita bastante.

—Ya, bueno, no se me ocurrió sugerir una discoteca.

—A estas horas hubieran estado todos sobrios, no hubiera habido diferencia.

Amelia fulminó con la mirada a su amiga.

—Gracias por tu apoyo.

—Somos amigas, no necesito adularte, puedo permitirme ser sincera.

—Creo que prefiero que comiences a buscar alguna forma de ayudarme que a seguir criticando.

—Me resulta más divertido ver tus intentos por cometer un delito con esos niños menores de edad.

Amelia chasqueó la lengua.

—No voy a ir con ninguno de ellos. Ya te lo he dicho.

—No hay tantas alternativas...

Las dos se quedaron en silencio de golpe.

Un hombre que rondaría los treinta años, de cabello negro y ojos grises, caminaba elegantemente por la acera.

Hasta a Amelia le sorprendía ver como a alguien de su estatura, seguramente un metro ochenta, pudiera andar de esa forma llevando un chándal y unas deportivas como si estuviera llevando un traje de marca.

Amelia enarcó una ceja y miró a Ann que miraba al hombre asombrada antes de desviar la mirada hacia ella.

—Podría ser un buen candidato.

—¿Podría?

Amelia la miró incrédula y Ann puso los ojos en blanco.

—Lo es, lo es —aceptó.

—¿Entonces voy?

—¿Te crees capaz de seducir a ese hombre?

Las dos lo miraron.

—Bueno...

—Creo que tendrías más posibilidades con alguno de los niños.

—¡Oye!

—¿Qué? —rió su amiga.

—Podrías apoyarme para variar.

—Necesitas algo más que ánimos o apoyo.

—Muy graciosa.

Amelia se fijó que el hombre pasaba de largo del coche, sin girarse a curiosear que estaba dentro del vehículo aparcado en doble fila y le entró ansiedad.

Puede que Ann tuviera razón y sus posibilidades fueran bajas...

Vale, nulas.

Si comenzaba así, tal vez era mejor reconocer que era aburrida y poco espontánea.

—Se va...

—Vale, voy a ir.

—¿En serio?

Ann pareció sorprendida y echó el cuerpo hacia delante justo cuando ella respiraba hondo y abría la puerta sacando medio cuerpo para correr tras ese hombre.

—Ahora vuelvo —murmuró, notando como se le aceleraba el corazón de los nervios.

—Oye, oye —escuchó a su amiga mientras se bajaba y cerraba la puerta con un portazo y aceleraba el paso para alcanzarlo.

Horrorizada, vio como el hombre hacia unos estiramientos con los brazos y se preparaba para echar a correr de nuevo.

Aceleró se nuevo el paso, arrepintiéndose de llevar las sandalias y no otro calzado más cómodo y prácticamente lo detuvo agarrandolo del brazo para impedir que comenzara a correr.

Despacio, entrecerrando los ojos, el hombre giró la cabeza para mirarla, devorando la con su intensa mirada.

Amelia contuvo la respiración inconscientemente.

—¿Qué quieres? —se interesó él con voz fría y suave, como una caricia.

Capitulo 2

Andy disimuló una sonrisa.

No podía creer que estuviera ocurriendo algo así.

Al menos no frente a él.

Desde que prácticamente tenía uso de razón, ver a las mujeres tratando de adularle, seducirle, había sido algo muy normal.

Y no solo por su aspecto, algo que agradecía a la belleza de su madre.

Sino porque a la ya increíble herencia de sus padres, había sabido administrarla e invertirla de tal manera que ahora se podía considerar uno de los hombres más ricos del país.

Y había pocos hombres y mujeres que no desearan estar a buenas con él.

Y más en el caso de las mujeres cuando era uno de los solteros más codiciados para las altas esferas sociales.

Así que en realidad había visto de todo.

Pero aquello...

No podía negar que esa situación se le escapaba de las manos.

Eras sencillamente inaudito.

—¿No te apetece? —insistió la desconocida.

La mujer parecía nerviosa y no dejaba de echar rápido vistazo hacia atrás, hacia el pequeño coche de color grisáceo que había mal aparcado a pocos metros.

—¿Te refieres a tomar un café?

Aún seguía son creerse que la mujer le hubiera abordado en mitad de la calle, agarrándolo del brazo y quedándose completamente muda y ligeramente sonrojado cuando él le había preguntado qué quería.

—Sí, bueno...

La mujer volvió a mirar hacia atrás.

Al final, después de que él repitiera la pregunta, ella había abierto y cerrado la boca varias veces, como si se pensara lo que iba a decir y soltó atropelladamente que fueran a tomar un café.

A bocajarro.

No le hubiera sorprendido en otras circunstancias.

O en otro contexto.

Por lo general las mujeres solían presentarse primero, generalmente en la oficina, en una gala, una fiesta... Después iban ganando terreno, como si él no se diera cuenta de lo que estaban tratando, y por último trataban de quedar.

O se ofrecían sutilmente.

Una noche de sexo.

Nadie le había abordado hasta ahora para casi ordenarle que fueran a

tomar café.

Incluso tenía el ceño fruncido.

Solo le faltaba una pistola para obligarle a andar hacia una cafetería.

—¿Y ta está?

La mujer pareció sorprendida con su pregunta y se olvidó por un momento girar el cuello para mirar hacia el coche.

—No le entiendo...

Andy se fijó en el coche.

Estaba seguro que se había movido alguien más en la parte de atrás o puede que lo que hubiera visto fuera unas manos pegadas al cristal, como si les estuviera mirando fijamente.

Volvió a mirar a la mujer.

Era bonita.

De alguna manera.

Era tal vez demasiado delgada, cabello rubio tostado por los hombros, unos bonitos ojos que parecían asustados, piel blanca con mejillas sonrojadas... Aunque Andy estaba seguro que se debían a la vergüenza y una altura bastante considerable teniendo en cuenta que no había una gran diferencia con él pese a ir con unas simples sandalias sin nada de tacón.

Tampoco vestía para nada llamativa, tratando de enseñar aquello poco que podría mostrar.

Llevaba una falsa larga estampada y una camiseta negra con cuello alargado bajo una chaqueta abotonada hasta la mitad.

Si lo que pretendía era seducir, no estaba usando ni la manera ni las palabras adecuadas.

Pero tal vez por eso le llamaba tanto la atención.

Ni siquiera parecía motivada.

—¿Tomamos un café y ya está?

—¿Qué?

Aquello era asombroso.

La mujer volvió a mirar hacia atrás, sin saber qué decir.

—En realidad... ah... Si lo prefieres podemos dar una vuelta.

—Una vuelta...

Nada de sexo.

Eso no estaba ofreciendo.

Era evidente.

—¿Por qué motivo quieres que vayamos a tomar un café o dar una vuelta?

Vamos, al menos estaba en su derecho saber eso.

Sin embargo ella pareció horrorizada con su pregunta y comenzó a gesticular exageradamente.

—Oh, no, no. No hay ningún motivo, solo me apetecía ir a tomar algo...

—¿Con un desconocido?

—Eso....

De nuevo mirando hacia atrás.

—¿No había nadie más disponible?

La expresión de culpabilidad de la chica le dejó descolocado y Andy entrecerró los ojos.

—No... Bueno...

—De acuerdo —soltó de pronto, haciendo que ella lo mirara sorprendida

—. ¿Y por qué antes no nos presentamos?

—¿Qué?

—Tu nombre —rió él.

—Ah —ella pareció dudar, frotándose las manos—. Soy Amelia.

Él asintió despacio.

—Amelia —repitió—. Pues muy bien, yo soy Andy —dijo con una nueva sonrisa, dándose cuenta como el rubor de sus mejillas se intensificaba y Andy no pudo evitar echar de su mente la cena perversa, juguetona.

Aquello podía ser divertido.

—Pero me temo que el café tendrá que ser otro día. Hoy iba a correr un rato.

—Oh.

La mirada de decepción de ella no pudo ser más clara pero Andy vio como se reponía rápidamente y sonreía, sorprendiéndolo.

Vale, tenía una sonrisa preciosa

—Yo también pensaba correr un rato.

—¿Ahora?

Sin pretender hacerlo, Andy la examinó de arriba abajo, comprobando una vez más su conjunto y deteniéndose en sus sandalias.

No podía ser una mentira más descarada.

—Sí, sí —aseguró ella con una media sonrisa, lanzando una nueva mirada más intensa al coche. Aquello comenzaba a ser sospechoso—. Estaba pensando en correr un rato y...

—Por curiosidad —la interrumpió él, haciendo que ella diera un bote tal

vez por el tono un poco rudo de él.

Andy maldijo para sí mismo.

La chica podría ser extraña.

Al menos sus intenciones.

Pero eso no quitaba que le estuviera resultando divertida la situación.

Y saber hasta donde llegaban las intenciones de ella era demasiado tentador como para echarlo a perder por ser un poco rudo con ella.

—¿Si? —preguntó Amelia con timidez.

Andy sonrió radiante.

—Sólo quería saber por qué me habías detenido en medio de la calle.

—Eso...

O no lo sabía o no quería decírselo.

Como fuera, eso no era importante.

—De acuerdo, ya que los dos planteábamos correr un rato...

Ella pareció animada de pronto y lanzó una sonrisa hacia el coche.

Andy también miró el coche.

¿Qué ocurriría si se acercaba hasta el coche y comprobaba lo que había dentro?

Era obvio que la diversión terminaría.

Lo pensó un momento y señaló el camino delante de él, invitándola a pasar primero.

—¿Qué tal si vamos juntos?

Capítulo 3

—¿Qué ha pasado?

Ann miró a su amiga entre divertida y preocupada.

Aunque la batalla por la curiosidad estaba ganando de una manera impresionante a la diversión y la preocupación.

Amelia hizo un extraño movimiento de manos, sin levantar la cabeza y la parte del cuerpo que había dejado agotado sobre la mesa de la cafetería.

Con disimulo, Ann consultó el reloj.

—Has estado con él una hora —y de pronto, como si se le ocurriera algo, se llevó una mano exageradamente a la boca—. ¡No me digas que estás tan cansada porque...!

No terminó la frase pero no lo necesitó.

Amelia levantó la mirada y le asesinó con ella.

—Que graciosa.

—El sexo salvaje explicaría muy bien el por qué estás tan cansada.

—No me digas —gruñó Amelia con ironía son cambiar la expresión.

—En una hora más que suficiente.

—También para terminar agotada y con los pies destrozados después de que ese monstruo con piel de cordero...

—¡Y vaya corderito!

Ann se lamió los labios y Amelia hizo una mueca, enseñándole los dientes.

—¡Me ha hecho correr durante una hora!

—Oh.

Ann miró hacia otro lado, decepcionada.

En realidad no había esperado que su amiga hubiera pasado un buen rato con aquel desconocido en una habitación de hotel pero había que reconocer que aquel hombre se merecía un poco de atrevimiento.

—¿Qué es ese oh?

—Nada.

—¡Estoy agotada!

Ann enarcó una ceja.

—¿Te obligó?

—¿Qué?

—A correr.

—Claro que no.

—¿Entonces para qué corriste?

Amelia bufó.

—¿A ti qué te parece?

Ann la miró con curiosidad mientras su amiga se enderezaba.

—Ni idea.

Ella ni loca se hubiera puesto a correr con esas pintas.

—¡Para poder pasar tiempo con él!

—¿Y te acoplaste a él sin más?

—Claro que no. Él dijo que corriera con él —soltó su amiga indignada, consultando la hora.

—¿Quiso que corriera con él?

Ann parecía incrédula.

—¿A qué viene ese tono? ¡Claro que quiso!

—¿Y qué ha ocurrido? Porque queda una hora menos.

Amelia gruñó.

—Ya lo sé.

—¿Y bien?

Ann vio como su amiga engullia el resto de su botellin de agua y se limpiaba la boca con una servilleta antes de dar un golpe en la mesa.

—¿Qué me pongo?

—¿Cómo?

Ann la miró confusa.

—He quedado con él dentro de media hora para comer.

—¿En serio?

¿Iba a ser verdad que su amiga podía conquistar a un hombre como aquel?

Si lo conseguía tanto ella como el resto de la oficina iban a tener que aprender a mantener la boca cerrada.

—Sí, pero no sé qué ponerme. Por eso te he llamado.

Increíble.

Ann sonrió.

—Sólo ve espectacular.

Capitulo 4

Amelia se miró de nuevo en el cristal del escaparate y torció los labios, no muy segura de que la ropa que Ann había escogido fuera muy apropiada.

Tampoco era su estilo.

Suspiró.

Nunca se había visto enfundada a su edad con unos pantalones cortos, medias y zapatos de tacón alto, algo que apreciaba que su pareja fuera más alto que ella y mucho menos con una camisa semi transparente sin mangas...

¿De verdad Ann no se había burlado de ella?

—Si apareces con eso no te quitará los ojos de encima. Te lo aseguro —había dicho su amiga.

—Parezco una fulana —gruñó Amelia

Dio un paso al interior de la cafetería donde habían quedado y lanzó una furibunda mirada a los dos hombres que se giraron para mirarla cuando pasó por su mesa y caminó hasta el fondo donde reconoció el cabello de Andy de

espaldas a ella.

Antes se llegar a su altura, tomó aire y trató de recordar como se sonreía.

—Hola, espero que no hayas tenido que esperar mucho tiempo.

Andy levantó la cabeza de la tablet que estaba consultando y se levantó de inmediato, girándose con una sonrisa.

—No, acabo de...

Sus palabras murieron de golpe cuando sus ojos repararon en su ropa, enarcando una ceja visiblemente divertido.

—No es apropiado, ¿verdad?

Él pareció reaccionar.

Ah, sí, a mi no me molesta. Si a ti te gusta...

—No, si no me gusta —gruñó Amelia, pensando en asesinar más tarde a su amiga, posiblemente en la fiesta cuando llegara del brazo de ese hombre y ganara la apuesta.

—Perdona mi atrevimiento entonces, pero... ¿por qué te has vestido así?

Amelia hizo una mueca.

Ni loca le decía la verdad.

Bueno, no lo hacía porque en el acuerdo de la apuesta entraba que la otra parte no debía saber nada.

Joder, si lo pensaba fríamente aquel hombre parecía tener la suficiente mala leche para partirle la cara una vez se enterara que aquello era una farsa.

—Bueno... Una amiga dijo que estaba a la última moda...

Andy enarcó una ceja.

—Supongo que lo es si se pretende seducir a un hombre.

Amelia se sonrojó violentamente.

—No, no es eso...

—Aunque más que seducir yo diría que calentar y provocar a un hombre.

Esta vez Amelia no dijo nada, se limitó a mirarlo horrorizada y mirar a su alrededor completamente abochornada.

Joder, joder.

Ella no era ese tipo de mujer.

Definitivamente iba a matar a Ann.

—No es eso —gruñó ella, incapaz de seguir mirándolo a los ojos—. Lo siento, mejor me voy.

Ann se dio la vuelta y caminó hasta la salida, esta vez notando de manera paranoica como la miraba todo el mundo y apresuró el paso.

—¡Espera!

Amelia notó como alguien la agarraba del brazo y la obligaba a detenerse en mitad de la calle.

Se giró sorprendida.

—¿Qué?

Andy sonreía paciente y sus ojos brillaban expectantes.

—No eres una mujer de esas, ciertamente.

—¿Cómo?

Amelia lo miró confusa.

—Sé lo que me digo —rió él.

Ella pudo mala cara.

—Que bien porque yo solo siento que te ríes de mí y creo que por hoy ya he hecho el suficiente ridículo.

—No me río de ti —aseguró él sin borrar la sonrisa.

—No resultas muy convincente.

—Perdona pero la situación me ha parecido divertida desde el principio.

—¿Cómo?

—¿De verdad creías que alguien se iba a tragar tu torpe tonto mientras no dejabas de mirar hacia el coche mal aparcado frente a aquella floristería?

Amelia lo miró horrorizada y avergonzada y se llevó una mano a la cara para darse un poco de aire.

—Menuda manera de hacer el payaso.

—A mi me resultó entretenido.

—Me alegra que alguien encontrará algo de diversión en esto.

—Pero tengo una curiosidad —insistió él.

—¿Cuál?

Total, más de lo que había hecho el ridículo no podía hacerlo.

O sí.

Pero no iba a pensar ahora en eso.

—¿Qué era lo que intentabas?

—Ah...

Amelia se mordió el labio.

Vale, daba igual, ya había perdido la dichosa apuesta. Sólo faltaban dos horas y media para la fiesta y no iba a conseguir seducir a nadie.

Había perdido.

¿Qué importaba contarle la verdad?

Aparte de hacer el ridículo no había ganado más que un escarmiento.

Y encima también le debía unas disculpas por haber intentado ubicarlo.

—¿No puedes?

—No es que no pueda —admitió ella de mala gana—, pero cuesta admitirlo.

—No puede ser tan malo —insistió.

Amelia se perdió unos instantes en la profundidad de esa mirada y se olvidó por un momento de la ropa que llevaba y las miradas que la observaban, preguntándose ridículamente qué oportunidades hubiera tenido con ese hombre en otras circunstancias.

No podía dejar de admitir que la atraía bastante.

Como nunca antes lo había conseguido ningún otro hombre.

—¡Está bien! —aceptó a regañadientes.

—Escucho.

Amelia hizo una mueca.

—Tenía una apuesta.

Amelia tardó en levantar la cabeza para mirarlo pero cuando lo hizo se quedó sorprendida

Andy no había dejado de sonreír, es más parecía aún más interesado.

—¿Y de qué era la apuesta?

Amelia arrugó el ceño.

—¿No deberías exigir que te pudiera perdón?

Su sonrisa se ensanchó.

—Si eso te hace feliz...

—¿Te estás quedando conmigo?

—No, no.

—¿Te acabo de decir que he intentado usarte para ganar una apuesta y te da igual?

—No, no. No me da igual —rió él—. Me parece muy interesante.

—Interesante...

De acuerdo, se estaba burlando de ella.

Bueno. Amelia suspiró.

Se lo tenía merecido.

—Sí, sí. ¿Y de qué trataba la apuesta?

Amelia lo estudió detenidamente.

—Dicen... —comenzó, despacio, tomándose su tiempo para responder— que soy muy aburrida —siguió mirándolo fijamente, sintiéndose observada por los intensos ojos de aquel hombre—, que no soy nada espontánea y que por

eso...

Amelia puso los ojos en blanco.

¿De verdad iba a contarle algo tan íntimo a un desconocido que lo normal sería que estuviera enfadado con ella por todo ese asunto?

Volvió a suspirar.

—¿Por eso? —insistió él, dando un paso hacia ella.

Amelia retrocedió instintivamente y vio como aquel hombre de ensueño sonreía.

—Eh... —Amelia buscó algo para justificar su movimiento y luego sacudió la cabeza, restándole importancia al asunto—. Que por eso no tengo ni novio, ni pareja...

Y ya puestos que llevaba sin sexo un milenio.

Vale, no, eso no iba a decirlo.

—¿Por eso la apuesta?

—Bueno, sí... más o menos —Amelia puso los ojos en blanco.

—¿Más o menos?

Andy puso pacientemente el peso de un pie en otro y Amelia miró el movimiento casi de manera hipnótica.

—La apuesta era que conquistaría en ocho horas a cualquier hombre que pasara por... Bueno, por donde pasaste tú. Era para no hacer trampa y que no fuera alguien conocido... Da igual —soltó Amelia a trompicones, sintiéndose cada vez más ridícula—, y lo llevaría conmigo a la fiesta del aniversario de la empresa de esta noche.

Amelia dejó de hablar y Andy siguió mirandola, sin borrar la sonrisa y ella desvió la mirada incómoda.

—Y así demostrar que no eras ni aburrida, ni poco seductora...

Amelia puso los ojos en blanco.

—Básicamente.

—¿Y qué ganabas tú si lo conseguías?

Amelia no pudo evitar reír como una tonta.

—Libres todos los lunes durante seis meses —admitió, mirándolo de refilón. Andy había levantado una ceja con curiosidad y puso los ojos en blanco, gesticulando exageradamente mientras intentaba explicarse—. Los lunes libramos siempre alguien de la empresa y tenemos hecho un calendario, así que cada una de nosotras nos toca un lunes al mes fiesta pero si ganaba tendría todos los lunes festivo —rió encantada.

—O no esperaban que ganases o no les importa demasiado perder un lunes al mes...

—Bueno... —desvió de nuevo la cabeza, lanzando una mueca a la mujer que la miró de arriba abajo y arrugó el ceño, contrariada por su ropa—. Yo diría que no esperaban que ganase.

Amelia suspiró.

—¿Y si pierdes?

—Aparte de perder mis lunes... Me tocará llevar el café a todas durante esos seis meses.

Andy silbó y Amelia lanzó un suspiro de resignación.

—Siento haberte involucrado en esto. Sé que era bastante mezquino desde el principio pero me dejé llevar y no pensé en las consecuencias. Lo siento.

Amelia miró de nuevo a su alrededor y lanzó una significativa mirada a Andy, mostrando con disimulo su ropa.

—Será mejor que vaya a cambiarme —se dio la vuelta—. ¡Y gracias por escucharme —añadió rápidamente, girando un poco la cabeza—. Y por no enfadarte.

Andy sonrió tranquilamente.

—¿Y qué ocurriría si por casualidad me gustases?

Amelia que había dado un paso estuvo a punto de tropezar con los zapatos y posiblemente no se cayó al suelo porque él la sujetó, rodeando su cintura con un brazo y le ayudó a enderezarse, dejándola a escasos centímetros de su rostro. Amelia contuvo la respiración, perdiéndose en la mirada de aquel

hombre y en el fuerte contacto de sus brazos alrededor de su cuerpo.

La sensación era...

Abrumadora.

Los dos se miraron fijamente unos instantes hasta que ella parpadeó, dándose cuenta que ahora llamaba aún más la atención que antes pero no intentó apartarse de él.

—¿Qué...?

—Me gustas.

—¿Eh?

Sin lugar a dudas estaba escuchando mal.

No había otra explicación.

—Así que, ¿por qué no me invitas correctamente a la fiesta?

Amelia solo se dio cuenta de que tenía la boca abierta cuando la cerró inconscientemente.

—Creo que no te sigo —admitió desconfiada.

—Vale, puede que tu intento de seducción no haya servido —y levantó una mano para impedirla protestar—, pero admito que me siento muy interesado por ti. ¿No sirve?

Amelia parpadeó, aún sin creerse lo que estaba escuchando.

O más bien buscando lo oculto del mensaje

—¿Por qué? —preguntó al final.

Andy la miró divertido.

—Por tu sugerente ropa seguro que no —rió, consiguiendo que Amelia pusiera los ojos en blanco y volviera a sonreír—. Tienes una sonrisa preciosa.

Amelia la borró de inmediato y carraspeó mirando a su alrededor.

—No me refería a eso.

—Digamos que quiero... pasar más tiempo contigo y creo que acompañarte ahí me ayudará a que aceptes.

—Ya te digo que no soy muy divertida.

—¿Y si lo que te pido es que pases la noche conmigo?

Oh.

Amelia lo miró fijamente, notando como se le aceleraba el latido del corazón y le resultó prácticamente imposible desviar la mirada.

—¿Me estás proponiendo que nos acostemos?

—Por los lunes fiesta durante seis meses, sí.

—¿Ese era el interés por mi del que hablabas?

Sabía que debía sentirse ultrajada, ofendida tal vez, pero no sentía nada de eso. Después de mucho tiempo se sentía viva y deseada y eso hacía que toda la sangre en su cuerpo hirviera.

Desde el principio aquel hombre le había atraído.

Y de una manera casi ridícula.

Y ahora él, quien posiblemente podría tener a cualquier mujer decía que quería acostarse con ella.

—Parece ser un razonamiento más aceptable para ti.

—No... exactamente —murmuró y carraspeó débilmente poniendo en orden sus pensamientos.

—¿Y bien?

—Creo... —y con todo el pesar de su corazón—, que no voy a aceptar.

Andy suspiró aunque no borró la sonrisa, más bien a Amelia le pareció que la ensanchaba y cierta diversión bailaba en sus ojos.

—Una pena, supongo.

Amelia sonrió con cierta timidez y se sintió ridícula cuando el brazo del hombre la soltó y trastabilló con sus propios pies.

—Nos vemos —dijo él a modo de despedida, levantando una mano mientras se giraba y se iba en la dirección opuesta a la que ella había tomado.

Con un suspiro, Amelia lo miró unos instantes mientras se perdía de vista y volvía a notar las miradas de curiosidad y contrariedad por sus pintas y con paso decidido volvió a retomar el camino hacia casa, dispuesta a cambiarse

de ropa y enfrentarse a sus compañeras cuando tuviera que admitir que había perdido la apuesta.

Capítulo 5

—No tienes acompañante —razonó con cierto regocijo Victoria.

Amelia asintió con la cabeza, mirando la expresión contrariada de su amiga.

Ann había mantenido esa expresión de disgusto desde que había ido a recogerla e incluso por teléfono Amelia no había necesitado mucha imaginación para saber la cara que había puesto su amiga al escuchar que había rechazado el ofrecimiento de aquel hombre.

—¿Tú eres tonta?

—Era lo correcto.

Y era lo que Amelia se había estado repitiendo desde el momento que dejó de ver la espalda de Andy.

Correcto...

—¿Correcto? Lo que es correcto es que acabas de dejar pasar la oportunidad de tu vida.

—Ni siquiera he ganado la apuesta limpiamente porque le he contado la verdad a él. No podía aceptarlo.

—¿Pero de qué hablas?

—¿Hm? De la apuesta... ¿De qué estamos hablando entonces?

—¡De un hombre! No, no de un hombre no —gruñó su amiga desde el otro lado de la línea—. Hablamos de ese hombre. A la mierda con la apuesta. ¡Como si realmente importase en un momento así!

—Pero...

Las palabras de su amiga resonaron en su cabeza y por primera vez comenzó a sentirse realmente como una tonta.

¿Por qué no había dejado olvidada la apuesta y había aprovechado las circunstancias para quedar con él?

Había estado a punto de soltar el teléfono dándose cuenta de lo que había hecho pero la voz de Ann al otro lado la mantuvo con los pies en la tierra y el móvil fuertemente apretado entre sus dedos.

—¡Si a ti no te interesaba podías habérmelo presentado!

—No es que no me interesara. Además, no estaba segura de mí misma por la ropa que dijiste que llevara.

La discusión con su amiga había seguido igual de absurda hasta que finalmente habían colgado pero las palabras de Ann aún resonaban en su cabeza.

—Él dijo que estaba interesado en ti.

No habían sido esas exactamente sus palabras pero aún así, incluso olvidándose de la dichosa apuesta, Amelia sabía que podía haber quedado con él...

Incluso para pasar una noche con él le valía.

¿Cuándo había sido la última vez que tuvo sexo?

Ni siquiera quería pensar en ello.

Y ahí estaba, en la entrada del hotel donde se celebrará la fiesta, deprimida, con un vestido de Ann arreglado por la espalda de color negro y demasiado brillante para su estado de ánimo, con unas compañeras sonriendo triunfales y una amiga que seguía con expresión de enfado y un letrero en los ojos cada vez que la miraba en el que rozaba “eres idiota”

Amelia suspiró.

Aquello no podía ir peor.

—Entonces organizaremos el calendario —siguió Virginia con un vestido de color rosa aún más llamativo que el suyo, y no sólo por el color pero Amelia dudaba que ni hubiera un solo hombre en la fiesta que no admirara sus sugerentes senos que prácticamente dejaba en su totalidad a la vista. ¡Hasta Ann era ensombrecida por aquel llamativo escote!

—Sí —continuó Victoria—, y a mí me gusta el café con leche, tibio y sin azúcar.

—¿No lo ha conseguido? —preguntó de pronto Diana, acercándose desde la puerta de entrada y entregando su cazadora y su bolso de fiesta antes de reunirse con ellas—. Bueno, era algo que ya sabíamos. No te ofendas —añadió rápidamente con una no muy bien elaborada sonrisa de disculpa.

—No...

—Bueno, tú tampoco esperabas conseguir a alguien, ¿verdad, Amelia? Amelia escuchó como Ann bufaba a su lado, aún en silencio.

—Ni siquiera te habrás atrevido a acercarte a nadie —rió Virginia.

Ann volvió a bufar.

—Como sea —siguió Victoria—. Te dejaremos el lunes una lista con los cafés que tomamos para que te encargues de ellos...

—Vale...

—Vale y una mierda —explotó Ann al fin, lanzándole una asesina mirada antes de apartarse del grupo enfadada.

—¿Y a esa qué le pasa? —protestó Diana.

—Déjala.

—Como sea, Amelia, recuerda lo del lunes y no pienses demasiado en lo ocurrido. Simplemente se te quedaba muy grande y me estaría más tiempo contigo pero mi pareja me está esperando y...

Virginia se calló bruscamente y miró a su espalda, atravesando su cuerpo y Amelia miró como las tres parecían de pronto alucinada por algo.

Despacio y con cierta curiosidad se giró ella también y estuvo segura que todo el color de su rostro desapareció de golpe, en un segundo.

En recepción y haciendo uso de su encanto natural, Andy avasallaba a las dos chicas que parecían en shock ante la imponente presencia del hombre vestido con un traje formal de color negro y camisa blanca bajo una corbata.

Al girar la cabeza y verla, sonrió; le dijo algo a las chicas inclinando un poco la cabeza con indiferencia y caminó hasta ella.

Amelia notó como se le aceleraban los latidos del corazón y dejó de respirar justo cuando Andy se detuvo frente a ella.

Ni siquiera escuchó los murmullos de sus compañeras a su espalda. Su único interés estaba en el hombre de ensueño que tenía frente a ella.

—¿Qué...?

—Sé que te dije que me era imposible venir ya que me lo has pedido nada más conocernos —comenzó con una sonrisa capaz de quitar el sentido a cualquiera—, pero necesitaba verte de nuevo. No podía esperar. Te fuiste tan rápido del hotel...

Y para su sorpresa y la del resto de sus compañeras, la agarró de la cintura y la atrajo hacia su cuerpo, besándola sin ningún tipo de pudor.

Capítulo 6

Andy movió sin interés la copa de champán que tenía entre los dedos.

No era una mala fiesta, aunque no del estilo al que estaba acostumbrado.

Miró de reojo a Amelia que había sido arrastrada por un grupo de mujeres y no dejaban de cuchichear y mirarlo a él con lo que Andy imaginaba era disimuladamente.

No pudo evitar sonreír con disimulo.

Al principio había pensado en dejar pasar el asunto de Amelia pero no poder quitársela de la cabeza en todo momento le había animado a seguir con el juego que ella había comenzado.

Además, mentiría si dijera que entre sus planes menos ortodoxos se encontraba su intención de llevársela a la cama.

Era la primera vez que una mujer se había acercado a él de esa manera, sin conocerlo, sin saber quién era y cuando él había dicho que haría lo que ella

quisiera, Amelia, volviendo a sorprenderlo, se había negado.

Y Andy tenía demasiada experiencia con las mujeres como para no saber lo que significaba la mirada con la que esa mujer lo devoraba

El juego simplemente le había resultado irresistible.

Y la idea era cuanto tardaría esa mujer en ceder y disfrutar bajo su cuerpo.

La idea le resultaba cada vez más excitante.

Incluso podía imaginársela bajo ese espantoso vestido que evidentemente no era de su talla.

—Vale, ¿qué pretendes? —murmuró ella acercándose tímidamente cuando por fin el grupo de rapaces la dieron algo de libertad.

Aunque era divertido verlas mirar en esa dirección sin nada de discreción, con mucha curiosidad y seguramente fingiendo que ni les interesaba y que todo aquello lo hacían con disimulo.

Andy giró el cuello hacia la mujer y tras detenerse un segundo en sus ojos, bajó descaradamente la mirada hacia su miserable escote.

Había quien no dejaba nada a la imaginación pero lo de aquella mujer era abusar de ser discreta.

—¿El vestido es por el apuro de la ropa de hace un rato?

—¿Qué? —Amelia se miró sin comprender y negó con la cabeza—. No, en realidad, no.

—Vale, no insistiré.

—Bien...

—¿Quieres una copa?

Andy le tendió su propia copa, una que aún no había bebido y Amelia fue a agarrarla pero se detuvo a mitad de camino, como sorprendida por algo y le miró a los ojos muy seria.

—¿Qué haces aquí?

—Si hablas alto alguien nos oirá.

Andy la sonrió y Amelia sacudió la cabeza, confusa.

—Dije que no los engañaría... Yo no...

Andy vio divertido como la mujer se envaraba y su rostro adquiría un tono rojo irresistible.

—¿No me has conquistado? —la ayudó él—. Vamos, creo que sí lo has hecho. Estoy completamente rendido a tus pies.

Amelia puso los ojos en blanco.

—Ya, claro. ¿Y qué fue eso del beso?

—Intentaba que fuera creíble.

—Por supuesto...

—¿Y bien?

La mujer lo miró extrañada.

—Y bien, ¿qué?

—¿Cuándo mi parte del trato?

Al principio Andy vio como ella realmente no comprendía a qué se refería pero poco a poco sus ojos parecieron iluminarse ante la comprensión al mismo instante que su rostro parecía teñirse aún más de rojo y como en un acto involuntario miró hacia donde se encontraban las mujeres que hacía un momento la habían estado interrogando.

—Eso...

—Podemos pedir una habitación en este hotel.

Nunca había estado antes pero no parecía ser un mal lugar...

Andy bajó la mirada hacia ella y se sorprendió de encontrar la expresión de Amelia ensombrecida, como si realmente estuviera teniendo un debate interior.

—No.... —la escuchó musitar, débilmente, mordiéndose el labio—. No pue...

—¿Hm?

No necesitaba realmente oírla para saber lo que estaba diciendo pero aún así la actitud de aquella mujer le suponía un misterio pero no era algo que realmente necesitara saber con urgencia. De alguna manera le resultaba una delicia, algo que estaba dispuesto a saborear lentamente.

Tal vez no tenía tanta prisa.

Siempre había buscado una mujer así, natural, sin importarle quien fuera, alguien que tan sólo se dejaba llevar por impulsos.

Alguien genuino.

Y posiblemente ya la había encontrado.

—Lo siento, pero no puedo.

—Bien, de acuerdo —aseguró él prácticamente sin ninguna pausa tras las palabras de ella.

Amelia levantó la mirada hacia él.

¿Había dolor en su mirada?

—Si quieres delatarme está bien.

—En absoluto. He venido porque he querido, ¿recuerdas?

—Sí, pero...

—Nunca hicimos ningún trato...

—Pero...

—Además —insistió él, ladeando la cabeza para mirarla con una sonrisa —, te recuerdo que te dije que lo que quería era conocerte.

Esta vez fue ella quien lo miró sorprendida, con una expresión que parecía un poco de felicidad, tal vez esperanza y aquello hizo que Andy deseara abrazarla pero se contuvo.

—No puedes hablar en serio —murmuró—. Cuando ellas dicen que soy aburrida, que no tengo espontaneidad y que...

—A mí me pareces todo lo contrario... o debo estar ya muy ciego que no veo ese tipo de defectos en tí.

Amelia sonrió.

—Muy ciego —rió.

Andy le tendió la mano y ella dudó antes de aceptarla.

—Al menos sí me concederás un baile, ¿no?

—No soy muy buena bailarina tampoco.

—Si decides darme una oportunidad... también puedo enseñarte a bailar.

Aún así Andy ya la arrastraba hasta la pista y antes de que ella pudiera rechazar la invitación, la agarró por la cintura y la obligó a seguir sus pasos, consiguiendo que se moviera entre pisotones, disculpas y risas avergonzadas.

Tampoco volvieron a hablar más del asunto mientras Andy conocía a su amiga Ann, alguien mucho más abierta que Amelia y quien no trató de ser muy discreta mientras le hacía señas a su amiga quien no dejó de sonreír nerviosa y darle golpecitos para que se callara.

Cuando finalmente consiguió llevarla hasta casa pese a sus negativas pero engañada por su amiga, no hablaron demasiado por el camino y Andy bajó del coche, acompañándola hasta la puerta.

—Ha sido una noche increíble —aseguró ella en la puerta.

—Sobre todo el baile —bromeó él—. Creo que no olvidaré algo así en mi vida.

—¡Oye! —rió Amelia—. ¡Ya dije que no era muy buena!

—Lo dijiste —aceptó él.

Por un breve instante Andy estuvo seguro que Amelia le invitaría a pasar pero no le dio la oportunidad de que realmente lo pensara, retrocedió varios pasos y se despidió con una sonrisa.

—Espero que volvamos a vernos.

Vio de refilón como ella se mordía el labio y lo veía alejarse pero mientras él se montaba en su coche no pudo evitar echar la cabeza hacia atrás y mirarla una vez más, sonriendo.

Ahora era cuando comenzaba el juego.

Y no dudaba de que ya había ganado realmente.

Capítulo 7

—Si sigo mirando esa cara de tristeza te juro que te golpearé.

Amelia levantó la cabeza y miró a su amiga con expresión lastimosa.

Había pasado más de una semana de la fiesta y desde entonces no había vuelto a ver a Andy.

No es que esperase que él la llamase o algo así.

Y mucho menos que apareciera en su casa pero...

Suspiró amargamente y Ann le dio el prometido golpe en la cabeza.

—Ann...

—Si es por él te juro que te volveré a golpear —amenazó.

—Pero es que me gustaría tanto volver a verlo...

—Te lo advertí.

Ann volvió ya golpearla, esta vez con más fuerza y Amelia hizo una mueca de dolor mientras se llevaba una mano a la zona dolorida.

—Lo sé —murmuró.

¿Tan malo había sido ser precavida?

No, no había sido precavida. Decir eso era engañarse.

En todo momento se había sentido insegura, incapaz de dejarse llevar y cuánto más lo pensaba más se arrepentía de ello pero ya no había vuelta atrás.

—Nunca gané la apuesta.

—Pero la disfrutas, ¿no?

Ann se sentó frente a ella tras pedir un café y puso los codos en la mesa.

—Además tienen razón.

—Eres aburrida, poco espontánea y...

—No hace falta que continúes —gruñó Amelia.

—Sólo comentaba.

—Tenías razón.

Ann sonrió con suficiencia.

—Siempre la tengo pero e está ocasión, ¿a qué se debe?

—Debí aceptar.

—Claro que debiste. Si alguien te gusta, ¿a qué esperas? ¿Crees que los hombres caen a diario del cielo? Que conocieras a ese hombre fue el destino, podías haberle dado una oportunidad y si no funcionaba pues... Cada uno por

su lado.

—Podía ser un psicópata —razonó Amelia sin demasiada convicción.

—Y también Dracula —contraatacó Ann poniendo los ojos en blanco—
¿En qué quedamos? ¿Quieres o no quieres verlo?

Amelia se hizo la remolona.

—Quiero verlo —reconoció.

Ann dio las gracias a la chica que dejó la taza de café sobre la mesa y se la llevó a los labios, saboreando la bebida antes de volver a dejarla sobre la mesa y la miró fijamente.

—¿Entonces a que esperas?

Amelia la miró o sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—Verlo, ve a verlo.

Poco a poco Amelia fue sacudiendo la cabeza y sonrió con tristeza.

—No sé nada de él —se lamentó—. ¿Cómo se supone que lo busco?

—Te equivocas —dijo su amiga en el mismo tono de suficiencia de antes—. Sabes por donde pasa cuando va a correr y por el cuerpo que luce yo diría que es algo que hace con frecuencia.

Amelia la miró sorprendida, notando como se le aceleraba el corazón.

—¿Tú crees que...?

Ann se encogió de hombros.

—No pierdes nada, ¿verdad?

Amelia sólo tardó unos segundos en comprender lo que tenía que hacer y moviendo ruidosamente la silla hacia atrás, se levantó y miró hacia la barra con ansiedad.

—Ya me encargo yo de pagar lo tuyo —dijo Ann con una sonrisa oculta por la taza que se había llevado a los labios.

—Te debo una.

—Sí, sí, pero date prisa que nosotras nos lo encontramos dentro de quince

minutos pasando por allí.

Amelia asintió y se apresuró a salir de la cafetería.

El lugar donde lo habían visto aquel día y no se encontraba muy lejos y Amelia recorrió todo el trayecto corriendo hasta que se detuvo frente a la floristería, con la respiración entrecortada, sudando y un dolor espantoso por culpa de sus zapatos con algo de tacón.

Se apoyó en la pared al lado de la tienda y miró a un lado y otro de la tienda pero mientras pasaba el tiempo no aparecía Andy.

Desmoralizada, tras media hora se apartó de la pared y caminó de vuelta a la cafetería aunque dudaba encontrar allí aún a Ann.

—Me preguntaba cuanto tardarías en volver a buscarme.

Amelia levantó bruscamente la cabeza y se encontró con aquella mirada que llevaba varias noches atormentandola.

Andy se encontraba de pie, frente a un coche negro y las manos en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué...?

—Sabía que me buscarías —aseguró él con su habitual sonrisa capaz de dejar a alguien sin aliento.

—Eso... —Amelia notó como se sonrojaba pero no iba a huir más—. Quería verte —reconoció.

La sonrisa de Andy se ensanchó y se apartó del coche, caminando lentamente hacia ella y tras un segundo de pausa la estrechó entre sus brazos y la besó dulcemente en los labios.

—¿Más apuestas? —dijo él divertido.

Amelia puso los ojos en blanco

—Nada de apuestas.

—Entonces eso significa que aceptas una cita, ¿no?

—Bueno...

—¿O prefieres que pasemos directamente a la habitación de un hotel?

Amelia le miró azorada.

—¿No podemos conocernos un poco antes? —protestó sin energías.

Sabía que si él insistía terminaría yendo voluntariamente a esa habitación de la que hablaba.

—Oh, claro, no hay inconveniente —y la miró y con más atención, entrecerrando los ojos mientras una nueva sonrisa perfilaba sus sensuales labios—. ¿Entonces que te parece si corremos un rato juntos?

—¿Qué?

Amelia dudaba poder correr de nuevo con esos zapatos.

—Parece que realmente te encanta correr con ese tipo de ropa... Tal vez yo también debería probar...

Amelia sacudió la cabeza espantada.

No sabía que le parecía peor. Si volver a correr con esos zapatos o ver a ese hombre correr con traje.

—¿Qué tal si mejor nos cambiamos de ropa? —sugirió.

Andy se echó a reír y tiró de ella, llevándola hasta el coche.

—Por supuesto. Te llevaré a tu casa para que te quites la ropa.

Amelia enarcó una ceja y no pudo evitar echarse a reír, dejando que Andy tirara de ella.

—Oh, bueno —rió— posiblemente también necesite ayuda para quitármela.

—Entonces soy el más indicado para ayudarte con eso.

Los dos rieron y Amelia dejó que él volviera a besarla antes de abrirle la puerta y ayudarla a subir a su coche.

FIN

AMOR POR ACCIDENTE

Krista.E.Mollet.

Capitulo 1

Anny cruzó las piernas nerviosa y sonrió tímidamente mientras esperaba en la sala de espera, con la familia reunida del hombre al que acababa de atropellar y que no dejaban de lanzarle miradas entre la furia y el rencor.

Ya había hablado con la policía, incluso había entrado con él en un ataque de pánico... pánico al comprobar que se había abalanzado con el coche sobre el hombre equivocado.

Desde hacía dos semanas, Anny había estado desempleada, sin trabajo por culpa de su jefe que literalmente la había echado del trabajo con excusas incoherentes, pero aceptadas ya que era el hijo del jefe, para meter en su lugar a una bonita y exuberante mujer que parecía tener más pecho que inteligencia, pero que posiblemente fuera un análisis prematuro hacia la mujer por culpa de la rabia y el resentimiento.

Entre Samuel y ella nunca había habido un trato diferente al profesional, nunca se habían preguntado como se encontraban, ni siquiera cuando ella lo había visto cabizbajo con las manos en la cabeza al entrar en su despacho a entregarle algo o para avisarle de una visita. No entraba dentro de lo que ella entendía como secretaria el interesarse por su vida privada o sentimental y, por supuesto nunca había permitido que la viera como una mujer, al menos no en el sentido de que pudiera malinterpretar una sonrisa o un gesto... pero hasta el momento que Samuel le había anunciado su despido por alguien más cualificado, Anny hubiera jurado que su trabajo era excepcional, en todos los sentidos y su aspecto siempre perfecto. Le gustaba vestir a la moda y

simplemente se había abstenido de usar sugerentes falditas u otras prendas más llamativas.

¡Pero la cuestión es que la habían echado! ¿Y cómo seguía pagando ahora el alquiler del piso? En una desesperada idea había ido a ver a Samuel para que considerara la idea de volver a contratarla, pero encontrárselo abrazado besuqueando a su nueva secretaria mientras le metía la mano debajo de su cortísima falda... No se acordaba muy bien qué era lo que había hecho pero habían terminado llamando a seguridad y la habían echado de patitas a la calle.

Humillante, sí, y después de rumiar lo sucedido en casa, de hablarlo con las paredes y dejar que la rabia le nublara la razón, no se le había ocurrido otra cosa que vengarse, atropellándolo a la salida del trabajo, a la dos menos tres minutos como siempre salía del edificio de oficinas.

El resultado había sido ese, aparte de desastroso, se encontraba fichada por la policía como intento de homicidio y posiblemente estaba siendo odiada por los miembros de la numerosa familia de su víctima.

¿Pero cómo iba a saber ella que Samuel no era el único hombre que saldría a las dos menos tres minutos? ¿Tanta gene rara había en el mundo? ¿O era casualidad? Lo peor era que Samuel no había aparecido por ningún lado al final.

¡Y ella iba a pasar el resto de su existencia en la cárcel!

Irónicamente, sus preocupaciones habían pasado de no tener trabajo y poder perder su piso a sufrir el resto de su vida dentro de una prisión. ¿En qué había estado pensando?

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

Anny parpadeó, mirando a la que suponía era la madre de su víctima, más que nada porque era quien peor parecía haberse tomado que alguien hubiera atropellado al hombre de quien no conocía ni su nombre.

—Ah... Anny....

—Anny —repitió la mujer y Anny sintió un estremecimiento por la manera

que ella lo dijo.

Iba a ser duro estar ahí mientras alguien les avisaba como había ido la operación, pero Anny necesitaba saber si la denunciarían por intento de asesinato o por asesinato. No entendía mucho de leyes pero imaginaba que una cosa sería diferente a la otra.

—Fue un accidente, lo siento —dijo con un nudo en la garganta.

Veía su futuro muy negro... y nunca mejor dicho.

La mujer resopló con fuerza y se llevó un pañuelo a la boca para controlar los sollozos y una mujer y el que Anny supuso era su marido y padre de la víctima, acudieron a ella corriendo.

—Tranquila, mamá, Neil saldrá bien; es muy fuerte.

Y eso era exactamente lo que ella esperaba; que saliera bien o se convertiría automáticamente en una asesina. Tampoco había pretendido matar a Samuel, solo darle un susto... ¡Era una asesina!

La mujer le lanzó una nueva mirada cargada de odio en sus llorosos ojos y se apoyó en su marido.

Durante algo más de una hora, Anny esperó tan impaciente como el resto de la familia y puede que peor que ellos, ya que no compartieron con ella lo que el médico fue a decirles a lo largo de la hora, y tampoco ayudó que la madre de Neil se pusiera a llorar con más fuerza y acudieran de nuevo en su apoyo, susurrando algo mientras lanzaban furtivas miradas en su dirección.

—Genial —murmuró, echando un vistazo a los dos policías que habían permanecido vigilándola para que al único lugar al que pudiera acudir fuera la comisaría—. Derecha a prisión.

En ese momento apareció una vez más el médico y Anny se apartó de la pared en la que estaba apoyada y se acercó un poco para escuchar aún más aterrorizada al médico.

—Ya está despierto, aunque la anestesia ha sido local, preferimos que no sea molestado mucho... las visitas.

—¡Este muchacho siempre igual! —protestó la mujer, cruzándose de

brazos.

—Pero Bety, eso significa que está bien.

Y que ella no era una asesina. Se llevó una mano al pecho y suspiró aliviada.

—Cualquier cosa con tal de no ver a su familia.

—Tal vez no deberías agobiar tanto al niño.

—¡Al niño un cuerno! Ya tiene treinta y cinco años! ¡Ya está muy crecído!

Anny escuchó la discusión familiar entre la congoja y el alivio y se adelantó unos pasos, carraspeando disimuladamente para hacerse notar y todos se giraron para mirarla, callándose bruscamente.

—¿Eres la del accidente?

Al menos fue el médico quien habló.

—Eh... Sí.

Era bastante desagradable tener todas las miradas fijas en ella, por lo general hostiles, pero Anny se mantuvo lo más derecha que pudo. Era complicado dar una explicación y más cuando una disculpa estaba de más, pero al menos su víctima parecía estar más que vivo y sin posibilidades de morir. ¿Por qué no se lo habían dicho antes? Se habría ahorrado una buena dosis de ansiedad sobre la posibilidad de convertirse en una asesina y podía haber gastado todas esas energías en preocuparse en lo que iba a hacer cuando tuviera que enfrentarse a la justicia. ¿podría alegar demencia momentánea? Era obvio que esa familia quería destrozarla y por las pintas que tenían imaginaba que podían permitirse un buen abogado... algo que ella no, y menos desde que Samuel la había despedido.

—El paciente, el señor Neil Dawman ha preguntado por ti.

Capítulo 2

Anny abrió la boca para decir algo sin pensar, pero la volvió a cerrar cuando escuchó el bufido de la madre de Neil y giró el cuello hacia ella. La mujer ya ni la miraba, sino que tenía toda su atención en el médico, con los brazos cruzados y expresión de estar a punto de matar a alguien.

—Va a ser difícil salir de esta —musitó Anny en voz muy baja para que nadie pudiera escucharla.

—¿No acabas de decir que está débil y es mejor que no reciba visitas?

El médico sonrió con paciencia.

—Sí, lo he dicho.

La mujer volvió a bufar.

—¿Y ella puede entrar pero su familia, ¡su madre! no puede?

El médico se mantuvo sereno pese a que el tono y la expresión de la mujer se hicieron más peligrosas.

—Señora Dawman, relájese, no he dicho en ningún momento que no pueda ver al paciente, solo que moderen las visitas y la cantidad de personas a la vez

—Hizo una pausa con una nueva sonrisa—. Además, él ha pedido que entre ella primero.

La mujer volvió a bufar.

—Ha intentado matarle y ella puede verlo primero. ¡Es el colmo!

—No intentaba matarle —se defendió Anny por octava o novena vez. Ya ni se acordaba—. Fue un accidente.

A quien había intentado matar era a otro. Pero ese no era el mejor momento para decirlo en voz alta. Posiblemente era mejor no decirlo nunca en voz alta.

—¿Me acompañas?

El médico señaló con una mano la puerta de la sala de espera y Anny se apresuró a salir de allí, segura que se lanzarían contra ella en cualquier momento si permanecía dentro mucho más tiempo.

—Está bien, ¿verdad?

—No va a morir —aseguró el médico—. Perdió el conocimiento por el golpe en la cabeza pero tras las pruebas y la recuperación de consciencia, eso no le traerá ningún problema. Lo peor es el brazo. Tardará un tiempo en volver a usarlo. Pero nadie se muere de algo así.

Se detuvo frente a una puerta y antes de abrirla volvió a girarse hacia ella.

—La policía me ha pedido un informe y han pedido hablar con Neil —dijo suavemente—. Cuidado con lo que dices adentro.

Y abrió la puerta, dejándola entrar antes de cerrarla a su espalda.

Sin sangre, Neil era un hombre apuesto, incluso con un a gran escayola en el brazo y varios vendajes por la cabeza y el pecho desnudo. Su cabello rubio caía por debajo de su cuello y sus ojos celeste la miraban con una pizca de arrogancia.

Automáticamente, Anny supo que no se llevarían bien.

—Así que eres tú quien ha intentado matarme.

Anny puso mala cara y se acercó vacilante hasta el borde de la cama, recordando las palabras del médico de que tuviera cuidado con lo que decía, ¿habría alguna posibilidad de que pudiera salir de esa sin que la encerrasen en la cárcel?

—Fue un accidente —repitió una vez más. Llevaba repitiéndolo tantas veces que comenzaba hasta a creérselo ella.

—Muy desafortunado, al menos para mí.

—Lo siento —dijo a regañadientes, sosteniéndole la mirada sin ningún problema—. ¿Vas a presentar cargos?

—Me has atropellado en lo que a mi me ha parecido que era un atropello intencionado, ¿crees que debería presentar cargos? Es evidente que si no hago algo al respecto igual la próxima vez no tengo la misma suerte, ¿no te parece?

—No sé de lo que me estás hablando.

Maldita sea, vaya que si lo sabía. Y todo por un maldito error.

—Dime, ¿cuál es el problema que tienes conmigo? —Anny enarcó una ceja. Para ser alguien que acababa de ser operado, su capacidad cerebral estaba de auge. Neil se sentó en la cama y se colocó con esfuerzo, usando una sola mano, la almohada en la espalda—. Pensaba que igual eras una amante furiosa, pero no te conozco, así que no parece ser el caso.

Una ex amante querría decir ese despreciable presuntuoso. Anny respiró con fuerza y se recordó, con esfuerzo, que intentaba evitar pasar un largo

tiempo en prisión.

—No soy una amante despechada —No tenía un gusto tan retorcido en hombres, aunque admitía que tenía un puntazo aquel hombre. Su musculoso cuerpo, su piel bronceada, su mirada... su arrogancia innata, el tono de su voz... ¿en qué estaba pensando?—. Es más, es la primera vez que te veo.

—¿Entonces qué problema tienes conmigo?

—Ninguno.

—¿E intentaste atropellarme porque...?

Anny respiró con fuerza y tras unos segundos de reflexión en los que ninguno de los dos apartó la mirada, dijo:

—No era a ti a quien quería atropellar.

Ya está; ya lo había dicho. Que ahora sucediera lo que tuviera que suceder.

—¿No era yo? —su voz no cambió—, ¿entonces a quién querías atropellar?

Anny volvió a respirar con fuerza.

—A mi jefe.

Neil la miró sorprendido.

—¿Acoso?

—Me despidió.

—¿Querías matarlo porque te despidió?

Anny miró a su alrededor y se acercó a una de las sillas acolchadas que había en un extremo de la pared y la acercó a la cama, sentándose a su lado.

—Necesitaba el trabajo, él lo sabía, me usó mientras el negocio no era bueno, y ahora me cambió por una secretaria con quien comparte también la cama. ¿No tengo derecho a estar furiosa?

Neil se movió incómodo y trató de ajustarse mejor las almohadas de la espalda, haciendo una mueca de dolor.

—Tienes derecho —dijo él con una sonrisa arrebatadora—, pero matarlo...

—¡No pretendía matarlo! Solo quería asustarlo un poco... pero se me

escapó de las manos y al final... resultó esto.

Su voz fue apagándose poco a poco y se quedaron en silencio hasta que Neil se echó a reír.

—Vale, lo siento —terminó él, tratando de dejar de reír pero conteniendo mal la risa—, pero recuérdame que nunca se me ocurra contratarte.

Anny apretó los dientes con fuerza.

—¿Vas a mantener la denuncia?

Neil dejó de reír completamente y esbozó una sonrisa tan arrogante como su mirada, pasándose la mano para apartarse el pelo de la cara.

—Me caes bien...

—Gracias.

Anny suspiró aliviada. Después de todo iba a salir ilesa de toda esa historia.

—No me las des aún —aseguró él manteniendo la sonrisa y la mirada fija en ella—. Habrá un precio.

Demasiado bonito para ser verdad después de todo. Anny controló la ira y apretó los puños sobre sus pernas para morderse la lengua.

—¿Qué precio? Te recuerdo que no tengo trabajo y no dispongo de dinero.

Era obvio que nadie intentaba atropellar a quien le ha despedido si se bañaba en billetes.

—Según tengo entendido, mi encantadora familia está fuera... —parecía disgustado—. Y como verás esa situación es por tu culpa.

Trató de mostrar la escayola.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Los mando fuera?

Neil sonrió con desden.

—Has conocido a mi madre, ¿verdad?

Desafortunadamente...

—Sí, estaba en la sala de espera, con el resto de tu familia... Muy preocupada.

—Seguro que lo estaba —¿Había amargura en su voz?—Y dime, ¿crees

que podrías echar a una mujer así solo pidiéndoselo?

Anny enarcó una ceja y guardó silencio un momento.

—Posiblemente no.

—Ni tú ni nadie —aceptó Neil con un suspiro, volviendo a acomodarse torentemente las almohadas—. Pero necesitaré ayuda durante pase w1 tiempo de esto —levantó el brazo escayolado—. Y ahí es donde entra tu precio.

Anny volvió a ponerse a la defensiva, pasando de mirar la escayola a mirar sus ojos.

—¿Y es...?

—Diremos que no fue un intento de asesinato —sonrió divertido y Anny se recordó que no quería pisar la prisión—. Tú eres mi novia, mi pareja más correctamente. Vivimos juntos y lo sucedido fue una negligencia de ambos. Ya se me ocurrirá algo. Y tú me cuidarás ese tiempo, así que mi madre tendrá que mantenerse lejos de mi casa y yo me ahorraré sus cuidados. Estoy seguro que te puedes hacer una idea de lo que estoy hablando.

Anny pasó eso por alto y decidió centrarse en la parte más importante, o la única importante, al menos para ella, y miró alucinada a Neil, esbozando una sonrisa que no sabía muy bien qué transmitía.

—Estás de broma, ¿verdad?

—¿Tengo cara de estar de broma?

Anny respiró con fuerza y se cruzó de brazos, sin dejar de mirarlo en ningún momento.

—La respuesta es no.

—Bien —aceptó Neil sin inmutarse—. Si yo tengo que estar varios meses soportando los agobiantes cuidados de mi madre, yo seguiré con la denuncia. No sería muy razonable que solo yo tuviera que sufrir las consecuencias de tus actos, ¿no te parece?

Anny se levantó bruscamente, echando la silla hacia atrás y ésta cayó al suelo, haciendo un ruido seco.

—Por mí te puedes pudrir en el infierno.

—Nos pudriremos los dos.

Anny bufó y se dio la vuelta, pero cuando llegó a la puerta y agarró el manillar, se detuvo y lo apretó con tanta fuerza que sintió dolor en la mano y con rabia abrió la boca.

—¿Y qué tendría que hacer? —murmuró, conteniendo mal la rabia, sin darse la vuelta.

Maldita sea, maldita sea....

—Lo típico —dijo él en un tono que hacía que Anny apretara con más fuerza el manillar—. Vivirás conmigo, así que, darme de comer, ayudarme a bañarme y vestirme, llevarme al trabajo... —¿Quería una novia o una sirvienta?—. Y, por supuesto, me complacerás en la cama.

Capítulo 3

Neil escuchó a medias a su madre, algo sobre lo mal hijo que era, lo poco que se juntaba con su familia, lo denigrante que había sido por su parte que se ocultase la existencia de Anny. ¡Incluso viviendo juntos! Se había llevado dramáticamente la mano a la boca como si hubiera estado llorando. Un drama muy bueno, por supuesto, pero conocía a su madre desde hacía más de treinta años y ya hacía varios años que había entendido que la mujer que tenía frente a él, perfectamente arreglada y con olor a jazmín, era puro hierro; sin corazón diría sino hubiera sido porque sabía que quería a su familia con locura, demasiado tal vez, al punto de la obsesión y con claras dosis dispuesta al agobio si se le permitía. Ese era el motivo por el que él había decidido limitar sus visitas y llamadas... hasta ahora.

Desde el accidente era imposible evitarlos. Se habían pegado a él como si quisieran compensar el tiempo que había estado evitándolos y no había tenido un instante de paz, aunque la presencia de Anny había ayudado bastante, muy forzada al principio, sobre todos cuando todos se enteraron de que era su pareja y llevaban varios años viviendo juntos. Habían pasado de la sorpresa a la negación y después a los reproches. Incluso le habían llegado a preguntar si tenían algún hijo y también se le había pasado comentarlo. Su madre, por

supuesto, había hecho alarde de su habitual acidez y lengua viperina.

—¿Me estás escuchando?

Neil apartó de mala gana la mirada de Anny que increíblemente voluntariosa, desde el primer encuentro con su madre al llegar a su piso tras el alta en el hospital, se había puesto a pasar el aspirador por toda la casa, tomando especial interés en ponerlo a toda potencia cuando llegaba al salón.

—¿Qué decías?

Su madre farfulló algo y giró el cuello para lanzarle una significativa mirada a Anny, quien evitó encontrarse con su mirada, girándose completamente hacia el otro lado.

—¿No puede pasar el aspirador en otro momento?

—¿Por qué no se lo dices tú? —la desafió Neil, señalando a su supuesta novia con la cabeza, quien, aunque pretendía no escuchar nada, le lanzó una airada mirada; una de tantas, ya que desde que había aceptado su propuesta, no había dejado de mirarle con ira.

Era uno de tantos aspectos que iba conociendo de ella y que le gustaba disfrutar provocándola. Estaba bastante guapa con el ceño fruncido, soportando sus exigentes e infantiles mandatos y también discutía mucho, por todo, aunque se mantenía callada y con una falsa sonrisa cada vez que llegaba alguien de su familia, a excepción de su madre, con quien tras varios intentos por ser amable y de demostrar una paciencia admirable, había terminado explotando y discutía como si fueran suegra y nuera de verdad.

Neil había llegado a escuchar barbaridades en sus discusiones, incluso al punto de declarar cada una de ellas sus derechos sobre él. Anny se había metido tanto en su papel que él no había podido evitar recordarle sus derechos maritales, algo que una caliente Anny le había soltado que si llegaba a tocarla le estamparía los cinco dedos de la mano en su perfecta piel de la cara. Después lo había echado para prepararse su cama improvisada en el sofá.

Anny había dejado bien claro que no tenía intenciones de acostarse con él. De ninguna manera, había dicho ella exactamente y hasta había asegurado que

prefería pasar el resto de su vida en prisión antes de tener sexo con él.

Neil se había reído y había dejado estar el tema, sin darle muchas vueltas, pero no negaba que tras esas semanas, lo que había pretendido ser una broma no se había convertido en algo mucho más real.

La deseaba.

Esa era la palabra. No era la primera vez que imaginaba inclinándose para besar su piel blanca que sobresalía en su cuello, apartar aquellos cabellos trigo y deslizar sus manos por aquellas formas que se abultaban tras la ropa.

No solo eso, la quería en su cama, bajo su cuerpo, y quería hacerle el amor.

Pero su inicio no había sido el más adecuado para hablar de algún tipo de relación más íntima. Y también sabía que él no se hubiera fijado en ella antes si no se hubiera visto obligado a hacerlo tras el accidente. Habían estado trabajando juntos durante años, en el mismo edificio de oficinas, en varias puertas de distancia y estaba seguro que debían de haber coincidido en algún momento, pero solo tenía un vago recuerdo de ella. No es que no fuera guapa, simplemente no destacaba.

—¿Me estás escuchando?

Neil volvió a mirar a su madre, la expresión de mal humor que se le había implantado en la cara e inclinó la espalda hacia él.

—A ella la ves todo el día, Neil, al menos podrías hacerme un poco de caso cuando vengo a verte.

Neil percibió que Anny se agachaba y ponía mayor potencia en el aspirador.

—Lo siento, madre...

La mujer volvió a bufar.

—¿No tenías una empleada que te hacía las labores?

—Eso...

Realmente la seguía teniendo; Anny también se había encargado de ponerla en su lugar, siguiendo con el juego de ser su pareja y habían decidido que se

tomara un tiempo de vacaciones, ya que Berta conocía bastante bien su solitaria vida y era un peligro que hablase con su madre y revelase la verdad.

—¿Ya no viene?

—Como ves, Anny es una perfecta ama de casa.

Cuando le interesaba, por supuesto.

—Pero tengo la impresión de que siempre se pone a pasar el aspirador cuando vengo yo.

Era bastante evidente, desde luego, pero aunque no lo habían hablado, suponía que a Anny le importaba poco que lo fuera.

—¿Tú crees?

—Además, no entiendo por qué ella no trabaja...

Neil también se sobresaltó cuando el aire del aspirador le dio directamente en la cara y volvió a mirar a la furiosa Anny, que bajaba en ese momento el aspirador y lo detenía con un pie, lanzándolo al suelo y se enfrentó a ellos con las manos en las caderas.

—No trabajo porque no quiera, señora.

Y el tema del despido la seguía irritando a pesar de que el tiempo seguía pasando, algo que había empezado a preocuparle a Neil. ¿Con su jefe mantenía únicamente una relación física? Esa obsesión porque la hubieran sustituido por una mujer con quien se habían liado era un poco sospechosa, al punto que le molestaba la idea de que hubiera tenido una relación con el hombre que trabajaba tan cerca de él.

—Si quieres trabajar, deberías salir y buscar uno. ¿En qué estás especializada? Puedo ayudarte, tengo muchos contactos.

Anny se mantuvo callada y lo miró de reojo. Posiblemente se moría por tragarse su orgullo y aceptar la ayuda de su madre, pero ellos ya tenían un acuerdo y dado que su madre haría cualquier cosa con tal de que Anny se encontrara fuera de la casa cuando ella llegaba... o peor aún, posiblemente así ella podría estar allí todo el día y ocupar el lugar de Anny.

—Mamá —intervino él con un suspiro moviendo la espalda para coger una

mejor postura—. Necesito a Anny. Ella ya está buscando un trabajo solo porque le apetece trabajar y no estar todo el día en casa, pero no olvides que no necesita trabajar.

—¡No digo que lo necesite! Pero es joven y evidentemente se aburrirá en casa todo el día.

—No creo que eso te preocupe mucho.

—Me preocupe o no, tengo derecho de decir lo que quiera, ¿no?

—Hablar puedes, pero no de mí.

Su madre bufó y Neil carraspeó para intervenir, pero las dos le miraron furioso.

—Ya vale. Me está doliendo mucho el brazo y también conseguiréis que tenga dolor de cabeza.

Intentó ajustarse los exagerados almohadones que su madre le había puesto cuando había llegado y las dos se adelantaron a ayudarlo, lanzándose miradas de advertencia.

—¿Te importa? —soltó Anny de mal humor, arrancándole el cojín de las manos a su madre y comenzó a quitar algunos de los que aún seguían en su espalda—. Creo que con esto también terminará con dolor de espalda.

Su madre bufó y comenzó a quitarle los cojines a Anny y a volver a ponérselos a él en la espalda.

—¡Me van a decir ahora qué es lo que necesita mi hijo! ¡Es lo que faltaba!

—Madre, por favor —la cortó Neil, quitándole los cojines y dándoselos a Anny que sonrió victoriosa a la huraña de su madre—. Ella ya sabe lo que me gusta y para ser honestos, e gusta ser mimado y cuidado con ella.

La expresión de su madre fue un poema, pero la de Anny no fue peor. Había ensanchado la sonrisa y ni siquiera se apartó cuando Neil se atrevió a pasar una mano por la parte de atrás de su cuello y le acercó la cara, besándola suavemente en los labios sin que ninguno de los dos llegara a cerrar los ojos.

—¡Ya vale! Si lo que queréis es que me vaya, me voy, pero deberíais tener

un respeto. ¡Soy tu madre, no una amiga de la calle!

Les lanzó una mirada molesta a los dos y se levantó, cogiendo el bolso antes de alejarse hasta la puerta y cerrarla con un portazo.

Capítulo 4

Anny esperó a oír la puerta para apartarse de Neil tras terminar de acomodarle los cojines en su espalda.

En más de una ocasión lo que había deseado era apretar su brazo herido hasta escucharlo suplicar, gritar de dolor y ver una expresión de agonía en su rostro. Era lo que quería y más desde que había comenzado a darse cuenta que el hombre arrogante que le había obligado a servirle de criada y novia ante su familia, era un hombre bastante amable, incluso había comenzado a disfrutar de sus comentarios sarcásticos y sus sonrisas traviesas. Le gustaba su compañía y hasta disfrutaba de esos momentos tranquilos donde disfrutaban de una cena o un desayuno. Incluso esas películas a su lado, riendo o comentándolas mientras comían palomitas o aperitivos habían empezado a ser especiales y mientras pasaba el tiempo temía que esa comodidad se transformara en algo más... un sentimiento que no se iría tan fácilmente una vez Neil se curara y tuviera que dejar la casa.

Y llevaba peor la retorcida idea de Neil de que le ayudara a bañarse. Había asegurado que le costaba mucho asearse con una mano. Al principio, Anny había aceptado, con aires mientras lo trataba como a un completo inútil y no dejaba de decirle lo que tenía que hacer. Más bien había hablado tanto porque pese a que no era el primer hombre al que veía desnudo, ni siquiera era el segundo, el impresionante cuerpo desnudo de Neil le había incomodado bastante y había tratado de mantener su mente ocupada en otra cosa, sobre todo en otra que no fuera su flácido miembro entre sus piernas.

Pero ahora comenzaba a sentirse mal cada vez que lo tocaba... y suponía que la próxima ducha iba a ser un infierno si un simple beso, dado para despistar a su madre, le había perturbado de esa manera.

—Iré a preparar la cena.

—Aún es pronto —Neil la detuvo, agarrándola del brazo y tiró de ella, acercándola a sus piernas—. Quédate un rato conmigo.

Anny miró sus ojos celeste desde arriba y soltó su brazo. Puede que comenzara a gustarle, puede que terminara amándolo, pero no pensaba convertirse en su desahogo sexual ahora que no podría llamar a alguna de sus amigas o amantes o aquello que un hombre así no dudaba que tuviese aunque no quisiera comprometerse con alguna novia. Ni aunque lo deseara como lo hacía en ese momento. Era una mujer adulta y sabía controlar sus impulsos.

—Mejor haré la cena. Cuando tienes hambre te vuelves insoportable.

Se dio la vuelta y se encerró en la cocina, abrió el frigorífico y mientras sacaba algo de carne, apoyó la cabeza en la puerta del frigorífico, agradeciendo sentirlo frío y algo húmedo.

—¿Qué estás haciendo?

Anny se apartó sorprendida de oír la voz de Neil a su lado y cerró la puerta del frigorífico sin girarse.

—Nada, como ves.

Se acercó a la encimera y agarró un cuchillo, cogiendo una zanahoria con otra mano.

—¿No puedes dejar eso para otro momento?

—Imposible —dijo Anny dispuesta a no girarse y mirarlo—. Cuando su alteza tenga hambre, es mejor que tenga hecha la comida.

—Tengo hambre de otra cosa, Anny —Anny sintió como los brazos de Neil la rodeaban la cintura y se giró con el cuchillo en alto, encarándose a un sonriente Neil que no dudó en soltarla.

—Vale, vale, lo que tú digas —se llevó la mano sana a la cabeza, sin dejar de sonreír y caminó hasta la salida—. ¿Espero a que termines para darme una ducha?

—Báñate solo —soltó Anny de mal humor, girando de nuevo la cabeza. No iba a ayudarlo. No esta vez; ese juego se terminaba. Para ella ya había dejado de ser un juego y si continuaba terminaría quemándose. Era suficiente de todo

aquello—. Apáñatelas solo y búscate a alguien más. Además, tengo suficiente con hacerte la cena. ¡No soy tu criada!

Anny esperó a que Neil dijera algo, que se lo ordenase o, incluso, que la arrastrara al cuarto de baño como ya había hecho las primeras veces cuando ella se negó a ayudarlo a lavarse, pero lo único que escuchó fue como se cerraba la puerta de la cocina y como los pasos de Neil se alejaban por el pasillo.

Furiosa, Anny dejó el cuchillo sobre la encimera y apoyó las manos en ella, agotada.

—No puedo más con esto.

Suspiró decaída y casi dio un salto cuando escuchó el sonido del móvil y fue a cogerlo al salón, asegurándose de escuchar el sonido del agua que provenía del cuarto de baño y agarró su móvil, comprobando que Morgan, su amigo ahora y un antiguo novio hace años era quien llamaba.

—¿Morgan?

¿Ocurría algo? Llevaban más de ocho meses sin verse y por lo general nunca se llamaban, sino que se veían casualmente en la calle e iban a tomar algo. Que la llamase ahora...

—Ey, nena, ¿qué es de tu vida?

¿Una mierda?

—Bien... ¿ocurre algo, Morgan?

—Fui a buscarte al trabajo, pero no sabía que te hubieras cambiado de trabajo.

Anny se sentó cansadamente en el sofá y arrugó en la mano un papel que la madre de Neil había dejado olvidado. ¿Cambiarle? Ella no se había cambiado de trabajo, la habían despedido ¡Despedido! Y lo que tenía ahora no era un trabajo, era una explotación.

—Ya no trabajo allí, pero aún no me has dicho para qué me buscabas.

—Tenemos que hablar. He estado pensando y me preguntaba si nos podríamos darnos una oportunidad... nos llevamos bien y siempre hemos sido

compatibles. Además, ¿no crees que ya es hora de formar una familia?

Anny se quedó completamente en blanco y tras unos segundos comenzó a reír como una histérica.

—¿Eres idiota? Has vuelto a dejarlo con tu novia, ¿no?

—¿Qué te hace pensar en eso? Además, lo digo porque sé que aún me quieres.

Anny siguió riendo pero sin tantas ganas. Estaba harta que todos creyeran que podían decir qué era lo que pensaba o no.

—Morgan, en serio, tu egocentrismo apesta —¿No había tenido ya bastante de sus infidelidades? Ya ni recordaba cuando había dejado de quererlo como para plantearse reiniciar una relación con él... no... bastante tenía con el hombre que se estaba dando una ducha en ese momento y constantemente te le desviaba la atención a ese punto—. Ni en sueños volvería a salir contigo como para pensar en hacer una familia. De gente así ya he tenido suficiente con el estúpido de mi exjefe —y de quien era culpa la situación en la que se encontraba—, así que intenta resolver tus problemas por una vez sin inmiscuir a nadie. Deberías pensar en hacerte un hombre.

—¿No estás siendo un poco dura conmigo?

Anny bufó.

—Tengo muchas cosas que hacer, anda y ve a morir a otro lado.

No dejó que Morgan terminara de hablar; le colgó el teléfono y suspiró dramáticamente antes de girarse, dando un vuelco cuando vio a Neil detrás de ella, con el pelo empapado y el albornoz a medio atar. Varias gotas caían por su pecho y se deslizaban al interior de la tela.

—¿Tu novio?

Anny hizo una mueca, apartando la vista de la piel desnuda del hombre.

—No seas ridículo tú también. Si tuviera novio hace ya semanas que me hubieras fastidiado la relación. ¿O crees que hay algún hombre en el mundo que soporte que su novia viva con otro tío y que ni siquiera lo vea a él. ¡Y ya no hablemos del sexo! ¡Mierda! ¡Estaba frustrada sexualmente y la culpa la

tenía el hombre que tenía delante.

Neil siguió frotándose el cabello con la toalla que tenía en la mano y la observó con una sonrisa traviesa.

—No hace falta que te pongas así, lo sabes, ¿verdad? Si necesitas algo, yo estoy dispuesto a cubrir cada una de tus necesidades.

Anny lo miró como si pretendiera asesinarlo y después se dio la vuelta, furiosa, caminando de vuelta a la cocina y esta vez se llevó el teléfono con ella.

—Tienes suerte que esta vez no tenga el cuchillo en la mano.

La risa de Neil la acompañó al interior de la cocina.

Capítulo 5

Neil no volvió a pedirle que le ayudara a ducharse y Anny tras unos días de alivio, comenzó a ver esa actitud mucho más agobiante que la anterior.

La actitud de Neil no había cambiado especialmente. Mezclaba esa amabilidad con un leve distanciamiento y Anny había comenzado a creer que Neil simplemente intentaba evitarla, o evitaba tocarla, ya que desde ese día no habían vuelto a tener ningún tipo de contacto.

También había empezado a trabajar de nuevo y ella se veía obligada a acompañarle a su oficina, la misma donde ella había estado trabajando, a unas puertas de distancia y algunas veces había escuchado las voces de Samuel y su nueva secretaria en varias ocasiones pero no había llegado a verlo directamente nunca, incluso había tenido suerte al entrar y salir del ascensor, o puede que esa suerte hubiera venido de subir y bajar las escaleras.

Neil se había reído de ella, por supuesto, pero Anny había terminado por ignorarle y había aceptado de buena gana las labores que Neil le había dado para que se ocupase mientras le esperaba. Prefería trabajar a estar sin hacer nada, siempre prefería ocupar la cabeza en algo que no fuera Neil, porque últimamente lo único que parecía haber en su cabeza era ese maldito hombre.

—¿Tienes un segundo, Anny?

Anny levantó la cabeza de la pantalla del ordenador y se quitó despacio

las gafas, percibiendo la hostilidad que emanaba de Adriana. Desde que había aparecido el primer día, esa mujer había sido la única que no había visto bien su presencia junto a Neil. Anny suponía que la mujer, por la cercanía con la que se veía con Neil, que había esperado convertirse en algo más que una amiga o una compañera de trabajo, algo que por la actitud de Neil, Anny confiaba que no fuera a ser nunca así.

—¿Qué ocurre? —respondió a la defensiva, dispuesta a enseñar las uñas si era necesario.

Puede que Neil no la hubiera presentado como novia dentro de la oficina, pero a menos que él le dijera lo contrario, se suponía que los dos seguían con esa farsa y si tenía que usarla a su beneficio... solo esperaba que Neil la respaldara y no la dejara como mentirosa, algo que le haría mucho más daño del que ella quería creer.

—¿Desde cuando conoces a la madre de Neil?

Esa familiaridad con la que se refería a Neil y a su familia la molestaba, pero Anny tenía el tacto de morderse la lengua, incluso ignoró la manera con la que Adriana se cruzó de brazos.

—¿La madre de Neil?

¿Cómo sabía ella que conocía a la madre de Neil? ¿Se lo habría dicho Neil? Pero no tenía mucho sentido, y más si tenía en cuenta que aquella mujer no parecía saber lo que les relacionaba a Neil y a ella.

—Ha venido a buscarte.

—¿Qué? —Anny se puso de pie de golpe y dejó caer algunos sobres que tenía en el filo de la mesa y miró espantada hacia la puerta del despacho de Neil—. ¿Neil sigue reunido?

Adriana se encogió de hombros sin cambiar la actitud.

—¿No eres tú siempre la que está pegada a él? lo sabrás mejor que nadie.

Anny enarcó una ceja y volvió a morderse la lengua esta vez con más fuerza.

—¿Dónde está? —preguntó, mirando a su alrededor.

—En la sala de espera. No le ofrecí nada —añadió entornando los ojos—. No sabía si iba a quedarse o no mucho tiempo.

Anny no respondió. Echó una rápida mirada al despacho de Neil y caminó decidida a la sala de espera, deseando que esa mujer decidiera marcharse pronto y no desear iniciar una pelea en público. Puede que fuera rica, pero sus modales daban bastante que desear.

Como Adriana había dicho, la madre de Neil esperaba en la sala de espera, pero no sentada como había previsto, sino de pie, al lado de la ventana y no trató de sonreír al verla.

—Has tardado mucho en venir y como comprenderás, no tengo todo el tiempo del mundo.

Parecía que venía a discutir. Anny volvió a morderse la lengua, convencida de que si seguía mordiéndosela terminaría comiéndosela.

—¿Y a qué se debe tu visita? Supongo que ya te habrán comunicado —miró a Adriana significativamente ya que la había seguido hasta allí—, que Neil se encuentra reunido.

—No es a él por quien he preguntado, ¿verdad?

—Es cierto —aceptó Anny de mala gana, aún mirando a Adriana que seguía toda la conversación descaradamente—, ¿y por qué me buscabas?

Las dos mujeres se miraron fijamente y la madre de Neil sonrió de una manera demasiado siniestra.

—¿Qué motivo tendría que el de querer visitar a mi querida nuera?

Anny hizo una mueca, pero no tan rápida como la que debió poner Adriana a su espalda que la madre de Neil la miró cuando hasta hacía un momento ni se había percatado de su presencia.

—¿Neil se ha casado? Imposible...

—Es una conversación privada, joven.

Anny no llegó a verle tampoco en esa ocasión la cara a Adriana, pero sí sintió la felicidad contenida de que la mirada glacial de la madre de Neil hubiera sido dirigida a la otra chica. Hasta ahora sólo se las había dedicado a

ella y ya comenzaba a hartarse.

—Así que ahora Neil quiere que también estés con él en la oficina, ¿no?

—Eso parece —Anny también cruzó los brazos alrededor del pecho y le sostuvo la mirada a la mujer.

—Vamos a comer algo, estoy desfallecida.

—¿Ahora?

Anny miró con aprensión la puerta y después volvió a mirar a la mujer.

—¿Prefieres hablar aquí?

¡Esa mujer era un diablo!

Anny entornó los ojos y sopesó las posibilidades de que se hubiera enterado de lo que realmente había entre su hijo y ella y asintió débilmente con la cabeza. Sería lo que tuviera que ser, pero ella no huía.

—De acuerdo. Hay un restaurante por aquí cerca.

—Conozco uno muy bueno.

Capítulo 6

Anny se sentó frente a la mujer y esperó paciente y con una sonrisa a que la madre de Neil volviera del cuarto de baño. Mientras esperaba, decidió mandarle un mensaje a Neil, diciéndole vagamente donde se encontraba y con quien estaba y lo envió, segura de que Adriana consideraba que contarle a Neil donde se encontraba era en desbeneficio para la mujer, no diría nada.. y la abandonaría a su suerte con una alimaña.

—¿Para qué querías verme?

Anny no dudó en preguntarlo nada más la madre de Neil apareció y movió la silla para sentarse frente a ella, levantó una mano para llamar al camarero y la miró, poniendo las manos sobre la mesa.

—No seas impaciente. ¿No habíamos acordado en comer primero?

Anny entornó los ojos recelosa. No se habían llevado bien desde el principio y esa pretensión de tratar de ser amable —aunque fuera a su sutil manera—, le parecía muy sospechosa.

—¿Y Neil?

—¿Pero qué os pasa? ¿No sois capaces de estar un momento el uno sin el otro? Tendréis tiempo suficiente para estar juntos, así que ahora, comamos.

—Madre, ¿no es un poco cruel ir a comer sin invitar a un pobre lisiado?

La mujer puso mala cara y levantó la cabeza para mirar a Neil, que por el aspecto revuelto de su cabello y por la respiración agitada, Anny imaginó que había ido corriendo hasta allí. Anny le lanzó una mirada agradecida. Si su madre lo sabía todo, no quería lidiar ella sola con el tema.

Neil se ajustó como pudo el traje y Anny se levantó rápidamente para ayudarle a quitarse la chaqueta, escuchando el bufido de la mujer y varios murmullos en los que logró escuchar la palabra empalagosos y enfermos. Anny sonrió y Neil le devolvió la sonrisa, haciendo que ella dejara de sonreír rápidamente, con el corazón acelerado y se sentó en su silla, ya no tan segura de querer estar tanto tiempo a su lado.

—¿Y bien, madre? ¿Qué es lo que querías decirle?

—En fin, ya que es imposible hablaros por separado... pero antes comamos primero.

El camarero les tomó sus pedidos con paciencia y esperaron con una conversación tranquila, con varias punzadas de sarcasmo y varios comentarios más crueles mientras les traían la comida y comenzaban a saborear de los platos como si realmente fuera una situación de lo más habitual. Cuando les trajeron el segundo plato, Anny se ofreció a cortar la carne de Neil y sintió la mirada de la mujer fija en ellos.

—¿Pensáis seguir así toda la vida?

Anny siguió cortando la carne sin decir nada.

—Así, ¿cómo?

—¿Cómo dos adolescentes sin responsabilidades?

Anny terminó de cortar el último trozo y se enderezó, lanzándole una fugaz mirada a Neil que miraba a su madre divertido.

—A mí me parece un buen plan.

—¡No seas absurdo, Neil!

—Alguien de la familia debía serlo, ¿no?

—¡Y me ha tocado a mí! —Siguió farfullando algo y miró a su alrededor un momento—. Tengo dos hijos y los dos son iguales.

Neil dejó de sonreír.

—¿Qué le pasa a Rachel?

Su madre bufó.

—¡Ha decidido mandar a los hombres al infierno! Dice que jamás se casará y jamás tendrá hijos.

Hubo un silencio donde Anny comenzó a masticar la carne sin levantar la mirada del plato y solo la levantó cuando Neil comenzó a reírse a carcajadas.

—¿Lo dices solo por eso? Por un momento me había preocupado.

Su madre dejó los cubiertos rudamente sobre la mesa y casi dio un golpe con ellos.

—Puede que para ti no sea importante, pero soy yo la que quiere ser abuela y veo que ninguno de mis hijos está dispuesto a ello.

—¿No estás siendo un poco exagerada?

—Di lo que quieras, pero creo que vosotros ya tenéis edad suficiente como para ir pensando en tener uno, ¿no os parece? Pretendía hablarlo con Anny, ya que contigo posiblemente sea imposible entrar en razón. ¡Sigues igual de inmaduro!

Anny no se dio cuenta que estaba mirando la escena embobada hasta que se le escurrió el tenedor de la mano y cayó al plato con un ruido aún más estrepitoso que el de la madre de Neil cuando dejó los cubiertos. Los dos giraron la cabeza para mirarla.

—Lo siento... —murmuró, notando como se le subían el color las mejillas y apartó la cabeza para contener la risa.

¿Así que la madre de Neil había querido hablar con ella para eso? De alguna manera le hacía gracia, pero de la misma manera la ensombrecía el carácter. Un hijo con Neil... eso era algo imposible. Ni siquiera tenían una relación realmente como para plantearse algo más como un hijo. Suspiró

suavemente y trató de concentrarse una vez más en la conversación que tenían madre e hijo.

—No os estoy pidiendo que os caséis. Eso ya lo he dejado por imposible —hizo un movimiento despectivo con la mano y Neil enarcó una ceja.

—Haces bien en dejarlo por imposible.

Madre e hijo se fulminaron con la mirada y Anny volvió a coger el tenedor, volviendo a comer mientras dejaba a esos dos que siguieran discutiendo.

—Pero estoy hablando de un niño. ¿Es que no se os ha pasado por la cabeza?

Y esta vez la miró a ella. Anny tragó con dificultad el trozo de carne que se había llevado a la boca en ese momento y sonrió débilmente, mirando a Neil en busca de ayuda. Neil, a su vez, se limitó a encogerse de hombros. ¡Si que iba a servirle de ayuda! Y volvió a mirar a la mujer.

—Bueno... un hijo... es algo serio.

La madre de Neil volvió a bufar.

—¿Qué tenéis veinte años? Ya estáis muy creciditos para dar un paso más en vuestra relación. Os aburriréis solos en algún momento, ¿no?

—Aún no hemos llegado a esa etapa —intervino Neil con una sonrisa arrebatadora y Anny temió que la mujer llegara a levantarse y ponerse a golpearlo.

La comida terminó igual de tensa y cuando Neil acompañó a su madre a coger un taxi, Anny le esperó cerca, junto al coche que ahora conducía ella

Neil se mantuvo callado durante todo el viaje y cuando subió a casa creyó que seguiría igual de callado. Primero fue a la cocina a tomar algo de agua fresca del frigorífico y con la misma expresión taciturna entró y salió de su habitación y Anny lo vio ir quitándose el jersey. Despacio, se acercó al curto de baño y se apoyó en la pared, escuchando el sonido del agua al caer en la ducha..

—¿Neil?

No hubo respuesta y Anny se apartó de la pared. No tenía ganas de intentar conversar con él, no tenía ganas de iniciar una conversación y mucho menos hablar de lo que había ocurrido con su madre. No eran novios, no eran una familia y jamás habría hijos. Incluso ella desaparecería cuando Neil estuviera recuperado. Esa era la realidad... ¿pero por qué dolía tanto la realidad? Durante ese tiempo se había enamorado de él, lo quería y escuchar a su madre hablar de hijos, de considerarla parte de la familia le había terminado doliendo más de lo que ella quería reconocer.

Se detuvo a medio camino de la puerta de la cocina y se dio la vuelta, irrumpiendo en el cuarto de baño, abriendo la puerta de la ducha.

—¿Qué estás haciendo?

Neil la miró sorprendido y apagó rápidamente el grifo de la ducha. Era increíble que Neil intentara apagar antes el agua o incluso se limpiara el agua de la cara en vez de correr a taparse con algo.

—Vengo a ayudarte. Supongo que estos días te habrá costado ducharte con una sola mano, ¿no?

Neil no respondió, solo la miró y cuando Anny fue a coger la esponja, Neil la agarró del brazo, deteniéndola y Anny levantó la cabeza para mirarlo.

—No lo hagas.

—¿Qué?

—Prefiero creer que dijiste que no me ayudarías más porque habías comenzado a sentirte atraída por mí. Prefiero que vuelvas a salir y seguir creyéndolo.

Neil la soltó y Anny se enderezó, sin dejar de mirarlo y apretó con más fuerza la esponja en la mano y la levantó, acariciando el pecho desnudo con ella, deslizándola hacia abajo.

—Espero que sepas lo que significa eso para mí.

Anny esperó de alguna manera lo que sucedió a continuación, pero aún así se sorprendió al sentir el brazo de Neil alrededor de su cuello y tiró de ella, besándola fieramente, un beso tan abrumador que se movió hacia atrás,

perdiendo el equilibrio y chocó con los azulejos grises del cuarto de la ducha y Neil la apretó con fuerza, continuando besándola hasta que se apartó, mirándola con un ardiente deseo y deslizó sus labios por su cuello.

Anny se aferró a su pecho y acarició su espalda con la yema de los dedos, permitiendo que los dedos de Neil desabrocharan su pantalón y enredara con su sujetador.

—Yo lo haré —murmuró en su oído cuando vio que tardaba al hacerlo solo con una mano y apartó con cuidado su mano, deslizándola a sus pantalones y la dejó allí, besando su musculoso hombro mientras se desabrochaba la abertura y lo hacía también con los botones de la blusa, dejándolo caer todo al suelo, sin importarle que pudiera mojarse y tiró de los pantalones hasta quedar únicamente con unas bonitas y aburridas braguitas blancas, lo único que la separaba de la prominente erección que golpeaba su vientre.

Anny deslizó su mano hacia el miembro viril y lo frotó suavemente entre sus dedos, arrancando un gemido de los labios de Neil y pasó una pierna en la cadera del hombre, haciendo que él volviera a empujarla contra la pared y la besara, esta vez más ardientemente, apartando las braguitas prácticamente con rabia y tiró de sus piernas, levantándola por la pared y la embistió con fuerza, arrancándola en cada una de ellas un grito de pasión. Anny se aferró a él con las dos manos y arañó su espalda mientras alcanzaba el paraíso y llegaba al orgasmo, permitiendo que Neil la besara dulcemente en los labios.

Capítulo 7

Anny pasó con cariño la mano por el pecho desnudo de Neil y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Estás bien?

Anny asintió con la cabeza y dejó escapar un suspiro. Habían hecho el amor otra vez en la cama, sin darse cuenta de que la mano vendada de Neil estaba empapada y tras terminar y darse cuenta de cómo estaba, Neil se había reído, la había estrechado contra él y había dicho que nada importaba excepto

ella.

—Tu madre me va a matar —se lamentó Anny entrando en pánico.

Los dos sabían que la mujer no desaprovecharía la oportunidad para darse aires de que ella tenía razón y que hubiera sido mejor para cuidar de su hijo que Anny.

—No importa lo que diga —había dicho Neil sin dejar que se levantara—. Además, ¿no es mejor que te vayas acostumbrando a ella y sus comentarios? No creo que desde que sabe que existes pueda deshacerme fácilmente de la familia. Además, espera ya un nieto.

—¿Un hijo?

Anny había entrado en pánico y Neil se había reído.

Era demasiado pronto para hablar ya de hijos, pero en ese momento Anny reconocía que se sentía especialmente satisfecha y no sólo su cuerpo, sino que también su corazón, su alma... Ahora le parecía ridícula la rabia que había sentido por Samuel cuando la había despedido pero aceptaba que gracias a él, que sin él, no habría conocido a Neil y ahora no sería tan dichosa.

—¿Vas a decírselo a tu madre? —preguntó, levantando un poco la cabeza para mirarlo. Los dedos de la mano sana de Neil estaban enredados en su pelo y parecía pensativo; giró la cabeza y la miró.

—¿El qué? —preguntó con una sonrisa traviesa—. ¿El que te quiero?

Anny sonrió también y le dio un golpe en el pecho, haciendo que Neil se quejara entre risas.

—¡No golpees a un hombre herido!

—No parecías muy herido mientras hacíamos el amor —protestó ella, dándole un nuevo golpe.

—Eso es diferente.

—Ya, claro, ¿se lo vas a decir? —dijo poniéndose seria—. Que era todo mentira.

—¿Mentira? —Neil apretó su cabeza y la empujó hacia él, besándola en la nariz—. ¿De qué mentira estábamos hablando?

Amy puso los ojos en blanco.

—Vale —dijo con una sonrisa. Daba igual, ¿no? Al final el resultado no podía haber sido mejor.

Amy sonrió y besó a Neil en los labios.

FIN

ENGAÑOS Y SEDUCCIÓN

Krista.E.Mollet.

Capítulo 1

Virginia estuvo a punto de atragantarse con el café cuando vio la foto en la revista que acababa de comprar antes de entrar en la cafetería. Dejó la taza con estruendo sobre el plato y trató ahogar un gemido sintiéndose enferma.

Susan la miró desde el lado opuesto de la mesa con ojos desconfiados.

La conocía bien.

—¿Qué ocurre? ¿has hecho algo que no debías?

Virginia no respondió a su amiga y volvió a mirar la foto. Era él. Estaba segura de que era él. Alto, moreno, de sonrisa arrogante y endiabladamente sensual y verdes e intensos ojos maliciosos.

Por un momento, la cabeza le dio vueltas y sintió un vuelco en el corazón al recordar cómo se

había sentido cuando él la tomó en sus brazos aquella noche, la única noche que habían compartido. Se estremeció involuntariamente al recordar la pasión de su boca contra la de ella y aquellos dedos, suaves y expertos, desnudándola... Respiró hondo y murmuró:

—No ocurre nada, Susan, no sé de qué me hablas.

—¿En serio? —Susan la observó detenidamente—, pues tu aspecto no es muy normal. Déjame ver eso —Susan alcanzó la revista y comenzó a leer en voz alta y voz automática después de observar la foto—: “Brian Kurst, conocido y brillante empresario del mundo de la moda, y la modelo Gloria Laurent fueron vistos la semana pasada en un romántico paseo por la ciudad de Nueva York.”

—Susan dejó caer la revista, miró a Virginia y luego puso los ojos en blanco— ¡Venga ya! No me digas que ahora te pones a tontear como una adolescente por un tío que sale en las revistas. No hablas en serio, ¿verdad?

—Bueno...

No podía decírselo así sin más. Además, era difícil admitir que había conocido a Brian, y más complicado aún reconocer que se había acostado con él tras verse unos instantes, al doblar una esquina al salir del supermercado a última hora, y justificarlo diciendo que lo que había sentido al mirarle a los ojos era electrificante, como una descarga eléctrica recorriéndole de los dedos

de los pies hasta la punta del cabello, que eso que había sentido le había erizado todo el vello del cuerpo y su piel había ardido de deseo.

No, claro que no podía decírselo a Susan. Por muy amiga suya que fuera, le resultaba prácticamente imposible mantener algo en secreto por más de dos minutos seguidos. Tenía una lengua demasiado afilada y era una de sus cualidades más peligrosas... junto a sus pechos, voluptuosos y bien formados. Como bien decía Susan, no había ningún hombre que se resistiera a sus encantos.

—Es guapo —tanteó en voz baja, mirando a su amiga tras la taza—, atractivo. Y lo vi un día por casualidad —aceptó, dando un sorbo al café, restándole importancia al asunto.

Susan la miró con curiosidad, entrecerrando los ojos almendra ligeramente.

—¿Lo viste? ¿A qué te refieres con verlo? —preguntó Susan impaciente.

—Ya sabes —insistió ella—. Verlo. Como cuando vas por la calle y te encuentras con alguien.

Hasta Virginia notaba el tono vacilante con el que estaba hablando. Sonrió a su amiga y dio un nuevo sorbo a su taza, desviando rencorosa la mirada hacia la pareja que caminaba por la calle.

—¿Y ya está?

—¿Hm?

Virginia levantó la mirada hacia Susan.

—¿Vas a decirme que te pones a contemplar a un tío en una revista solo porque lo viste una vez y era muy guapo? —preguntó Susan incrédula—. Mejor será que vuelvas a poner los pies en la tierra. Ese tío está a kilómetros de interesarse de alguien normal como nosotras —y dio suaves y molestos golpecitos con el dedo en la fotografía donde salía la guapísima modelo a su lado—. Así que olvídate de él. Además —E hizo un movimiento con la mano, como si quisiera espantar el aire a su alrededor—. Es un mujeriego. ¿Con cuántas mujeres le han pillado ya? ¡Y de las que no saben nada! Un hombre así no trae nada bueno a menos que sólo busques una noche en su cama. Entonces es el hombre perfecto.

Era verdad. Susan tenía razón. Puede que si hubiera esperado un poco más, si se hubiera permitido el lujo de pensar no se hubiera lanzado tan fácilmente a sus brazos cuando él había abierto la boca y la había cautivado con su voz ronca y sus palabras de amor.

Virginia fue comprendiendo lentamente lo que había pasado. Todas

aquellas palabras de amor, todas aquellas promesas susurradas al oído no habían sido más que mentiras y ella se había entregado a él sin vacilar, arropada por sus deseos más carnales y la falsa seguridad de que él se sentía tan atraída por ella como ella por él.

Sí, él se había sentido atraído por ella. Exactamente igual que por cualquier otra mujer. Una de tantas y lo que peor llevaba y hacía que le pulso se le acelerara de rabia era que mientras él se marchaba de la habitación del hotel, dándole un beso y diciéndole con palabras suaves que se quedara en la habitación todo el tiempo que quisiera, que él tenía que irse por trabajo, que al día siguiente debía estar en otra ciudad, se había creído ese “te llamaré”.

Cerró con fuerza los puños sintiendo que la rabia se hacía el control de ella. Por un momento se sintió demasiado furiosa como para contestar, pero luego exhaló el contenido en su pecho y estalló:

—¡Es un gilipollas! —gritó, soltando la taza bruscamente sobre la mesa y haciendo que Susan se sobresaltara y la mirase sorprendida—. Y no hablo del tipo de la revista —aseguró, ganándose que su amiga enarcara una oscura ceja en silencio—. Supongo que toda la culpa es mía. Pero conocí a... Josh —¿No podía haberse inventado un nombre mejor? Bah, le pegaba bien a ese imbécil — y parecía tan encantador, tan sincero cuando dijo que se había enamorado de mí que...

—¿Que, qué? —la animó a continuar Susan, mirándola fijamente.

—Que me fui a aquella habitación de hotel. ¡Y aún estoy esperando que me llame!

Por unos segundos Susan la estudió detenidamente y luego suspiró, relajándose en su asiento e ignorando al resto de clientes de la cafetería.

—Josh... ¿dices que se llama?

—Sí...

—Ya.

Susan se quedó mirándola incrédula. Tenía esa expresión que Virginia tan bien conocía de no estar creyéndose nada de lo que decía.

—Dime que no estás hablando de ese maldito mujeriego.

Virginia notó como se le paraba el corazón.

—Josh no parecía mujeriego...

—¡Hablo de Brian!

Su amiga la estudió con los ojos entrecerrados y para dar mayor énfasis a sus palabras le lanzó la revista a la cara.

Virginia dejó que las hojas cayeran sobre la mesa y derramaran el café por

la mesa sin intentar cogerla, dejando que la foto de Brian y su conquista se mancharan con el oscuro liquido antes de responder.

—Sí.

—¡Joder lo sabía! —exclamó Susan sacudiendo enérgicamente la cabeza—. ¿Cómo has podido? ¡Con él!

—Joder, no seas mi verdugo —musitó Virginia—. No sabía quien era. Me lo topé y fue tan... —dudó unos segundos y se encogió de hombros— mágico.

—¡Mágico! ¡Y una mierda!

—¡Lo fue!

—Hasta que se coló entre tus piernas, ¿eh? ¿dónde queda la magia ahora? Ah, sí, entre las piernas de esa preciosa modelo.

Virginia hizo una mueca, desviando la mirada dolida.

—No hace falta que lo digas de esa manera. Lo he notado yo sola, ¿vale?

Había sido engañada y ella había quedado atrapada en sus encantos como una adolescente y no como una mujer de veintinueve años. Había sido tan humillante... y aún así ella había sentido tanto aquella noche...

Susan escrutó la expresión de Virginia detalladamente, luego suspiró y dijo en voz baja:

—Lo siento... —alargó una mano y agarró con fuerza la de Virginia entre sus dedos, apretándola con fuerza para reconfortarla—. Sé que no eres de las que se acuestan con alguien después de conocerlo. Algo debiste sentir para hacerlo y yo no te estoy ayudando —suspiró—. ¿Y ahora qué?

Virginia miró a Susan detenidamente. Sabía lo que su amiga quería oír, sabía lo que ella misma quería oír y simplemente abrió la boca y lo soltó:

—Voy a vengarme de ese hombre —dijo muy solemne como si realmente lo dijera en serio.

Las dos se miraron fijamente y Susan fue la primera en echarse a reír, divertida.

—Claro que sí, ¿quieres que te ayude?

—¿Yo lo sujeto y tú le golpeas?

—No, no —Susan sacudió la cabeza, ya con su taza fría y olvidada en un extremo de la mesa—. Es mejor al revés. Te sentirás de maravilla si te desquitas golpeándolo.

—¿Y ensuciarme el traje? ¡Lo compré ayer y aún no lo he llevado ni a la oficina!

Las dos siguieron riéndose durante un rato hasta que Virginia dejó de hacerlo y suspiró, apartando la revista empapada con su café.

—Lo superarás —aseguró Susan—. No eres la primera de quien se ríe un tío ni serás la última. Los hombres nacen para hacernos daño y algunas veces creo que a nosotras nos gusta que nos rompan el corazón. Por mucho daño que nos haga uno siempre volvemos a tropezar en la misma piedra. ¡Es indignante!

Virginia asintió débilmente y consultó el reloj.

—Tengo que entrar a trabajar. Nos vemos luego, ¿no?

Su amiga la sonrió débilmente.

—Hasta dentro de media hora no tengo que ir así que me quedaré un poco más por aquí y me tomaré otra taza de café.

Virginia vio como su amiga se levantaba y cogía la revista estropeada y las dos tazas y se acercaba a la barra para pedir una nueva taza de café. De refilón miró de nuevo la fotografía llena de café de Brian Kurst. En ella sonreía con esa seguridad y arrogancia que ella le había visto y que en aquel momento le había parecido tan interesante y atrayente y notó un nudo en el estómago.

Lo peor de aquello era que seguía pensando lo mismo.

Le gustaba aquella sonrisa, aquellos labios rojos y sensuales y la forma de aquellos dedos largos y delgados recorriendo todo su cuerpo.

Se estremeció y se odió un poco más por ello; agarró su bolso y tras echar un último vistazo a su amiga que ya estaba coqueteando con el joven camarero, sonrió mientras sacudía la cabeza y salió de la cafetería, agradeciendo el aire fresco de aquella época del año.

Nunca le había gustado mucho el calor, pero tampoco soportaba el frío así que disfrutaba de ese pequeño tiempo de tregua donde las temperaturas eran cálidas pero no asfixiantes y la agradable frescura de una brisa fría acompañaba todas las mañanas.

Se acurrucó en su abrigo de entretiempo y caminó hacia el edificio al otro lado de la calle donde trabajaba en un despacho de abogados.

Mientras se acercaba no podía evitar pensar en todo lo ocurrido y en la semana que llevaba mirando su móvil, impaciente, esperando recibir la llamada de Brian, una que nunca llegó y que si por entonces se llegó a creer que nunca llegaría, ahora le quedaba completamente claro.

—Fui tan estúpida...

Sentía ganas de reír histericamente pero no lo hizo. Cruzó las dobles puertas acristaladas del edificio y caminó con la cabeza en alto hacia los ascensores, hundiéndose al resto del personal de las distintas oficinas que entraban a trabajar a la misma hora.

Margaret se le unió a ella antes de que las puertas se cerraran y Virginia le

hizo un hueco en el apretado ascensor, ayudándola a ajustarse el cabello alborotado con un sentimiento de aprensión. Ella se estaba quejando de haber sido engañada por las zalameras palabras de un hombre mientras Margaret mantenía la sonrisa mientras se hacía cargo de dos hijos pequeños, una casa y su trabajo después de que el desalmado de su marido la hubiera abandonado por una mujer diez años más joven.

Sacudió la cabeza.

Lo mejor era fingir que Brian jamás había pasado por su vida.

Y teniendo en cuenta que no volvería a verlo no creía que le fuera a costarle mucho conseguirlo.

Capítulo 2

La oficina aquella mañana estaba especialmente movida.

Virginia estaba encargada de varios abogados del bufete y aunque su trabajo no consistía en defender a nadie, ni siquiera en conseguir sacar la mayor tajada en un caso de divorcio, esos días en los que había varios casos pendientes de tratar en los tribunales, el papeleo del que ella se encargaba parecía aumentar a cifras agigantadas.

En otras ocasiones se hubiera lamentado, incluso hubiera hecho alguna que otra escapadita con Margaret y las demás mujeres de la oficina al servicio para lamentarse del trabajo y de los jefes tiranos que compartían.

Pero no ese día.

Desde que había visto aquella foto en la revista y había descubierto quien era el flamante hombre del que por un momento había creído que podía estar enamorada, agradecía cualquier tipo de trabajo que mantuviera ocupada su mente, incluso estaba dispuesta a trabajar horas extras hasta el punto de la extenuación si con eso conseguía evitar pensar y hundirse en su propia miseria de lamentaciones y autocompasión.

Pero no sólo dolía haber sido engañada o la facilidad con la que había caído con unas simples palabras de amor susurradas en el oído, sino que sentía un vacío en el pecho, como si realmente le hubieran arrancado el corazón.

De alguna manera, Virginia comenzaba a ver la frase de “romper” el corazón desde otra perspectiva.

¿Cómo había sido tan tonta?

Virginia suspiró y dio un nuevo golpe a la fotocopidora cuando ésta dejó

de funcionar como tantas veces llevaba haciendo a lo largo de la mañana y suspiró cuando vio a Margaret saliendo sigilosa hacia los servicios y negó con la cabeza cuando su amiga le hizo señas con una mano para que las acompañara.

Margaret le había preguntado al menos diez veces a lo largo de la mañana si se encontraba bien y Virginia cada vez que le hacía la pregunta se sentía mucho peor por hacer que alguien con suficientes preocupaciones añadiera uno más por su culpa.

—Joder...

Dio un nuevo golpe a la fotocopidora, esta vez con bastante más fuerza y maldijo cuando comprobó que el folio salía negro por uno de los extremos y se apresuró a comprobar el resto de las copias que llevaba haciendo.

—Está estropeada desde ayer —le dijo Vicky, acercándose a la cafetera y llenando hasta el borde una de las tazas.

Virginia gimió, comprobando que había estado perdiendo el tiempo al ver que todas las hojas habían salido defectuosas.

—Podrían haber puesto un letrero de que funcionaba mal —protestó, tirando las hojas defectuosas al triturador de papel y agarró las dos carpetas con los dos expedientes que tenía que fotocopiar.

—Dímelo a mí que tenía que tener unos documentos a primera hora para una demanda y tanto ésta como la de notaría estaban estropeada. Casi me da algo.

—¡Y luego se quejan si nosotras no hacemos bien nuestro trabajo!

—Ni que lo digas.

Virginia fue a paso ligero hasta los despachos del fondo, al otro extremo de la planta, sin dejar de ojear las hojas que había guardado en una de las carpetas, comprobando que estaban perfectamente numeradas para poder fotocopiarlas y graparlas en orden y no se dio cuenta de que alguien giraba al mismo tiempo que ella, chocando con Bob, uno de los abogados más jóvenes del bufete con solo veintiséis años y Virginia vio como las carpetas caían al suelo y las hojas se esparcían a sus pies.

—Virginia, mira al menos por donde vas —gruñó Bob.

—Lo siento —musitó de mala gana, frotándose el brazo y esperó a que Bob se alejara para agacharse y comenzar a recoger las hojas.

Menuda mierda.

Virginia suspiró mientras iba amontonando los papeles y se aseguraba de que metía en cada carpeta los que correspondían a cada uno de los

expedientes.

¿No había vivido una situación parecida?

Había sido aquella fatídica noche, cuando salía apresurada del supermercado, cargada con las delicadas bolsas de papel en los brazos y tratando de sacar las llaves del coche del bolsillo antes de llegar al aparcamiento.

No lo había visto y por la manera que chocaron suponía que él tampoco a ella, pero muy diferente a lo que había pasado con Bob, Brian se había disculpado rápidamente.

—¡Lo siento! —exclamó ella sin aliento—. No estaba mirando.

El extraño la sujetaba con los brazos para evitar que se cayera mientras ella soltaba

aquella disculpa, mirando con horror como las bolsas y la compra se amontonaba en el suelo.

—No te preocupes —contestó una voz aguda y suave, que pareció acariciarla completamente—.

Yo tampoco andaba mirando. Si hay un culpable soy yo. Lo siento.

Estuvo a punto de rebatir su afirmación de culpabilidad y enzarzarse en una absurda discusión sobre quien tenía la culpa o no de aquella bochornosa situación, pero levantó

la cabeza y cambió de opinión. Lo primero que pensó era que aquel hombre era

excepcionalmente guapo, alguien recién salido de la portada retocada de una revista de moda. Bajo su atenta mirada verde, Virginia podía leer esa leve arrogancia, esos ojos que parecían observarla y penetrar hasta lo más íntimo de sus pensamientos.

—De acuerdo ¿Te has hecho daño? —preguntó con aire de preocupación.

El tono de su voz la hacía estremecerse, pero consiguió sacudir la cabeza, negando.

Desde la poca distancia que se encontraba, percibía el aroma de su fragancia, el perfume a jabón que desprendía de su cuerpo y cabello.

El ruido de las puertas abriéndose de nuevo, tras ella, la obligó a salir de sus extraños pensamientos, siendo consciente entonces de la situación en la que se encontraba y en la compra que seguía inerte en el suelo.

Nerviosa miró directamente a los ojos de aquel hombre, perdiéndose en la intensidad de su mirada y sintió un escalofrío, incapaz de no sentir esa corriente eléctrica que le subía por la espalda.

—Deberíamos recoger la comida —dijo él, de pronto, rompiendo el silencio.

—Sí —consiguió contestar ella al fin sin aliento—. No... es bueno dejarla aquí tirada.

Hizo una mueca de disgusto, dándose cuenta que el comentario había sido ridículo pero no se apresuró a agacharse. Él aún no la había soltado y realmente le costaba pensar con coherencia con su subyugante proximidad.

—No, no sería lo correcto —observó él con cierta ironía en su voz—. Hay que pensar en lo indignante que le resultará a esa naranja de allí estar tirada por el suelo.

Virginia abrió la boca para protestar, pero sus labios no pudieron pronunciar palabra. Dejó que él la soltara y se agachara antes que ella, agarrando una de las bolsas de papel y comprobando que estaba inservible.

—Oh, no —murmuró ella, agachándose a su lado y comprobando que todas las bolsas estaban rotas—. Esto es genial, pero que muy genial.

Virginia notó como Brian la miraba y volvió a estremecerse, incluso evitando encontrarse con su mirada.

—Espera —Brian se quitó el abrigo de color negro que llevaba y comenzó a ponerlo todo dentro de él.

Virginia vio la escena horrorizada, viendo la etiqueta que ponía “Dior” y comenzó a quitar todo lo que él iba poniendo sobre su abrigo.

—No hagas eso.

—Si no lo hacemos no podrás llevar esto al coche.

—Créeme que me saldrá más barato volver a pagar por ello que hacerme con un nuevo abrigo como ese si llega a estropearse.

Brian la miró con una ceja suavemente elevada con cierta diversión e incredulidad y luego se echó a reír, consiguiendo que Virginia se ruborizara.

—No te preocupes por eso.

Y volvió a meter la compra en su abrigo.

—Me preocupo —aseguró ella, volviendo a sacarlas.

—Hagamos una cosa —insistió él, apartando el abrigo de su alcance para que no siguiera sacando lo que él iba metiendo—. Lo amontonamos todo, lo llevamos rápido hasta tu coche y hacemos como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué? No...

Virginia sacudió la cabeza, nada dispuesta a aceptar ese plan pero no llegó a decir nada, ni siquiera a pensar coherentemente sobre ello. Ahí estaba otra vez ese aroma que hacía que todos sus instintos desaparecieran... No, todos

no. El más primitivo parecía crecer de una manera exponencial y demasiado peligrosamente, al punto de sorprenderse olfateando a su alrededor.

—Venga, corre, date prisa.

Demasiado avergonzada por lo que acababa de hacer, Virginia obedeció completamente muda, con la boca increíblemente seca y un sudor helado por la espalda.

Cuando finalmente dejaron toda la compra en los asientos traseros del coche, Virginia seguía alucinando por la manera que su cuerpo reaccionaba a los movimientos de aquel hombre, la forma tan primitiva con la que lo deseaba al punto de no pensar en otra cosa que en probar aquellos sinuosos labios...

—Ya está todo —dijo él, cerrando al puerta del coche y sacudiendo su abrigo antes de doblarlo y colocarlo pulcramente sobre su brazo—. Menos mal que no habías comprado nada de cristal.

Virginia solo fue capaz de sonreír nerviosa.

—Siento que hayas tenido que manchar tu abrigo.

—No se ha ensuciado —la contradijo él firmemente—. Además, es culpa mía.

—No, no lo es.

—Debería compensarte de alguna manera.

Virginia se aventuró a levantar la cabeza y mirarle a los ojos, notando de nuevo esa corriente por toda la columna y se llevó los brazos al pecho instintivamente.

—Creo que has hecho más de lo que merecía —murmuró ella, deseando declinar la oferta. Si seguía así estaba segura que no sería capaz de controlarse.

No es que disfrutara de una gran experiencia sentimental, y mucho menos sexual, y en los dos casos el resultado no le había dejado con demasiadas ganas de repetir, más bien cerrándose de lleno al amor y todas sus variantes.

Y el sexo... de eso prefería no hablar por no decir que su libido era más bien inexistente pero mientras se sentía abrumada por la intensidad de las emociones que le provocaba la proximidad de aquel hombre, podía percibir la oleada de calor que le caldeaba el cuerpo hasta el punto de rozar la demencia.

Sí, sin lugar a dudas lo deseaba y de una manera que le hacía dudar de su buen razonamiento.

—Yo diría que ni de lejos he hecho lo que querría hacer.

Virginia notó el cambio de tono de la voz del desconocido y contuvo la respiración, atreviéndose a levantar la mirada y perderse en sus ojos verdes,

unos ojos que la miraban con el mismo deseo que sentía ella en ese momento.

—¿Qué...? —musitó con la voz seca.

—¿Puedo besarte?

—¿Quieres... besarme?

Era una pregunta estúpida pero a Virginia no le importó soltarla, o más bien ni siquiera se dio cuenta que lo hacía. Los labios del hombre se curvaron en una sonrisa traviesa capaz de robarle el aliento.

—Besarte... sí, claro, aunque lo que quiero es devorarte.

Virginia abrió mucho los ojos, podía sentir el corazón desbocado en su pecho y la manera que le sudaban las manos. Quería gritar que lo hiciera; en ese momento era incapaz de sentir otra cosa, quería saber hasta qué punto su cuerpo podía sentir placer al ser sometida por las caricias de aquel desconocido que la volvía loca.

Pero no lo hizo. Una vez más se obligó a que el sentido común se hiciera con el control de la situación, al menos en parte, incapaz de impedir que los fuertes latidos de su corazón resonaran en su cabeza ni detener el impulso de su cuerpo por desear salvar la escasa distancia que le quedaba y apretar sus labios con los deseables del hombre.

—Deja de burlarte de mí —musitó con la voz ronca, muy débil.

No se movió de donde se encontraba, acorralada involuntariamente por el coche y el cuerpo de aquel hombre. Sabía que si trataba de apartarse posiblemente él no se lo impediría y al alejarse de él podría pensar con más claridad, incluso podía meterse en el asiento del conductor, arrancar y marcharse muy lejos, donde no volviera a verlo, pero no lo hizo, tal vez porque esperaba que ocurriera otra cosa.

—¿Burlarme?

—Seguramente dices eso a cualquier mujer que te cruzas en el supermercado.

—Para empezar no suelo venir mucho al supermercado —rió él calidamente—, y tampoco he sentido nunca algo tan apremiante como lo que tú me haces sentir.

Virginia notó que comenzaba a traspasar. No eran esas palabras las que quería oír. Si seguía así sabía que terminaría cediendo.

—¿Lo que... te hago sentir?

¡Mierda! ¿Por qué no cortaba con aquello y se iba? Sabía que no iba a traer nada bueno pero quería intentarlo, quería dar una oportunidad a su estéril deseo, a sus áridos sentimientos.

El hombre levantó una mano y acarició con delicadeza sus cabellos, enredando entre sus dedos mechones de su cabello largo y castaño y se lo llevó a los labios.

—¿Y si me hubiera enamorado de ti?

Virginia se escuchó a sí misma soltando una risita nerviosa.

—¡Pero si ni siquiera me conoces!

No, no se conocían. Acababan de tropezar en la puerta del supermercado. Nunca se habían visto y... simplemente aquello era una locura. Eran dos desconocidos.

—Tienes razón —admitió él, soltando su cabello y haciendo que Virginia despegara los labios para protestar—. No nos conocemos.

Virginia levantó la mirada suplicante, anhelaba que no se detuviera pero se resistía involuntariamente a todo aquello.

—Sí...

—Me llamo Brian Kurst. ¿Y tú?

Levantó de nuevo la mano que había sostenido su cabello y se la ofreció. Virginia lo miró a la cara vacilante hasta que bajó los ojos hasta la mano que extendía hasta ella.

—Virginia Hudson —murmuró ella tímidamente tomando su mano fría y firme.

Sin previo aviso, Brian tiró de su mano y haciendo que perdiera el equilibrio la empujó hacia él, arrancando de sus labios una débil protesta de sorpresa. Cuando finalmente fue capaz de levantar la mirada hacia él, sus ojos brillaban intensamente, llenos de deseo y lujuria. Virginia se estremeció abrumada por esas emociones.

—Un placer conocerte entonces, señorita Virginia Hudson, ¿y crees que ya nos conocemos lo suficiente?

Virginia volvió a soltar una risita nerviosa, sin tratar de apartarse de él.

—Creo que no tanto como para...

—¿Como para? —le animó él a continuar, inclinando la cabeza hacia ella.

Virginia no se dio prisa en responder y dejó que la calidez de aquellos labios acariciaran los suyos entreabiertos.

No fue más que un tímido roce, un simple contacto pero consiguió que algo explotara dentro de Virginia y sin pensarlo le rodeó con los brazos el cuello y apretó con más fuerza su boca entre la de él, deslizando con apremio su lengua mientras él la levantaba casi sin esfuerzo y la hacía sentarse sobre el coche, acomodándose entre sus piernas.

Durante unos instantes los dos se besaron apasionadamente, disfrutando el uno del sabor del otro hasta que él se apartó ligeramente de ella y Virginia jadeó como protesta, tratando de volver a alcanzar su boca pero él se lo impidió, apartando la cabeza y sonriendo.

—Dejaré algo claro—dijo él, sin dejar de mirarla—. No sólo pretendo en dejarlo esto con unos besos, ¿lo entiendes, Virginia?

Ella tardó en reaccionar, apartando la mirada de su boca y la levantó hasta sus ojos.

—Ni siquiera sé si estás casado —murmuró.

—No lo estoy —y ensanchó la sonrisa—. ¿Y tú? ¿Estás comprometida?

Ella negó lentamente con la cabeza.

—No...

—¿Ves? Ya sabemos un poco más el uno del otro —rió.

—Esto es una locura —razonó ella, aunque no lo suficiente como para apartarse de él. Joder, como lo deseaba.

—Sí —admitió él—, nunca creí que pudiera quedar tan fascinado por una persona tan fácilmente. ¿Seguro que eres humana?

Volvió a inclinarse para besarla de nuevo pero esta vez fue Virginia quien lo detuvo, apoyando una mano sobre su pecho.

—Yo tampoco sé lo que me ocurre —admitió ella, nerviosa.

Él sonrió, apartando suavemente la mano de ella y atrapó con suavidad pero con urgencia sus labios de nuevo, devorándola.

—Supongo que ha sido amor a primera vista —razonó él con una nota divertida en la voz, haciéndole cosquillas con su aliento en la mejilla mientras besaba la piel de su rostro hasta alcanzar su cuello—. Debe ser que eres mi destino.

Su destino...

Virginia soltó los papeles ordenados encima de la fotocopidora y se llevó las manos a los muslos, arqueando la espalda mientras buscaba la rabia para recordar que no debía pensar en lo ocurrido. ¿Esa era su manera de olvidar lo que había pasado? Incluso después, cuando se habían ido al hotel y él la había ofrecido un vaso de licor todo el ambiente había estado cargado de la misma atmósfera.

En realidad, si lo pensaba detenidamente, Virginia tenía que reconocer que había sido una noche de ensueño. Brian había sido un amante experimentado y preocupado de que ella sintiera placer y vaya que si lo había sentido. Era tan evidente que a diferencia de sus anteriores amantes él sí sabía lo que se hacía

en ese momento y donde debía tocar y besar para hacerla sentir bien. Incluso ella recordaba haberse sentido un poco tonta a su nivel, incapaz de hacer algo acertado pero dejándose llevar por esa pasión desenfrenada que había sentido desde que lo había visto... y esas falsas palabras de amor incondicional y absurdos destinos. ¿Por qué no se había dado cuenta de lo que él pretendía cuando al interesarse por el número de teléfono Brian había eludido el tema, pidiéndole el de ella y asegurando que la llamaría?

—Joder, como fastidia...

Si no fuera por esa última parte que la hacía sentirse como una estúpida, completamente humillada, aceptaría dejar aquello como un increíble recuerdo, algo que contar a sus nietos... unos que no llegaría a tener como siguiera a ese ritmo. Si se descuidaba no llegaría a tener hijos y ya puestos se quedaría sola y amargada recogiendo gatos callejeros.

—¿Virginia?

Virginia levantó la cabeza para mirar a Katrina, una de las mujeres más veteranas del bufete y quien solía hacer de mediadora entre ellas y los abogados cuando había problemas.

Aún era joven con sus cuarenta y cuatro años. Su piel era pálida y unas pecas adornaban su rostro delgado y alargado. Un cabello oscuro siempre lucía su cabeza, perfectamente recogido a juego con sus severas gafas de montura metálica. Sin pretenderlo se había convertido en una madre para todas las más jóvenes y descarriadas aún con el entusiasmo de comerse el mundo y protestar por todo.

—¿Pasa algo? —preguntó tímidamente, haciendo un rápido repaso mental de que no se hubiera olvidado de nada importante.

—¿Has hablado con Margaret?

Virginia parpadeó sin comprender y agarró las carpetas con los expedientes, estrechándolos contra su pecho.

—Sí, hemos subido juntas en el ascensor.

Y había pregunta si se encontraba bien en varias ocasiones a lo largo de la mañana.

—¿Y no te ha contado nada?

Virginia negó lentamente con la cabeza.

—No, ¿qué ocurre? ¿Sus hijos están bien? —preguntó de pronto, acordándose que tenía un niño de cuatro años y una niña que iba a cumplir los nueve. ¿O ya los había cumplido? No sabía tratar muy bien con los niños y de hecho era un sentimiento de repulsión mutuo. Nunca había conseguido llevarse

bien con el hijo de su hermano y agradecía que éste viviera en la otra punta del país. Eso hacía que sólo se reunieran una vez al año.

Katrina respiró hondo y señaló con la cabeza la dirección donde se encontraba el cuarto de baño y donde Virginia sabía se reunían las secretarías con cualquier pretexto para hablar de cualquier cosa menos bonito de sus jefes.

—Será mejor que vayas y te lo cuente ella.

Virginia asintió y señaló las dos carpetas. Sin necesidad de decir nada, Katrina las cogió y asintió con la cabeza.

—Iré a hablar con ella —dijo en un hilo de voz, demasiado preocupada como para pensar en lo que podía haber pasado.

—Tomate tu tiempo. Yo me haré cargo de esto.

Katrina movió las carpetas sobre su cabeza y salió del cuarto de las fotocopadoras, dejándola sola. Con un suspiro y una extraña sensación, caminó hacia los servicios en busca de su amiga.

Capítulo 3

Susan fue a reunirse con ellas al salir de trabajo.

Aún, después de escuchar toda la historia y tratar de convertirse en un apoyo para la desvalida Margaret, Virginia seguía sin asimilar bien la historia que había oído.

—¿Qué es lo que ocurre? —se interesó Susan, dejando la chaqueta de cuero roja en el respaldo de la silla y sentándose en ella sin molestarse en ir a pedir algo para tomar—. El mensaje que me habéis mandado es bastante breve, no dice nada en absoluto y ya puestos es condenadamente tétrico, ¿quién narices me va a decir lo que ha pasado?

—¿Por qué no te callas y escuchas? —la increpó Vicky lanzándole una significativa mirada.

Susan frunció el ceño pero tal vez notando el extraño ambiente que se había creado alrededor de la mesa de la misma cafetería donde ellas se habían reunido a la mañana, guardó silencio y se inclinó hacia ella.

—¿Qué es lo que ocurre? —se interesó en voz baja—. Es la primera vez que nos reunimos todas.

Eso era verdad. Virginia tomó aire con fuerza y echó un vistazo a Margaret que volvía a parecer entera aunque no había sido capaz de volver a sonreír desde que había terminado de hablar con ella.

Desde que había comenzado a trabajar para el bufete de abogados, Virginia no sólo había ido conociendo a otras mujeres de su mismo entorno, sino que al estar su oficina en un complejo lleno de otro tipo de actividades comerciales, había terminado conociendo y entablando verdaderas amistades de otros lugares del edificio pero era la primera vez que todas ellas se reunían en el mismo lugar y más porque allí dentro también había personas con las que no compartía la misma simpatía pero parecían cercanas a Margaret y habían acudido rápidamente en su ayuda nada más recibir el mensaje. A esas horas, sólo Susan desconocía lo ocurrido.

—Desahucian a Margaret de su casa —susurró, muy bajo, no muy segura de si su amiga la había escuchado.

Susan la miró sorprendida.

—¿De qué hablas? ¿No vivía en el piso que compró con su ex cuando se casaron?

—Sí, pero al parecer no estaba pagado y como el canalla de su marido la abandonó, por lo visto no sólo pasa completamente de sus hijos, sino que también le ha dejado la casa a Susan y el sueldo de la oficina ya sabes que no vale para todos los gastos básicos para una madre con dos niños que encima tiene que hacer frente a una hipoteca.

—Aún así... —Susan miró a Margaret de refilón—Debería haber recortado en gastos o algo para poder seguir pagándola. ¿Cuántos meses debe?

—Dos años.

—¿Qué?

El tono de voz fue demasiado alto y Virginia le dio una disimulada patada, escondiendo el rostro en el vaso con el refresco que había pedido y que aún estaba sin tocar.

—¿Dos años? —insistió Susan, bajando el volumen de su voz—. ¿Se ha vuelto loca? ¿Y cómo ha conseguido permanecer en la casa con dos años de impago?

—Por algunos motivos... —Virginia restó importancia a ese asunto con un movimiento de manos—. La cuestión es que ahora la echan y no tiene ningún lugar donde ir y sin casa adiós hijos, ¿entiendes a lo que me refiero?

Susan asintió despacio.

—Asuntos sociales.

—Exacto.

—¿Y qué tiene planeado?

—Ella nada —gruñó Virginia—. Cuando hoy ha recibido la notificación se

ha derrumbado, ¿sabes? Ya solo le queda perder a sus hijos.

—Pero esta reunión es por algo —insistió su amiga—. ¿Qué tal una colecta?

—Imposible.

—¿Por qué? —protestó Susan.

—Porque ya no sólo son los dos años de la deuda de la hipoteca —explicó Katrina que estaba sentada al lado de Susan en ese momento pero que hasta entonces había compartido con ella la mesa—. Si antes no podía hacer frente a los pagos mensuales, luego tampoco podrá. ¿Vamos a pagar durante treinta años la casa de Margaret?

Susan miró a la mujer y luego a ella. Si Virginia recordaba, su amiga y Katrina sólo se habrían encontrado un par de veces pero no era el momento de hacer vida social y empezar con las presentaciones.

—Han tenido una idea —explicó Virginia, ignorando a las dos.

—¿Una idea? —Susan bufó pero prestó atención de todas maneras—. ¿Cuál? Que conste que si es ilegal preferiría no enterarme y no ser cómplice —avisó, como si se le hubiera ocurrido de pronto.

—No es ilegal —Virginia puso los ojos en blanco.

—Pero tampoco exactamente legal —la corrigió Katrina.

—¿En qué quedamos? —protestó Susan.

—Vamos a usar la gala benéfica del viernes para recaudar fondos para la causa de Margaret —explicó Olivia, una chica que rodeaba con el brazo a Margaret y que al igual que Susan, no había coincidido mucho con ella por el edificio.

No sabía mucho de ella, excepto que trabajaba para una empresa de publicidad bastante importante que solía encargarse de ese tipo de eventos. Era sofisticada y ciertamente arrogante. Siempre parecía mirar a todos como si fueran insectos tras esos cristalinos ojos azules y Virginia sabía que no llegaría a convertirse en su mejor amiga, aunque le daba un voto su preocupación por alguien como Margaret, una mujer que de lejos se encontraba en su habitual círculo de amistades y cuya relación parecía no indagar.

—¿De qué estáis hablando? —Susan pareció incrédula—. Nadie va a a querer dar dinero por algo así. ¿Es que nadie sabe quien acude a esas veladas y para qué?

Susan sacudió la cabeza y apoyó la espalda en la silla, mirando a Olivia con la misma arrogancia con la que aquellos ojos azules la miraban a ella.

—No estaba pidiendo tu ayuda —soltó finalmente Olivia con voz suave, demasiado cargada de veneno.

Susan bufó despectiva.

—No te lo tomes a mal. Quiero ayudar a Margaret tanto como tú. No me importa aportar dinero o lo que sea pero no sé qué es lo que pretendéis con esta reunión mientras habláis de meter el problema de Margaret en una gala benéfica.

—Ya he dicho que de eso me encargo yo —repitió Olivia con el mismo tono displicente, sin dejar de mirar a Susan como si estuviera tratando de explicarse a una niña de cinco años o por el rictus de sus labios, a alguien no muy capacitado intelectualmente. Por la forma en la que Susan se tensó a su lado, Virginia imaginó que su amiga lo había notado—. Y nadie ha pedido tu colaboración —continuó ella de pronto como portavoz. Nadie pareció protestar ante la idea de que Olivia se convirtiera en la líder de ese grupillo —, pero la reunión improvisada es para preguntar quien se puede hacer cargo de los dos niños de Margaret durante un tiempo.

El silencio fue generalizado. Ni siquiera Virginia se había esperado algo así.

—¿Por qué? —preguntó al fin Katrina, carraspeando con disimulo.

—Necesito que Margaret se prepare para interpretar un papel para que todo funcione y en ese tiempo es evidente que no podrá encargarse de su casa ni de sus hijos.

Hubo otro silencio.

—¿No tienes familia que pueda hacerse cargo de ellos? —se interesó Vicky.

Margaret negó con la cabeza, aún negándose a hablar. Virginia no dudaba de que su lo hacía comenzaría a llorar de nuevo.

—Su único familiar vivo, su padre, está ingresado en una clínica con problemas de alzheimer, una clínica de la que ella también tiene que hacerse cargo económicamente —volvió a explicar Olivia en su lugar.

—Yo podría encargarme de Tomy —dijo una de las mujeres más mayores que Virginia no conocía y se inclinó para tocar la mano de Margaret con una sonrisa de animo—. Tomy y mi hijo Sam van a la misma clase y son amigos. Al ser de la misma clase puedo encargarme de él si vive en mi casa sin que eso dificulte en mi trabajo.

Margaret trató de sonreír, asintiendo con la cabeza.

—Ya solo queda Desiré, ¿quién puede encargarse de ella este tiempo?

Hubo otro silencio generalizado.

—¿Dónde estudia? —se interesó Katrina.

Margaret explicó ligeramente un poco sobre la niña; el colegio al que asistía, la rehabilitación que necesitaba a las seis por una mala caída que había tenido... y poco a poco todas fueron encontrando algún impedimento para hacerse cargo de ella, incluso Susan que su diferente horario con el de ellas le impedía acercarse a por la niña y no era muy apropiado dejarla deambular sola durante tanto tiempo hasta poder ir a recogerla. Antes de darse cuenta, solo Virginia era la única que no había encontrado ninguna excusa para no hacerse cargo de la niña y antes de buscar algo para decir, todas las miradas, incluso la de Margaret, angustiada y suplicante, se dirigieron a ella.

—De acuerdo —musitó, sintiéndose como que se encontraba en una encerrona—. Yo cuidaré a Desiré.

Susan la miró conteniendo mal una sonrisa divertida, posiblemente notando el horror que le suponía ese ofrecimiento. ¡Y no era menos! Hacerse cargo de una niña de casi nueve años... No, decididamente ella no había nacido con instinto maternal y sabía que el tiempo que pasara con Desiré o bien ella terminaba tirándose por la ventana o estrangulando a la niña.

—Entonces te dejo a mi hija contigo, Virginia —dijo con la misma voz llorosa Margaret—. Es una niña muy buena. No da nada de guerra y es considerada. No notarás ni que está por tu casa... Siento tener que pedirte esto... tener que pedirte esto a todas.

Margaret comenzó a llorar de nuevo y Olivia se inclinó hacia ella, medio abrazándola para consolarla junto a las que estaban más cerca. Virginia se limitó a sonreír lo más convincente que pudo, escondiendo las manos para que no notaran el sudor que le causaba pensar en su próximo e inminente destino, para que su amiga no se preocupara.

—Desiré y yo nos lo pasaremos muy bien —aseguró sin creerse ninguna de las palabras—. No tienes nada por lo que preocuparte.

Margaret se tranquilizó poco a poco y se sonó la nariz con fuerza, asintiendo agradecida y vocalizando un débil gracias, posiblemente dirigido a todas.

—Vale, y ya que está este asunto zanjado, ¿por qué no explicas de qué trata el tema de la gala benéfica? —soltó Susan sin ningún tipo de delicadeza, mirando a Olivia fijamente—. Está claro que si estamos todas aquí será porque quieres que hagamos algo, ¿no?

Olivia fulminó a Susan con la mirada pero por primera vez, Virginia no

sonrió divertida por el enfrentamiento de miradas en el que se enzarzaron, sino que siguió absorta en sus propias preocupaciones. De alguna manera parecía que si bien le había parecido que le costaría olvidar lo ocurrido con Brian, tener que lidiar con una pequeña se lo haría ver como si jamás hubiera ocurrido de manera aplastante.

—¿De verdad crees que dejaría que tú te encargaras algo de mi trabajo?

—No sabía que estafar fuera parte de tu trabajo —contraatacó Susan, obligando a Virginia a prestar un poco de atención a la conversación.

—Ni siquiera sabes de lo que hablas —Olivia sacudió sus perfecta melena al mover la cabeza—. No os preocupéis por nada. Yo haré con todo esté en orden y sea legal... vosotras sólo tendréis que acudir a la gala como supuestas invitadas. Haréis un papel, pero no tenéis que hablar con nadie, lo único que necesito es que entreguéis las invitaciones que prepararé para vosotras y os daré a lo largo de la semana. Después, podéis ir nada más llegar pero agradecería que os vieran un poco por la fiesta.

—¿Y a eso por qué? —insistió Susan.

—Porque voy a poner otro motivo por el cual van a donar y como comprenderás, lo voy a adornar un poco para que sea creíble y acorde a las beneficencias que suelen ayudar.

Virginia comprendió rápidamente lo que Olivia pretendía hacer y la miró fijamente, preguntándose si sabía realmente lo que hacía. Aún así suspiró y desvió la mirada hacia Margaret. Bueno, daba igual. Ahora tenía otras cosas en las que preocuparse. Con una a la vez tenía suficiente.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —le avisó Susan de mala gana.

—Si tienes una idea mejor... —la animó a aportar alguna sugerencia en un tono que hasta a Virginia le hubiera dado dentera si hubiera estado dirigido a ella. Susan se limitó a entrecerrar los ojos y mirarla furiosa. Era obvio que no se le había ocurrido ninguna idea—. Entonces seguiremos con el plan.

Olivia fue la primera en levantarse, llevando con ella a Margaret que parecía pequeña y desvalida, con los ojos llenos de lágrimas y rojos del llanto. Quedaron para ir a recoger a los niños al día siguiente y Virginia le dio un rápido abrazo, asegurándole que todo se solucionaría y cuando finalmente sólo quedaron Susan y ella, también se levantaron y salieron de la cafetería en un silencio bastante extraño.

—¿Entiendes lo que va a pasar?

Virginia se detuvo y se giró para mirar a su amiga con aprensión.

—No voy a poder cuidarla —reconoció muy seria, agobiada—. Los niños

me dan...

—¿Repelús? —le ayudó Susan. Virginia hizo una mueca y su amiga sonrió socarrona—. ¿Y en qué categoría los metes? ¿En el mismo repelús que están las arañas? ¿O en el de los bichos grandes y peludos?

—Muy graciosa —gruñó Virginia, reanudando la marcha.

Virginia no tardó en caminar a su lado, metiéndose las manos en el bolsillo de su cazadora.

—Pero no me refería a ese pequeño fin del mundo —dijo, incapaz de detener la broma.

—En serio, muy graciosa —Virginia le enseñó los dientes—. ¿Entonces de qué hablas? ¿Te refieres a la gala? Sé que si nos descubren nos pueden traer problemas, pero supongo que Olivia sabe lo que hace. No la veo de las que actúan impulsivamente y menos por alguien más. Si lo ha dicho es porque sabe lo que hace. Sólo nos queda confiar.

—Se acuesta con su jefe —dijo Susan como de pasada, restándole importancia al asunto y torció la boca cuando vio la expresión sorprendida de Virginia—. ¿En serio no lo sabías?

—No tengo mucho trato con ella, pero su jefe es...

—Sí, sí, lo sé, y encima está casado por tercera vez y tiene cuatro hijos —Susan se encogió de hombros—, pero está forrado y eso es lo que cuenta.

Virginia chasqueó la lengua. No es es que tuviera prejuicios pero no aprobaba tan abiertamente las relaciones donde suponía hacer daño a alguien más.

—Pero mira el lado positivo —continuó Susan—. Si es su amante él aceptará todo lo que Olivia diga y si no se lo dice y la descubren... junto a nosotras, por supuesto, con el pastel en las manos... pues bueno, solo tendrá que hacerle unas carantoñas para perdonarla y perdonarnos a nosotras también de paso.

—Vamos, que lo tienes todo pensado —silbó Virginia, alucinada de que su amiga fuera tan calculadora.

—No habría manera de que yo me involucrara en algo si no tengo algún tipo de garantía.

—Supongo que tienes razón...

—Pero tampoco me refería a eso.

—¿Ah, no? —Virginia vio la parada del autobús y caminó hacia ella. Tenía que preparar varias cosas para la llegada de Desiré. ¿Qué comían los niños hoy en día? ¿Con ocho años había que tomar algún tipo de precaución en

la casa? ¿Enchufes? No creía. A esa edad ya no creía posible que le encontraran algún tipo de fascinación a esos aparatitos.

—No —siguió Susan, posiblemente dándose cuenta de que su mente divagaba en otras cosas—. ¿Sabes en qué es famoso tu presunto príncipe azul llamado Brian Kurst?

Virginia se detuvo de golpe, olvidando de pronto todo lo referente a Desiré y miró a su amiga con las cejas levantadas.

—¿A qué viene ahora eso? Ya ni me acuerdo de él —dijo caprichosamente, negándose a empezar con ese tema. Joder, trataba de olvidar lo ocurrido, fingir que nunca había pasado y ya puestos pretender que nunca se lo había topado.

—¿Ah? ¿En serio? Pues espero que tengas razón e igual que tú ya ni te acuerdas de él —¿Había ironía en su tono?—, él haga lo mismo y ni se acuerde de la forma de tu cara porque ese hombre aparte de ser un mujeriego consagrado es popular por las inmensas cifras de dinero que dona a beneficencias en diferentes galas benéficas.

—¿Qué...? —musitó Virginia de pronto con la boca seca, comprendiendo lo que su amiga pretendía decirle.

—Tu romeo, Brian, estará en esa gala benéfica que tanto está preparando Olivia y si te reconoce... esperemos que sea cual sea nuestro papel en la gala no tenga que ser pasarnos por alguien que no somos o tendremos problemas con ese hombre y ahí sí que tendremos que rezar para que Olivia sea tan buena en la cama que su queridísimo jefe olvide nuestro pequeño escarceo con las estafas.

Capítulo 4

Era un demonio.

Si de algo estaba segura Virginia era que aquella niña era cualquier cosa menos una personita de ocho años. Desiré era completamente diferente a Margaret, no era dulce, no era amigable y por no parecer no parecía ni una niña a no ser por su aspecto físico. De cabello negro y ojos de un azul oscuro, era guapa, delgada y de piel pálida sería la muñeca ideal de cualquier madre para exhibirla con ropas de ensueño, pero una vez que habría la boca se estropeaba todo. Desiré era una arpía de ocho años. Era crítica hasta el mínimo detalle, cínica y rallaba en el sarcasmo. Siempre tenía las cejas levantadas y su flequillo oscuro le daba una apariencia taciturna y Virginia no

había tardado en averiguar al recogerla en el colegio que llegaba a un grado preocupante su actitud antisocial.

—¿No tienes ningún amigo? —se interesó al tercer día cuando Desiré entró en la parte de atrás de su coche y dejó la mochila a su lado.

—¿Para qué quiero uno? —fue la respuesta de ella, poniéndose diligentemente el cinturón de seguridad.

Aún le costaba comprender a Virginia por qué no se comportaba más como alguien de su edad, caprichoso, consentido, aún con ganas de jugar con amigos y pidiendo cenar cualquier porquería precocinada del supermercado o del restaurante de comida rápida pero se amoldaba a todo perfectamente, aceptaba comer comida sana y no se quejaba por las verduras. En ese sentido era ideal, pero no en el resto, ni siquiera había hecho preguntas o se había quejado cuando había ido a recogerla y Margaret la abrazó por última vez, llorando y la niña agarró su maleta y su mochila y caminó con ella hasta su coche. Había sido extrañamente silencioso, sin problemas y por un momento Virginia había pensado que no tendría ningún problema para conseguir llevarse bien.

—Todos los niños de tu edad tienen amigos —continuó Virginia, mirando a un lado y otro de la calle para sacar el coche del estacionamiento.

—¿Eso significa que cuando ya no tenga mi edad no tendré amigos?

Virginia desvió automáticamente la mirada hacia el espejo para ver como los ojos azules de la niña se la devolvían sin vacilar.

—No he dicho...

—Supongo que entonces me puedo ahorrar tenerlos ahora.

Y así era como siempre zanjaba el tema aquella niña. Virginia suspiró y se hubiera frotado las sienes si no hubiera tenido que mantener las manos en el volante.

—No, no está bien y lo sabes. Necesitas amigos. Todos necesitamos amigos y no importa la edad.

Desiré hizo una mueca, desviando la cabeza hacia la ventanilla.

—Yo no.

—Todos. Necesitas ser más sociable —continuó, volviendo a echar un vistazo a la niña por el espejo—. Si tienes algún problema en el colegio puedo ir a hablar con tu profesor... —ya que Margaret posiblemente había estado muy ocupada entre una cosa y otra como para darse cuenta del problema de su hija mayor.

—Ya te he dicho que no hace falta, Virginia. Estoy perfectamente en el lugar donde debo estar. Espero que entiendas mi situación y la respetes.

¿Y esa era la respuesta de una niña? ¡Aquello era absurdo! Aún así Virginia no trató de insistir. Después de todo Desiré tenía sólo ocho años y con su actitud era evidente que no encajaría mucho con los otros niños de su edad. Ni siquiera dudaba que no estuviera sufriendo algún tipo de abuso en el colegio ya que ella parecía muy adulta y sofisticada y si podía no dudaba hacer uso perfecto del sarcasmo, no parecía ser alguien dado a meterse con los demás. Siempre tenía esa expresión soñadora y distraída como si fuera imposible averiguar lo que pasaba por su pequeña cabecita.

—¿Qué te apetece cenar? —decidió cambiar de tema por el momento. Estaba claro que si hacía algo debía hacerlo detrás de la niña.

Desiré se encogió de hombros, sin apartar la mirada de la ventanilla.

—Cualquier cosa está bien. Lo que tú prefieras, Virginia.

—Siempre es lo que yo prefiera —dijo—. Hoy te toca a ti.

—Ya te he dicho que a mí me da igual.

—Y yo que algo te apetecerá cenar.

Finalmente la niña giró el cuello, perdiendo el interés por aquello que miraba del exterior y también la miró a través del espejo.

—¿Intentas hacerte la amable?

—¿Cómo?

—Sé que no te caigo bien.

Virginia la miró fijamente y trató de sonreír nerviosa. En realidad tenía razón. La niña la ponía nerviosa pero al final su histeria era por todo lo contrario a lo que había esperado al pensar en hacerse cargo de un niño. Si la miraba mucho parecía que Desiré podía penetrar en sus pensamientos y absorberle el cerebro... Joder, parecía la niña perfecta para ser la protagonista malvada de una escalofriante película de terror.

—Me caes bien —dijo sin mucha convicción pero prefiriendo no entrar en una disertación filosófica con un niña de ocho años... corría el riesgo de hacer el ridículo si era ella quien terminaba perdiéndose en algún punto del debate.

—Estás mintiendo —sentenció la niña, imparable, con aquella mirada que parecía hablar con el conocimiento de que ella sí tenía la razón.

Virginia suspiró.

—No es mentira... en parte —reconoció.

—En parte, tú lo has dicho —dijo una vez más por finalizada la conversación—. No te caigo bien, no necesitas tratar de ser amable conmigo.

Bueno, aquello ya era demasiado. Virginia se aseguró de que mantenía una sonrisa lo más parecida a una de las de verdad y volvió a mirarla por el

espejo. Desiré ya ni la miraba.

—¿Sabías que un adulto se hubiera interesado por la ese “en parte” de la frase? —intentó atacar pero Desiré bufó y la miró con arrogancia.

—Que cosa más infantil.

Irritante...

—Ya pero un adulto...

—Además, yo no soy un adulto.

—No me digas... —susurró Virginia parando frente a una hamburguesería —. ¿Qué te parece si cenamos aquí?

La niña miró la fachada de ladrillo y las enormes cristalerías donde se veían a grupos de personas repartidas por las diversas mesas del restaurante comiendo y hablando animadamente. Al final, se limitó a encogerse de hombros, desviando la cabeza.

—Lo que tú prefieras.

—Nos lo pasaremos bien —insistió Virginia, negándose a que el taciturno humor de Desiré agriara el propio.

—Mañana tengo clase y supongo que tú también tendrás que ir a trabajar. Cenamos y nos vamos —decidió la niña, haciendo que Virginia se quedara congelada sosteniendo la puerta para que pudiera pasar y miró su larga melena negra con una expresión de homicida. De verdad que ella nunca iba a tener niños. Jamás.

Pidieron después de esperar una razonable fila y cuando ella terminó de escoger la hamburguesa normal con patatas y un refresco y le cedió el turno a Desiré, se sorprendió cuando solo pidió el refresco y las patatas, dejándola con la boca abierta igual que a la chica que les atendía que repitió el pedido para asegurarse.

—No, no —dijo Virginia rápidamente—, para ella una hamburguesa normal también... ¿O prefieres dos, Desiré? Si quieres la maxi o la de queso extra...

—No tengo tantas ganas de engordar como tú.

Virginia la asesinó con la mirada y regresó el rostro hacia la chica que les apuntaba el pedido con una sonrisa que podría haber sido cualquier cosa.

—Dos menús igual —soltó un poco más áspera de lo habitual; pagó y condujo a la niña a una de las mesas al lado de la ventana mientras esperaban su comida—. ¿A qué ha venido eso?

—¿El qué?

—¿Estás en la adolescencia para que tenga que preocuparme de algún

trastorno alimenticio?

Vale, estaba siendo más ruda de lo que solía ser, pero aquella niña siempre conseguía por uno u otro motivo sacarla de quicio.

—¿De qué hablas? —se defendió la niña, mirándola, aunque por la manera que arrugó la frente, Virginia dudó de si realmente sabía de lo que la estaba hablando.

—¿Estás anorexica?

—¿Qué?

—¿Bulimia?

—Bu, ¿qué? Estás loca, Virginia.

—¿Vomitas cada vez que comes? ¿escondes al comida?

—No...

Virginia notó como la niña la miraba desconfiada, tal vez preguntándose si al final su madre no la había abandonado con una chiflada necesitada de algún tipo de medicación para sobrellevar el día a día, aunque Virginia no dudaba terminar necesitando de algunas pastillitas para los nervios.

—¿Entonces por qué no querías cenar?

—Yo no como carne, Virginia. Ya deberías haberte dado cuenta.

Virginia abrió mucho los ojos, impresionada.

—¿Qué? ¡Tu madre no me dijo nada!

Desiré suspiró y apoyó la pequeña espalda contra el respaldo de la silla de plástico duro naranja.

—Posiblemente porque ella tampoco se haya dado cuenta.

—¿Cómo no va a darse cuenta de que....? —¿de que su hija no comía carne? Había estado a punto de soltar la pregunta completa pero se calló a tiempo. Sabía que decirlo era ser cruel y más porque Margaret había tenido muchas preocupaciones como para notar si sus hijos comían correctamente o no. Incluso ella no se había dado cuenta. Desiré comía en el comedor del colegio y por la noche era cierto que la niña hacía muchos trozos al filete o las salchichas y luego recogía ella su propio plato, tirando las sobras de su cena a la basura. Si lo pensaba detenidamente, era más que normal que Margaret no hubiera notado nada y Desiré posiblemente no querría preocupar a su madre —. De acuerdo, pediré una ensalada para tí. ¿Puede tener huevo?

Desiré asintió con la cabeza.

—Está bien el huevo.

—Y podías haberlo pedido tú directamente,

Desiré no respondió; giró el cuello y clavó toda su atención en la calle.

Tampoco hablaron mientras comían y Virginia comenzaba a disfrutar de esas veladas en silencio, algo que en otras circunstancias hubiera considerado tedioso e incomodo. Cuando finalmente salieron a la calle y caminaron hasta el coche, tampoco se dirigieron más de dos palabras y al punto en el que arrancó y se enfrentó a la carretera, Virginia comenzaba a creer el por qué su madre creía que era una buena niña. Si no hablaba resultaba de lo más buena y encantadora.

—Espera, Desiré, tenemos que hablar.

Virginia interceptó a la niña antes de que se fuera a la cama después de lavarse los dientes y ponerse el pijama. Ni siquiera tenía que ayudarla en alguna de esas tareas.

—¿Qué? —protestó la niña, girándose hacia ella—. ¡Mañana hay clases!

—Sí, lo sé —insistió Virginia, dando unas palmaditas en el sofá tapizado en crema tostada para que fuera a sentarse a su lado—. Ven un momento conmigo.

La niña la observó con mucha atención, sin moverse del pasillo.

—Si vas a darme una de esas charlas te la....

—¡No es ninguna charla! —exclamó agobiada. ¡Si que era difícil tratar con ella!—. Sólo quiero comentarte algo.

—¿Y tiene que ser hoy?

—Mañana seguro que no puede ser.

Las dos se miraron desafiantes y al final Desiré accedió, poniendo una mueca y entrando al salón. Caminó despacio hasta acercarse al sofá y como si se lo pensara un poco, permaneció de pie unos segundos antes de decidirse a sentarse, a su lado.

—Vale, ¿qué es eso tan importante? Necesito dormir el tiempo suficiente para que mi cerebro pueda rendir como corresponde durante las clases.

—Dudo que tú tengas problemas para eso —musitó Desiré disimulando una sonrisilla—, pero no te entretendré mucho. Prometido.

—No hace falta que prometas algo así —murmuró la niña, avergonzada y Virginia volvió a sonreír con disimulo.

—Verás, Desiré —comenzó despacio, buscando las palabras adecuadas para explicarle lo que quería decirle—. Sabes por qué vives conmigo una temporada, ¿verdad?

La niña la miró y asintió despacio, ensombreciendo la mirada.

—¿Ya te estorbo?

—¿Qué? —Virginia la miró horrorizada y negó con la cabeza y las manos

efusivamente—. No, no, no me refería a eso —dijo rápidamente—. Lo digo porque mañana es la gala benéfica...

—Lo sé, mamá me explicó lo que iban a hacer para conseguir el dinero para no perder nuestra casa. Dijo que si no lo hacían nos echarían y a nosotros nos llevarían a un orfanato.

—Bueno... —murmuró Virginia, impresionada porque supiera tanto. Estaba segura de que si le preguntaba, hasta le daría datos de lo que se pretendía hacer en la gala. Aún así optó por dejar correr el tema—. Sí, algo así —suspiró—. Yo tengo que ir. Tengo que entregar la invitación pero no conozco a nadie con quien puedas quedarte mientras voy...

—No hace falta que te preocupes por mí. Puedo quedarme sola.

Virginia hizo una mueca.

—No.

—Ya soy mayor —insistió la niña en un tono que parecía que era ella la que no comprendía la situación y no al revés.

—Tienes ocho años, no voy a dejarte sola.

—Casi nueve —la corrigió ella alzando testarudamente la cabeza.

—Una niña —insistió Virginia, cruzándose los brazos de una manera tan infantil como la niña—. Además, ¿no fuiste tú quien dijo que aún no eras un adulto?

Desiré abrió mucho los ojos, comprendiendo el momento en que lo había dicho y luego los entrecerró, mirándola con reproche.

—Eso no tiene nada que ver.

—Como sea —zanjó el tema Virginia—. Vendrás conmigo.

—¿A la gala?

—Sólo tengo que entrar y dejar la invitación. Me esperarás calladita en el hall y ni se te ocurra moverte.... —le avisó, de pronto preocupada por su plan. ¿De verdad iba a dejarla sola en el hall? Solo tenía ocho años y por muy adulta que pareciera si alguien trataba de llevársela o...

—De acuerdo —dijo ella, sacándola de sus aterradores pensamientos—. Esperaré en el hall.

—Pero ni si te ocurra moverte y si alguien se te acerca y te dice que te vayas con él...

—Virginia —la cortó la niña, mirándola como si estuviera hablando con alguien mal de la cabeza—. Tengo ocho años.

Virginia le enseñó los dientes.

—Por eso mismo lo estoy diciendo.

—Vale —soltó Desiré, encogiéndose de hombros—. ¿Tienes algo más que decirme o puedo acostarme ya?

—Puedes irte a la cama.

La niña la miró durante unos segundos, como si quisiera hacer o decir algo más, luego, sin decir nada, se levantó y salió del salón, encerrándose en su habitación. Sólo cuando se encontró sola, Virginia se permitió relajarse y apoyó perezosamente la espalda en el respaldo del sofá. Al menos no tenía tiempo de pensar, eso era seguro, pero la posibilidad de encontrarse con él en la gala la aterraba. Le asustaba no poder controlarse y sentía que si lo volvía a ver esos sentimientos, esa pasión que había sentido por unas pocas horas volvería a invadirla y... ¿y qué? Simplemente tenía que evitar encontrarse con él. Si entraba, dejaba la invitación y salía por la puerta que Olivia les había explicado nadie la vería y ella no se vería con el problema de enfrentarse a Brian... quien evidentemente no iría solo, sino colgado del brazo de alguna de sus parejas del momento y ella quedaría como una estúpida ante sus ojos.

Virginia apretó los dientes y le dio una patada a la mesa frente al sofá.

—Joder, menuda mierda —gruñó.

Sí, lo mejor era que no la viera y sobre todo no verle o terminaría tirándole a la cara una de esas bonitas copas de champagne encima de su carísimo traje. Y ya que se ponía, también sobre su acompañante.

Capítulo 5

—¿Estás segura que lo has entendido?

—Me lo has preguntado ocho veces —protestó Desiré, sentada esta vez a su lado en el coche.

Virginia se frotó las manos, nerviosa. Se había puesto un vestido de fiesta que tenía olvidado en el armario. Era largo, de color turquesa y hasta se había molestado en recogerse el pelo.

Sólo lo hacía para no desentonar en la gala. Nada más, pero había una molesta vocecita en su cabeza que la pinchaba diciéndole una y otra vez que se había preparado por si coincidía, por casualidad, con cierto canalla.

—Sólo voy a entrar y salir.

—También me lo has dicho ocho veces.

—Esperarás fuera y no te olvides quedarte en el mismo sitio donde te deje incluso aunque comience a derrumbarse el edificio. Como sea iré a buscarte.

Desiré la miró y puso los ojos en blanco.

—En serio, Virginia, entra de una vez. No sé por qué estás tan nerviosa. Ya, ni ella mismo lo sabía. Sonrió sin mucho afán.

—Hay cosas que un niño no entendería.

Virginia se fijó en la manera con la que la niña le miraba y luego elevaba las cejas.

—Ya, claro —soltó al final, abriendo la puerta del coche—. Bueno, vamos de una vez o me parece que nos quedaremos en el coche toda la noche a la espera de que te decidas a entrar.

—¡Eh, espera! —gritó Virginia, yendo tras Desiré cuando ésta comenzó a caminar hacia la puerta del hotel donde se celebraba la gala.

Desiré no la esperó y Virginia se vio obligada a traspasar las puertas corriendo detrás de la niña. Cuando la vio en recepción, la agarró de los hombros y le obligó a girarse.

—Vale, ya estamos aquí. Quiero que te sientes allí —señaló unos asientos tapizados en púrpura que había frente a las dos chicas y el hombre que había al otro lado del mostrador y que parecían bastante ocupados—. Y no te muevas hasta que venga a buscarte.

—No te preocupes por mí, ya te lo he dicho —insistió la niña, sin tratar de apartar sus manos—. Si quieres puedes quedarte todo el tiempo que quieras. No lo hagas por mí. No quiero ser una carga.

—¿Qué? —Virginia sacudió la cabeza—. No, no, para nada eres una carga. No me quiero quedar.

—No lo hagas por mí —repitió la niña con un puchero, molesta por algo. Virginia resistió el impulso de abrazarla. Parecía realmente afectada de pensar que no pudiera quedarse en la fiesta por su culpa.

—No es por ti —aclaró—. Digamos que no quiero encontrarme con alguien que asistirá también a la fiesta y que si lo hago heriré demasiado mi orgullo.

Pero era algo que una niña no entendía. Tampoco entendía lo que era querer a un hombre o el deseo que había estado escondido dentro de ella hasta la noche que pasó con él.

—De acuerdo...

—Si quieres ver a tu madre, si quieres le digo que estás aquí...

—No —soltó ella cortante—. Sigamos con el plan...

—Vale, eso haremos—. Virginia la acompañó hasta dejarla sentada en las sillas y antes de darse la vuelta se acuclilló frente a la niña y le agarró las rodillas.. Desiré la miró confusa—. Desiré quiero que entiendas algo. Tu

madre te quiere. Lo que ha hecho, separarse de vosotros y todo eso no ha sido porque...

—Lo sé, no hace falta que me lo digas.

Virginia sonrió.

—Claro que lo sabes, como se me ocurre —bromeó—, pero, también necesito que sepas que a mí no me importa que te quedes conmigo, así que puedes quedarte en mi casa y conmigo todo el tiempo que quieras.

La niña la miró con un brillo diferente en los ojos y después la vio desviar la mirada, enrojando débilmente.

—Gracias —musitó.

Virginia asintió despacio, dándose la vuelta y miró la puerta del vestíbulo que tenía que cruzar para llegar a la sala donde se celebraba la gala pero antes pasó por recepción, donde nada más verla con el vestido, le indicó una de las mujeres la puerta que tenía que atravesar y se dirigió a ella todo lo apresuradamente que le permitían sus zapatos de tacón a juego con el vestido y el coqueto bolsito y nada más abrir la puerta, un chico vestido con un uniforme de etiqueta se le quedó mirando.

—¿Tiene invitación, señora?

—Claro.

Ya la llevaba en la mano y era obvio que el chico la había visto, aún así, Virginia suponía era una frase de protocolo a quien iba diciendo a toda persona que cruzaba aquella puerta. Se la tendió y esperó a que comprobara algo antes de sonreírle e invitarla a pasar.

Virginia se adentró con la cabeza gacha, mirando disimuladamente a los invitados mientras buscaba la puerta que había e uno de los extremos del fondo que conducían a las estancias del servicio asignados para atender a los invitados de la gala.

Vio a Susan de refilón, saludando a Olivia, posiblemente con al rencorosa intención de sacarla de quicio, ya que Olivia había dejado claro que no se acercaran a ella durante la fiesta, es más, había reiterado incluso en la nota que les había dejado junto a la invitación que “no se vieran obligadas a quedarse” De hecho, si no fuera por Desiré y sobre todo porque no tenía ninguna intención de encontrarse con Brian Kurst, ya fuera sólo por su estabilidad mental, Virginia estaba segura de haber disfrutado de una velada igual, con tantas caras conocidas por las revistas, periódicos o temas televisivos, para fastidiar a la prepotente de Olivia y si su inigualable actitud de suficiencia que hacía entender a todos que ella era mejor que nadie.

Con disimulo, sin demasiada prisa pero sin dejar de mirar los rostros de los hombres que se encontraban en su ángulo de visión, Virginia fue hacia la puerta, encontrándola disimulada con una de las cortinas de encaje rosa y la abrió, escabulléndose por ella y caminó con paso decidido, sin mirar a ninguno de los miembros del personal que se la quedaron mirando pero no dijeron nada cuando se los encontró en el pasillo. Cuando finalmente encontró la puerta que conducía al hall de entrada, suspiró aliviada, aunque ese alivio sólo duró el instante que tardó en moverse hacia las sillas donde había dejado a Desiré sentada.

La niña había obedecido. Seguía sentada en el mismo sitio, en la silla de en medio y Virginia hubiera jurado que hasta seguía con la misma postura; la espalda muy tiesa, estrictamente derecha y la cabeza con la mirada al frente. No parecía mover ni un músculo y hubiera creído que era parte de la decoración si no la hubiera visto parpadear de vez en cuando.

Pero no era eso lo que la dejó sin aliento e hizo que tuviera que agarrarse a una de las columnas para no desplomarse en el suelo. Brian Kurst se encontraba frente a Desiré, junto, tal y como Virginia había imaginado, a una acompañante.

Desde donde se encontraba solo podía verle la espalda, pero Virginia ya adivinaba una altura y figura envidiable, un cabello rubio severamente recogido en la nuca y unos pendientes que alcanzaban sus hombros al descubierto, mostrando una piel perfectamente bronceada. Virginia no necesitó verle la cara para saber que sería preciosa.

Él, a su lado, dejaba que ella lo agarrara del brazo, vestido en un immaculado traje blanco, la chaqueta se ajustaba a los músculos de su cuerpo y Virginia no pudo evitar que todos los recuerdos de la noche que habían pasado juntos no regresara a su cabeza. Los dos se encontraban hablando con Desiré aunque ella no parecía prestarles atención y desde donde se encontraba, Virginia no podía escuchar nada de lo que hablaban.

Notando como la rabia fluía por todo su cuerpo, Virginia trató de rodear la columna para que sólo Desiré pudiera verla y comenzó a hacerle señas con la mano, levantando los brazos para llamar su atención, incluso movió el cuerpo para que la notara, ganándose algunas miradas extrañas por parte del personal de recepción y una pareja que acudía a la gala con unos movimientos ridículamente elegantes. Aún así, Desiré no giró el cuello para mirarla y Virginia tuvo que caminar hacia la puerta, haciendo que ésta vez la niña si la viera y le hizo una rápida señal con la mano para que acudiera, consiguiendo

que la actitud autómatas de la pequeña cambiara completamente para mirarla extrañada, frunciendo el ceño.

—Niña, ¿entonces estás esperando a alguien? Podemos avisar a las chicas del mostrador —escuchó desde donde se encontraba a la joven que acompañaba a Brian y Virginia la odió automáticamente, asesinándola con la mirada, algo que sólo cambió de actitud cuando vio como Desiré la observaba, muy seria y alzaba una de las cejas, levantando al final la mirada hacia los dos desconocidos que la estaban molestando.

—Me tiene dicho que no hable con gente sospechosa y mucho menos que me vaya con alguien que no conozco. Ustedes —dijo Desiré, en un tono suave y hasta educado pero bastante contundente que Virginia no pudo evitar sonreír, imaginando la cara que debían tener los dos en ese momento— hacen uso de las dos advertencias, así que si no les importa...

Y con eso les invitaba con su agradable actitud a que cogieran sus galas y se fueran a otra parte. En ese momento Virginia no podía adorar más a la niña, sobre todo cuando la mujer se llevó una mano a la boca, posiblemente alucinada por el comportamiento de la niña.

—¿Tenemos pinta de sospechosos? —dijo en cambio Brian con ese tono que Virginia reconoció de diversión e interés y sintió un escalofrío suponiendo que las cosas se podrían poner más turbias si seguían hablando y le daban menos oportunidad a Desiré a ir hacia ella sin que Brian la viera.

—Estoy segura, señor, que no quiere oír mi respuesta. Deberíamos ahorrarnos esta conversación.

Virginia miró hacia otro lado, incapaz de evitar la sonrisa que se dibujaba en los labios y cuando volvió a clavarla en ellos, contuvo ruidosamente la respiración al ver como Desiré caminaba hacia ella y los ojos de Brian estaban fijos en su figura.

Si la reconoció no dio ninguna muestra de ello y la rabia se condensó con más fuerza en sus venas. ¡Sería...! Para ella había significado tanto ese encuentro y para él había sido una más de sus amantes, alguien de usar y tirar y ahora ni siquiera sabía quien era.

—Te dije que podías quedarte más tiempo si querías —la saludó Desiré en voz alta y Virginia no dudó que Brian y su acompañante la estaban oyendo—. Sé cuidarme bien yo sola.

—No lo dudo —murmuró Virginia, sin volver a levantar los ojos hacia la verde mirada de Brian—. Pero vamos.

—Claro.

Las dos caminaron hasta la puerta. Virginia notaba que la observaban y la sensación era extraña, incomoda y cuando puso una mano en la puerta de cristal y creyó que al final podría respirar aire fresco y perder a ese hombre de vista para siempre, una voz la detuvo.

—Disculpa, señora —escuchó que la llamaba la mujer que hasta ese momento había estado al lado de Brian.

Virginia estuvo tentada de terminar de abrir la puerta y salir de allí, ignorándola, pero la rabia que sentía fue un impulso más grande y apartando la mano del cristal, se giró, notando como Desiré la miraba desde su altura, muy seria.

—¿Ocurre algo? —exigió saber con la cabeza muy alta, enfrentándose al arrogante rostro de la chica que se había soltado de Brian y se había acercado a ellas.

—¿La niña está contigo?

Oh. Aquello era lo que faltaba. ¿Ahora la iban a acusar de algo?

—¿A ti qué te parece?

—No lo sé —la chica se encogió elegantemente de hombros—. Estaba sola hasta hace un momento, abandonada en la entrada de un hotel, ¿qué quiere que piense?

—¿Que está esperando a alguien? —le sugirió Virginia en un tono helado y bastante rudo, escuchando la ironía en la pregunta.

La chica bufó con gracia y Virginia hizo una mueca. Era asombroso que hubiera gente que hasta pudiera hacer algo así con encanto. Estaba claro que ella pertenecía a otro mundo.

—No se puede abandonar a un niño en la entrada.

—Mire —murmuró Virginia, buscando las palabras más educadas que estaban en su vocabulario para decirle que se fuera al infierno y la dejara en paz.

—¿Por qué no se mete en sus asuntos, señora? —intervino Desiré con una voz más agría que habitualmente usaba con ella y Virginia la miró horrorizada—. Nadie le ha dado velo en este entierro.

Aprovechando la manera tan cómica en la que la mujer miró a la niña, Virginia aprovechó para empujar la puerta y hacer que Desiré saliera primero antes de hacer ella lo mismo, sin volver a mirar a la cara a aquel hombre.

Caminaron durante unos instantes, sin apresurarse a ir a por el coche y cuando estuvieron en una distancia razonable, Virginia se detuvo, apoyándose en la pared y comenzó a reír.

—Vale, te mereces un premio.

—¿Yo? ¿Por qué?

Virginia sacudió la cabeza y volvió a empujar a la niña hacia el aparcamiento.

—Por nada, venga, ¿qué te apetece? ¿Ver una peli en el cine? No sé si habrá alguna infantil y mañana no hay clase...

—No soy una niña, no necesito ver cosas infantiles.

—Los niños tienen que ver cosas para niños —increpó Virginia, sin poder evitar enfrentarse con la intensa mirada verde que la había observado hacia unos minutos cada vez que cerraba los ojos. Al menos había sabido controlarse.

—¿No es muy pronto para que te vayas de la fiesta?

Esta vez Virginia notó como se quedaba paralizada y no se dio la misma prisa como Desiré en girarse y enfrentarse a Brian Kurst. No había esperado que al siguiera y mucho menos había esperado tener que volver a hablar con él. Miró preocupada a la niña quien le devolvía la mirada lo justo antes de volver a mirar al hombre. Sabiendo que se encontraba en una encerrona, tomó aire profundamente y se giró, enfrentándose al hombre que había ocupado sus pesadillas las últimas noches.

—No tenga nada que hacer allí —soltó cortante, abriendo la puerta del coche—. Vamos, Desiré, entra. Nos vamos ya.

Antes de que la niña pudiera moverse y entrar, algo que Virginia no dudaba que fuera a hacer sin decir nada, Brian recorrió la poca distancia que lo separaba del coche y volvió a cerrar de nuevo la puerta, esta vez con un portazo.

—¿Que...? —musitó Virginia, furiosa, arrepintiéndose de girarse y encontrarse atrapada por el embriagador cuerpo de Brian—. ¿Qué...? —repitió esta vez sin la misma intensidad.

—¿Es un acosador, señor? —soltó Desiré, rompiendo el hechizo que se había creado con sus miradas, haciendo que tanto ella como Brian girara el cuello hacia la niña que se apartaba el flequillo de la cara con un gesto de fastidio.

—¿Quién es la niña?

—¿Y a ti que te importa? —explotó Virginia, recobrando el control de sus facultades y se hizo a un lado, alejándose de su cuerpo para no tener que volver a perder el sentido con su proximidad. ¡Maldita sea! ¡Hacer eso debería estar penalizado por la ley!

—De algún lado habrá salido, digo yo —continuó él, de pronto mirando fijamente a la niña.

Virginia abrió la boca para responder, recordando las palabras de Susan de que sería un problema si Brian descubría el pastel que habían creado en la gala benéfica y notó un escalofrío diferente a los que la proximidad de ese hombre solía provocarle.

—Ella...

—Obviamente he salido del útero de mi madre —soltó Desiré, sin tener ningún problema al sostener la fría mirada de Brian fija en ella—. Ya es un hombre —continuó, haciendo un rápido vistazo a los largo de toda su persona como si después de todo lo dudara y Virginia dio un paso hacia atrás, viendo como toda su vida pasaba por sus ojos. Incluso se vio ya encerrada en prisión cuando Brian decidiera investigar su asistencia en la gala y descubriera aquello que Olivia hubiera preparado al tratar de vengarse por la actitud insolente de Desiré. Era obvio que nunca nadie lo habría tratado de una manera igual y posiblemente antes de que la niña terminara de hablar, Brian quedaría completamente traumatizado y su ego por los suelos.

—Desiré... —trató de decir, planteándose la alternativa de agarrar a la niña del brazo y empujarla dentro del coche, desapareciendo de allí antes de que Brian pudiera reaccionar.

—... O eso parece —continuó Desiré, sin escucharla y sin apartar toda su atención del hombre—, debería saber de donde salen los niños —Y se permitió sacudir la cabeza—. ¿Necesita también que le explique el proceso de reproducción?

Virginia se atragantó al escuchar aquello, espantada. ¿Pero qué demonios explicaban a los niños en el colegio en esos días? Claramente tendría que hablar con Margaret sobre lo que debía ver o no aquella niña en la televisión. Brian desvió un instante la mirada, haciendo que Virginia dejara de toser por la impresión. La observó un segundo, con las cejas elevadas en una expresión que podría haber significado cualquier cosa pero que Virginia no dudó que estaba sorprendido por las palabras de Desiré. Después volvió a mirar a la niña que se había cruzado de brazos y tenía una expresión indolente.

—¿Quién eres tú?

Virginia respiró hondo y carraspeó para aclararse la garganta después del atragantamiento con su propia saliva y buscó algo rápido que explicar, como que cuidaba de la hija de una amiga para salir del paso aunque seguía sin creer que tuviera que darle algún tipo de explicación a ese canalla pero lo haría por

el bien de mantener sus huesos, y el de sus amigas, lejos de la cárcel. Se disculparía por el comportamiento de Desiré y buscando un pretexto como que la niña aún no había cenado, se largaría de allí y rezaría durante toda la noche para que Brian dejara las cosas como estaban y nadie descubriera lo de la gala. Tomó aire una vez más, con más fuerza y dio un paso hacia la niña, dispuesta a meterla en el coche tanto si quería como si no, pero no necesitó llegar hasta ella. Desiré fue la que se acercó rápidamente, apoyando la espalda en la puerta del coche y la agarró de la mano, apretándosela con fuerza mientras dirigía una mirada de frío desprecio a Brian que seguía con sus cejas levantadas, aún sorprendido.

—Soy su hija —soltó, haciendo que Virginia notara como un agujero negro se abría bajo sus pies—, ¿por qué?

Capítulo 6

Virginia se paseó una vez más por toda su habitación.

Al final había conseguido sacar a Desiré de allí sin que pudiera volver a abrir la boca o que lo hiciera Brian en su defecto, pero la expresión que había puesto Kurst al escuchar la última frase de Desiré la preocupaba. Había entornado los ojos y donde siempre había ese brillo de diversión dejó paso a una sombra y por un momento Virginia creyó ver rabia en ellos.

Se detuvo de golpe, frente a la televisión y se quedó mirando la puerta de madera entornada como si la viera por primera vez y le resultara fascinante, luego sacudió la cabeza y retomó el paseo.

¿Por qué de esa expresión? Vale, admitía que Desiré no era precisamente un angelito y si uno veía como separaba la comida con las dos partes, la de que se iba a comer y la que no y las explicaciones que daba a la parte que no se iba a comer, uno la veía más como un demonio... pero de ahí a esa rabia. ¡Y dirigida a ella!

Esta vez volvió a detenerse, se dejó caer en el sofá y se llevó una mano a la cara, tumbando medio cuerpo sobre los cojines mientras soltaba un gritito y pataleaba.

¡Era tan guapo! Y ese traje realmente le favorecía, por no hablar de lo que había sentido su cuerpo al verlo de nuevo... era como si la hubiera tocado otra vez incluso sin llegar a acercarse a ella.

—Hay algo enfermo en mí —murmuró con otro gritito.

—Hay buenos psiquiatras, Virginia.

Virginia se incorporó y miró a Desiré que tan solo había entrado hasta la mitad del salón. Tenía puesto un camión azul y llevaba algo en la mano.

—¿No tienes sueño? —se interesó, fingiendo que no había oído su comentario.

—Quería leer un rato —dijo, señalando el libro que tenía en la mano.

Por un momento, Virginia estuvo tentada de decirle que si no prefería leer en su habitación pero luego se lo pensó, imaginando que la sensibilidad de la niña se sentiría herida si le decía algo así y optó por asentir con la cabeza y dio unos golpecitos al sofá junto a ella,

Desiré caminó despacio hasta sentarse allí, poniendo las piernas en alto y abrió el libro.

—Oye, cariño... —tanteó antes de hablar, sin dejar de mirar a la niña de reojo.

—¿Qué?

Virginia dudó unos instantes.

—Bueno... en realidad me preguntaba por qué dijiste eso al hombre del hotel.

La niña levantó la vista del libro y giró el cuello para mirarla.

—¿El hombre del hotel? —repitió ella—. ¿Cómo se llama?

—¿Qué?

—Ese hombre —insistió—, ¿cuál es su nombre?

Virginia dudó unos segundos, sin dejar de mirarla.

—Brian.

—Brian —repitió ella, volviendo a clavar la mirada en el texto que estaba leyendo—. Es tu ex, ¿verdad? ¿Fue tu marido? ¿O puede que tu novio?

Virginia la miró alucinada. Ni siquiera quería saber como suponía algo así solo al ver a Brian un momento. Tragó con dificultad y se aventuró a hacer otra pregunta.

—¿Te lo dijo él?

—No —Desiré sacudió la cabeza—. Él habló poco, al principio. Sólo hablaba ella.

—¿Entonces...?

—¿...cómo lo sé? —la ayudó ella—. Fácil. Había demasiada tensión sexual entre vosotros.

Virginia volvió a mirarla espantada y antes de decir nada, agarró el libro que estaba leyendo y leyó el título, comprobando que era un simple libro para niños bastante popular.

—No sé de donde has sacado eso pero...

—Pero es verdad —la cortó ella, fingiendo que seguía leyendo.

—Eso que has dicho no es verdad. Además, no es ni mi exmarido, ni mi exnovio ni mi ex nada.

—Oh, ¿en serio?

Ni siquiera parecía interesada en lo que le estaba diciendo ahora. Al final Virginia carraspeó significativamente para llamar su atención.

—Como sea, da igual. Gracias.

—No me estarías dando las gracias si no hubiera un motivo para darlas.

—Sí, sí, vale —aceptó Virginia, derrotada, riéndose de que consiguiera algo así una niña de ocho años—. Lo conozco. Eso es verdad.

—No solo lo conoces —aseguró ella en un tono de marcado sarcasmo.

Virginia suspiró.

—Es... algo complicado —y algo que no planeaba contar a una niña de ocho años—, pero lo resumiría a que es alguien que ha herido mis sentimientos.

Estaba claro que había cierta amargura en su voz y por la forma que Desiré desvió la mirada hacia ella y la miró muy seria, supuso que no era algo que pasara desapercibido fácilmente.

—¿No te gustó verlo con esa mujer?

Virginia bufó, incrédula de que estuviera compartiendo ese tipo de confidencias con Desiré. Debía de haber algo muy mal en su vida para necesitar el consuelo y el consejo de una niña de ocho años... aunque iba a cumplir nueve... Virginia se llevó una mano a la cara, desesperada. ¿Por qué no hacía lo que cualquier persona normal y se iba a un psicólogo? Allí también se hablaba y por lo general solían ser profesionales ya crecidos.

—No me gustó verlo con esa mujer y ya puestos no me gustó ni verlo a él. Su presencia sólo hace que recuerde algo que planeo enterrar —después de haber ahogado, aplastado y asesinado. Sonrió a Desiré que seguía observándola—. Si no puedes dormir, si quieres, vemos una película—. Sugirió.

Había pensado llevarla al cine, pero el encuentro con Brian le había quitado las ganas de cualquier cosa.

—¿Qué películas tienes?

—Déjame ver... —se agachó y miró la diminuta colección de películas que tenía en un mueble en la esquina del sofá y fue pasando uno por uno, diciendo en voz alta los títulos que le parecieron más razonables para la edad

de Desiré pero la niña fue rechazándolos hasta que acabó por sacar el último dvd—, pues no tengo más —soltó, girándose para mirarla, aún sin levantarse.

—Los tengo todos vistos —explicó la niña en un tono neutro.

—¿Y no te apetece ver ninguna otra vez?

—¿A quién le gusta ver algo cuando ya sabe lo que va a pasar?

—Ya bueno... ¿Entonces qué hacemos?

Desiré se encogió de hombros y Virginia no llegó a ir a por el portátil y buscar alguna película online porque su móvil comenzó a sonar de pronto y se apresuró a cogerlo, comprobando que era Susan.

—Tengo que responder.

—Hazlo.

Virginia le lanzó una rápida sonrisa y caminó fuera del salón mientras aceptaba la llamada.

—¿Lo viste? —fue el saludo de su amiga.

Ni siquiera necesitaba decir de quién hablaba. Virginia suspiró y se apoyó contra la pared que accedía a su dormitorio, sin entrar, dejando la puerta del salón visible.

—Me lo encontré en la entrada del hotel.

Susan pareció preocupada.

—¿Y te reconoció?

—No... creo que no.

—¿Pero llegaste a hablar con él o solo te lo cruzaste por casualidad y ni siquiera te miró?

Virginia recordó el breve encuentro que habían tenido en el hall del hotel y más tarde en el aparcamiento y reprimió un estremecimiento. Le había costado resistirse a su magnetismo pero lo había logrado y la actitud de Desiré había sublime. Ni ella misma hubiera conseguido hacerle reflejar aquella ira en su imperturbable y sardónica mirada. Sonrió al recordarlo.

—De hecho me miró —y vaya si lo había hecho— y también me habló.

—Creo que no lo entiendo —dijo Susan confusa—. ¿Qué motivo tendría para hablarte alguien que no te reconoce y por lo tanto no te conoce? ¿Chocaste con él y te pidió perdón?

—No —rió Virginia, acordándose su primer encuentro—. Nada de eso.

—¡No me digas que has perdido la cabeza y te has olvidado que estamos representando un papel en algo que es ilegal? —De pronto Susan parecía escandalizada—. Dime que no has montado un numerito de mujer despechada o unos celos irracionales...

Virginia suspiró. Mujer despechada... ¿Eso era en lo que se había convertido? No estaba segura si era eso o no, pero si algo había claro era que rozaba peligrosamente la amargura y tan sólo se había convertido en una más de la larga lista de conquista de ese hombre.

—No le he dicho nada —volvió a suspirar—. De hecho pretendía desaparecer de la gala sin que él me viera —y a ser posible sin verlo ella—, pero dejé a Desiré en el vestíbulo, sentada en una de esas sillas de aspecto antiguo en plan de esas que encuentras en los museos palaciegos de Europa...

—Ya, ya, yo también las vi, ya sé cuales dices —la cortó Susan al ver que iba a comenzar con una absurda descripción que no tenía nada que ver con el tema—. Céntrate.

—Vale, pues la chica de turno que le acompañaba esta noche —y que luego le acompañaría igualmente a la habitación de un hotel— pareció muy interesada por una niña sola allí sentada y trató de hablar con ella.

—¿En serio? ¿Y qué pasó?

Virginia puso los ojos en blanco y sonrió.

—Bueno, Desiré se encargó de ponerlos a los dos en sus lugares —rió.

—¿De qué hablas? ¿Qué pasó? ¿Les dio una patada en la espinilla y salió corriendo? —se burló ella, haciendo que Virginia pusiera los ojos en blanco.

En realidad, visto de esa manera, no hubiera visto tan mal que les hubiera dado una patada en la espinilla. Eso, de hecho, lo veía más propio de su edad, que su lengua viperina.

—Bueno... —Virginia adelantó la espalda para mirar hacia el interior del salón pero desde donde se encontraba no llegó a ver a Desiré—, no fue exactamente una patada pero que se las arregló para hacer que el imperturbable rostro de Brian se tiñera de rabia. Fue bastante borde, ya sabes, ya te he dicho que tiene la lengua más afilada que un adulto mostrando las uñas en una pelea e increíblemente ingeniosa para su edad —rió—, pero sabes, me sorprendió que la mirada de Brian Kurst se ensombreciera de ira cuando Desiré dijo que era mi hija.

Hubo un silbido al otro lado de la línea y como Susan guardó silencio, Virginia se apartó el teléfono de la oreja, comprobando que no se había cortado la llamada.

—Vaya, así que es cierto —comentó más para sí misma pero intrigando a Virginia que se pasó el teléfono de una mano a otra, cambiándolo de oreja y volvió a asegurarse que Desiré seguía donde debía estar, pero una vez más no consiguió hacer contacto visual con el extremo del sofá donde la había dejado

sentada.

—¿De qué hablas? ¿Qué es cierto?

—He estado investigando —admitió con voz tranquila, haciendo que Virginia enarcara una ceja—. Ya sabes, tenía curiosidad por nuestra conversación después de que te convirtieras en otra de sus innumerables amantes... —Virginia bufó, dando a entender que no le apetecía seguir hablando del tema y Susan carraspeó disimuladamente al otro lado—. También lo hice porque estoy preocupada por la gala, por supuesto.

—Por supuesto —gruñó Virginia—. ¿Y se puede saber qué es lo que has estado investigando?

—Mira, verás —Susan pareció de pronto animada y Virginia se la imaginó sentándose en algún lado, acomodándose para comenzar con alguna larga perorata—. Resulta que Brian Kurst tiene por norma no salir con ninguna mujer casada.

Virginia enarcó una ceja, incrédula.

—¿Qué tipo de norma absurda es esa para un mujeriego?

—Hubo un escándalo hace años ya olvidado y bastante enterrado en que se relacionó a su padre, Victor Kurst con una mujer casada.

—No sé, no es algo que me sorprenda mucho. Casos así hay hay cientos. A diario y casi diría que algo así entra en la naturaleza humana y más en la de los hombres. Además, no me sorprendería que fuera tan mujeriego como su hijo.

—No, no, si ese no es el problema. Por aquel entonces Víctor Kurst estaba casado y la mujer, la madre de Brian se enteró, no me preguntes como ni lo que ocurrió. Eso aún no lo he encontrado por ningún lado, pero la cuestión es que por aquel entonces señora Kurst se suicidó a raíz de eso.

Virginia sintió un nudo en el estómago y apoyó completamente la espalda en la pared.

—¿La madre de Brian se suicidó?

—Sí, eso es lo que se dijo por aquel entonces. Fue un escándalo por lo visto.

Si lo veía de esa manera, era normal que Brian no quisiera saber nada con las mujeres casadas. Posiblemente la infidelidad o las infidelidades de su padre habían provocado que su madre sufriera mucho y terminara suicidándose. Tuvo que ser un shock para él, pero era obvio que a lo que se refería seguir un camino diferente al de su padre no lo había predicado igual. Como fuera, no iba a comenzar a empalmar con él.

—No es algo que necesite saber.

—No, pero, ¿te imaginas sabiéndolo ayer? Podrías haberte vengado haciéndole creer que eras una mujer casada siéndole infiel a su marido con él. Todo aquello que él odia.

Virginia lo meditó seriamente. La idea no hubiera sido tan mala, pensó con cierto gusto por la idea.

—La pena que no lo sabía —se lamentó—. Y ya no lo volveré a ver.

Ni quería hacerlo. No quería volver a encontrarse con él nunca.

—Sí, es lo mejor. Nada bueno conseguirás amargándote por un hombre como él

Virginia suspiró y esperó a que su amiga hablara un poco sobre lo que había hecho para que Olivia posiblemente terminara aquella noche con una o dos úlceras de más, intercambiaron un poco impresiones y finalmente Susan la colgó, alegando estar cansada y realmente a Virginia no le importó si su amiga decía o no la verdad. La que estaba agotada era ella y necesitaba descansar.

Cuando colgó permaneció apoyada en la pared, mirando al techo ensimismada mientras pensaba en Brian y sus dos encuentros hasta la fecha, después, sacudió la cabeza y regresó al salón, topándose con Desiré justo cuando ella salía. Las dos se miraron fijamente.

—¿No querías ver una película? —se interesó vacilante. ¿Habría escuchado algo de su conversación y tal vez se sentía dolida por sus palabras hacia ella?

—No, ya no —aseguró con normalidad—Dejemoslo para mañana.

—Claro —aceptó Virginia, mirando como Desiré caminaba hacia su habitación y cerraba la puerta a su espalda, con el libro fuertemente pegado al pecho—. Buenas noches.

Capitulo 7

Virginia bostezó una vez más, mirando hacia la puerta del colegio. Estaba segura que si seguía a ese ritmo, corriendo a buscar a la niña cada vez que salía del trabajo. Comenzaba a admirar lo que hacían las madres trabajadoras y lo que hacía Margaret sin un hombre a su lado para que hiciera algún papel como padre y esposo.

Volvió a bostezar y se enderezó cuando vio como se abrían las puertas y salían los primeros niños a la carrera. Por supuesto no esperó encontrar a Desiré entre ellos. Cuando finalmente salió por las puertas, se fijó una vez más que lo hacía sola y se apuntó mentalmente ir a hablar con su tutor o, al menos, comentarle su inquietud a Margaret pero no tuvo ocasión de pensar demasiado sobre qué hacer con esa nota mental.

Desiré subió al coche como de costumbre, saludando fríamente y Virginia no le dio mayor importancia, pero se fijó como habitualmente si se ponía el cinturón de seguridad y notó la parte herida de su cara. Se giró de golpe.

—¿Qué te ha pasado?

—Me he caído.

—No me mientas. Si tengo que ir a hablar con tu profesora —o con el director—, lo haré ahora mismo.

Desiré puso mala cara, completamente fastidiada y le apartó la mano cuando ella trató de agarrarle la barbilla para mirarle la herida.

—Ya te he dicho que me he caído, si no me quieres creer... además, no es asunto tuyo.

—¿Pero qué...? No te me pongas chula. Sabes que eres importante para mí —Suspiró ruidosamente, tratando de calmarse.

No debía olvidar que sólo era una niña.

—Yo si fuera tú... —murmuró de pronto Desiré, mirando detrás de ella.

—¿Qué...?

Virginia giró la cabeza lentamente, muy despacio y casi se le detuvo el corazón cuando vio plantado frente al coche a nada más y nada menos que Brian Kurst.

No vestía especialmente informal. Llevaba un traje oscuro pero en su camisa blanca no había ninguna corbata. Lo contempló unos instantes y luego levantó la cabeza hasta enfrentar su fría mirada. Desde arriba la observaba con lo que a Virginia le pareció con odio y se le heló la sangre.

Despacio se sentó correctamente en su asiento y por un instante se preguntó si habría alguna necesidad de cerrar las puertas.

—¿Qué hace aquí? —terminó susurrando aunque sabía que solo Desiré podía oírlo.

De pronto, Brian hizo unas señas con la mano que fácilmente se podían identificar como que saliera del coche. Virginia no se movió.

—Creo que quiere que salgas del coche.

¿En serio? Virginia se mordió el labio y no dijo nada. Era obvio que quería que saliera del coche pero no estaba preparada para escuchar aquello que fuera a decirle. Además, ¿cómo sabía que iba a estar allí? ¿Había sido una coincidencia?

Brian volvió a hacer las mismas señas y Virginia se decidió, abriendo la puerta del coche y girando la cabeza hacia Desiré.

—No te muevas de aquí —la ordenó.

La niña no respondió; se limitó a mirarla con esa expresión tan suya y Virginia terminó bajando del coche y cerrando la puerta con lo más parecido a un portazo, haciendo retumbar todo el coche.

—¿Qué quieres? —soltó, cruzando los brazos sobre el pecho.

Brian enarcó una ceja, de pronto divertido.

—Quería hacerte una pregunta.

—Muy bien, hazla.

Y que se fuera.

—¿Estás casada?

Aquella pregunta sólo le pilló en parte por sorpresa. Después de lo que Susan le había contado, tal vez algo así podía esperarse, pero era asombroso que hubiera ido hasta allí solo para preguntarle algo así. Virginia lo miró fijamente, devolviéndole sin vacilar su dura mirada.

—¿Me has buscado por casualidad?

—Lo he hecho.

—¿Cómo...?

¿En el colegio de Desiré? Parpadeó confusa.

—Tu hija lleva el uniforme de este colegio, uno de los más elitistas de la ciudad. Roxana lo reconoció.

Roxana... Virginia levantó la cabeza con fuerza, irguiéndose. De pronto se sentía peor que antes y la rabia comenzó a fluir con fuerza, haciéndola olvidar que debía mantener el control y alejarse de él.

—¿Qué es lo que quieres?

—Te he hecho una pregunta.

—¿Y vienes a molestarme al colegio para preguntarme eso?

Brian dio un paso hacia ella y la agarró del brazo.

—Contéstame —le exigió con ese tono autoritario que comenzaba a fastidiarla.

—¿Mamá?

Virginia notó como Brian la soltaba de golpe en cuanto escuchó a Desiré y sus ojos se apartaron de ella, deteniéndose en la niña a su espalda. Se giró un poco para mirarla, sorprendida de que la hubiera vuelto a llamar mamá. No creía que Desiré tuviera ningún problema mental ni que necesitara un afecto al punto de verla como una sustituta de su madre repentinamente... Las dos se miraron y Virginia entendió lo que la niña pretendía hacer, lo mismo que había hecho cuando la noche de la gala había pretendido al soltar que era su hija: descolocar y molestar a un hombre que parecía poderoso y autoritario, alguien muy seguro de sí mismo donde el control era algo que tenía por sobrenombre.

—Te dije que esperaras en el coche —dijo, tratando de mostrarse severa pero sin demasiado énfasis, de una manera significativa.

—¿Quién es ese hombre? —la ignoró ella, apartando al mirada de sus ojos y fulminó a Brian que ella.

—Soy un amigo de tu madre —se presentó él, demasiado tenso, tratando de mostrarse amable pero sin llegar a conseguirlo realmente—. ¿Y tu

padre...?

Virginia giró el cuello bruscamente hacia él, molesta. ¿Así que si no conseguía la información que le interesaba de ella trataba de conseguirla por Desiré?

—¡Es suficiente! —le advirtió ella, furiosa.

—¿También eres amigo de mi padre? —continuó la niña, impasible, manteniendo esa fingida inocencia.

Virginia se maravilló por sus dotes interpretativas. O conseguía ser una aclamada actriz en el futuro o se volvía una arpía de primera categoría.

—Tu padre... —escuchó Virginia de los labios de Brian, aún con más aspereza si era posible. Sintió un escalofrío pero no se amedrentó.

¿Así que esas tenían? Pues vale, si quería jugar, podrían jugar todos.

—Desiré, por favor, métete en el coche.

—Pero mamá...

—Ahora —la ordenó, lanzándole una significativa mirada y esperó a que la niña obedeciera y cerrara la puerta para girarse hacia el hombre que prácticamente la asesinaba con la mirada—. ¿Se puede saber qué pretendes?

—¿Casada?

—Y con una hija —le recordó ella, lanzando un nuevo farol.

Los ojos de Brian se entrecerraron peligrosamente.

—Dijiste que no tenías ningún compromiso.

—Bien —soltó ella desafiante—, mentí.

—¿Cómo pudiste...?

—¡Oh, venga! —le cortó Virginia, meneando una mano frente a su cara—. ¿ahora vas a decirme que eres una gran persona y te sientes herido? ¡Menudo hipócrita!

—¡Yo no estoy casado!

—No, puede que no, aceptó ella, pero dime, ¿con cuántas mujeres juegas y luego las tiras como basura? ¿Somos de usar y tirar para ti?

La mirada de Brian centelleó de cólera pero no se movió, como si se hubiera quedado clavado en la acera.

—Nadie se ríe de mí...

Para hacer mayor burla a sus palabras, Virginia comenzó a reír, divertida por esa observación y volvió a sacudir la mano frente a él, interrumpiéndole y consiguiendo que la mirara aún más furioso.

—Te equivocas, cariño —se burló—. En esta ocasión alguien se ha burlado de tí, pero no te aflijas —dijo, para romper el silencio que se creó de

golpe y que hizo más tenso el ambiente, como si se pudiera cortar con unas tijeras—. Estamos a mano ahora, ¿no te parece? Tú me usaste y yo te usé, ¿por qué le das más vueltas al tema? ¿te molesta no ser el único que se ha divertido después de nuestro encuentro? —Virginia se echó a reír de nuevo—. Lo siento, pero tengo que irme. Mi esposo me espera y a menos que quieras volver a ir a un hotel conmigo... esto se acaba aquí.

Lo miró por última vez, perdiéndose en la tenebrosa de su mirada por un instante antes de abrir la puerta del coche y sentarse frente al volante, cerrando la puerta detrás de ella y se aseguró de poner el seguro a las puertas, por si acaso y arrancó, sin volver a mirarlo.

Capítulo 8

Brian le dio un puñetazo a la pared.

—Señor, así solo conseguirá hacerse daño.

—Inaceptable.

No podía creerse que había estado con una mujer casada. Él nunca cruzaba esa línea. ¡Nunca! Y Virginia, esa mujer, había conseguido que todos sus principios se desmoronaran de golpe.

Admitía que no sólo era culpa de ella. No era la primera vez que una mujer casada intentaba pasar una noche en su cama, incluso había llegado a oír la frase tan disparatada de “dejaré a mi marido” Cuando lo sabía, él no era rotundo y cuando no conocía demasiado a la dama en cuestión, flirteaba un poco mientras investigaba antes de dejarla entrar en su cama y disfrutar del placer de su compañía.

Pero no había sido lo mismo con esa mujer.

La había conocido sin proponerse nada aquella noche y la pasión había sido instantánea, por no hablar del deseo y había visto lo mismo que él sentía reflejado en la mirada de aquella mujer. Ni siquiera lo había pensado. Lo único que había tenido en la cabeza era en hacerle el amor, en hacerla gritar y gemir de placer y es lo que había hecho, sin pensar en nada más.

Sí, si lo pensaba, la culpa era tanto de ella como de él, pero lo que más le fastidiaba era la actitud que ella había tenido. Era la primera vez que alguien se le enfrentaba y realmente no le había gustado la experiencia.

—¡Joder!

—Señor...

Brian volvió a golpear la pared e ignoró a su secretario. Conocía a Jonathan desde niños, había compartido su pesar y se habían hecho inseparables. Cuando él había heredado todo el reinado de su padre, Jonathan no tenía ningún lugar donde ir tras que su padre lapidara toda la fortuna y dejara a él y a su madre desamparados. Fue entonces cuando se encargó él de apoyar a su amigo y devolver todo lo que éste había hecho por él. Habían estado juntos desde entonces, aunque Jonathan tenía la manía de llamarle señor cuando se trataba de trabajo o se encontraban en la oficina.

—No me lo puedo creer.

—¿El qué, señor? —preguntó su amigo con paciencia.

—Me mintió, joder, me mintió. Estaba casada....

Aquello sí pareció llamar su atención. Jonathan sabía que repudiaba a las mujeres después de lo que aquella hizo con su madre y su familia. Jugaba con ellas, disfrutaba de sus cuerpos y luego las desechaba. En realidad Virginia no había estado equivocada en eso, es más, no hubiera vuelto a pensar en ella si verla con una niña no hubiera llamado su atención y hubiera puesto todas sus antenas en guardia. Aún así podía estar separada o ser viuda... Pero no. Y él nunca se entrometía en ningún matrimonio.

—¿Una de las mujeres?

Brian puso mala cara.

—Sí.

—¿Alguna que investigué? —pareció preocupado de haber hecho mal su trabajo.

—No. La conocí al salir de un supermercado y bueno...

—Eso es raro —Jonathan frunció el ceño y sacudió su cabello rubio —. Nunca cometes ese tipo de desliz.

—Perdí el control —admitió, cansado, dejándose caer en la silla —. Nunca he deseado tanto a una mujer que en aquel momento. Fue algo... irracional.

—Tú nunca eres irracional.

Brian suspiró.

Era verdad. Él nunca era irracional, nunca perdía el control e, incluso, aún guardaba el número de aquella mujer a diferencia del de las otras. La experiencia en la cama había sido única, sus cuerpos eran increíbles y esa corriente... lo había notado, había sentido la química avasalladora que los había invadido a ambos nada más verse, nada más tocarse y al final las cosas habían acabado de esa manera.

—¿Por qué no te olvidas de ella? Está casada, vale, se cometió un error, pero ya no puedes hacer nada para evitarlo.

—Ella me mintió.

—Tú también cuando la aseguraste que la querías y que la llamarías, ¿verdad?

Brian miró a su amigo y luego no pudo evitar sonreír. “Estar a la par” Eso había dicho ella. Pero en algo había sido diferente. Él, en aquel momento, mientras se dejaba dominar por la pasión y la química existente, él había sido sincero, se había entregado a ella completamente, de manera genuina y la había amado. Ella le había engañado desde el principio y eso no podía perdonarlo.

—No puedo olvidarlo. Esa mujer es igual que Cassandra.

Jonathan se puso inmediatamente en guardia.

—No te precipites —le aconsejó—. Puede que sólo se haya llevado por la rabia. Sabes que hay muchas mujeres que han terminado rabiosas y despechadas.

—Es diferente —insistió.

—¿Por qué? ¿Porque para variar ha sido ella quien te ha engañado a ti?

Brian apretó con fuerza los puños.

—No, porque una mujer como esa fue la que asesinó a mi madre.

—De acuerdo —suspiró Jonathan, posiblemente sin ganas de discutir, acercándose hasta quedar frente a la mesa del despacho y dejó sobre ella una carpeta. Brian ni la abrió—, ¿y ahora qué planeas hacer?

Brian lo meditó unos segundos. En realidad había pensado detenidamente sobre ello cuando aquella cría había admitido que era su hija y la opción de que estuviera casada había quedado como una posibilidad. No solo lo había pensado. Había rumiado sobre ello e incluso lo había tenido sin dormir. ¡Por no hablar que su noche con Roxana se había ido al traste al no encontrarse de humor y no había seducido a ninguna mujer ese fin de semana y su libido insatisfecha sólo hacía que acumulara más frustración y rabia!

—Evidentemente voy a vengarme.

Jonathan no respondió y Brian levantó la cabeza para mirarlo.

—Si todas las mujeres a las que usas y desechas se vengaran de ti ahora estarías destrozado, lo sabes, ¿verdad?

—No es lo mismo.

—Sabes que lo es.

—¡No es lo mismo!

Jonathan no volvió a insistir y suspiró.

—Haz lo que quieras. ¿Me necesitas para que investigue algo?

Brian negó con la cabeza.

—No. No tiré su número de teléfono.

Incluso a él mismo le sorprendió oír esas palabras sin la necesidad de mirar a su amigo enarcar incrédulo las cejas.

—¿Guardaste su número?

—Sí —admitió incómodo.

—¿Por qué?

Hubiera preferido no tener que hablar de eso. Ni siquiera quería admitir el motivo por el que lo había guardado pero decirse a sí mismo que no se le había pasado por la cabeza volver a llamarla sería mentirse a sí mismo y eso era imposible.

Tal vez por eso sentía tanta rabia en ese momento. Virginia había sido la primera mujer en su vida a la que había comenzado a considerar que no todo estaba perdido que tal vez... y resultaba que cometía el único error que no quería cometer.

Una mujer casada.

—Da igual —soltó con la mandíbula tensa—. Yo me encargaré de todo.

Jonathan guardó silencio unos instantes.

—Como quieras —y señaló la carpeta que había dejado frente a él, en la mesa—. Será que mejor revises eso. Es para la nueva colección.

Brian asintió con la cabeza y se enderezó, dispuesto a concentrarse en los negocios. Tenía tiempo de buscar la mejor manera de vengarse de esa mujer.

Capítulo 9

Se sentía genial.

Posiblemente llevaba tiempo que no se sentía tan bien. Al menos no desde que se había acostado con Brian Kurst después de dejarse seducir.

Virginia miró a Desiré y se agachó a su lado, en el sofá.

—Vale, pide lo que quieras.

Se lo merecía. Todo aquello no hubiera sido posible sin su ayuda y posiblemente la niña lo sabía. Siempre había creído que era demasiado madura para su edad y no descartaba la posibilidad que le divorcio, las horas de Margaret fuera de casa y el hecho de que ella no quisiera convertirse en una carga para su madre después del abandono de su padre no tuvieran nada que

ver con su personalidad, pero esa actitud era lo que había hecho posible aquello. Un niño normal no hubiera leído la situación y mucho menos hubiera tenido la maldad suficiente como para elaborar un plan para sacar de sus casillas a un adulto prepotente y arrogante como Brian Kurst.

Desiré apartó la mirada de los dibujos y fijó los ojos en ella.

—¿Un piso?

La solicitud de la niña hizo que parte del hechizo se esfumara de golpe.

—Algo racional, Desiré. Si hubiera tenido el dinero para un piso, tu madre no hubiera tenido que hacer ese asunto chungo para conseguir el dinero, ¿no crees?

Desiré se encogió de hombros y volvió a prestar atención a la pantalla.

—Entonces no quiero nada.

Por supuesto. Con aquella niña nada era fácil.

Virginia suspiró y se agarró al borde del sofá.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿El qué?

—Decir aquello a ese hombre...

—Es Brian Kurst. Me he informado por internet y es bastante famoso. No deberías mantener una relación sentimental con él. No trata muy bien a las mujeres aunque se le considera uno de los solteros más codiciados y toda las mujeres de la alta clase quiere echarle el guante —recitó, como si lo estuviera leyendo en ese momento.

—¿De dónde has sacado eso...?

—De internet, ya te lo he dicho.

—Ya, ¿y de dónde lo has podido mirar en internet?

—En el colegio. Hay ordenadores, ¿sabes?

—Ya, ¡cómo no!

Virginia sacudió la cabeza y suspiró, dándose cuenta que la niña volvía a girar el cuello hacia ella.

—¿Fuisteis novios?

Virginia la devolvió la mirada y sacudió la cabeza.

—No... digamos que sólo se rió de mí...

—Ya, se acostó contigo y luego no quiso saber nada.

Vale... Virginia cerró los ojos. A medida que pasaba el tiempo la satisfacción personal de lo que había ocurrido a la salida del colegio de la niña comenzaba a esfumarse y quedar solo como un recuerdo fugaz.

—Fin del tema —gruñó, levantándose.

Se fue al cuarto de baño a darse una rápida ducha y llamó a Susan, sin muchas ganas de salir y enfrentarse a Desiré, pero al menos necesitaba contarle a alguien lo sucedido, alguien que no comenzara a reprocharle su actitud... Joder... Desiré parecía más adulta y madura que ella y sus amigas.

—¿Puedes quedar a tomar algo? —la saludó Susan antes de que ella pudiera decir nada.

Virginia hizo una mueca.

—Tengo a Desiré, ¿recuerdas? No puedo salir y encima mañana tiene clases.

—Te has convertido en toda una madraza, ¿eh? —rió Susan al otro lado de la línea, completamente divertida.

—Deja de reírte.

—No lo hago.

—¿Sabes quien vino a buscarme a la salida del colegio de la niña?

—Hmm. Ni idea, ¿quién?

—Brian.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio absoluto por unos momentos.

—¿Qué Brian?

Virginia puso los ojos en blanco.

—Sabes qué Brian. Brian Kurst, por supuesto.

—Pero no iría a buscarte a tí... —razonó ella.

—Hijos no tiene. Al menos que tú te hayas informado.

—Vale, no seas irónica. ¿Te ha hablado?

—Se ha plantado frente al coche.

—Debiste aprovechar y atropellarlo.

—¿Estamos hablando de asesinato?

—¿Te preocupa que sea ilegal?

—Me preocupa que me metan en la cárcel —Hubo un pequeño silencio y Virginia comenzó a reír a la misma vez que su amiga—. Nuestras conversaciones comienzan a ser muy surrealistas, ¿no?

—Da igual —rió—. De acuerdo, ¿qué pasó?

—Quería saber si estaba casada.

—¡Lo sabía! —exclamó Susan satisfecha—. ¿Y qué le dijiste?

—Bueno...

Iba a ser complicado decirle que había disfrutado con esa pequeña mentirijilla. Virginia veía justo que no sólo ella sufriera con su pequeño encuentro donde a ella le había marcado demasiado al punto de no poder

quitárselo aún de la cabeza, algo que le fastidiaba muchísimo y hacía que se odiara a sí misma.

—¡No le dirías la verdad!

—No, no lo hice.... y fue Desiré quien no le hizo que tuviera ninguna duda... esa niña es... espectacular.

—Según me cuentas es terrorífica... ¿seguro que su madre no se equivocó de año cuando nació y en realidad no tiene ocho años?

—Muy surrealistas, Susan.

—Sólo comento...

—Como sea., no se lo dije y se quedó realmente furioso.

—¡Se lo merece! ¡Por canalla!

—Sí... la sensación es gratificante —rió Virginia sin muchas ganas de pronto.

—¿Qué ocurre?

—No sé... tengo una extraña sensación.

—Esos son remordimientos.

—Tal vez... Te tengo que dejar. Mañana hay colegio y trabajo....

—Una auténtica madraza.

—Déjame en paz.

Virginia colgó y se apresuró a decir a Desiré que era hora de acostarse. Nunca había problemas para eso. No hacía ningún berrinche ni protestaba por no poder acabar aquello que estuviera viendo.

Tampoco consiguió descansar bien. Tardó mucho en conciliar el sueño, aún invadida por esa extraña sensación de que algo no iba bien después de todo y en los ratos que concilió algo el sueño, su descanso estaba plagado de pesadillas.

Por la mañana, antes de ir al trabajo, acercó a Desiré al colegio, echándola un rápido vistazo para asegurarse de que cuando volviera a recogerla no hubiera alguna herida o marca que en ese momento no tenía. Aceptaba la posibilidad de una caída. Una vez. Si se repetía...

—Desiré —la llamó, bajando la ventanilla del coche.

La niña se detuvo y se giró, acercándose al coche.

—¿Qué?

—Si tienes que contarme algo... cualquier cosa.... sabes que puedes hacerlo, ¿verdad?

Desiré la miró fijamente, como estudiándola y luego asintió con la cabeza.

—Tengo que irme.

—No te olvides —No se detuvo. Se apresuró a entrar por las puertas y Virginia siguió mirando las puertas unos segundos antes de mirar al frente—. Una sola vez más y en ese colegio me van a conocer —murmuró, girando la llave del contacto y arrancando, incapaz de no pensar en la figura de Brian, poderoso e imponente de pie en la acera—. Será mejor que piense en otra cosa.

Al fin y al cabo ahora sí que no iba a volver a verlo.

O eso era lo que Virginia había creído.

Nada más entró en el edificio supo que algo no iba bien.

Por lo general era una persona que pasaba bastante desapercibida. No era alguien a quien alguna persona se giraría a mirarla por segunda vez. Tampoco era un genio en el trabajo y de hecho no destacaba en nada.

Tal vez por eso le resultó bastante raro que todos se callaran al verla, comenzaran a cuchichear y se giraran a mirarla cuando ella pasaba. Incluso se los encontró observándola cuando se giró extrañada mientras esperaba el ascensor y todas las miradas se desviaron rápidamente, como si no debieran estar mirándola.

—¿Me estoy volviendo loca?

Sacudió la cabeza y entró al ascensor con un par de mujeres que la miraron con disimulo pero en ningún momento trataron de encontrarse con su mirada. Cuando finalmente las puertas se abrieron, ni siquiera consiguió dar un paso fuera del ascensor. Susan se precipitó dentro, tirando de ella y la empujó contra el extremo opuesto.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Yo loca? —gritó Susan—. Querrás decir que tú et has vuelto loca. ¿Cómo se te ocurrió decirle donde trabajabas?

Virginia la miró sorprendida, algo confusa pero de alguna manera las palabras de su amiga comenzaron a tener algún tipo de significado.

—¿De qué hablas? —murmuró en un hilo de voz.

—Tienes a Brian Kurst sentado en la sala de espera después de preguntar por tí. Tus jefes no han sido capaces de despacharlo alegando que ese no era un lugar de citas. Su presencia y poder en el mundo de los negocios haría secar la boca a cualquiera. Además, parece que se los ha metido en el bolsillo después de dejar caer, como por casualidad, que le gustaría contratar los servicios del bufete donde trabajas como asesoría fiscal para su empresa...

Virginia se sintió desfallecer. Se agarró ala pared y aún así no consiguió que las piernas dejaran de temblar. No podía creérselo. Esas cosas no podían

estar pasándole. Ahora entendía el malestar que había tenido ayer desde lo ocurrido.

—¿Crees que querrá vengarse?

—Hasta donde yo sé, estar casada no es un delito.

—Pero él seguramente considere que sí....

—No creo que te ponga un pleito donde trabajas solo diciendo que te acusa de estar casada...

Las dos se miraron.

—¿Qué hago? —su voz sonaba rozando bastante la histeria.

—Creo que deberías hablar con él.

Virginia sacudió la cabeza, espantada. ¿Hablar con él en su trabajo? Al menos no pretendería estrangularla delante de tantos testigos... algo era algo.

—¿Tu crees que debería?

—Sinceramente te aconsejaría que huyeras, pero si ha venido hoy, vendrá mañana y encima tendrás que explicar la falta a tu trabajo...

—Lo he captado —gruñó Virginia, enderezándose la ropa y poniéndose bien la blusa azul claro que había escogido aquella mañana, pero solo apartó bruscamente las manos del pelo cuando vio como Susan enarcaba una ceja, dejando entrever una sonrisilla—. ¿Qué?

—Estás preciosa, no te preocupes por eso —se burló.

Virginia hizo una mueca.

—Como si me importara eso.

Volvió a dar al botón de nuevo y vio como el ascensor volvía a subir, mordiéndose con más fuerza el labio a medida que se acercaba a la planta.

—¿Estás preparada?

—Claro que no.

Las puertas se abrieron en ese momento y Virginia creyó que no conseguiría despegar los pies del suelo y moverse, pero Susan tiró de su brazo, sacándola del ascensor y la obligó a someterse a todas las miradas que esta vez reconoció curiosidad y envidia. Incluso llegó a leer contrariedad en alguna expresión.

Lentamente fingió ir a su mesa pero antes de llegar, vio como se acercaba su jefe dando grandes zancadas y Susan se apartó de ella prudentemente.

—Hudson, llega tarde.

—Lo siento, tenía que...

Su jefe pareció darse cuenta de Susan y sin la misma amabilidad que solía usar cuando creía que alguien era un cliente, se acercó un poco hacia su amiga,

asegurándose de agarrarla a ella del brazo como si temiese que fuera a salir corriendo.

—¿Necesita algo? —preguntó de manera ruda, refiriéndose a Susan.

Su amiga pareció alarmada.

—No... ya me están atendiendo.

—De acuerdo. Hudson, venga conmigo.

Virginia asintió con la cabeza y echó un rápido vistazo a su amiga que le dio ánimos con una mano mientras su jefe la arrastraba hasta su despacho. Cuando finalmente entraron, lo que primero que Virginia vio fue a Brian Kurst sentado en el sillón de cuero del despacho con una taza de café que no había probado y que tenía serias dudas de que fuera a probar. Brian levantó los ojos hacia ella y Virginia contuvo la respiración bruscamente.

—Os dejo solos para que podáis hablar.

Virginia se giró para ver como su jefe sonreía y salía del despacho, cerrando la puerta detrás de él. Sólo después de unos segundos, Virginia se encontró con las fuerzas de girarse de nuevo y se enfrentó con la burlona sonrisa de Brian, una que no alcanzaba a caldear su fría mirada verde.

—Al fin llegas... cariño.

Capítulo 10

Virginia se frotó las sienes con fuerza. Estaba a punto de sufrir un ataque y posiblemente no le había dado un paro cardíaco aún era porque había conseguido sacar a Brian de su lugar de trabajo antes de que alguien comenzara a hablar demasiado, aunque ahora, al menos, sabía lo que Brian pretendía.

—En serio, me encantaría conocer a tu marido —repitió una vez más, ignorando a la mujer que estaba sentada en la mesa de al lado y que parecía más del estilo de Brian.

En realidad, cualquier mujer en ese restaurante de lujo, uno que ella no hubiera sido capaz de pagar si quería seguir manteniendo en regla su hipoteca, al que Brian le había llevado, era más del estilo con las que solía verse a Brian Kurst que ella.

—¿Qué es lo que quieres? —accedió ella a hablar finalmente, negándose a probar nada de aquellos finos y carísimos platos que Brian había pedido por los dos al ver que ella ni se molestaba en mirar la carta.

—Sabes lo que quiero —dijo él con naturalidad, dejando elegantemente

los cubiertos sobre el plato.

—No, no lo sé —dijo ella tras una incómoda pausa.

—¿En serio?

Virginia suspiró.

—Acabemos con esto —murmuró, mirando a cualquier lado menos al rostro de Brian—. Has venido a buscarme a mi trabajo por algo, ¿no?

—La pregunta es equivocada —la corrigió él con cierta burla.

Virginia levantó finalmente de nuevo la mirada hasta sus ojos, de mala gana y percibió la fugaz rabia que se leía en ellos, algo que se apresuró a disimular rápidamente y lo escondió con una nueva sonrisa sardónica.

—¿Qué? ¿Qué pregunta?

—Lo más correcto sería preguntar a qué estás dispuesta a hacer por guardar mi silencio.

Virginia parpadeó sin comprender.

—¿Qué?

—¿O tal vez debería ser si te importa mantener tu matrimonio o no?

Virginia abrió exageradamente los ojos, sorprendida y, aunque por fin comprendía de qué iba todo eso, siguió mirándolo confusa.

¿Qué era exactamente lo que pretendía con aquello?

—Ah...

Virginia miró de nuevo a su alrededor. Todas las miradas estaban centradas en ellos. Posiblemente la mayoría conocía a Brian Kurst y aunque era bien conocido su continuo cambio de pareja y posiblemente ella no era del interés de ninguno de ellos, la presencia de Brian sí sería algo digno de cotilleo para una semana.

—¿Y bien? ¿Qué decides?

Despacio, Virginia giró la cabeza hasta él aún pensando qué pretendía conseguir con aquello. Ya había dado por hecho que no volvería a verlo y aparecía en su trabajo soltando todo aquello. Reconocía y con cierto sudor frío, que si hubiera sido realmente una mujer casada, aquella situación comenzaría a ser peligrosa pero no lo estaba y la intención de acorralarla de Brian no tenía ningún efecto intimidante... Pero eso él no lo sabía y Virginia se moría por saber cuales eran realmente sus intenciones.

Y sin ser capaz de seguir negándolo, también deseaba pasar ese tiempo extra con él, aunque supusiera después una agonía.

Por primera vez desde que le había puesto los platos frente a ella, Virginia agarró uno de los cubiertos pero no llegó a pinchar nada de la comida y abrió y cerró la boca varias veces, buscando las palabras para hablar con él.

Tal vez para cuando terminara esa comida tendría que decirle la verdad sobre su estado civil pero por ahora jugaría.

—¿Qué es lo que quieres a cambio de tu silencio?

Puede que no hubiera sido la pregunta más apropiada porque a Brian le costó y mantener la calma y tardó más en borrar la furia de su expresión, descolocandola de nuevo y se obligó a apartar la mirada.

—Te lo he preguntado a ti, ¿qué estás dispuesta a dar o hacer por mi silencio?

¿La pregunta tenía truco? ¿O realmente esperaba que dijera algo en concreto? Virginia lo miró desconfiada.

—No tengo dinero...

—No necesito dinero.

—¿Y qué necesitas entonces?

Brian se inclinó hacia delante de la mesa.

—No lo que necesito —dijo en voz baja—. Sabes lo que quiero.

Virginia lo miró sin vacilar.

—No tengo ni idea —soltó.

En realidad no mentía.

Había algo que se le había pasado por la cabeza pero dudaba que pudiera ser eso... No... Imposible. Pero no pudo evitar sentir un ligero estremecimiento.

—Si quieres algo, sólo dilo. No tengo tiempo de esto. Tengo que... —se humedeció los labios unos segundos, sintiendo como el corazón se le aceleraba involuntariamente.

—Te quiero a ti.

A Virginia le costó mantener la compostura. Eso era una opción que se le había pasado por la cabeza pero no la había creído posible. Y ahora, pese a que notaba todos los indicios de que su cuerpo ya aceptaba su invitación o aquello que fuera eso, la parte racional de su cerebro esta vez parecía funcionar mejor que la última vez y se negó a no leer entre líneas, aquella letra pequeña que podía llegar a hundirla.

Brian Kurst no había ido a buscarla porque la deseara y no hubiera podido quitársela de la cabeza. Había tenido su número de teléfono y no la había llamado ni una sola vez y ahora, cuando por casualidad había descubierto falsamente que era una mujer casada parecía tener un interés extraño en volver a llevársela a la cama. Y por muy tentadora que fuera la idea... y vaya que si le resultaba tentadora, quería saber antes qué pretendía Brian con todo eso ya que la palabra venganza la tenía prácticamente escrita en cada mirada que le lanzaba. Brian Kurst la odiaba y de alguna manera que no comprendía del todo, incluso después de saber parte de la historia de la muerte de su madre, sabía que ese sentimiento tan correoso se debía a que creía que ella había engañado a su marido con él.

—¿Quieres que volvamos a acostarnos? —murmuró, dándose cuenta que le temblaba la voz y no conseguía dar esa seguridad que quería a sus palabras.

—Lo has entendido, sí.

Los dos se miraron hasta que Virginia notó como se sonrojaba ante la

directa mirada verde de Brian y bajó rápidamente la cabeza.

—¿Y si vuelvo contigo a un hotel me dejarás en paz?

—¿Te preocupa que tu marido se entere?

Lo normal era que si estuviera casada le importara. Respiró con fuerza, haciendo tiempo mientras pensaba si aceptaba su oferta o le decía que no estaba casada.

—No quiero que se entere —soltó, haciendo una mueca al darse cuenta de que lo que realmente quería era eso.

—Entonces te acostarás conmigo todas las veces que yo quiera.

Su tono era duro, frío y hasta peligroso y Virginia levantó la cabeza. Era incapaz de controlar los fuertes latidos del corazón y la forma que le sudaban las manos. ¿De verdad pretendía castigarla de esa manera? Si no había nada oculto en sus intenciones a no ser el hecho de hacerla vivir con la amargura de que su marido se enterara de su aventura y pidiera el divorcio, a Virginia no se le ocurría nada mejor para ella a no ser que sabía que llegaría el momento en el que Brian la destrozaría completamente el corazón cuando ya fuera por aburrimiento o al descubrir su mentira, la dejara una vez más, arrastrándola a la soledad y a la desesperación de unos sentimientos que nunca serían correspondidos.

Y si con una vez había sido horrible saber que no la volvería a llamar, con varios encuentros prefería no pensar en lo que podría ocurrir.

—¿Qué decides? —insistió él.

Virginia se mordió el labio.

No podía hacerlo, sabía que no podía y lo mejor, lo correcto era decirle la verdad y llorar en privado. Abrió lentamente la boca, buscando una manera de explicarle que no estaba casada y que había sido todo un engaño. Tal vez incluso así se reirían un poco y comerían aquella deliciosa comida en compañía del otro. Al menos estaría con él una vez más... pero esta vez sí sería la última, ya no habría ninguna razón para volver a encontrarse. Cerró los ojos con fuerza cuando dijo: —De acuerdo —aceptó, notando un nudo en el pecho.

No necesitaba que nadie le dijera que era el camino más peligroso y a la larga con el que más iba a sufrir.

Los ojos de Brian se entrecerraron un poco, de manera imperceptible pero no cambió de actitud, sino que la sonrió burlón.

—Pediré una habitación en un hotel para ahora.

Virginia se puso automáticamente tensa. Quería pero en ese momento tenía

otras obligaciones que simplemente no podía esperar.

—Imposible —murmuró aunque su tono fue contundente.

Brian la miró con ira y Virginia se preguntó si después de todo iba a estar bien con todo aquello.

—¿Huyes después de todo?

—No, pero dentro de media hora —y hasta se permitió enseñarle el reloj donde marcaba claramente la hora— tengo que ir a recoger a... mi hija —le recordó con fingida amabilidad.

Brian la fulminó con la mirada pero antes de decir nada levantó una mano y llamó al camarero que los había atendido. Virginia suspiró preguntándose si eso la liberaba por ese día de lidiar con ese hombre.

—La cuenta —pidió, tendiendo ya una tarjeta de crédito. El camarero asintió con la cabeza, aceptándola y con una disculpa bien educada se retiró de nuevo. Brian volvió a poner los codos en la mesa e inclinó la espalda hacia ella—. Entonces iré contigo.

Virginia notó como un sudor helado recorría toda su espalda mientras miraba horrorizada a Brian.

—Imposible —repitió de nuevo—. No puedes....

—Tu hija ya me ha visto, ¿recuerdas? —dijo con mofa—. Soy un amigo de su madre.

La sonrisa era burlona pero de nuevo estaba aquel brillo peligroso en sus ojos.

—No. quedaremos otro día.

—Iré hoy a buscar contigo a tu hija. Eso te hará recordar que no puedes hacer lo que te de la gana o tu pequeño secreto quedará expuesto, ¿qué te parece?

Virginia se mordió el labio y pensó rápidamente una salida pero su mente no parecía procesar demasiado rápido en ese momento y finalmente decidió aceptar. Desiré era demasiado lista y seguramente si había algo que no entendía al verlo allí se limitaría a guardar silencio.

—De acuerdo. Vienes conmigo y luego te vas —le advirtió.

Brian se sentó correctamente de nuevo, apoyando la espalda en el respaldo de la silla y la siguió mirando con esa insufrible sonrisa burlona.

—Eso ya lo veremos.

—Te irás y punto.

El camarero regresó con la tarjeta de Brian, perfectamente colocada en una bandejita y tras despedirse afablemente con un “señor Kurst”, Brian se levantó

y la invitó a hacer lo mismo, agarrándola del brazo y empujándola fuera. Incluso tuvo la amabilidad de llevarla hasta su coche, aparcado solo a escasos metros del suyo y cuando Virginia creyó que se iría a buscar el suyo, se sorprendió al verlo abrir la puerta y sentándose a su lado.

—¿Qué haces? —preguntó alarmada.

—¿No íbamos a buscar a tu hija? ¿Cómo se llama, por cierto?

—No —le previno Virginia, arrancando a su pesar al comprobar la hora. Dudaba que tuviera tiempo de echar a Brian de su coche y llegar a tiempo a recogerla—. No puedes hablar con mi hija.

—Tal vez es esa actitud la que ha hecho que esa niña tenga esa lengua tan viperina.

—Deja de meterte con mi hija —le amenazó, mirándolo furiosa.

Brian se encogió de hombros. Realmente alguien así estaba fuera de lugar en un coche tan pequeño como el que ella tenía.

—No te agobies. De hecho la pequeña me parece de lo más interesante.

—Acabo de decir que nada de acercarte a ella. Desiré queda fuera de juego.

—Oh, así que se llama Desiré.

Virginia bufó, furiosa consigo misma.

—Joder.

—No es una forma apropiada de hablar para una dama.

—Te lo advierto, Brian... —comenzó, levantando una mano del volante para gesticular nerviosa.

—No estás en condiciones de advertirme nada —le recordó él sin ninguna pizca de amabilidad—. Eres tú la que estás en problemas si no haces lo que yo quiera.

Virginia guardó silencio y lo miró de refilón. Eso era lo que él se creía, que la tenía atada en corto y que ella se amoldaría y obedecería sus ordenes pero estaba equivocado. Ella sólo se sometería porque lo deseaba, porque anhelaba volver a sentir esa pasión, ese deseo y ese placer que sólo había sentido en sus brazos. Incluso aunque luego tuviera que arder en el infierno.

Llegaron a la puerta del colegio justo cuando Desiré salía con la mochila en la espalda y sin demasiada prisa. Virginia la observó con ojo crítico, tal vez porque su comportamiento no era el habitual, acercándose al coche con decisión, abriendo la puerta y entrando con esos aires de prepotencia. Esta vez caminaba despacio, recelosa, como si realmente no quisiera llegar a esta ella y eso le extrañó, pero sólo hasta que no la vio la cara al acercarse no supo el

motivo.

—¿Pero qué demonios? —soltó cuando se giró para ver a Desiré con el ojo de un colo amarillento.

—No es nada —murmuró la niña, avergonzada mientras dejaba la mochila a un lado y se ajustaba el cinturón de seguridad.

—¡Y un cuerno! ¿Quién te ha hecho eso?

Trató de agarrarle la cara pero la niña se apartó, impidiéndoselo.

—Me he caí...

—¡Cómo me vuelvas a decir que te has caído...!

Las dos se miraron y Virginia no cedió esta vez a la fija y penetrante mirada de la niña.

—No es nada —insistió ella.

—Voy a hablar con tu profesora —soltó Virginia, girándose para salir del coche pero Desiré se adelantó y la agarró del brazo.

—Por favor, no —pidió con ojos suplicantes, sobrecogiéndola a Virginia que apartó involuntariamente la mano de la puerta—. Además, no me irás a dejar sola aquí con un extraño.

Virginia se sobresaltó al acordarse de la figura silenciosa de su lado y notó como giraba mecánicamente el cuello hacia su derecha, mirando a Brian que tenía los ojos pendientes de Desiré.

—Ya no soy un extraño —dijo el hombre tratando de esbozar una sonrisa amigable—. Ya me conoces, me has visto —la recordó—. Soy amigo de tu madre.

Desiré lo miró con el ojo malo un poco entrecerrado y luego se giró hacia ella lanzándole una mirada inquisitiva. Virginia se encogió de hombros, lanzándole una significativa mirada con la esperanza de que captara la situación.

—¿Qué haces con él? —soltó Desiré bruscamente y Virginia se puso rígida, posiblemente como Brian a su lado. La pregunta podría haber sido la típica pregunta inocente de una niña de su edad, pero Virginia dudaba que hubiera algo de inocencia en las intenciones de esa niña.

—Estaba...

—Me ha invitado a vuestra casa —terminó Brian, desviando la cabeza de la niña hasta ella, quien estaba segura lo miró espantada—, a cenar.

—No he hecho....

Brian le dio un golpe en la pierna y Virginia lo fulminó con la mirada. Joder, vale, sólo era una cena y en realidad no tenía ningún marido para temer

su furia si entraba por la puerta y lo encontraba comiendo en su mesa. Gruñó algo que ni ella entendió y agarró el teléfono, enviando un rápido mensaje a Susan, quien tardó unos segundos en llamarla.

Al oír el sonido del teléfono, miró a Brian un segundo y con una mueca de disculpa salió del coche y se apartó sólo lo justo para que no pudiera oírla.

—¿Se puede saber a qué te refieres con que vaya a tu casa y meta en tu armario ropa de mi hermano?

Virginia dejó escapar un sonidito de angustia.

—Y por algo de hombre por la casa, como alguna maquinilla de afeitar... como si viviera un hombre en casa.

—No sé de qué me estás hablando —protestó Susan al otro lado del teléfono—. Espera —soltó de pronto—, ¿esto tiene algo que ver Brian Kurst?

Virginia volvió a soltar un lamento.

—Te prometo que te lo contaré todo pero solo hazlo y date prisa.

—Vale. Cojo todo lo necesario y voy para allá.

—¿Cuánto tardarás?

—Hmm —Susan pareció pensarlo—. ¿Media hora? Mejor dame una hora.

Virginia hizo una mueca. Una hora... ¿Y qué podía hacer para entretenerlo una hora? No se le ocurría nada. Aún así, colgó a Susan y fingió que hablaba por teléfono unos cinco minutos más antes de guardar el móvil y regresar nerviosa al coche.

—Ya estoy —dijo nerviosa, mirando por el espejo a Desiré que se había cruzado de brazos y tenía esa expresión de bruja que algunas veces solía adoptar. Lentamente desvió la cabeza hacia Brian que si bien no tenía la misma expresión, tenía el ceño fruncido y parecía contrariado por algo—. ¿qué es lo que ha pasado? —preguntó despacio, preguntándose si debía seguir con la farsa o Desiré había terminado soltándolo por accidente.

—Nada en particular —aseguró Brian en un tono peligrosamente neutro—. Sólo nos estábamos conociendo.

Capítulo 11

La niña era bastante interesante.

Brian sonrió tras la taza de café que Virginia le había dado al llegar a su casa. Parecía nerviosa pero no la culpaba después de verse obligada a llevarlo a su casa. Había echado un vistazo al piso. No era muy grande y tampoco nada del otro mundo así que imaginaba que el hombre no debía ser

alguien de éxito, un detalle que en realidad daba igual si hubiera sido un matrimonio sin engaños.

Miró una vez más la hora y volvió a prestar atención a Desiré que insistía en que no le había pasado nada mientras Virginia trataba de ponerle hielo en el ojo.

Era evidente que aquello había sido un golpe y por la actitud de la niña era aún más obvio que se consideraba lo suficientemente adulta como para no dar problemas a sus padres y resolver el asunto ella sola. Si es que podía hacerlo.

—¿Dónde está tu marido? —se interesó al final, haciendo que Virginia dejara caer el trapo con hielo que había tratado de poner en el ojo de la niña.

—Mi padre está de viaje de negocios —soltó la niña en su lugar—, ¿por qué?

La verdad es que la actitud de la niña era bien curiosa. No se comportaba como alguien de su edad. Siempre estaba a la defensiva y tenía esa manera de mirar tan fija y severa que daba escalofríos. Aún así, mientras la miraba, Brian no podía evitar sentir una oleada de remordimientos. Al final, después de lograr lo que él quería, aquella pequeña sería quien pagase por los errores de alguien más y posiblemente eso la marcaría de alguna manera.

—¿Lleva mucho tiempo fuera?

—Suficientes preguntas —intervino Virginia—. Desiré, quiero que termines de cenar y te vayas a la cama.

La niña negó con la cabeza y Brian vio como su madre fruncía el ceño.

—No puedo dejarte sola con un hombre que no sea papá —razonó ella, haciendo que no sólo Virginia la mirara alucinada, sino que hasta él no pudo evitar estar a punto de soltar la taza. Prudentemente la dejó sobre la mesa y vio como Virginia carraspeaba con disimulo—. No me iré a la cama mientras él esté aquí.

—Desiré —Trató de razonar Virginia, carraspeando sin demasiado disimulo esta vez y sin mirarlo deliberadamente—. Tienes que ir a dormir ya.

—No antes de que él se vaya.

—Entonces tenemos un problema —dijo él divertido, desviando los ojos de la niña hasta dejarlos sobre el rostro de la madre que levantó la cabeza también al oírlo hablar. La reacción fue instantánea. Esa fuerza subyugante que parecía atraerlos como un imán gigante, esa química que producía una descarga eléctrica por todo su cuerpo y le obligaba a encontrar toda su voluntad y aferrarse a ella para no levantarse, recorrer la mínima distancia que los separaba y agarrarla por aquel cabello y besarla apasionadamente—,

porque planeo pasar aquí la noche.

Virginia abrió exageradamente los ojos, poniéndose completamente turbada y debió de estremecerse por la manera que la niña la miró extrañada antes de girar la cabeza hacia él con un brillo de enfado en sus pequeños ojos.

—No puedes quedarte a dormir aquí —dijo Virginia, levantándose de pronto antes de que Desiré fuera a decir algo y se acercó hasta él—. Vete —susurró, mirando de reojo a la niña para asegurarse de que no se había movido—. Cumpliré con lo que quieras pero no delante de mi hija.

—No seas absurda —susurró él con la misma actitud que ella—. No me da ningún morbo que una niña pequeña me esté observando mientras me lo monto con su madre.

Los ojos de Virginia llamearon por un momento, furiosos.

—¿Cómo te atreves?

—¿Qué? ¿No te gusta que lo diga de esa manera? —la estudió él sin vacilar—. Entonces no debiste comportarte como una puta desde el principio si tanto amas a tu familia.

Brian sabía que en aquel momento, no llega a ser por la niña se hubiera llevado una buena bofetada y prácticamente él la habría aplaudido ya que nada más terminar de hablar él mismo se había dado cuenta de la crueldad y lo ofensivo de sus palabras pero no podía evitar sentirse tan furioso, tan irracionalmente molesto por todo aquello.

—¿Mamá?

Virginia giró el cuello hacia la niña que acababa de acercarse con pasos vacilantes.

—Puedes acostarte —la animó Brian con una sonrisa—. Yo dormiré en el sofá después de hablar con tu madre.

—¿Por qué? —insistió la niña con ojeriza—. ¿No tienes ningún lugar donde dormir? ¿Eres un mendigo?

Brian enarcó lentamente las cejas y vio como Virginia sonreía disimuladamente.

—Tengo casa —dijo él con aspereza.

—Entonces vete a ella.

—Pero está vacía —añadió él, mirando a la niña fijamente—. Y guardame el secreto pero algunas veces me siento muy solo. ¿Tan malo es querer un poco de compañía?

Por alguna razón aquellas palabras parecieron tocar algún punto de la fibra sensible de la niña. Lo miró sorprendida y de pronto tuvo una ligera sombra de

culpabilidad. Después, como si nada, se dio la vuelta.

—Me voy a la cama —murmuró, acercándose a su madre.

Brian levantó la cabeza hacia Virginia que asentía a la pequeña sin mirarla. Tenía los ojos fijos en él y de la misma manera que sus palabras habían tocado algo dentro de aquella fría niña con intento de parecer una adulta, algo de lo que él había dicho parecía haberle afectado. Desvió rápidamente la cabeza y fue detrás de la niña, encerrándose en el cuarto con ella.

Brian aprovechó a mirar a su alrededor sin que nadie le observara. Eran asfixiantes las miradas de esas dos mujeres, como si fueran a saltar sobre él en cualquier momento. Se levantó y comenzó a mirar por el mueble, la pequeña colección de películas esparcidas por el suelo al lado de la televisión, los libros en la estantería... No había nada que le dijera como era su marido. Sin pizca de pudor, salió del salón y abrió la puerta del cuarto de baño. No era muy grande pero de un tamaño razonable para los metros que le correspondían a los pisos de ese edificio. En él vio una maquinilla de afeitar algo vieja en uno de los armarios junto al , alguna toalla de un tono más oscuro junto a las blancas y rosas, tres cepillos de dientes aunque uno increíblemente estropeado. Cerró la puerta y salió. Primero echó un vistazo a la puerta cerrada donde madre e hija seguían dentro y luego se aventuro a la habitación que quedaba libre, abriéndola con descaro.

La cama estaba sin hacer, de sabanas blancas arrugadas y un edredón con colores verdes y rosas bastante llamativo colgaba por la mitad de la cama. Brian sólo echó una ojeada a la cama, preguntándose si haría mucho que su marido se habría marchado de viaje o solo aquella mañana y tal vez habían estado haciendo el amor en aquellas sabanas.

La idea lo puso furioso y apartó la cabeza, centrándose en el armario. Se acercó a él y lo abrió de golpe, comprobando que había más ropa de mujer que de hombre pero se veían camisas bastantes anchas de colores grises, azules y cremas, pantalones igual de anchos por lo general vaqueros o negros. No llegó a abrir ningún cajón. La puerta se abrió de golpe y Brian se enderezó, girándose para ver a una lánguida Virginia entrando y cerrando la puerta, un segundo antes de acercarse hasta él y cerrar la puerta del armario de un golpe.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¿Curiosear?

—¡Venga ya!

Virginia puso las manos en la cadera y lo miró desafiante.

—Tu marido no pasa mucho tiempo en casa, ¿no?

—Eso es algo que no te importa.

—Podría entender tus necesidades.

—Sean cuales sean mis necesidades —soltó ella, irritada—, parecen ser menores que las tuyas. ¿Quieres que lea lo que dicen de ti en las revistas?

—¿Así que ya me conocías? —Habría sido demasiado bonito como para ser verdad que ella al menos en aquello, cuando dijo que no se conocían, hubiera dicho la verdad.

—No, para mi desgracia te conocí después.

—¿Si hubieras sabido quien era no te habrías acostado conmigo?

—¡Por supuesto que no!

Virginia hizo una expresión extraña que Brian no fue capaz de identificar y aquello le fastidió. Estaba demasiado acostumbrada a leer las expresiones de las mujeres, de saber lo que querían en cada momento, de satisfacerlas y tirarlas al día siguiente y todo en aquella mujer le irritaba y le frustraba. Para empezar nunca había creído que pudiera engañarlo de esa manera y ahora con cada cosa que hacía le confundía. Lo único que iba según su plan era su miedo a perder a su marido.

—Ahora te acuestas conmigo sabiéndolo —le reprochó él.

—No me dejas alternativa —dijo ella con voz suave, desviando la mirada hacia la cama—. No vas a dormir aquí, te lo he dicho.

—¿Y si no quiero obedecerte?

Brian se acercó hasta ella y antes de que Virginia se diera cuenta de lo que pretendía, la rodeó por la cintura y atrajo su cuerpo con fuerza contra el suyo, obligándola a sentirle, obligándose a sentir de nuevo la imperiosa necesidad de su cuerpo cuando estaba cerca de esa mujer.

No lo pensó, incluso olvidó su propia advertencia de no hacer nada allí, al menos por respeto a una niña que dormía a pocos metros de allí, pero no pudo evitar hundir su boca en lo jugosos labios que ella le ofrecía mientras se resistía antes de aceptar el beso y pasar una mano por su cabeza, entrelazando su lengua.

—¿Mamá?

Los dos se apartaron de golpe cuando la puerta se abrió y Desiré se quedó de pie, mirándolos con los ojos entrecerrados.

—Desiré... —murmuró Virginia con la respiración agitada, acercándose a la niña—. Dije que te durmieras.

—¿Qué hace ese hombre en tu habitación?

La niña lo señaló indecorosamente con el dedo y Brian se peinó el cabello con la mano, tranquilizándose y echó una ojeada a Virginia que también trataba de calmarse.

—Sólo...

—Me estaba enseñando la casa —explicó él—. Sólo eso.

La niña lo miró con ojo crítico, luego, se acercó a la cama y subió por ella, agarrando el edredón y cubriéndose con él.

—Es hora de que te vayas a dormir al sofá o a mi cama —dijo la niña firmemente—. Yo dormiré esta noche aquí.

—Me parece bien... cariño —dijo Virginia rápidamente, apresurándose a abrir el armario, sacar una manta y le golpeó el pecho con ella, invitándolo a salir por la puerta aún abierta—. Buenas noche, Brian, que descanses.

Brian le lanzó una furibunda mirada pero obedeció. Salió de la habitación y se dirigió al salón. Al principio sólo se sentó en él, preguntándose qué estaba haciendo allí y realmente hasta se permitió reír débilmente, después se tumbó, sin taparse con la manta y apoyando las manos sobre su cabeza mientras contemplaba el techo.

—¿Qué es lo que estoy haciendo?

Como respuesta comenzó a sonar su móvil y lo sacó del bolsillo, comprobando que era Jonathan antes de responder.

—¿Dónde te encuentras?

—En casa de... Virginia Hudson —admitió.

Jonathan suspiró al otro lado de la línea.

—¿Has terminado de volverte loco ya?

A Brian le hizo gracia el comentario.

—Sí, creo que sí.

Y posiblemente no se equivocaba al decirlo. Si veía todas las señales, sabía lo que significaba cada una de ellas, desde el primer momento que la había conocido, guardar su número de teléfono, mirarlo cada día buscando el valor de llamarla sabiendo lo que significaba eso, la rabia al enterarse de que estaba casada, el miedo, la furia... Posiblemente se había enamorado de ella, desde el primer momento, como un flechazo.

Comenzó a reír despacio, escuchando la propia amargura al hacerlo.

Se había enamorado de una mujer casada y lo peor de todo era que era el escenario que más odiaba de entre todos los posibles.

—¿Al parque de atracciones?

Virginia ya ni se molestaba en preguntarle qué hacía allí. Al igual que para Desiré, la presencia de Brian Kurst era prácticamente una costumbre, algo que comenzaba a ver como algo normal y aunque sabía que no duraría eternamente, disfrutaba de su compañía. De hecho, mientras los tres paseaban o comían juntos en algún restaurante familiar o hacían algo propio de familias con niños a lo largo de la semana, Virginia comenzaba a sentirse cada vez más dichosa y esa sensación sabía que llegaría el momento que la destrozaría.

Miró a Desiré que asintió con timidez. Ni siquiera Brian era un extraño ya para la niña y Virginia veía los cambios más significativos en la niña que había muchos más momentos en lo que actuaba como una niña de su edad y hasta trataba de divertirse. Tampoco había vuelto a salir de clase con alguna herida o moratón.

Y tampoco Brian había vuelto a tocarla, ni siquiera a intentarlo y Virginia no sabía como tomarse eso.

Los dos sabían por qué él estaba haciendo eso, por qué dedicaba tanto tiempo de sus valiosísimos días en pasarlos con ella y la niña, en llevarlas a cenar, al cine sesión de tarde y todas, excepto una noche, las había pasado en su sofá.

Al principio Virginia había creído que trataría de colarse en su habitación y tomarla en la cama que se suponía compartía con su marido, en realidad lo había esperado cada noche pero ninguna de ellas había ido, ni siquiera había vuelto a cruzar esa línea y Virginia ya no sabía qué pensar.

—Es viernes, mañana no trabajamos ninguno y Desiré tampoco tiene colegio —se inclinó hacia la niña para limpiarle un poco del chocolate del helado que e había llenado en los labios y Desiré se rió encantada—, ¿por qué no divertirnos?

Virginia lo miró fijamente, estudiando su expresión, la forma de su mirada, tratar de conseguir algún indicio de lo que pretendía pero era imposible saber nada.

Derrotada se giró hacia Desiré.

—¿Qué dices?

La niña se encogió de hombros.

—Por mí bien.

Y ahí estaba haciéndose la dura solo con ella. Suspiró.

—Entonces decidido —se animó Brian mirando a Desiré.

Virginia lo fulminó con la mirada y esperó a que Desiré se terminara su helado y se levantara para ir un momento al servicio, justo en frente donde ella podía vigilar la puerta, para apoyar una mano en la mesa y dirigirse sin vacilar a Brian.

—Desembucha —exigió—, ¿qué pretendes?

Brian hizo una fingida expresión de agonía.

—Me hieres —gimoteó falsamente.

—¡Hablo en serio!

—Relájate —le pidió él, quitando la mano de su pecho tras la melodramática actuación de antes—. Sólo vamos a divertirnos. Nada más.

—Ya, claro.

Virginia iba a decir algo más pero lo consideró cuando Desiré salió del baño y se acercó a ellos.

—¿Cuándo nos vamos?

—Ahora mismo.

Brian fue el primero en levantarse y agarrando a Desiré de los hombros la empujó fuera. La mayoría de las cabezas se giraron hacia ellos mientras recorrían la distancia hasta la puerta y Virginia suspiró. Ya habían hablado de aquello.

—¿No te preocupa? —se había interesado ella en uno de los momentos en los que Desiré no se había encontrado con ellos.

—¿El qué?

Virginia había puesto los ojos en blanco, siempre manteniendo una discreta y prudencial distancia con él para que no se repitiera lo ocurrido en su habitación. Tenía miedo de que Brian notara sus verdaderos sentimientos si volvía a suceder porque dudaba poder resistirse a sus caricias.

—Eres alguien famoso —murmuró ella—. Y nos ven demasiado tiempo juntos... A los tres —añadió.

La sonrisa de Brian se había borrado de golpe y su expresión se ensombreció.

—No soy ni actor ni cantante. No salgo tanto en revistas como crees —dijo sin dejar de mirarla—. Además —continuó—. ¿Qué hay de malo en salir de vez en cuando con una amiga y su hija?

Los dos se miraron durante unos instantes y fue Virginia quien apartó primero los ojos, bajando la cabeza hasta sus manos.

—Bueno...

—Oh —la interrumpió él haciendo que Virginia volviera a levantar la

cabeza y mirarlo—. Tienes miedo de que tu marido descubra la verdad.

Virginia había tratado de desmentirlo, notando de pronto la tensión en el ambiente pero Brian no le había dejado.

Esa fue la noche que pasó fuera de su casa y Virginia no había conseguido dormir, preguntándose si habría ido a buscar una mujer y se sintió como una idiota al hacerlo. Entre ella y Brian no había nada excepto un malentendido y aun así ella...

Salieron a la calle y montaron los tres en el coche de Brian. Después del primer día cuando iban a algún lugar siempre cogían el coche de él ya que era más amplio y cómodo —al menos según él—.

Condujeron mientras mantenían una animada conversación sobre nada en concreto hasta que ella y Desiré se bajaron mientras Brian dejaba el coche en el aparcamiento.

—¿Dónde quieres montarte? —se animó Virginia llevando a la niña de la mano a la entrada donde habían quedado con Brian.

—En las mismas que vosotros

—Eso como que... —¿no? Virginia sonrió rápidamente, notando la mirada de reojo que le lanzó la niña y la forma que había juntado los labios. Oh, bueno, no veía a Brian Kurst en ninguna atracción para niños así que después de todo igual sería hasta divertido—. Sí, claro —aceptó, soportando con una sonrisa radiante la desconfiada mirada de la niña—. Nos montamos los tres en las mismas.

Desiré bufó.

—Se nota mogollón que estás enamorada.

—¿Quién? ¿Yo?

Virginia la miró horrorizada y se tocó la cara. Incluso sabía que se hubiera mirado en un espejo si hubiera tenido uno a mano.

Desiré puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza sin decir nada.

—¿Preparadas? —Escuchó la voz de Brian a sus espaldas y Virginia se giró bruscamente, segura de que tendría esa misma expresión de espanto.

—No es verdad —soltó precipitadamente, negando con las manos.

Brian la miró con curiosidad.

—¿De qué hablas?

—¿Eh?

Los dos se miraron y Brian ladeó la cabeza, expectante, a la espera de recibir una respuesta.

—Dejala —soltó Desiré finalmente—. Padece demencia senil.

—¿Pero qué demonios?

Virginia se cruzó de brazos y soportó la fingida expresión de compasión de Brian.

—Supongo que en eso no podemos ayudarla.

Virginia hizo muecas y esperó a que los dos se adelantaran para seguirlos , incapaz de no mirar con cierta ansiedad la espalda de Brian.

Pese a lo que ella había creído, Brian no puso ningún inconveniente en subirse a las atracciones de niños, soportar los golpes de globos en la cabeza y comer dulce de azúcar junto a Desiré, a quien Virginia nunca había visto tan feliz y cuando finalmente llegaron a casa, la niña se fue directamente a la cama, quedándose dormida nada más su cabeza tocó la almohada.

—Ha sido un día especial para ella —rió bajito Virginia, acercándose a sofá donde Brian había estado hablando por teléfono.

—¿No soléis ir los tres juntos?

—¿Qué? Oh —su padre, ese marido inexistente. Aún así, Desiré ya no tenía un padre que la llevara a ningún sitio ni que la subiera en sus hombros—. No, realmente no —murmuró con cierta tristeza, suspirando.

Antes de darse cuenta Brian la rodeó con los brazos y Virginia hundió el rostro en su pecho, aferrándose con una fuerza desesperada a su chaqueta. No iba a negarse, ni siquiera a protestar si él quería hacer el amor en ese momento. Le daba igual, lo deseaba y si no hacían ruido Desiré no se enteraría...

Notó como las manos de Brian suavizaban la presión de su abrazo y la apartó con cuidado, dejando que los dos rostros quedaran enfrente el uno del otro, casi rozándose. Virginia podía sentir el fresco aliento de Brian sobre la piel de su cara y se estremeció, sin desviar la mirada de los ojos de Brian, sin importarla que lo notara. Debía decírselo de una vez y esta vez lo haría, pero no antes de volver a sentirlo, de entremezclar sus cuerpos porque sabía que una vez le dijera la verdad toda esa fantasía, ese pequeño cuento de hadas que cada día la sumergía más y más en una burbuja demasiado fina, una que sabía terminaría explotando y cuanto más creciera más daño terminaría haciéndola.

Respiró hondo, deseando sentir la calidez de los labios de Brian apretándose contra los suyos. Llevaba tanto tiempo anhelándolos que ni siquiera creía ser capaz de mantener durante mucho tiempo la compostura. Entreabrió los labios e inclinó un poco la cabeza hacia él, invitándolo y cuando Virginia vio como Brian cedía y se inclinaba también hacia ella, vio

como abría de golpe los ojos y sin la misma suavidad la apartó de él, levantándose bruscamente.

Virginia lo miró completamente descolocada. Brian parecía confuso, como perdido y completamente afligido.

—¿Ocurre algo, Brian?

Él tardó en recobrase pero cuando volvió a mirarla había recuperado la compostura y una serenidad increíblemente fría.

—Sí, lo siento —Sacudió la cabeza y ni siquiera trató de sonreír, una de esas risas burlonas que por lo general siempre tenía en la cara, como si la vida fuera un juego. De pronto daba la sensación de estar agotada y de llevar una pesada carga—. Tengo que irme.

Virginia lo miró atentamente unos instantes, después asintió despacio con la cabeza, levantándose también para acompañarle a la puerta.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó, nerviosa, siendo ella la que sonrió primero—. Puedo llamar a un taxi si no te ves capacitado para conducir —bromeó.

Brian sólo sonrió, sin que su sonrisa alcanzara esta vez tampoco a sus ojos.

—Me las apañaré —dijo, también sin ninguna emoción.

Virginia lo vio alejarse con una extraña sensación en la boca del estómago, con la repentina urgencia de detenerlo, como si aquella fuera a ser la última vez que lo vería. Se mordió el labio cuando la puerta del ascensor se cerró y entró en casa, preocupada, tratando de desprenderse de esa sensación con una ducha.

—Mañana será otro día —se dijo, echando un vistazo a la habitación de Desiré y se metió en su cuarto, revisando los mensajes del móvil e ignoró a Susan, quien parecía la más interesada por su repentina relación con Brian Kurst.

—¿Qué relación? —gimoteó, tirando el móvil a un lado de la cama y se llevó los brazos a la cara—. Ese hombre va a matarme.

Capítulo 13

—Ya has tenido suficiente —dijo Jonathan por décima vez desde que Brian le había arrastrado con él a beber.

Necesitaba emborracharse. Tal vez nunca había necesitado tanto no pensar como en aquel momento. Deseaba no pensar, no acordarse de Virginia Hudson.

En realidad lo que necesitaba era largarse a algún lado y no tener la tentación de estar con ella cada día. ¡Incluso adoraba a esa maldita cría! Y nunca antes había odiado tanto que tanto la madre como la hija fueran de otro hombre. Para él, su mundo ideal abarcaba a Virginia como su esposa y a Desiré como su hija, siendo los tres una familia increíblemente feliz.

Pero no era ese lugar el que le correspondía a él. Lo sabía y tenía que soportar todo aquello.

Y la deseaba tanto...

Aquella noche le habría hecho el amor, lentamente, saboreando cada instante de su cuerpo, besar su piel, acariciar cada íntima parte de ella, pero se había dado cuenta de lo que iba a hacer justo cuando iba a besarla y ni siquiera se había permitido sentir el aroma de aquella boca tan prohibida para él y que ya una vez había probado y que dudaba que alguna vez tuviera para siempre.

—Quiero otra copa —gruñó, empujando el vaso y vio borroso como su amigo se hacía rápidamente con él antes de que cayera al suelo.

—Es suficiente. No puedes beber tanto. Lo sabes.

Trató de razonar con él, incluso trató que quitarle la copa que el camarero diligentemente le había vuelto a llenar, pero él fue más rápido y le enseñó los dientes a su amigo en actitud triunfal.

—Si quieres una, pide la tuya.

—Lo que quiero es que tú dejes de beber.

Jonathan volvió a tratar sin éxito quitársela de la mano pero él se apartó rápidamente, tambaleándose peligrosamente con el movimiento y consiguió a penas agarrarse a la barra antes de desplomarse patéticamente en el suelo.

—Vamos, no seas aburrido, toma algo conmigo. Yo invito.

—Vamonos a casa, Brian. No sé qué es lo que ha pasado hoy pero esto no arreglará nada.

Brian bufó y golpeó la madera con el vaso, salpicando parte del contenido de la copa.

—¡No arreglará nada! —exclamó, furioso—, y dime, ya que eres tan listo, ¿qué es lo que puede arreglarlo?

—No sé qué es lo que ha ocurrido, señor...

Brian bufó, molesto.

—¿Lo que ha ocurrido? No ha ocurrido nada de lo que ya me hayas hablado —soltó, molesto, agarrando de nuevo la copa y bebiendo otro trago—. ¡Ella está casada! ¡Sigue casada! ¡Y seguirá casada por mucho que yo no

quiera que lo esté! ¡Eso es lo que pasa! Y dime, ¿tiene solución?

Jonathan lo miró cansado y preocupado.

—Olvídate de ella —dijo, aunque sonó más a una petición.

Sabía por qué se preocupaba y Brian deseó echarse a reír. En su familia todos terminaban siendo bastante extremos con sus emociones, cuando se enamoraban parecían perder la cabeza y dañaban a alguien o se destruían a sí mismo. Sus padres habían sido el mejor ejemplo y Cassandra una mujer mezquina, despiadada que había ido detrás del poder y el dinero de un hombre ciego al que habían casado sin amor y había creído encontrar en ella esa felicidad que le habían negado desde el comienzo. Ella, incluso después de abandonar miserablemente a su marido, insatisfecha con la relación de amante a la que su padre la mantenía, sin el suficiente coraje de abandonar a su madre, una mujer dulce y débil que lo amaba y se aferraba a él con un sentimiento demente, había ido ella misma a buscarla, explicando con lujos de detalles todo lo que hacía con su marido, lo que la regalaba, a los lugares que la llevaba y le echó en cara que mientras ella podía darle el amor que él buscaba, ella sólo era una carga para él y que sólo debía desaparecer de su vida para dejarlo libre y permitirle casarse con ella.

Su madre no lo había soportado y tras hablar una vez con su padre, se había suicidado. Brian tenía sólo diez años y encontrar el cuerpo sin vida había sido el golpe más duro que había tenido que soportar, pero vivir con un hombre que la muerte de su esposa lo sumergió en una depresión por los remordimientos y la culpa no le había ayudado a encajar mejor la situación y poco a poco había visto a aquella mujer que había llegado a su casa, creyendo que podría ocupar el lugar que su madre había dejado, como un ser envenenado que le había arrebatado en poco tiempo toda la felicidad que una vez había conocido.

Pese a que su padre tenía la mayor parte de las acciones de la empresa, Brian se había encargado de invertir el capital que su madre le había heredado gracias a la autorización de un padre que le importaba más bien poco y Brian no tardó en hacerse con el total de la parte de su padre, a quien un infarto cerebral incapacitó. Cassandra trató de hacerse cargo de todas las propiedades de su padre, algo que había estado despilfarrando constantemente pero ante la ausencia de la capacidad de decisión de su padre, Brian, con autorización de su tutor legal, y con diecisiete años, había acumulado el suficiente odio para no dudar en poner las cartas sobre la mesa, echándola legalmente de su casa, de su vida y de la de su padre para siempre, dejándola

en la calle.

Al principio la mujer había intentado de todo para que le dieran la parte que ella consideraba suya, de pleno derecho, pero no había nada que darle y tras un año de escándalos, ella desapareció y Brian no había vuelto a saber de ella.

Y cuando todo parecía encauzar bien en su vida, había aparecido Virginia para volver a sentir ese miedo, ese dolor y esa soledad de la que pensaba se había desprendido para siempre.

—Olvidarme —repitió con voz pastelosa por el alcohol—. ¿Y cómo se consigue eso?

Si era tan fácil algo así, ¿por qué su madre se había quitado la vida y su padre no había decidido hacer lo correcto y dejar a Cassandra antes de que todo se torciera de esa manera?

—Deberías alejarte de ella —siguió Jonathan con voz débil, mirando la copa, posiblemente preguntándose como podría quitársela.

—¡Claro que debería alejarme de ella! —gruñó él, irritado, haciendo un movimiento torpe de manos con la copa y esta vez salpicando a Jonathan con el licor y el suelo—. ¡Llevas diciéndomelo desde hace días! ¡Sé que tengo que alejarme de ella! —protestó esta vez con voz lastimosa, comenzando a ver cada vez más borroso—, lo que quiero, lo que necesito... es que me digas algo diferente.

—No hay nada diferente, Brian. Es una mujer casada. Déjalo estar. Sólo te estás haciendo daño tú mismo y créeme si te digo que también le estás haciendo daño a ella. Si quiere a su marido no querrá perderlo.

—¿Y por qué se acostó conmigo? —gruñó, dejando la copa en la barra.

¡Sí! ¿por qué había tenido que conocerlo en primer lugar?

—Tú mismo lo dijiste —insistió Jonathan, esta vez quitándole la copa y dejándola lejos de su alcance—. Porque su marido viaja mucho, pasa largas temporadas fuera de casa y como cualquier persona se sentía sola y tenía necesidades. Nada más. Posiblemente tampoco quería hacerte daño. Ella no es como Cassandra. Ella no ha tratado de conquistarte ni planea dejar a su marido por una mejor posición ni dinero.

Brian asintió despacio, mareándose y se arrepintió de hacerlo, llevándose las manos a la cabeza.

—Tienes razón —aceptó de mala gana, con la mandíbula tensa—. Lo único que puedo hacer si continúo con esto es destruir vidas y convertirme yo mismo en otra Cassandra.

Jonathan asintió con la cabeza o eso es lo que le pareció que hacía.

—¿Quieres que programe un viaje?

Brian lo pensó detenidamente. Un viaje. Esa era la idea, irse lejos donde no tuviera que verla pero las fiestas y las mujeres sólo disfrazarían una soledad y un dolor que ya había sido adherido en él, no la ayudarían a olvidar, sino que en los momentos en los que se encontrara solo, no dejaría de pensar en ella y en lo diferente que hubiera sido si su destino hubiera sido estar a su lado.

—No...

—¿Entonces? Puedes ir una temporada a la casa de verano que te compraste en Italia. En esta época del año...

—¡No!

—¿Brian?

—Eso no me ayudará a olvidar —gruñó, levantándose del taburete y tambaleándose tanto que notó como su amigo lo agarraba antes de caer.

—Espera un momento —le pidió—. Traeré mi coche hasta aquí.

—¿Por qué? —rió él amargamente—. ¿Piensas que me voy a estrellar con el coche si conduzco yo?

Le hacía gracia la idea, pero no, aún no se le había pasado por la cabeza el suicidio.

—No —le contradijo Jonathan—. Simplemente no considero prudente dejar conducir a un borracho. Además —añadió con voz dura—. No sólo por los accidentes que puedas provocar, sino porque eres un amigo muy importante al que no quier perder así que Brian —dijo Jonathan muy serio, ayudándole a apoyarse en la pared—, más te vale no hundirte con esto. Quiero volver a ver al Brian de siempre.

Brian no respondió y dejó que su amigo saliera en busca del coche. Ni siquiera trató de despegarse de la pared y mucho menos hizo caso a la mujer que entró en aquel momento al club y al verlo sonrió coqueta, tratando de meterle las manos por donde pudiera. La apartó con vehemencia.

—Lo siento, guapa —dijo con la voz aún extraña—, pero me temo que otra vez será.

La chica lo miró con rabia y terminó entrando al local. Brian no volvió a mirarla. No estaba de humor para lo que ella quería, ya no estaba de humor para nada.

Jonathan no tardó en llegar; le ayudó a caminar hasta el coche y estuvo seguro que dormitó en el trayecto hasta su casa, incluso estaba convencido que

lo hizo mientras subían hasta su apartamento porque algo en su memoria estaba bastante borroso hasta que volvió a abrir los ojos y se encontraba encima de su cama, con la ropa puesta a excepción de los zapatos.

—Jonathan —llamó, sabiendo que su amigo no estaría lejos.

Jonathan no tardó en llegar hasta la habitación con un vaso de agua y le ayudo a incorporarse.

—¿Quieres un poco de agua?

Brian la rechazó y Jonathan la puso en cima de la mesita antes de sentarse a su lado.

—Necesito que hagas algo por mi —murmuró cansado, notando los primeros efectos de todo lo que había tragado.

—Por supuesto, señor, ¿qué es?

—Organizame un viaje.

—¿Algún destino?

—No, no, quiero que sea asunto de trabajo, algo que me tenga ocupado.

Algo que le ayudara a no pensar y con un poco de suerte y con tiempo, a olvidar.

—De trabajo... de acuerdo —aceptó Jonathan—, ¿algo más?

Brian sacudió la cabeza, arrepintiéndose al momento de hacerlo y se llevó una mano a la frente.

—No... espera sí —murmuró, deseando no hacer mucho ruido—. Que sea lo más lejos posible y que sea algo que me mantenga ocupado y lejos de aquí durante años.

Jonathan asintió de nuevo.

—De acuerdo —aseguró, levantándose—. Lo tendré todo listo en unos días.

Y ahí se acababa todo.

Brian suspiró y volvió a recostarse. Ya estaba hecho, en unos días se despediría de Virginia y no volvería a saber de ella jamás. En realidad eso tenía que haber sido así desde el principio. Cerró los ojos y trató de dormir.

Capítulo 13

Virginia miró su móvil. En realidad ni siquiera sabía por qué lo miraba pero no haber vuelto a saber de Brian en todo el fin de semana le había parecido algo extraño. Era verdad que él no estaba obligado a pasar su tiempo libre con ella, pero eso le servía para darse cuenta lo fácil que había sido

acostumbrarse a su presencia y lo fácil que era destruirla a ella. Se sentía desolada, como si de pronto faltara algo de sí misma, como un vacío que le impedía respirar correctamente.

Había pensado en llamarle, en más de una ocasión pero en todas ellas se había dado cuenta de que ella seguía sin tener su número de teléfono y era obvio que él hacía tiempo que había tirado el suyo.

—Si es que alguna vez le echó si quiera algún vistazo.

Podía imaginárselo arrugando el trozo de papel y tirándolo en la papelera de los pasillos del hotel al salir y eso hacía que regresara bruscamente a la realidad.

—Joder —gruñó, guardando el móvil y tratando de centrarse en su trabajo pero incapaz de ver correctamente la pantalla del ordenador.

—¿Te has enterado? —le preguntó Jennifer, acercando se a ella y dejando en su mesa unas carpetas que no necesitaba como pretexto para estar allí.

—¿De qué? —preguntó sin ganas.

—Se ha conseguido el dinero para Margaret.

Virginia levantó la cabeza, apartando la mirada de la pantalla del ordenador y miró a su compañera con una extraña mezcla de emociones.

Se alegraba por Margaret. Era una buena persona y tenía derecho a que algo en la vida le fuera bien... pero una parte de ella y posiblemente una parte bastante grande en realidad le hacía que se disgustara con la idea. Si los problemas de Margaret se solucionaban, Desiré volvería a vivir con ella como era lo natural y Virginia ya no necesitaba de algo como esa noticia para darse cuenta de lo que le importaba esa niña.

—Oh —se obligó a decir con una sonrisa carente de entusiasmo—. Eso es genial, ¿no?

—¿Verdad que sí?

Jennifer habló un poco más, animada por la forma en la que se habían resuelto las cosas y Virginia la escuchó a medias, sintiéndose miserable por pensar como pensaba y por no conseguir alegrarse completamente por una amiga y cuando finalmente su compañera se fue y la dejó sola, dejó de mover los dedos sobre el teclado y notó como se le humedecían los ojos.

—Menuda mierda —murmuró, buscando un pañuelo en el bolso.

No sólo tenía bastante con lidiar con la actitud de Brian y sus dichosos sentimientos no recíprocos hacia ese hombre, sino que su repentina ausencia y la certeza de que dejaría de ver a Desiré le rompía el corazón.

Respiró hondo y trató de centrarse en el trabajo, decidiendo poner al fin un

poco de orden en su caótica vida de últimamente. Era cierto que Brian había descolocado completamente su aburrida y bien organizada vida, pero era el momento de ponerle fin a todo. Si volvía a verlo le contaría la verdad y vería a Margaret, felicitándola de corazón por haber conseguido el dinero para la casa mientras le devolvía a su hija.

—Es lo correcto.

O eso quería creer.

Aquel día evitó a Susan. Sabía que su amiga sólo hacía lo mejor para ella al recomendarle que si aquello ya no era una venganza, lo prudente sería cortar radicalmente con aquello de una manera u otra, pero no quería hablarlo en aquel momento.

Detuvo el coche frente al colegio de Desiré y guardó las llaves en el bolsillo mientras se bajaba a tomar un poco de aire fresco. Le iba a venir bien despejar la cabeza, pensar en otra cosa.

Suspiró y levantó la cabeza cuando vio salir a varios niños y esperó a ver a Desiré caminando despacio hacia la salida para sonreír animada, pero la sonrisa no duró mucho.

Cruzó el camino que la separaba de la puerta en varias zancadas y la agarró del brazo, deteniéndola cuando iba a salir corriendo y se acuclilló a su lado, aferrándose su barbilla con la mano libre para obligarla a mantener la cabeza inmóvil.

—¿Qué te ha pasado? —exigió saber, furiosa.

—Me... caí —mintió descaradamente mirándola con los ojos rojos.

Había llorado y Virginia imaginó furiosa que posiblemente lo había hecho escondida en el cuarto de baño. Lo comentó nada de eso. Sabía que dañaría el orgullo de la niña. La abrazó con fuerza un instante y luego la apartó de nuevo, mirándola con determinación.

—Dímelo, ¿quien te ha hecho esa herida de la mejilla?

A simple vista parecía un arañazo y Virginia siguió mirándola a los ojos. Esta vez no aceptaba una excusa y mucho menos iba a dejarlo estar son más. Una

vez podía haber sido una casualidad, un situación puntual o un accidente. Dos ya le había tocado las narices pero lo había dejado pasar porque ella no se consideraba tutor legal para pedir explicaciones pero eso ya era lo máximo que podía tolerar. Margaret seguramente pagaba una millonada por mandar a su hija a ese colegio y sin contar el dineral que pedían, ¿qué diferencia había en comparación a los públicos más baratos si la niña estaba siendo agredida?

—Por favor, Desiré, dímelo.

La agarró con fuerza de los dos brazos y la zarandeó suavemente.

—No es mentira... No del todo —reconoció, desviando la cabeza avergonzada.

Virginia le obligó a volver a mirarla.

—¿Qué ha pasado?

—Frank me empujó y caí contra el borde de las taquillas —reconoció con los ojos humedeciéndose de nuevo.

—¿Te empujó? —Desiré asintió con la cabeza—. ¿Y desde cuándo se mete contigo?

—Dice —susurró en un hilo de voz—, que soy una paria y que mi familia es un trozo de estiércol en la sociedad.

Virginia la miró sorprendida e incrédula

—La primera vez lo pagué —admitió con tinidez—. Sé que no debí —casi gritó—. Los profesores nos separaron y cuando estábamos dentro decidieron que la culpa fue mía y que por esta vez lo dejarían estar porque era imposible localizar a mis padres. Sé lo que estaban pensando y sé que como él puede permitirse ir a ese colegio y...

—Nada de eso —rugió Virginia, levantándose y agarrando a Desiré de la mano—. Esto termina aquí.

—En eso estoy de acuerdo.

Virginia se giró bruscamente, sorprendida y vio como Brian se adelantaba al colegio, agarrando a su vez a la niña y haciendo que se soltara de su mano al tirar de ella.

Virginia miró la escena y tardó unos instantes en reaccionar, corriendo detrás de ellos pero cuando los encontró, Brian ya se estaba enfrentando a dos hombres que parecían confusos y alertas, mirando a Brian Kurst, posiblemente reconociéndolo y luego a la niña y vio como uno de ellos, el de la calva prominente alrededor de la cabeza, comenzaba a sudar con fuerza y necesitó sacar un pañuelo del bolsillo y secarse torpemente la frente.

Despacio, Virginia se acercó a ellos.

—Lo siento, señor —decía uno de ellos—. No volverá a repetirse.

—Estoy convencido de ello aseguraba Brian peligrosamente—. Agradecería no tener que volver aquí.

—Eso no ocurrirá —aseguró el hombre del pañuelo—. No necesita llegar a esos extremos. Somos un colegio respetable...

—Que permiten que estén acosando a mi hija.

—No sabíamos que...

—No es eso lo que a mí me consta.

El tono de Brian era cada vez más peligroso y Virginia optó por mantenerse al margen. Posiblemente no sabían quien era el padre de la niña pero a Margaret sí la habrían visto en algún momento y sabrían que ella no era la madre y la impresión que se habían llevado ante la mentira de Brian sobre que él era el padre no tendría el mismo efecto. Aún así odiaba no llegar a enterarse de qué les había dicho para que aquellos hombres con aspectos tan arrogantes como el de Brian estuvieran pálidos y nerviosos.

—Señor, si hubiéramos sabido que usted era el padre...

—Ah, claro, si yo soy el padre Desiré se beneficiará de la protección que debería recibir de todas maneras, ¿es eso lo que tratan de decirme?

El hombre que había hablado balbuceó algo incoherente y decidió guardar silencio.

—Espero que esto no vuelva a ocurrir y... —añadió, apretando la mano de la niña que lo miraba fascinada, con los ojos y los labios abiertos sin tratar de esconder sus emociones. Virginia notó como se sobrecogía y desvió la cabeza, apretando una mano en su pecho para aliviar el dolor— no necesitaré decir que espero que mi hija reciba disculpas...

—Por supuesto —aseguró el hombre del pañuelo de nuevo sonriendo forzosamente.

—Y de manera pública —terminó Brian, desafiante, lanzando una mirada a los hombres, invitándolos a contradecirle.

—¿Qué...?

—¿Hay algún problema con eso?

—Bueno, señor... El niño es...

—Lo mismo que ha agredido y humillado a mi hija en público espero la misma cortesía para resolver este asunto.

Los dos hombres se miraron unos segundos.

—Está bien —aceptó el del pañuelo—. Nos encargaremos de que sea así.

—Estoy seguro de que si. Desiré, vámonos.

La niña lo siguió sin soltar su mano, esbozando una tímida sonrisa y cuando

levantó la cabeza al verla, sus ojos ya no tenían el brillo de las lágrimas recientes y, aunque aún estaban rojos del llanto, éstos resplandecían de dicha.

Sin pensarlo, Virginia agarró su mano libre y los tres salieron fuera del colegio, en silencio, unidos por las manos de la niña y Brian sólo la soltó cuando llegaron frente a su coche y se quedó muy serio de golpe, pensativo, como si hubiera algo que rondara en su cabeza.

—Siento haber dicho que era el padre de la niña —se disculpó, mirándola.

Virginia sacudió la cabeza y sonrió.

—No, en serio, gracias. Creo que esto no hubiera tenido el mismo efecto si hubiera ido yo a hablar.

Y por más de un motivo, pero eso no lo iba a decir. Al menos no en aquel lugar, no en aquel momento.

Brian asintió y sonrió a Desiré con tristeza cuando la niña se deslizó dentro del coche, algo que no pasó por alto Virginia y se sintió aterrada, incapaz de recordar que su intención era decirle la verdad de una vez.

—Espero que esto no te traiga problemas con tu marido.

—¿Qué...? Oh... No —dijo incomoda, dándose cuenta de la forma que Brian la miraba—. ¿Te vienes un rato a casa?

Brian no dejó de mirarla y por un momento Virginia estuvo segura de que iba a decir que no pero no lo hizo, se dio la vuelta y entró por la puerta del copiloto, en silencio.

Ninguno dijo nada hasta que llegaron a casa y Desiré fue la que más emocionaba estaba y Virginia se dio cuenta que ahora admiraba a Brian de verdad. Suspiró melodramáticamente.

—¿Te quedarás a cenar, Brian? —se interesó la niña, poniendo ya un tercer plato sobre la mesa.

—Aún es pronto, Desiré —le recordó Virginia con suavidad—. Ni siquiera está hecha la cena.

—¿Y si pedimos unas pizzas?

—¡Sí!

—¿No eres vegetariana?

—Hay pizzas de verduras —la animó Brian, haciendo que la niña sonriera encantada.

—Entonces listo —aceptó ella.

Pidieron las pizzas por teléfono y esperaron mientras crían un rato la televisión, hablando animadamente de la programa de humor que emitían en ese momento y fue Brian quien se levantó para abrir al repartidor cuando llamaron a la puerta.

La cena fue igual de animada y Virginia los observó a los dos mientras reían y bromeaban continuamente. Sentía un nudo en el estómago, la tristeza de saber que esa escena tan familiar no volvería a repetirse mucho más y la idea era opresiva. No se creía capaz de soportar poderlos y en realidad no tenía nada que hacer para evitarlo.

—Es hora de ducharse —le dijo Virginia a Desiré cuando estuvieron un rato después de recoger la cocina—. Mañana hay clases.

—¿Ahora? —protestó ella aunque ya se estaba levantando para ir al cuarto de baño.

Cuando finalmente los dos quedaron en silencio, se miraron sin hablarse y Virginia deseó que él pudiera leer sus sentimientos sin necesidad de decir nada.

—No te hemos visto el fin de semana.

Brian pareció molesto por la pregunta. Hizo una mueca y comenzó a jugar con el vaso que tenía delante.

—He estado ocupado.

¿Con alguna mujer? Era lo que Virginia quería preguntar pero no lo hizo. No tenía el valor para hacerlo y mucho menos para saber la respuesta. De mordió el labio y desvió la cabeza.

—Será mejor que prepare una lavadora para mañana —dijo levantándose. De pronto tenía la necesidad de alejarse de él para poder respirar. Se dio la vuelta y tropezó con su propio pie pero antes de caer al suelo Brian la agarró y la sostuvo de una manera muy parecida a la primera vez que se vieron y de igual forma Virginia sintió la misma descarga que le recorrió el cuerpo la primera vez y deseó perderse completamente en los brazos de aquel hombre. Sus labios estaban a escasos milímetros y anhelándolos en silencio, Brian salvó la poca distancia que los separaba y la besó. Lo hizo de una manera tierna, delicada, deslizando casi con cariño una mano por su brazo pero cuando Virginia se aventuró a pasar un brazo por su cuello, Brian se apartó bruscamente, apartándola a ella también y Virginia vio el deseo encendido en sus ojos, abrazándola con ellos y deseó derretirse en aquel momento, con ese hombre.

—No puedo —dijo en cambio Brian, descolocándola completamente y Virginia sacudió la cabeza.

—¿Qué es lo que no puedes? —preguntó con voz débil aún recuperándose del beso.

No entendía qué era lo que no podía. Lo único que tenía que hacer era besarla, llevarla hasta la cama y mientras se desnudaban disfrutar y saborear el uno del cuerpo del otro. Quería que Brian volviera a hacerla alcanzar ese clímax, esa pasión y esa sensación de estar en otra parte. Quería olvidarlo todo, al menos por una vez, al menos una vez más, sin tener que pensar que el corazón de ese hombre nunca sería suyo y que la felicidad que había tenido durante un poco tiempo no volvería a tenerla nunca. Pero Brian en vez de hacer eso lo que

decía era que no podía.

—Se acabó —dijo él, quitando las manos de si cuerpo y dando un paso hacia atrás—. No voy a destrozar tu vida, no puedo hacerlo —dijo con una expresión que parecía estar sufriendo con sus palabras.

—¿Qué...?

Virginia parpadeó confusa.

—Lo siento —Brian esbozó una débil sonrisa y caminó hasta la puerta. Virginia lo siguió dando trompicones—. Quiero que seas feliz. Y Desiré se lo merece.

—Espera... —murmuró desesperada, comprendiendo lentamente lo que significaban las palabras de Brian—. Espera...

—Tengo que irme. No volveré a molestarte. Te lo prometo.

En ese momento salió Desiré del baño y los dos giraron la cabeza, un instante, lo que tardó Brian en llegar a la puerta y marcharse, haciendo que Virginia comenzara a asfixiarse, notando como se ahogaba y se derrumbó, cayendo de rodillas mientras las lágrimas le abrasaban los ojos.

Capitulo 14

—¿Lo vas a dejar así?

Virginia no quería hablar de ello. Estaba cansada de llorar sumergida en su patética autolamentación y hasta ella comenzaba a sentir asco de si misma.

—No me apetece hablar —pidió Virginia, deseando que Susan se diera la vuelta y la dejara cerrar de nuevo la puerta para seguir con sus lloriqueos.

—Ya. Ni ayer, ni hace dos días —gruñó Susan—. ¡Venga! Espabila —gritó su amiga invitándose sola y se apresuró a animar hasta el salón donde se sentó en el sofá y se adueñó del mando a distancia—. ¿Cuanto tiempo vas a estar

llorando?

Virginia la siguió hasta el sofá y se cruzó de brazos.

—El que necesite.

Desde que Brian había desaparecido de su vida y Margaret al día siguiente había regresado a por Desiré, Virginia se había sumergido en un extraño estado de depresión. Y por la cantidad de paquetes de pañuelos que había usado y usaría, Virginia suponía que terminaría arruinada por culpa del llanto.

—¿Y ya está? ¿No harás nada más?

—¿Y qué quieres que haga? —exigió saber, mirando a su amiga enfadada—. Desiré no es mi hija y Brian... Él... Él...

Ni siquiera fue capaz de terminar la frase. Se hundió en el sofá y sepultó el rostro en sus manos rompiendo a llorar.

—Te enamoraste de él —suspiró Susan.

Virginia asintió con la cabeza tratando de calmarse.

—Él es todo lo que quiero de un hombre.

—Lo ves perfecto porque estás enamorada.

Virginia levantó la cabeza para lanzar una incrédula mirada a su amiga, incluso bañada en lágrimas y Susan levantó las manos en señal de paz.

—Eso no te lo crees tú ni en broma.

—Puede que sea lo más parecido al hombre perfecto... con ciertos defectos, por supuesto, y uno de ellos es el motivo por el que tú le mentás diciéndole que estabas casada.

—Pero no me tocó al creer que lo estaba...

—Eso sólo le da un punto a su favor. Lo sabes.

—Vale, pero ta me da todo igual. Lo quiero... Y él se ha ido pensando que yo era una mujer casada que engañó a su marido con él —sollozó—. ¡Pero que buena imagen tiene de mí!

Susan se encogió de hombros.

—Pues entonces ve y dile la verdad.

—Sí, claro —gruñó poniendo los ojos en blanco—. Es tan fácil acceder a él —dijo con ironía.

Susan sonrió desdeñosa y sacó algo de su bolsillo, pasándole un trozo de papel.

—Venga, cogelo —la animó su amiga—. ¿No quieres hablar con él? Venga, cogelo y cuéntaselo todo.

Virginia miró el papel y luego a su amiga, varias veces.

—¿Qué...?

—Lo vas a coger ¿o no?

Virginia lo aceptó al fin, agarrando con los dedos el papel y lo desdobló, mirando el nombre del aeropuerto y una hora, exactamente dentro de una hora y diez minutos. Después levantó la cabeza hacia su amiga de nuevo.

—¿Cómo?

—Es información confidencial.

—¿Información confidencial?

—No puedo decirte quien me lo ha dicho.

¿No podía decírselo? Lo primero que pasó por su cabeza era que quien fuera o de donde fuera que hubiera sacado esa información, ésta era falsa pero Susan no era alguien que consiguiera información errónea para darla y menos en una situación así. La miró desconfiada.

—En serio, ¿cómo...?

—No tenemos tiempo para eso —la interrumpió Susan, levantándose y saliendo del salón. Virginia la siguió y vio como su amiga enredada en su armario y le lanzaba unos pantalones y una camiseta—. Cambiate, rápido. Tienes una hora para llegar al aeropuerto y dar con él.

—¿Por qué en el aeropuerto? —protestó Virginia, tratando de quitarse el pijama y ponerse la ropa que su amiga le había dado. Ni siquiera le estaba dando tiempo a asimilar decirle nada a Brian y mucho menos tiempo a pensar si quería admitir a aquel hombre no solo que le había mentado, sino que estaba enamorada de él.

—Se va durante tres años, Virginia. A menos que puedas detenerlo ahora...

Virginia consiguió atarse el pantalón y miró a su amiga con los ojos muy abiertos. ¿Se iba? ¿A dónde? ¿Por qué?

—¿De qué estás hablando?

—Cincuenta y cinco minutos. Virginia, no hay tiempo.

Tiró de ella y la empujó fuera de casa. Su coche estaba aparcado en doble fila y Virginia imaginó que Susan había esperado que saldrían precipitadamente de la manera que lo habían hecho.

Llegar hasta el aeropuerto les costó veintiocho minutos y el tráfico se le antojó eterno. Susan fue todo el camino gritando y pidiendo irracionalmente que se apartaran y cuando por fin divisaron el aeropuerto, su amiga dejó el coche frente a la puerta y la agarró del brazo, tirando de ella para obligarla a inclinarse frente a ella.

—Te dejo aquí —dijo, ignorando los pitidos de impaciencia de los coches

de detrás—. Iré a buscar aparcamiento y oye, no lo olvides. Has venido a decirle la verdad y eso significa hablarle de todo.

Virginia asintió despacio. Aún no se sentía segura de nada pero la urgencia del tono de Susan y también sus acciones hacia que se moviera sin voluntad y posiblemente fue eso lo que la llevó a bajarse del coche y precipitarse dentro del aeropuerto, comprobando la puerta de embarque para el número que Susan le había apuntado.

Al principio no lo vio pero al girar sobre sí misma varias veces, se fijó en la persona que se movía en uno de los laterales que daban acceso a los servicios y sintió que se le aceleraba el corazón.

Despacio se acercó hasta él y se detuvo en frente, haciendo que Brian la viera. Al principio la miró sorprendido, después entrecerró los ojos y Virginia estuvo a punto de volver a girarse y regresar por el camino que había tomado, pero se recordó las últimas palabras de Susan. “contarle todo, toda la verdad”

Virginia se humedeció los labios y respiró hondo un par de veces antes de soltar sin apartar la mirada de sus ojos: —No estoy casada.

Aquella simple frase consiguió que por unos segundos no hubiera ningún cambio en la expresión de su rostro pero no tardó en abrir exageradamente los ojos y la miró sorprendido.

—¿Qué?

—No estoy casada —insistió Virginia.

—¿De qué estás hablando? —Brian se apartó finalmente de la pared y dio un paso hacia ella con el ceño fruncido. Virginia no intentó retroceder.

—Creí —comenzó con la boca seca—, creí que al menos eso tendrías que saberlo. No estoy casada, nunca he estado casada...

—¿Y Desiré? —preguntó él en voz muy baja, como si no quisiera alzar la voz y estropear el momento—. ¿Y ella?

—No es mi hija —reconoció Virginia en un hilo de voz, notando un espasmo de dolor en el pecho—. Es la hija de una amiga a quien cuidaba porque su madre tenía... unos problemas. Su marido la abandonó y... bueno... lo siento.

Brian no dijo nada y Virginia a medida que pasaba el tiempo se sentía más y más como una estúpida hasta que Brian se echó a reír, descolocándola.

—¿Es esto un tipo de broma?

Virginia parpadeó confusa.

—¿Qué? ¡No!

—¿Quién te lo ha dicho?

—Una amiga me dijo que te ibas de viaje y estarías aquí...

Brian siguió riéndose y luego la miró con ferocidad, descolocándola completamente. ¿A qué venía esa expresión?

—¿Tan divertido es reírse de mí?

Virginia lo miró confusa y sacudió la cabeza.

—No sé de qué me estás hablando... Oh, siento de verdad haberte mentido con que estaba casada pero estaba furiosa...

—Eres una actriz increíble.

—¡Digo la verdad! ¡Lo siento! ¡Lo siento de veras! Pero...

—¿Así que porque de alguna manera te has enterado de que estoy enamorado de ti, crees, te crees con el derecho de venir aquí y diciendo cuatro frases yo caería rendido a tus pies? ¿Tan estúpido parezco?

Virginia parpadeó varias veces, alucinada, procesando lentamente las palabras que acababa de oír de los labios de Brian Krust.

—¿Estás enamorado de mí? —consiguió preguntar, interrumpiéndolo. Brian la miró fijamente, guardando silencio de golpe—. ¿Hablas en serio?

En aquel momento anunciaron el vuelo de Brian y los dos siguieron observándose en silencio hasta que Brian bufó y agarró la pequeña maleta que tenía como equipaje de mano. Virginia no le permitió que diera un paso y se alejara de ella. Las palabras que Brian había pronunciado se estaban clavando dolorosamente en su cabeza y hacían crecer la maliciosa semilla de la esperanza dentro de ella.

—Suéltame.

—No hasta que no me respondas.

—¿Te responde? —A Brian pareció hacerle gracia—, ¿de verdad quieres que te diga que te quiero, que me he enamorado de una mujer casada que disfruta viéndome sufrir? ¿Quieres que te diga eso?

—Sólo quiero que me digas que me quieres —musitó Virginia sobrecogida, notando como algo dentro de ella se abría por completo y sonrió como una tonta—, porque yo también te quiero, Brian. Y ya te he dicho que no estoy casada. ¡Nunca lo he estado! Pero quería vengarme de ti y al final... —notó como se le volvían a humedecer los ojos—. Siento haberte mentido... siento haberte hecho daño... Sólo quería decírtelo antes de que te fueras pero si hay alguna oportunidad de que no te vayas... de que te quedes conmigo...

—¿No estás casada?

Virginia se puso a reír nerviosa y algo plena de felicidad.

—También he dicho que te quiero y de todo, ¿sólo me preguntas eso?

Brian la agarró de la barbilla y se la levantó con cuidado.

—¿Y la ropa de tu armario?

—¡Es del hermano de Susan!

Brian la miró confuso, dudando y Virginia vio con alivio un brillo de esperanza en sus ojos.

—¿Tanto me odiabas para querer vengarte?

—Te odiaba porque te quiero y tú sólo te reíste de mí. Para mí aquella noche... fue especial y para ti...

—Para mí no sólo esa noche, tú fuiste especial.

Esta vez fue Virginia quien lo miró incrédula.

—Claro, y por eso recibí tantas llamadas tuyas —ironizó, arrancando una sonrisa de los labios de Brian.

—Iba a llamarte.

—¿Cuándo?

—Era algo... nuevo para mí.

—¿Algo nuevo?

—Amar y esas cosas.

—¿Seguro que no tiraste mi número?

—Aún lo guardo.

Se miraron durante unos segundos y los dos sonrieron a al vez, luego Brian la rodeó con un brazo y la estrechó con fuerza, besándola apasionadamente.

—¿Esta vez llegarás hasta el final? —preguntó ella tímidamente.

—¿Eso significa que estabas esperando todo este tiempo que te pudiera las manos encima? —preguntó Brian con una sonrisa sugerente en los labios.

Virginia también sonrió y lo besó de nuevo.

—Sí, yo diría que sí —rió ella acompañando a las risas joviales de Brian pero cuando éste se inclinó para besarla de nuevo, apretando con más fuerza su cuerpo al suyo, apartó la cabeza, escuchando de nuevo la llamada de su vuelo—. Tu viaje... —musitó de pronto preocupada, con un nuevo brote de ansiedad.

—¿Qué viaje? —respondió Brian, besandola esta vez en la mejilla, liberando la presión de su abrazo—. Aunque sí que tendré que hacer unas llamadas.

No fue el único. Mientras Virginia esperaba a que Brian terminara de hablar

con alguien, asegurándole que ya hablarían después y que enviaran a alguien más a supervisar el trabajo del que por lo visto se iba a encargar él, Virginia aprovechó para llamar a Susan y explicarle a una no sorprendida amiga que se fuera, que ya le costaría todo luego.

—Ya me había ido, preciosa.

—¿Qué? ¿Te habías ido?

—Estaba claro que no me ibas a necesitar para la vuelta.

Virginia se detuvo de golpe en mitad del aeropuerto y solo continuó andando cuando Brian la miró extrañado y ella se apresuró a sonreír y a andar.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno... Tengo una fuente bastante fidedigna.

Virginia notó como la curiosidad se hacía muy poderosa pero no fue capaz de preguntar nada delante de Brian.

—Tú y yo hablaremos en otro momento.

Susan comenzó a reírse.

—Cuando tú quieras —aseguró dejando la incógnita en el aire.

Cuando colgó no pudo evitar no pensar hasta dónde sabía su amiga de Brian y como lo había averiguado pero no le dio demasiada prioridad en ese momento. Cogieron un taxi y fueron a su casa hablando de trivialidades como si realmente nunca hubiera habido un tiempo donde los dos creían ser odiados por el otro.

—¿Entonces Desiré...?

Virginia apartó la cabeza con tristeza.

—No es mi hija y sí, sí, ya la hecho de menos.

—Yo también me había encariñado con ella.

—Tiene algo especial —se lamentó Susan.

Brian asintió pero sonrió abrazándola y empujando su cuerpo hasta dejarla tumbada en el sofá.

—Bueno, siempre podemos hacer una nuestra.

Virginia lo miró sorprendida y luego se echó a reír, levantando los brazos para invitarlo a tumbarse sobre ella.

—Claro, ¿por qué no? ¿Y qué te parece si empezamos a practicar ahora?

—Oh, ¿en serio? —soltó Brian en un susurro áspero sin ocultar lo que le divertía la situación. Levantó una mano y acarició su mejilla, deslizando los dedos hasta sus labios y los presionó con un dedo antes de descender por su barbilla y recorrer la forma de su cuello y continuó por encima de su camiseta, sin apartar los ojos de ella—. Por mí bien.

Virginia fulminó con la mirada la irritante sonrisa que continuaba en sus labios e hizo un esfuerzo para ignorar el excitante cosquilleo que le producía la forma tan lenta y tortuosa que tenía los dedos se Brian de recorrer su cuerpo hasta su pantalón, abriéndolo hábilmente.

—¡Si no quieres hacerlo, dilo claramente! ,

Brian no respondió; sorprendiendo a Virginia la agarró bruscamente de la nuca y levantó su cabeza, atrapando su boca y la besó, impidiéndole seguir hablando y cuando apartó los labios, manteniéndolos prácticamente rozando los de Virginia, sonrió.

—Deja de decir tonterías.

Virginia abrió la boca para replicar, pero Brian volvió a hundir su lengua entre sus dientes, dejando espacio su cabeza entre los cojines y continuó besándola mientras deslizaba una mano en el interior de sus pantalones, levantando las bragas y Virginia jadeo entre los labios del cantante, revolviéndose incómoda cuando sus dedos alcanzaron su sexo y la penetraron despacio.

—Estás increíblemente húmeda.

—Cállate.

Brian se rió besando su barbilla, sin dejar de profundizar entre sus piernas y Virginia se arqueó, levantando un poco las caderas y abrió más las piernas, inconscientemente, tratando de acomodarse a las sensaciones, a los estremecimientos que le recorrían desde la nuca hasta la espalda y explotaban en su estómago y casi fue a protestar cuando Brian apartó los dedos y comenzó a deslizar el cuerpo hacia abajo, levantando la camiseta y el sujetador para besar sus pechos, acariciándolos, succionando sus pezones y arrancando gemiditos vergonzosos de los labios de Virginia antes de continuar descendiendo, lamiendo su ombligo y bajando su pantalón para seguir besando su vientre y su sexo.

Virginia gimió de placer, llevándose bochornosamente una mano a los labios y la apretó con más fuerza cuando sintió el pene de Brian presionando entre sus piernas un segundo antes de notar como se deslizaba dentro de ella. El contacto era abrasador, envolvente, como una sacudida eléctrica y Virginia se dejó invadir por esas sensaciones, olvidándose de cualquier otra cosa mientras Brian la penetraba, besándola dulcemente y la embistió de nuevo, mucho más fuerte que las veces anteriores, arrancándole un jadeo mientras apretaba las manos en su camiseta y alzaba la espalda para rodear el cuello de Brian con sus brazos, notando como con cada penetración empujaba todo su cuerpo hacia arriba, de una manera rítmica, arrastrando su espalda por el sofá y juntos alcanzaban el clímax y Brian se tumbaba a su lado.

—Será mejor que me de una ducha —rió Virginia, apartándose de Brian pero él gruñó en su oído y le mordisqueó el lóbulo.

—Déjala para después.

—¿Quieres hacerlo de nuevo? —rió Virginia, ladeando el cuello para que los labios de Brian accediera fácilmente a su cuello.

—¿No podemos?

—Sí —murmuró ella, feliz y volvió a tumbarse en el sofá pero se apartó un poco cuando el timbre de la puerta sonó una vez.

—¿Esperas a alguien? —se interesó Brian.

Virginia sacudió la cabeza y Brian se encogió de hombros.

—Entonces lo ignoraremos.

Brian volvió a inclinarse para besarla en la nariz y los párpados pero el timbre volvió a sonar y lejos de ser una ocasión aislada, la persona al otro lado pegó el dedo en el timbre y los dos se miraron irritados.

—Creo que mejor iré a ver quien es —dijo Virginia suavemente, buscando su pantalón y camiseta y se las puso rápidamente, yendo hacia la puerta

mientras veía como Brian también se vestía son ganas.

Virginia sonrió y abrió la puerta, congelándose la sonrisa cuando vio a Desiré con la misma maleta con la que la había visto marcharse. Preocupada se arrodilló a su lado.

—¿Qué ha pasado?

—Le he dicho a mamá que me voy a quedar un tiempo contigo. Dijo que te llamará para preguntarte si te importa.

—¿Preguntar a tu madre?

Desiré abrió mucho los ojos mirando detrás de su cuerpo y Virginia también se giró para ver a un sonriente Brian apoyado en la pared mirando hacia la puerta. Desiré la miró a ella preocupada.

—Ya lo sabe —le dijo para tranquilizarla—. Y puedes quedarte conmigo todo lo que quieras.

Abrió los brazos y le dio un rápido abrazo antes de apartarse y dejar que la niña entrara y caminara lentamente hasta Brian. Los dos tuvieron un intercambio de miradas.

—¿Así que con talento para actuar? —bromeó Brian consiguiendo que Desiré frunciera el ceño y se ruborizara débilmente.

—Oh, ¿así que estáis en ese tipo de relación?

Esta vez fue Brian quien enarcó una ceja.

—¿Ese tipo de relación?

Virginia sonrió y se llevó una mano a la cabeza, acercándose a ellos y le lanzó una significativa mirada a Brian.

—Creo que sí que me daré esa ducha después de todo.

Él la miró con cierta lástima y Virginia estuvo tentada de sacarle la lengua.

—No os cortéis por mí —soltó la niña haciendo un nuevo alarde de sabiduría y pillando desprevenido a Brian—. Podéis tener sexo si es lo que queráis. Yo me quedaré en mi habitación.

—Oye, oye —Brian le lanzó una mirada entre espantada y divertida y Virginia se encogió de hombros, encerrándose en el baño con una sonrisa—. A partir de ahora a las ocho en la cama.

—¿Por qué? —soltó la niña fríamente—. Si no me duermo os oiré de todas maneras.

—Y nada de televisión a ciertos horarios.

—Dictador...

—¡Desiré!

Virginia se echó a reír y abrió el grifo del agua, escuchando a medias la

absurda discusión mientras decidían planes para el fin de semana animadamente.

Tal vez el destino le daba una oportunidad para ser completamente feliz.

FIN

ENTRE TUS BRAZOS.

Krista.E.Mollet.

CAPITULO 1

Marian dejó caer las pesadas maletas sobre la entrada de la casa de sus padres y olisqueó el agradable aroma a carne asada que debía venir de alguno de los jardines de los alrededores.

Desde que se había ido de casa de sus padres, Marian había decidido hacer como si sus años en aquel vecindario nunca hubieran existido. Las muertes de sus progenitores en aquel accidente de coche la habían marcado completamente y aún le costaba mirar al pasado y no sentir dolor, pero tras ocho años de ausencia, había decidido poner aquella casa en venta y tras hablar con una inmobiliaria para que llevara el papeleo, no habían tardado más que un mes en llamarla y comunicarle que ya tenían cuatro compradores.

Al principio, Marian les había dicho que se ocuparan completamente de todo. No quería implicarse demasiado en todo aquello y tal vez desenterrar algo que quería creer que estaba olvidado, pero cuando habían terminado las largas horas de clases en el colegio infantil en el que trabajaba y había revisado la lista de llamadas en su teléfono móvil, había tardado sólo lo justo en montarse en su coche y ponerlo en marcha para decidir pasarse aquel fin de semana en Baltimore.

—Está lleno de polvo —se quejó, pasando un dedo por la superficie de la mesa que una vez perteneció al coqueto y cuidado salón que su madre había mantenido limpio y bonito hasta el día de su muerte.

Los ojos de Marian recorrieron cada una de las estancias, deteniéndose particularmente en la cocina, recordando a su madre, allí de pie, frente a los fogones, siempre cocinando algo con unas manoplas de color rosado y en su habitación, aún decorada como la última vez que había estado allí dentro.

Desesperada, Marian se dio la vuelta y bajó las estrechas escaleras hasta

la planta baja, dejando escapar un grito de sorpresa al ver a un hombre en medio del pasillo.

—¿Quién eres tú? —gritó alarmada, buscando algo para comenzar a golpear al extraño si era necesario—. Esto es una propiedad privada y voy a llamar a la policía si no se va.

El hombre se dio la vuelta y Marian ahogó esta vez la nueva exclamación de sorpresa que salía de sus labios.

El intruso no era un vagabundo tal y como había creído al verlo ahí plantado de pie junto a las escaleras echando una ojeada a la casa. Vestía con unos vaqueros pero la camisa y la chaqueta eran claramente de marca, pero lo que dejó sin aliento a la pétrea profesora infantil Marian Salivan había sido la intensa mirada azul que sobresalía del notable rostro de aquel desconocido.

—Siento haberla asustado —dijo suavemente con un extraño acento que Marian no identificó. Buscó algo en el bolsillo de su chaqueta y le entregó una tarjeta alzando el brazo hacia ella—. Me llamo Reynald Oswen. Habíamos quedado hoy para ver la casa.

Marian aceptó la tarjeta vacilante, procurando no rozar sin querer alguno de los dedos de aquel hombre. No estaba segura de la reacción de su propio cuerpo si eso llegaba a ocurrir. ¿Cuándo había sido la última vez que había visto a un hombre tan apuesto e interesante?

—Creo, señor... Oswen que ha habido una terrible equivocación —. Marian levantó la mirada de las bonitas letras en negro que anunciaban a aquel hombre como director de una empresa de moda y le dedicó una de sus poco frecuentes sonrisas coquetas. ¿Cuándo había sido la última vez que había intentado coquetear con alguien de una manera tan descarada? —, pero yo no soy empleada de la agencia inmobiliaria.

En ese punto, ella no sabía si debía o no devolverle la tarjeta en la que le servía su número de teléfono y su dirección, que aunque fuera la de la empresa, significaba que tenía un lugar donde ir a buscarlo.

Si quería hacerlo.

Pero Marian no dudaba que sus pies no la condujeran directamente hacia aquella dirección si dejaba que lo hicieran.

—¿No lo es? —se interesó él, mirándola un momento como si se preguntase quién podría ser ella para encontrarse en la casa a esas horas—. ¿También está interesada en la casa?

Marian percibió la dureza en la voz del hombre y la nota irritada que había adquirido al ver, seguramente, a una posible competencia.

—No —dijo ella lentamente, mirando interesada todas las reacciones del hombre—. Soy la propietaria.

Una vez más, las facciones del hombre se suavizaron y sonrió, mostrando unos dientes blancos y perfectos que parecían ser producto de un anuncio de dentífricos.

—Entonces no hay ningún problema. ¿Podemos hacer negocios? Si he de serla sincero tengo un poco de prisa y me gustaría adquirir esta propiedad. Puedo aumentar la suma de dinero que pide la inmobiliaria si me ayuda a agilizar el proceso.

Marian estuvo a punto de bufar molesta pero era imposible mostrar irritación delante de ese hombre cuando le costaba trabajo no querer correr hacia un espejo y asegurarse que no había fuera de lugar lo que no correspondía. ¿Cómo tendría el cabello después del viaje? ¿Y la ropa? Debía parecer un desastre con aquellos pantalones anchos y la camisa de cuadros fuera de los pantalones. ¡Oh, bueno! ¿Qué culpa tenía ella de que un hombre capaz de dejarla sin respiración fuera a aparecer dentro de su casa a esas horas cuando acababa de llegar?

—Disculpe, señor Oswen, pero, ¿cómo ha entrado?

—Estaba la puerta abierta —Reynald la miró fijamente un momento antes de responder lentamente. Era una mujer bastante extraña y muy diferente a las que habitualmente se encontraban a su alrededor. Estaba convencido de que no sería muy difícil convencerla para que le vendiera la casa y que el lunes como muy tarde pudieran ir a firmar los papeles con el notario aunque realmente

esperaba que ella accediera a que se encargara de todo su abogado y si era posible firmar esa noche o a la mañana siguiente la escritura—. Pensé que me estaban esperando dentro, por eso entré. Siento haberla importunado.

—Ah —Marian sacudió débilmente la cabeza, muy insegura de pronto. No recordaba no haber cerrado la puerta cuando había entrado a la casa pero tampoco recordaba haberla cerrado—. Lo siento, hablé con la agencia hace unas horas y les dije que vendría a la casa este fin de semana... No me dijeron que alguien vendría esta noche.

Reynald volvió a mirarla con esa misma expresión irritada que no acompañaba a su sonrisa.

—Si quiere podemos llamar a la agencia. Tengo una agenda muy ocupada y es el único momento que tenía libre para poder ver la casa —Hizo una corta pausa en la que tomó aire y pareció estar recuperando algún tipo de calma—. Si no es mucha molestia...

—No, no.

Marian miró a su espalda, hacia las escaleras que acababa de bajar y sintió una amarga y familiar sensación de aprensión.

¡Oh, vamos! ¿No era a lo que había ido hasta allí? ¿No quería vender y deshacerse de una vez de esos dolorosos recuerdos? Sí... Lo era, pero ella mejor que nadie sabía lo duro y difícil que era hacer algo como eso y tal vez no había tenido el tiempo necesario para adaptarse a la idea antes de que los compradores acudieran a visitar la casa.

—¿Entonces?

—Sí, claro.

Lo invitó a pasar primero hacia la derecha de donde se encontraban, conduciéndolo a la cocina y las imágenes de su pasado volvieron a ella como lo habían hecho al principio, pero el mal estado del paso del tiempo en unos muebles abandonado y la presencia de aquel hombre a su lado, poderosa e inquietante tras las emociones que despertaba en ella hizo que los recuerdos se disparan.

—Hace mucho que no se usa nada de esto. Siento que la impresión no sea muy agradable.

Marian hizo una nota mental de llamar a primera hora a la agencia inmobiliaria. ¿No habían dicho que se encargarían de la limpieza del inmueble para dar la mejor presencia a la casa? Se cruzó de brazos molesta y avergonzada, rezando para que Reynald Oswen no se diera cuenta de las telarañas que colgaban de uno de los lados de las cortinas amarillentas.

—Eso no importa —dijo él echando un vistazo fugaz a la cocina antes de salir de ella y caminar hacia una nueva estancia. Marian arrugó el entrecejo y lo siguió mordiéndose la lengua—. Cambiaré completamente la mueble y decoración de la casa. Además contrataré un decorador.

Reynald pasó un dedo por el anticuado mueble que adornaba el amplio salón y se los limpió inmediatamente después. Esa casa necesitaba una buena limpieza y alguien capaz de crear una decoración más acorde a sus gustos, muy lejos de la que habían tenido los anteriores propietarios. En ese momento la chica pasó por su lado y Reynald bajó la mirada para fijarse en la manera disimulada que tenía de ocultar una mancha de humedad que atravesaba la pared del fondo, justo detrás del armario. Él decidió ser lo bastante amable como para fingir que no se daba cuenta.

No quería vivir en esa casa porque necesitara una vivienda o porque le causara algún tipo de fascinación, simplemente era la única que se vendía en esa zona y la necesitaba. Poco importaban las humedades en las paredes o la falta de higiene. Habría tiempo de adecentarla cuando consiguiera tener firmado los papeles.

Además, le resultaba entretenida la manera con la que aquella mujer se movía y reaccionaba a él. Estaba acostumbrado a ello, sí, pero aunque era cierto que su aspecto llamaba la atención de la mujer y estaba más que familiarizado con las expresiones que podían cautivar a las mujeres, aquella se mostraba reacia de alguna manera a caer rendida a sus pies.

Era refrescante, aunque también frustrante.

—¿Quiere ver las habitaciones?

Marian lo condujo a la segunda planta y le enseñó las dos habitaciones y el cuarto de baño, agradeciendo que Reynald no pareciera especialmente interesado en inspeccionar los pequeños detalles indecorosos que ella iba encontrando a medida que iba abriendo las puertas.

—¿Es de su agrado?

Una parte de ella, aunque la mantenía muy profundamente escondida en su interior, deseaba que aquel hombre dijera que no y saliera de su vida y de su casa pero la otra parte, mucho más despierta, como si hubiera despertado de un sueño muy profundo, deseaba que ese hombre no sólo se quedara con la casa, sino que también con ella.

—Mucho —respondió él en cambio, sonriendo una vez más al girarse para mirarla—. ¿Podríamos concertar una cita mañana a la mañana para firmar los papeles de la escritura?

—¿Mañana? —En su tono de voz se percibió perfectamente la alarma.

Reynald enarcó una ceja y durante unos instantes guardó silencio.

—¿Hay algún inconveniente?

—Oh, bueno, no realmente, pero mañana es muy pronto. Acabo de llegar de viaje, estoy cansada y había planeado descansar...

Aún no estaba preparada para deshacerse de la casa.

—¿Por qué no hacemos una cosa?

—¿Una cosa?

Marian miró al hombre con desconfianza que había comenzado a moverse seguro por la casa, como si ya diera por hecho que era de su propiedad.

—Estoy dispuesto a pagar un tercio más del valor de la propiedad...

—Le agradezco la oferta —le cortó ella, comprobando que Reynold frunció el ceño contrariado. Ya fuera porque era mujer o porque no estaba habituado a que le cortaran de esa manera, pero que ella lo hiciera pareció molestarle—, pero en serio, necesito pensármelo durante el fin de semana. Si el lunes...

—No puedo esperar tanto —continuó él con el mismo tono afable que desmentía la impresión de Marian—. Pero si usted me garantiza que la casa será mía, aceptaré esperar hasta el lunes. Mi abogado se pondrá en contacto y...

—¿Su abogado?

—Espero que no le importe. Pero como el lunes no podré dedicarle mucho tiempo al asunto, él e hará cargo de todo lo necesario...

—Ah, no, supongo que no importa...

—Entonces, estupendo —dijo él moviéndose hacia la entrada. Al llegar a la puerta se detuvo y le tendió la mano—. El lunes vendré a primera hora —Marian miró la mano extendida hacia ella un momento y luego levantó la de ella, apretándole la mano fuerte y larga del hombre durante unos segundos que fueron capaces de estremecerla—. Por cierto, ¿cómo debería llamarla?

—Ah —Marian puso los ojos en blanco. ¿Hasta se había olvidado de los modales? —. Llámeme Marian.

CAPITULO 2

Marian se tumbó en la cama y dio varias vueltas hasta acomodarse, mirando hacia la ventana. Había tenido que sacudir y limpiar el colchón antes de tumbarse y como buena previsora se felicitó de llevar con ella un cambio de sábanas por si lo que había dentro de la casa era inservible y más o menos había decidido que era lo suficientemente aceptable como para tumbarse y descansar unas horas.

Reynald Oswen...

Marian miró tras los cristales de la ventana. Los vecinos habían cambiado bastante tras esos años que había estado fuera. Aún había luz en la ventana de la casa de al lado y por lo que se veía tras las cortinas abiertas de sus vecinos, una joven pareja estaba discutiendo en la habitación. Como muestra de empatía, se dio la vuelta y miró hacia la puerta. No quería comenzar a curiosear sobre algo que desconocía y sobre una familia con la que jamás trataría. Aún así, echó varios vistazos a la ventana antes de caer vencida y

dormir durante seis horas; las únicas que consiguió dormir antes de que el timbre de la puerta la despertara.

—¡Voy! —gritó, bajando las escaleras a toda prisa, atándose el lazo de la bata rosa que había sacado de la maleta—. ¡Voy!

—Buenos días, señorita Norris.

—¿Qué?

Marian miró a la mujer y la mano que le tendía unos instantes antes de aceptar la mano y estrecharla unos segundos antes de comenzar a relacionarla con la inmobiliaria al ver la carpeta que llevaba bajo el brazo.

—No la habré despertado, ¿verdad?

Marian siguió mirando a la mujer y luego el coche aparcado con varias personas dentro que al verla comenzaron a bajar del vehículo.

—¿Qué hora es?

—¿No se le avisó del orden de visitas?

Marian sacudió la cabeza repetidamente y se alisó el pelo con disgusto.

—Nadie me dijo nada —soltó molesta—. Y ayer a la noche apareció un tal Reynald Oswen. ¿Cree de verdad que tengo las pintas adecuadas para enseñar una casa?

La bonita mujer rubia sonrió tranquilamente, sin bajar la mirada a su ropa.

—No se preocupe. Vístase tranquilamente mientras yo me hago cargo de enseñarles la casa.

—Estupendo —masculló ella dándose la vuelta para salir corriendo escaleras arriba y se vistió tan rápido como pudo, dando con la tarjeta de visita de Reynald—. ¡Oh, genial!

¡Se había olvidado por completo la promesa que le había hecho a ese hombre!

Cerró bruscamente la maleta y se dio la vuelta con la tarjeta fuertemente apretada en la mano cuando la puerta se abrió y la empleada de la inmobiliaria asomó discretamente la cabeza, sorprendiéndola.

—Veo que ya está presentable —Se apartó y abrió completamente la

puerta, invitando a pasar a dos hombre de mediana edad y a una joven que la miró con ojo critico antes de pasar una mano por encima de los muebles de la habitación.

Marian hizo una mueca pero no dijo nada. Salió de la habitación con la cabeza bien alta y la cerró a su espalda, aún escuchando la alegre voz de la empleada mientras explicaba las bonitas vistas al jardín que daba la habitación y lo acogedora que podía quedar una vez estuviera preparada.

Lo que significaba que ahora no era muy acogedora.

Marian bufó de mal humor y bajó las escaleras molesta, averiguando que el teléfono que reposaba en una de las mesitas del cuarto de estar había pasado a formar parte de la decoración sin que tuviera alguna otra utilidad. Colgó el aparato bruscamente y miró a lo alto de las escaleras a la espera que los visitantes hicieran acto de presencia y pudiera escabullirse hacia su habitación a buscar el teléfono móvil que había dejado en la habitación y no tener que soportar las miradas de desaprobación de la mujer que miraba con ojo critico cada uno de los rincones deplorables de la casa. ¡Ella era una mujer limpia y jamás se le hubiera ocurrido vivir en una casa en ese mal estado!

Cuando por fin las voces se escucharon cerca de las escaleras, Marian se dirigió hacia la cocina y esperó a que desaparecieran por el vestíbulo para subir rápidamente a la habitación y se asomó a la ventana para mirar por la esquina que dejaba a la vista esa zona de la casa como la familia se alejaba con su coche.

—No fue tan buena idea venir hasta aquí —masculló irritada, sacando el móvil del bolso mientras su mirada se desviaba hacia la casa de al lado.

Una niña de unos seis años se acercaba a la mujer que había visto discutiendo con un hombre la noche anterior y que en ese momento parecía estar llorando sentada en la cama. Al escuchar a la niña se secó torpemente las lágrimas y la abrazó, forzando una sonrisa.

Marian se apartó rápidamente de la ventana, culpable de haber observado

esa escena y cerró las cortinas, alejándose de la ventana mientras revisaba los mensajes y las llamadas perdidas, la mayoría de amigos y alguna del trabajo.

Cuando volvió a bajar a la cocina, la echó un rápido vistazo, repasando los detalles que una vez más había pasado por alto su reencuentro melancólico con la estancia y que la presencia de Reynald Oswen la había obligado a descubrir. ¡Y de qué manera más vergonzosa!

—Oh, mierda.

Marian sacó del bolsillo del pantalón la tarjeta de visita que Reynald le había dado y que se había arrugado por una de las esquinas al estar tanto tiempo metida en el pantalón y se quedó contemplando la bonita combinación de dibujo y letras que lo presentaba a él y a la compañía a la que pertenecía.

—Menudo jaleo —dijo con un suspiro—. ¿Lo llamo a él? —¿O llamaba directamente a la inmobiliaria para informarle que ya había encontrado comprador?

Marian levantó la mirada de la tarjeta y la clavó en los muebles de delante y tras unos instantes sacudió la cabeza, apretando la tarjeta en la mano. No iba a aventurarse a abrir aquellos armarios.

—Mejor desayuno fuera.

CAPITULO 3

—¿De qué estás hablando?

Reynald hizo señas a su secretaria para que se retirase mientras ponía toda su atención a la voz del otro lado del teléfono, dejando caer el estrenado nuevo catalogo de la nueva temporada que lanzaría la marca de la empresa. Había estado revisando hasta muy tarde los últimos detalles para que la imprenta pudiera comenzar con la impresión a primera hora de la mañana y ahora, al fin, le habían hecho entrega de uno de los primeros volúmenes de muestra antes de comenzar con la impresión definitiva.

—Me pediste que revisara con la dueña de la casa que quieres comprar, ¿no?

—Te lo pedí como un favor, sí —Reynald se frotó los ojos—. ¿Pero a qué

te refieres con ese no será posible?

—A eso. Llamé hoy pero en la agencia me dieron largas y me dijeron que para comprar había que contactar directamente con ellos, que no tenían constancia de tu visita de ayer y que nadie les había comunicado que ya hubieras sido elegido como comprador. También añadieron que fue una equivocación lo de anoche y que si te comunicabas con ellos te darían una cita cuanto antes y te enseñarían la casa... ¿Reynald me estás escuchando?

—Te estoy escuchando.

—¿Qué vas a hacer?

—Maldita zorra.

Reynald exhaló con fuerza y se aflojó el nudo de la corbata mientras se acomodaba en el sillón.

—¿Así que existe una mujer inmune a tu sonrisa? —Demos comenzó a reírse—. Pensé que te resultaría un reto.

—¿Un reto?

Sí, él había creído que la reacción de aquella mujer era refrescante. Era natural por su forma coqueta de comportarse que sí había estado interesada pero su autocontrol y la manera que había mantenido las formas, acompañándolo hasta la puerta y mostrándose todo lo fría que pudo con él le había resultado atrayente.

Además, Marian era una mujer muy hermosa. Incluso era interesante con aquella ropa de andar por casa y el pelo revuelto.

Había planeado volver a encontrarse con ella. Tal vez invitarla a tomar algo mientras formalizaban la venta de la casa y quien sabía a donde conduciría todo aquello... pero una vez más aquella mujer le sorprendía. ¿Se había burlado de él cuando accedió a venderle la casa? ¿O había aparecido un comprador capaz de superar su oferta?

—¿Reynald?

—¿Qué? Ah, sí. No te preocupes, Demos. A partir de ahora me haré cargo yo. Gracias por todo.

—Para eso está la familia, primo.

—Si necesito que me ayudes con algo más, te llamaré.

—Siempre y cuando no interfiera en mis planes.

En flirtear y disfrutar de la vida. Esos eran los planes de su primo, tres años menor y heredero en parte de la empresa en la que él trabajaba. Aún se había negado a comenzar a participar en la empresa familiar y Reynald dudaba que su primo hubiera trabajado alguna vez, pero tampoco necesitaba hacerlo. Aunque si era por dinero él tampoco necesitaba trabajar, pero alguien tenía que encargarse de los negocios y aunque en su momento a Reynald no le había importado, comenzaba a creer que el gustarían unas largas vacaciones. Llevaba tiempo desatendiendo algo tan importante como sus amigos y ese era el motivo por el que necesitaba comprar esa casa, la única en venta en la zona.

La necesitaba y la compraría, aunque tuviera que atar a la bonita dueña a una silla y obligarla a firmar las escrituras de la venta.

—Algún día tendrás que venir a la empresa, Denno.

—Algún día —aceptó él—. Tú lo has dicho; pero ese día no es ni hoy ni mañana.

Ni dentro de un año y posiblemente tampoco dentro de dos.

Reynald dejó el teléfono sobre la mesa y trató de poner sus pensamientos en orden, mirando la portada del catalogo. Sus preferencias siempre habían girado alrededor del trabajo pero en esa ocasión estaba dispuesto a dejar todo aquello de lado.

Echó hacia atrás la silla y se levantó, Por un momento, decidió dejar el catalogo donde estaba pero al llegar a la puerta se arrepintió y volvió hasta la mesa para agarrarlo y lo mantuvo quieto bajo el brazo mientras marcaba un número de teléfono y salía del despacho dando instrucciones para que le preparasen inmediatamente un coche.

CAPITULO 4

El panecillo que Marian sostenía entre los dedos se le escurrió de las manos, cayendo sobre su falda de pliegues, pero aún así tardó unos segundos

en reaccionar y recogerlo, sacudiendo las miasas con una mano temblorosa y averiguó aliviada que no había dejado mancha.

—Iba a llamarle —aseguró tras carraspear incómoda un momento. Miró a su alrededor avergonzada, cada vez más segura de ser parte de los chismorreos de las mesas del local.

Reynald Oswen había aparecido en la cafetería justo cuando doblaba el periódico y lo dejaba a un lado de la mesa y terminaba de tragar uno de los últimos trozos de su tostada.

—No parecía que fuera a hacerlo inmediatamente.

Marian puso mala cara. ¿Tanto le costaba sentarse en la silla que tenía delante de él y dejar de mirarla como si quisiera asesinarla? En realidad no le importaba demasiado esa actitud. Había lidiado con cosas peores al conocer a los padres de sus alumnos, comprobando que si bien era fácil tratar con un niño de esas edades, generalmente, con los padres era otra historia, pero Reynald Oswen la incomodaba de otra manera y su notable atractivo hacia que llamara aún más la atención mientras se mantenía ahí de pie, frente a ella.

—Ha sido una equivocación —trató de explicar a modo de disculpa—. ¿Cómo me ha encontrado?

Era sospechosa la manera con la que ese hombre había dado con ella si tenía en cuenta que se encontraba en una cafetería cualquiera del centro de la ciudad. Marian volvió a sacudirse la falda mientras miraba con ojo crítico a Reynald que no pareció ni preocupado por la respuesta ni parecía tener intenciones de responderla.

Tampoco parecía tener muchas ganas de sentarse.

—¿Por qué no se sienta? —soltó irritada, ofreciéndole con una mano la silla que él tenía delante—. Estamos llamando mucho la atención.

Reynald sólo desvió un momento la mirada de ella, escudriñando sin interés las mesas contiguas de su derecha y después volvió a clavar en ella esa dura mirada con la que la había recibido al entrar a la cafetería. Y ella, como una tonta colegiala, se había vuelto a ruborizar suavemente.

—Pensé que teníamos un acuerdo —dijo él sin tener en cuenta su comentario aunque no levantó la voz.

Marian puso los ojos en blanco.

—Acabo de decir que fue una equivocación —dijo ella a la defensiva—. Ayer se me olvidó llamar a la inmobiliaria y esta mañana se han presentado con unos nuevos interesados por la casa —Puso una vez más los ojos en blanco—. Sólo les dejé que echaran un vitazo a la casa. Nada más.

—¿No pudo decirles que la casa ya estaba comprada?

El tono áspero y autoritario y la manera que la estaba tratando comenzaba a molestarla. Marian se cruzó de brazos, apretándolos sobre el pecho y le lanzó una de esas miradas desdeñosas que solía emplear con los padres de sus niños.

—Mire señor Oswen, puede que ayer le dijera que le vendería mi casa, pero aún no recuerdo haberlo hecho. Ni siquiera recuerdo haber formalizado de alguna manera legal ese acuerdo, así que aún sigo siendo dueña de la casa y puedo hacer con ella lo que me de la gana.

Tampoco habían sido las mejores maneras de decirlo, pero sí parecían haber tenido cierto efecto en el hombre que levantó una ceja y la miró intensamente pero sin el mismo tono duro que había usado hasta ese momento.

—Si le han hecho una oferta mejor puedo mejorarla.

Marian bufó y echó un nuevo vistazo a su alrededor. Cada vez miraban con mayor atención a Reynald, posiblemente a esas alturas ya habían pasado por alto la presencia amenazante que tenía allí quieto, de pie frente a la mesa para darse cuenta del enorme atractivo del hombre.

—No me han hecho una oferta mejor —dijo ella con voz baja y cansada.

—No importa el precio. Pagaré lo que sea por esa casa.

Los dos se miraron fijamente y Marian no pudo evitar sentir curiosidad por ese motivo tan obtuso por conseguir la casa de sus padres, pero no preguntó nada.

—No se trata de eso —gruñó irritada.

—Necesito esa casa.

Marian levantó la mirada para volver a mirarlo. Unos nubarrones habían nublado la hermosa mirada de aquel hombre y un nuevo brote de curiosidad subió fuertemente hasta la cabeza de ella.

—¿Por qué la quiere tanto?

Reynald siguió mirándola sin responder. Su mirada había vuelto a tener aquel brillo duro y Marian imaginó que no estaba tan dispuesto a hablar sobre los motivos personales que le habían llevado a buscarla aquella mañana con una completa extraña. Por algún motivo se sintió decepcionada y triste pero lo dejó correr rápidamente. No era el momento para dejarse llevar por impulsos que no terminarían bien. Ni siquiera estaba segura que fueran a comenzar bien si ella dejaba ver lo que sentía en su cuerpo cada vez que ese hombre se le aparecía.

¡Era tan frustrante!

—¿Por qué no se sienta de una vez? —gruñó de mal humor, lanzando unas significativas miradas a su alrededor. Dudaba que al menos sentado llamara tanto la atención.

Reynald no se movió.

—¿Por qué no damos un paseo? —dijo él en cambio, mirándola fijamente.

Marian le devolvió la mirada sin vacilar.

—¡Oh, de acuerdo! —accedió de mala gana, apartando la taza a un lado y se levantó con lentitud, volviendo a alisarse la falda y recogió el bolso de la mesa, haciendo un rápido cabeceo a la camarera antes de salir del establecimiento sin esperar a que Reynald la siguiera.

CAPITULO 5

En la calle, los dos se movieron a varios centímetros de distancia. Reynald no se dio prisa por alcanzarla y Marian se negó a ser la que cediera y se diera la vuelta para hablar primero. ¿No era él quien estaba enfadado? ¡Hasta se había dado la molestia de buscarla y seguirla!

—¿Puede esperar un momento?

Marian se detuvo bruscamente y se giró sorprendida de escuchar la voz de Reynald tras sus momentáneas cavilaciones sobre la presencia de ese hombre.

—¿Qué...?

Reynald la estaba mirando mientras sacaba el teléfono del bolsillo y se lo llevaba a la oreja, sin dejar de mirarla con una extraña expresión mientras consultaba el reloj de la muñeca. Marian contuvo la respiración por un momento y todo el enfado que había sentido hacía unos segundos se disipó completamente. Ese hombre sabía como nublar todos sus sentidos. Y Marian se sorprendió dándose cuenta que no le importaba.

Marian escuchó hablar a Reynald mientras miraba el escaparate de una tienda de complementos, curioseando un bolso de color azul oscuro que se encontraba en medio de dos fulares.

—Es muy bonito —dijo la voz sensual de Reynald a su espalda.

Marian no se movió pero notó como todo el vello de su cuerpo se erizaba. El reflejo de los cristales del escaparate mostraban a Reynald inclinado sobre ella, con la cabeza casi apoyada en su hombro y su cabello rozándola casi la cara.

—Lo es —dijo suavemente, notando como había estado conteniendo la respiración.

Era ridículo sentirse tan trastornada por la cercanía de un hombre, por su sola presencia cuando estaba muy acostumbrada a tratar con hombres, padres jóvenes que en esa época dedicaban el mismo tiempo a sus hijos que las madres. También había tenido diversas relaciones, pero nunca se había sentido tan emocionada y perturbada por un hombre antes.

—¿Lo quiere?

—¿Cree que el sueldo de una maestra da para ese tipo de caprichillos?

Y más si era de marca.

—Tendrá dinero suficiente con la venta de la casa.

Marian miró el reflejo del hombre tras cristales. Desde donde se encontraba podía percibir el aroma de su colonia.

—No he dicho aún que vaya a vendérsela.

—Creía que teníamos un acuerdo.

—Lo teníamos —aceptó ella sin apartar la mirada del reflejo. Reynald también levantó la mirada hasta los cristales del escaparate para coincidir con los de ella—. Aunque ya no estoy tan segura.

Una sonrisa se dibujó en sus labios a través del cristal pero Marian no consiguió distinguir la expresión que tenía en ese momento.

—Siempre consigo lo que deseo.

—¿Me está amenazando?

—En absoluto —aseguró él con voz suave cerca de su oído. Marian no intentó apartarlo aún. Le gustaba esa sensación que él le provocaba—. No es esa mi intención.

—A mí me lo había parecido.

Reynald rió suavemente.

—¿Tiene algo que hacer hoy?

La pregunta la tomó desprevenida y Marian frunció el ceño desconfiada.

—¿Por qué?

—¿Por qué no me concede el día de hoy?

El ceño de Marian se acentuó. Hacía tiempo que había dejado de mirar lo que había al otro lado del escaparate.

—¿Qué pretende con eso?

—¿Qué le hace pensar que pretendo algo más que disfrutar de su compañía?

Marian ignoró las sensaciones que le recorrieron en ese momento por todo el cuerpo y se giró para mirar directamente a Reynald.

—¡No me diga! —soltó nada dispuesta a ceder a sus instintos.

Reynald rió y su risa fue fresca y agradable. Marian se obligó a sonreír.

—Sólo es un día. Así podré convencerla para que me venda a mí la casa.

Marian sacudió la cabeza y lo pensó un momento, después asintió despacio con la cabeza.

—Está bien —accedió.

Reynald observó alejarse a Marian con pasos lentos, mirando hacia los escaparates mientras esperaba que él la siguiera. Despacio, entrecerró los ojos, caminando despacio detrás de ella, observando su delgada y bien formada silueta que se dibujaba bajo la ropa. Era una mujer hermosa, atractiva e inteligente. No negaría que le gustaba.

Había decidido dos cosas; y siempre conseguía lo que se proponía. En ese día tendría los papeles de la compra de la casa y a esa mujer entre sus brazos.

CAPITULO 6

Marian miró a Reynald al otro lado del jardín que reía animado con varios niños pegados a sus pies y después volvió a prestar atención a la mujer que tenía frente a ella, mirándola con interés.

De todas las cosas que podían haber pasado al encontrarse deambulando con un hombre como aquel, nunca se la había pasado por la cabeza que terminaría lidiando con la refinada y bonita madre del hombre y gran parte de su sofisticada y rica familia.

¡Para esas cosas deben preparar a una y con varios días de antelación si es posible!

—¿Me acompaña a un sitio? —Había preguntado él con una mirada inocente en la que Marian no había leído entre líneas.

Ya que iban a pasar el día juntos, Marian no había tenido ningún inconveniente en acompañarlo a ese lugar del que Reynald había hablado, pero comenzó a preocuparse cuando el hombre se detuvo frente a una degustación y se quedó embelesado mirando el escaparate.

—Sé que no es muy ortodoxo hablar de negocios en una fiesta de cumpleaños, pero si no tiene ningún inconveniente, agradecería que me acompañase.

—¿Fiesta de cumpleaños? —se alarmó Marian, siguiéndolo rápidamente al interior de la degustación—. ¿Es hoy su cumpleaños?

—No, en absoluto.

Marian entró con avidez y miró en busca de algo, pero para su decepción, en la degustación no se estaba celebrando ninguna fiesta de cumpleaños. Por un momento, Marian había creído que se encontraría con algún pariente o amigo de aquel hombre. No iba a negarlo. Sentía mucha curiosidad por él pero era igual que la atracción que sentía por él. No podía evitarlo. Pero la tienda estaba prácticamente vacía a excepción de una mesa redonda al fondo donde se encontraban unas señoras de edad avanzada tomando algo en unas tacitas blancas, con los platos vacíos y hablando todas a la vez. Reynald se dirigió directamente al mostrador y saludó a la señora del otro lado que acudió rápidamente a atenderlos, pidió algunos pasteles al azar y se giró hacia ella

—¿Qué le gusta?

Marian pilló la pregunta por sorpresa.

—¿A mí?

—Si va a venir conmigo, al menos podrá escoger algo que le guste.

Marian echó un vistazo a la vitrina de la cámara y revisó los dulces del otro lado, frunciendo demasiadas veces el ceño al apreciar que la mayoría de los dulces estaban rellenos de nata.

—¿Está a dieta? —se interesó Reynald tras unos minutos.

—No —Marian no se molestó en levantar la cabeza al darse cuenta que había inclinado la espalda para mirar mejor.

—Si ese es el caso —intervino la dependienta—, tenemos unas pastas bajas en grasa y sin azúcares...

—No estoy a dieta —repitió Marian un poco bruscamente, enderezándose completamente—. Soy delgada de constitución —añadió sin saber muy bien por qué.

—Suerte que tiene —aseguró la dependienta con un suspiro y luego sonrió a Reynald—. Su marido no tendrá que compartir las estrictas dietas compartidas que están tan de moda últimamente.

—No estamos casados —dijo ella automáticamente sin esperar a que Reynald respondiera y sin atreverse a girar el cuello para mirarlo.

—Oh, bueno, su pareja.

—Tampoco...

—Sólo tenemos una relación profesional —intervino Reynald a su espalda, sin tocarla tan siquiera—. Por ahora —añadió, obligándola a girarse para lanzarle una mirada de reproche a la que él respondió con una sonrisa que iluminó su atractivo rostro y un guiño.

—Siento haber metido la pata —se disculpó la dependiente con una risa nerviosa.

—No se preocupe —dijo Marian más relajada, indicándole unos sustanciosos pastelillos de crema que se encontraban al fondo de la vitrina, dándose cuenta sólo cuando salieron del establecimiento con los pasteles y hablando familiarmente sobre los gustos sobre comida, que se había dejado arrastrar incomprensiblemente por aquel hombre.

Aunque, pese a saberlo, siguió permitiéndolo. Tal vez había sentido curiosidad por saber hasta donde podía llegar todo aquello... y eso era lo que la había llevado hasta esa situación, sin olvidar la pertinente visita a dos tiendas para buscar un regalo adecuado que, si bien Reynald le había pedido consejo y se había dejado asesorar, era evidente que lo que él había entendido y comprado como un regalo adecuado, no era exactamente lo que ella tenía en mente. O dinero capaz de desperdiciar para gastar aquella suma en un simple collar. Por muchos diamantes que pudiera tener. Aunque reconoció de mala gana que era bonito.

—¿Y cómo se han conocido?

Marian sonrió sin atreverse a llevarse a los labios la copa de champagne con la que esa gente saludaba a los invitados de una fiesta de cumpleaños, no muy segura si el protocolo con la clase emparentada con la realeza permitía una acción así o eso era parte sólo de la plebe donde Marian, muy de mala gana, reconocía pertenecer.

Ni siquiera recordaba el nombre de la madre de Reynald, aunque siempre podía usar el tratamiento de señora Oswen si se veía en la obligación de tener

que llamarla de alguna manera. En realidad dudaba que fuera a acordarse de ninguno de los nombres de los reunidos a quienes Reynald le había ido presentando. La sensación abrumadora de tanta mirada de sorpresa y vistazos con un cortés disimulo, habían conseguido marearla lo suficiente para querer salir corriendo. Al menos la dignidad le había hecho mantenerse firme y en su sitio, evitando la bochornosa situación de salir de la gran mansión, o del impresionante jardín donde un ama de llaves les había conducido al verlos llegar.

—No nos conocemos —dijo sinceramente, tratando de ahorrarse dar toda la explicación de por qué se encontraba en la fiesta con Reynald.

La mujer levantó la copa y dio un sorbito al líquido de la copa y Marian la observó hacerlo. ¿Así que después de todo no era algo que no se pudiera hacer? Pero no se llevó la copa rápidamente a los labios, procurando no parecer que estaba imitando a la mujer de elegantes movimientos.

—¿Mi hijo ha venido a la fiesta de su hermana con una mujer que no conoce? —la mujer parecía escéptica—. Pensaba que ese comportamiento era más propio de Dennis, no de Reynald.

—Tampoco es lo que parece —añadió Marian algo culpable—. Estamos haciendo negocios y me ha invitado a la fiesta.

Era algo parecido, no exacto, pero resumía muy diplomáticamente la relación que tenía con Reynald Oswen.

—¡Oh! —Por algún motivo la señora Oswen pareció decepcionada y se llevó otra vez la copa a los labios—. ¿Así que es eso?

—Sí, siento haber venido a importunar.

—No hay nada por lo que disculparse. Si Reynald la ha traído a la fiesta de Cindy es por algo; así que por favor, siéntase como en casa.

—Muchas gracias.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Para sentirse como en su casa, Marian necesitaba encontrarse en su ambiente, con cómodas pantuflas ocre en los pies en lugar de los molestos botines de medio tacón que comenzaban a destrozarle

los dedos de los pies, un grotesco y nada presentable pijama ancho que ahora descansaría sobre la cama sin hacer de su pequeño piso de una sola habitación. Eran pequeños detalles pero eran los que hacían de su entorno algo único, y no necesitaba mirar mucho a su alrededor para darse cuenta que ella no pertenecía a aquel lugar.

En cuanto la madre de Reynald se apartó un momento a saludar a unos invitados que acababan de llegar, Marian aprovechó para llevarse la copa a los labios y bebió el contenido de un trago, dejándola inmediatamente después sobre una de las largas mesas con manteles blancos que la rodeaban y creaban un semicírculo alrededor de la puerta trasera de la mansión y recogió otra de las copas aún llenas que seguían sobre ellas junto a canapés y pastelillos. Si no recordaba mal, habían dejado los pasteles que ellos habían traído sobre alguna de las mesas...

—¿Se divierte?

Marian se giró y miró a Reynald. Se había acercado a ella e, inclinando el cuerpo hacia delante, cogió una de las copas, rozando su cuerpo con el de ella de manera intencionada.

—Aún no estoy segura —dijo, tragando lo último que quedaba de su cuarta copa. La dejó sobre la mesa y cogió una nueva, añadiendo en esta ocasión uno de los pastelillos de crema que había comprado con Reynald. Lo mordisqueó y saboreó el dulce antes de volver a mirar al hombre que la observaba sin ninguna emoción.

Marian admitía que era difícil saber qué estaba pensando por lo general aquel hombre y que la curiosidad sobre él más que disminuir, aumentaba a medida que pasaban las horas, pero mantuvo su curiosidad fuertemente sellada y controlada.

—¿Y cuánto tiempo tardará en saber si se divierte o no?

La pregunta de Reynald no tenía ninguna emoción o, al menos, ella no notó ninguna, pero la sonrisa que añadió al hacerla, hizo que Marian también sonriera, sintiendo los fuertes efectos del alcohol en el cuerpo y se encogió de

hombros.

—Puede que cuando me vaya aún no me haya dado cuenta de si me divierto o no. ¿Un brindis?

Marian levantó la copa y Reynald tardó el pegar la suya a la de ella.

—¿Por qué quiere brindar?

Marian volvió a encogerse de hombros.

—Por el año más de tu hermana. Por nuestro encuentro...

—¿Cree que hay que celebrar nuestro encuentro?

—¿Por qué no? —soltó ella, dando un golpecito con la copa y se bebió el champagne de un trago—. Por la vida, por un hoy y un mañana, ¿qué más da?

—¿No cree que debería dejar de beber? —preguntó Reynald agarrando la copa que ella ya estaba cogiendo de la mesa—. Es seguro que no conseguirá recordar si se divierte o no si está borracha.

—Tonterías —aseguró ella, apartando la mano de Reynald y sonrió levantando la copa en alto triunfal de haberla conseguido y se la llevó a los labios—. Hay algo que se me ha olvidado comentarle.

Reynald entrecerró los ojos, visiblemente a la defensiva.

—¿Y qué es?

—Odio las reuniones familiares —reconoció con una nota amarga en la voz.

Sí, las odiaba desde que había perdido a toda su familia y lo más parecido que recordaba ahora de una era su trabajo.

Marian tragó todo el contenido de la copa.

—De acuerdo —escuchó la voz de Reynald cerca de ella, acariciándole la mano mientras le quitaba la copa—. Ya hemos tenido suficiente de esto.

CAPITULO 7

Marian abrió los ojos lentamente y parpadeó varias veces antes de acostumbrarse a la poca claridad que había dentro de la habitación. Se encontraba en casa; en la casa que había sido de sus padres, más exactamente en la habitación que había sido suya mientras sus padres habían vivido y que

había pasado la noche anterior.

Apartó las sabanas con cuidado, tratando que la cabeza no comenzara a darle más vueltas de las que ya le daba y se llevó una mano a la nuca, maldiciendo por haber bebido tanto cuando por lo general no pasaba de las dos cervezas cuando salía con los compañeros de trabajo o los amigos.

—¿Estás despierta?

Marian giró el cuello bruscamente y miró la silueta oscura que había sentada al lado de la ventana. Por un momento, se quedó rígida del miedo pero poco a poco se dio cuenta que no era otra figura que la de Reynald Oswen.

—Señor Oswen... —murmuró con voz ronca.

Sentía la garganta y la boca seca y en ese momento Marian hubiera deseado darse una ducha más que otra cosa. Aún llevaba la ropa puesta pero los botines descansaban bien colocados a un lado de la cama.

—Le advertí que estaba bebiendo mucho —dijo él con voz seca.

Marian sonrió mientras se sentaba en la cama y recogía los botines para ajustárselos a los pies. No entraba dentro de sus opciones caminar descalza por aquel suelo, aunque hubiera preferido evitar volver a ponerse aquel calzado. Aún podía notar los dedos resentidos.

—No acostumbro a hacer mucho caso a lo que me dicen, señor Oswen.

Reynald giró la cabeza para mirarla pero no cambió la postura que mantenía, sentado en una silla que ahora que Marian se fijaba, parecía que era una de las que rodeaban la mesa de la cocina, aunque no estaba muy segura a esa distancia, pero si lo era, Reynald debía haber ido a buscarla para subirla y sentarse frente a la ventana de su habitación, la zona más alejada de la cama donde la había dejado a ella. ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo mientras él la había estado velando? Era agradable la idea, aunque un poco inquietante.

—¿Y le funcionan bien las cosas con esa política?

—Hasta ahora sí. Debería probar a tratar con niños de cuatro y cinco años, señor Oswen. Si hiciera caso a todo lo que me dicen o quieren hacer, hace tiempo que hubiera perdido mi puesto de trabajo —O posiblemente algo peor,

pero hacía tiempo que ella no tenía ese espíritu infantil del que muchas personas adultas hablaban. Entre algunas cosas de las que odiaba, como las fiestas de cumpleaños familiares, también incluía las navidades y fechas señaladas para compartir en familia. Incluso había comenzado a odiar la propia fecha de nacimiento. ¿Dónde quedaba su espíritu infantil?

—¿Es duro su trabajo?

Marian se encogió de hombros, esperando a que se le pasara algo del mareo y las náuseas antes de levantarse y acercarse a la ventana. Las luces de la casa de al lado estaban encendidas pero a esa distancia era imposible ver nada.

—No sé si duro es la palabra más correcta para definir mi trabajo —dijo, haciendo presión con las manos para levantarse y se acercó con pasos temblorosos hacia la silla.

Reynald la miró fijamente mientras se movía, sin volver a decir nada, esperando a que ella se detuviese frente a él y levantó la cabeza para seguir mirándola. La manera que sus ojos brillaban mientras la devoraba hacía que Marian quisiera perder completamente el control, pero hizo un esfuerzo para apartar la mirada y giró el cuello, echando un vistazo a la casa de al lado.

La mujer estaba llorando con la cara enterrada en las manos mientras la niña dormía sobre la cama que estaba sentada.

—Necesito esta casa.

La voz de Reynald la sacó de su ensimismamiento que la escena la había producido, devolviéndola a la realidad bruscamente y se tragó lo que había pasado por su mente decir en ese momento. Al fin y al cabo ella no era nadie para meterse en asuntos ajenos y posiblemente Reynald le dijera algo así si le señalaba lo que estaba ocurriendo en la casa de al lado. Sólo eran sospechas, por supuesto, pero no solía equivocarse.

—Dije que se la vendería —aceptó ella vacilando.

Sus ojos volvieron a clavarse en la ventana de al lado y apretó las manos. ¡Oh, vaya! ¿No había decidido desconectar al fin? ¿No había decidido vender

la casa y dejar atrás esos dolorosos recuerdos? ¿Cambiaba algo que la vecina que hubiera tenido al lado si sus padres estuvieran vivos tuviera problemas? Ella no era un héroe ni quería serlo.

—¿Pero por qué la quiere?

—¿La casa?

Marian no giró el cuello para mirarlo esta vez.

—Estoy segura que puede acceder a cualquier casa. Tiene el dinero y los medios para conseguirlo, ¿por qué un barrio como este? No tiene nada. Las casas llevan tiempo construidas, no son muy lujosas... perdona que se lo diga pero esto no es de su estilo; una casa como la de su madre es lo que parece más apropiada para usted.

No hubo una respuesta y Marian creyó que Reynald no le respondería, pero no tardó en escucharlo revolverse a su lado y se sorprendió al notar sus manos alrededor de su espalda.

—¿La ves?

Marian se sobresaltó al escuchar otra vez la voz de Reynald, muy cerca de ella y siguió con la mirada fija en la ventana de la casa de al lado. La mujer se había levantado y parecía estar buscando algo con desesperación.

—¿A la mujer?

—Sí.

La niña se acababa de despertar.

—¿Los conoces?

Hubo un nuevo silencio en el que Marian se estremeció al notar las manos de Reynald deslizándose hasta su cintura. No trató de detenerlo. En el fondo quería que continuase, como si su cuerpo hubiera estado esperando eso desde el momento que lo había conocido.

—Hace unos meses una amiga me pidió que buscara a su hermana. Hacía unos años que se había casado y habían perdido todo el contacto pero un día hace menos de un año recibió una extraña llamada de su hermana, pidiendo ayuda. Prometí que mientras ella se iba a Tailandia durante dos años por

negocios, yo me encargaría de encontrar y ayudar a su hermana si lo necesitaba. Ha pasado más de medio año y aún no he hecho más que contratar a un detective para que la encontrase y de eso hace más de dos meses —Hizo una pausa en la que su voz iba perdiendo intensidad aunque lo ganaba en dureza, pero Marian sólo estaba pendiente en las manos que se habían detenido en su cadera.

Reynald se había acomodado a su espalda y podía sentir a esa distancia su aroma y su proximidad, su cuerpo prácticamente pegado al de ella.

—En los informes había una explicación detallada de la situación de Antonia, pero ni siquiera los había leído hasta hace unos días, cuando mi amiga llamó para preguntar por su hermana. Pensé que sería más fácil encontrar una casa libre por esta zona, pero sólo esta casa estaba a la venta y la necesito.

Marian asintió en silencio.

—¿Es ella?

—Lo es.

Los dos miraron al otro lado de la ventana. La mujer se había acercado a la cama para abrazar a la niña y las dos se tumbaron en la cama. Durante unos minutos no hubo ningún cambio, ni entre sus vecinos, ni entre ellos, permaneciendo uno al lado del otro. Marian seguía escuchando la respiración de Reynald sobre su nuca y su cuello, el movimiento de su pecho, subiendo y bajando despacio, al ritmo de su respiración. Su proximidad era enervante y cada segundo que pasaba hacía que ella lo deseara un poco más. Quería que sus manos, fuertes y grandes, recorrieran cada uno de los huecos de su piel, que la acariciaran, que la hicieran arder de placer.

Y le daba igual que ese deseo fuera por un hombre que posiblemente no volviera a ver cuando firmasen los papeles de la casa.

Marian miró como la mujer de la casa de al lado se incorporaba un poco y estiraba el brazo para apagar la luz, dejando la habitación y la casa en penumbras, haciendo que la propia estancia en la que ellos se encontraban

pareciera más oscura y silenciosa, intensificando en sus oídos las respiraciones y el fuerte latido de su corazón.

—¿Y qué piensas hacer? —logró decir humedeciéndose los labios con la lengua.

—¿Ahora?

La voz ronca de Reynald hizo que se estremeciera, aceptando los labios del hombre cuando descendieron hasta sus hombros y los besó, apartando su camisa con una de las manos que apartó de sus caderas.

Reynald se movía con cuidado y Marian quiso creer que lo hacía para dejarla decidir sobre aquello, concediéndole la oportunidad de apartarlo y zanjear lo que estaba ocurriendo en ese momento, lo que iba a ocurrir, pero ella no se movió al principio, después levantó la mano para pasarla por a cabeza de Reynald y se movió, girando el cuerpo para ponerse frente a él.

Los dos se miraron un momento, o eso le pareció a ella en aquella oscuridad, pero sí notó como Reynald bajó la cabeza y apretó sus labios a los suyos, besándola, explorando su boca mientras la conducía a la cama y la tumbaba sobre ella, poniéndose encima.

Hábilmente, las manos de Reynald se deslizaron dentro de su falda, levantándola hasta su cintura y le separó las piernas con delicadeza, sin dejar de besarla, sin dejar de recorrer su barbilla, su cuello y sus hombros con los labios, apartándose sólo el momento que tardó ella en desprenderse de la camisa y él se aferró a sus pechos, pellizcándolos suavemente antes de hundir los labios en ellos.

Marian se aferró a la espalda de Reynald, apretando sus manos en ella mientras entrelazaba sus piernas desnudas a la cintura de Reynald, esperando impaciente, sintiendo el miembro duro pegado a su sexo con la única barrera entre ellos de sus finas braguitas.

Las manos de ella se deslizaron con cuidado entre sus piernas y apretó despacio el sexo de Reynald entre sus manos, arrancándole un jadeo entre sus pechos.

—Lo quiero ahora —dijo ella, obligándolo a levantar la mirada hasta encontrarse con sus ojos.

Los dos respiraban agitadamente y Marian creyó ver deseo en el brillo de los ojos de él y las ganas de sentirse dentro de ella.

Reynald sonrió.

—Como quieras, preciosa.

Marian ahogó un jadeo cuando él bajó sus braguitas y exploró con el dedo dentro de ellas, preparándola antes de penetrarla y hundirse en ella suavemente. Marian gritó y se aferró a él con más fuerza, apretándole con más intensidad en cada embestida, uniéndose a los jadeos y gruñidos hasta alcanzar el clímax y llenarse de él.

Reynald la besó repetidas veces en los labios antes de apartarse de ella, tumbándose a su lado y besándole el hombro mientras la recostaba en su pecho y le acariciaba el pelo. Los dos respiraban agitadamente y Marian pasó los brazos por la cintura de Reynald, escuchando los desbocados latidos del corazón de ese hombre mientras sonreía satisfecha.

—¿Qué planeas hacer?

Hubo un silencio perturbador. Marian descartaba la posibilidad de que Reynald se hubiera quedado dormido pero pensó en romper ese silencio para explicar que no se estaba refiriendo a lo que acababa de pasar entre ellos. Había sido una noche. No esperaba nada más de él. Aparte del hecho de que lo había deseado desde el primer momento que había puesto los ojos en él, no conocía mucho más de él. Sin contar que ya conocía a parte de su familia y que era extremadamente rico. Al menos su familia lo era y eso ya lo convertía a él en rico. ¿Y si estaba casado? No. Imposible. ¿Existía algún hombre que llevara a una mujer a una fiesta familiar si se estaba casado? Aunque no hubiera nada entre ellos siempre se podía malinterpretar.

—No me refiero a...

—Aún no lo sé —la interrumpió con él como si hubiera estado esperando ese momento para hablar.

Marian asintió con la cabeza.

—Me refiero a lo de la hermana de tu amiga. La vecina.

Tal vez no había necesidad de aclararlo, pero prefirió explicarlo. La manera que Reynald aún la acariciaba era agradable, demasiado agradable y cualquier persona podía hacerse una idea equivocada. No. Nadie podía hacerse una idea equivocada. Acababan de tener sexo, sólo se dejaban llevar por el momento y el ambiente.

—Yo también estaba hablando de eso.

No había emoción en su voz pero Marian tampoco la había esperado.

CAPITULO 8

Cuando despertó ya había amanecido completamente. Marian se levantó y se acercó automáticamente a la ventana. Las cortinas estaban corridas y no parecía haber movimiento en el interior. Somnolienta, miró a su alrededor. La silla seguía a un lado de la ventana pero no había ningún indicio de la presencia de Reynald por los alrededores.

—Es lo normal.

Marian suspiró. ¿Y si había perdido la oportunidad de conseguir una buena venta por lo ocurrido? Se acercó a la puerta y dio un grito cuando vio a Reynald saliendo de la habitación de al lado con la ropa manchada y secándose las manos con un trapo.

—¿Qué ocurre?

Los dos se miraron sorprendidos, aunque Marian suponía que no estaban sorprendidos por el mismo motivo. Ella, al menos, no había esperado volver a verlo. Ya sabía donde estaba la hermana de su amiga, ¿por qué seguía allí?

Marian apartó la mirada y carraspeó disimuladamente.

—¿Qué es lo que ha pasado? —Señaló las manchas de la ropa. Estaba segura que aquel sí debía ser un traje bastante caro y posiblemente algunas de aquellas manchas no salieran de la tela.

—No funcionaba el agua —dijo tranquilamente, señalando el baño con la cabeza—. Aunque olvídate del agua caliente.

Sonrió y por un momento la observó. A Marian le pareció que dudaba sobre algo, pero finalmente decidió pasar de largo y comenzó a bajar las escaleras.

—Guapo, rico y manitas —dijo ella en un susurro, abriendo la puerta del cuarto de baño con un empujón y volvió a sentir la vergüenza de que alguien viera la casa en ese estado—. Genial.

—Cuando termines, baja al salón. Te esperaré aquí.

Marian puso mala cara.

—Ya actúa como si fuera su casa.

Una vez estuvo lo que Marian consideró suficientemente aseada y bastante más congelada que antes de entrar al cuarto de baño, se vistió con unos pantalones vaqueros y una camiseta corta con una coqueta puntilla en los extremos. Después se puso por encima una chaqueta larga de lana y bajó a la primera planta, buscando a Reynald. Primero echó un rápido vistazo al vestíbulo y luego entró al salón comprobando que no estaba allí y con un poco más de prisa pasó a la cocina, advirtiendo que al menos dentro de la casa no estaba.

Marian echó un vistazo a la precariedad de la cocina con otro mal estar e hizo una mueca antes de salir de la estancia y salió al jardín donde se encontraba el coche de Reynald aparcado junto al suyo. Antes de ir a la casa de sus padres al cumpleaños, Marian había insistido en pasarse por la casa para dejar su coche y evitar tener que buscarse un medio de transporte en algún momento para ir a buscar el vehículo al centro.

—¿Reynald? —llamó en voz tan baja que dudaba que alguien la hubiera oído y rodeó la casa, agradeciendo haber optado por unas cómodas zapatillas para no arrepentirse de estar andando por las salvajes plantas que habían crecido en el ya olvidado querido jardín de su padre. Aún lo recordaba podando y cortando las malas hierbas con tanto mimo que parecían ser parte de su familia.

Cuando finalmente lo vio, Reynald se encontraba en la parte de atrás de la

casa y miraba con cierto disimulo a la casa de al lado. Marian se acercó a él sin hacer ruido pero era bastante difícil con toda la maleza que tenía que recorrer para llegar a él.

—¿La has visto?

—Hace un par de minutos que han salido de la casa. Madre e hija.

—Hay un hombre viviendo con ellas —se obligó a informar deteniéndose a su lado y mirando hacia la misma dirección que él miraba.

Reynald la miró.

—¿Lo has visto?

—La noche que llegué —dijo—, pero no he estado mucho tiempo en casa desde ese momento.

Reynald la miró un poco más hasta hacerla incomodar y luego sonrió.

—Lo dices como si fuera mi culpa.

Habían pasado del trato cortés a uno más informal. Era agradable. Incluso aunque fuera la consecuencia de una sesión de sexo.

—Es tu culpa.

—¿Lo siento?

No había ni una pizca de remordimientos en la expresión de Reynald.

—Olvidalo.

Los dos rieron y Reynald pasó un brazo por su pequeña espalda, acercándola a él.

—¿Qué es lo que harás?

Reynald se encogió de hombros. Su expresión se había vuelto dura y su mirada volvió a clavarse en la fachada de la casa.

—No lo sé. Por ahora observaré. Igual no hay nada que tenga que hacer.

—Parece que no se llevan muy bien.

—Todas las parejas tienen problemas.

Marian lo miró pero no se apartó de él.

—Ayer no parecías opinar de la misma manera.

—No sé lo que haré —repitió—. No conozco las circunstancias y tampoco

soy un familiar. Es Johanna quien tendrá que intervenir, no yo. Me limitaré a observar lo que sucede y se lo diré. También sería buena idea que las dos hermanas hicieran las paces.

—¿Están enfadadas?

—Johanna nunca aprobó el matrimonio. Eso hizo que hubiera muchos roces entre ellas y al final una cosa llevó a la otra y cuando se dieron cuenta ya no se hablaban.

—Suele ocurrir —aceptó Marian con tristeza—. Pero a mí me hubiera gustado tener una mano, incluso para poder pelearme con ella. Siempre queda la opción de la reconciliación. Si no se tiene nada siempre será así.

—¿No tienes familia?

—Alguna tía o prima. Pero viven lejos y las veo una vez cada varios años —Marian se apartó el pelo de la cara. Se había olvidado recogerse al salir de la ducha. Le gustaba el pelo largo y siempre lo había llevado así pero admitía que no era muy práctico.

—Lo siento —La mano de Reynald se apretó con más fuerza y Marian agradeció ese intento de reconfortarla—. No puedo imaginarme esa situación. Mi familia siempre ha sido muy grande, al punto de ser a veces molesta.

—Me pareció muy agradable.

Reynald sonrió burlón.

—¿Quieres quedarte la mía?

—¿Se puede firmar un contrato? Incluso haría el intercambio por la casa.

Reynald se echó a reír.

—No todo es bueno.

—Ni todo malo, ¿verdad?

Reynald asintió con la cabeza, débilmente, después la agarró por los hombros y la hizo girarse para mirarlo.

—Es cierto —dijo muy serio—. No todo es malo.

Y como si quisiera hacerla olvidar o, al menos, aliviar su tristeza, la besó, apretando sus manos en su espalda para atraerla a él.

—Por cierto —murmuró Marian cuando él la liberó, manteniendo las manos entre su cuello. Los dos se miraron y Marian creyó leer en ellos que deseaba algo más que un solo beso—. Creo que no voy a vender la casa por ahora.

—¿Qué?

La alarma impresa en el tono de Reynald y la manera que la soltó hizo que Marian recapacitara sobre la manera de explicárselo. Levantó una mano y trató de apaciguarlo igual que lo hacía cuando se acercaba a un niño con un ataque de rabia. La expresión de Reynald no era muy diferente. Estaba enfadado y Marian creyó ver que también se sentía engañado.

—Espera —dijo con voz tranquilizadora, dándose cuenta de que Reynald se apartaba de ella—. Deja que me explique.

—Creo que está todo dicho.

—No. Espera. Déjame hablar. Puedes quedarte con la casa.

Reynald la miró como si de pronto se hubiera vuelto loca; se cruzó de brazos y bufó.

—¿En qué quedamos?

Marian suspiró con fuerza. Al menos tenía su atención.

—Tú no quieres la casa.

—Sí la quiero.

Marian sacudió la cabeza y dio un paso hacia él.

—No. Tú quieres un lugar temporal para ayudar a una amiga.

—Pero dije que pagaría por tu casa el doble de lo que lo hará cualquier interesado por ella. Duplicaré la cifra sea cual sea.

Sí. Marian frunció el ceño molesta. No se había equivocado. Era asquerosamente rico.

—No se trata de eso. Si voy a vender esta casa al menos quiero que sea a alguien que la quiera para vivir, que la cuide, que mime el jardín y cuide los detalles como lo hacían mis padres. Quiero que una familia sea feliz en esta casa como lo fui yo con mi familia.

Reynald la miró fijamente.

—Sabes que eso no son más que tonterías, ¿verdad?

Marian le devolvió la mirada, desafiante e indignada. Sí, eran tonterías. Podían serlo. Pero esa era su casa y seguía pudiendo venderla a quien ella quisiera. Ella era quien ponía las reglas, no él.

—No todo es dinero, Reynald Oswen.

—Pensé que habíamos hablado de un acuerdo.

Marian apretó los labios. Comenzaba a arrepentirse de lo que iba a ofrecerle a aquel hombre.

—Esta tarde tengo que volver. Tengo que trabajar —dijo bruscamente—. Te dejaré las llaves de la casa y podrás quedarte en ella para lo que sea que quieras hacer —señaló con un movimiento indiferente de cabeza la casa que tenían enfrente—. No necesitas comprarla. Hablaré con la inmobiliaria y pararé todo este asunto. Mientras tú necesites la casa no la venderé. ¿No merecía a pena escucharme?

Reynald gruñó y desvió la mirada con una mueca; después levantó la cabeza hacia la casa de al lado, mirando directamente a la ventana.

—¿Estás segura que no prefieres que te la compre?

—Me basta con un gracias —soltó ella rudamente, molesta por la arrogancia que mostraba ese hombre.

—Gracias —soltó él de mal humor, sorprendiéndola de que al final hubiera sido tan fácil arrancarle esas palabras.

Marian sonrió.

CAPITULO 9

—No sabía que fuera tan importante para ti la casa de tus padres.

Marian se encogió de hombros indiferente, guardando en el asiento trasero del coche las carpetas y libros de dibujos que había usado y necesitaba trabajar para la próxima semana. Ya había hecho la maleta y la había guardado a la mañana en el maletero antes de acudir a la escuela.

—Tengo que atender allí algunos asuntos.

Marian miró a Max, una de sus amigas que también se habían convertido en sus compañeras de trabajo. Se sentía un poco culpable por mantener tan oculto a Reynald pero por ahora no quería dar ninguna explicación sobre su existencia, lo que hacía en su casa y el indiscutible hecho de que semana tras semana a su lado comenzaba a enamorarse de él.

Poco a poco había ido conociéndolo, cada día un poco más mientras iba viendo como la coraza que ese hombre tenía alrededor de él iba cediendo ante ella, al igual que las ocasionales sesiones de sexo comenzaban a hacerse más frecuentes.

—¿Tan difícil está resultando vender la casa?

—Hmm.

Marian prefería no tener que tocar demasiado ese tema. Evitaba mentir y evitaba tener que hablar de él pero tratar de no hacer ninguna de las dos cosas era cada vez más difícil y las desconfiadas preguntas y miradas de sus amigos le hacían ver que el momento de decir algo, lo que fuera, estaba acercándose peligrosamente.

—¿Quieres que te acompañe? Tal vez pueda ayudarte.

—No —Marian sacó la cabeza del interior del coche y cerró la puerta de atrás con demasiada fuerza y se enfrentó a su amiga con una sonrisa, le dio un rápido abrazo y se metió rápidamente en el coche, arrancando mientras bajaba la ventanilla completamente. Max la miraba con las cejas levantadas—. Puedo arreglármelas. De verdad. Nos vemos el lunes —Eché marcha atrás—. ¡Ah! Y gracias.

Durante todo el trayecto dejó que la música del reproductor invadiera todo el interior del coche y se permitió cantar alguna de las canciones que mejor se sabía hasta que vio a lo lejos el jardín de su casa.

El coche de Reynald estaba aparcado frente a la casa.

—Genial —murmuró, disminuyendo la velocidad y aparcando al lado del de él. Se bajó deprisa y corrió hasta la casa, abriendo con el juego original de llaves—. ¿Reynald?

—En la cocina.

Marian dejó el bolso sobre el perchero de madera que su padre había mandado construir cuando ella tenía cinco años y se acercó a la cocina, asomándose por la puerta mientras aspiraba el agradable aroma a comida.

Ese era otro gran misterio. Reynald cocinaba. Y era sorprendente viniendo de alguien tan asquerosamente rico como él y que se lo tenía demasiado creído, o que era tan arrogante como para que las ocasiones en las que reconocía un error o la culpa de algo o simplemente cedía ante algo, lo hacía con la cabeza girada y evitando mirar a nadie con una mueca de disgusto.

—Huele bien —admitió, poniéndose detrás de él para darle un beso en la mejilla.

—Espera a probarlo —rió Reynald, apartando la sartén—. ¿Qué tal la semana?

—Bien. Cansada. Los niños agotan mucho.

—Si te escucharas hablar parecería que eres una anciana.

Marian se acercó a la mesa y se sentó en una de las sillas, estirando los brazos sobre ella.

—Algunas veces me siento como una anciana —reconoció con un suspiro.

—Vamos, vamos.

Reynald dejó un plato delante de ella y Marian se enderezó, sentándose correctamente mientras dejaba que él la consintiera, sirviéndole la cena mientras hablaban sobre trabajo.

—¿Has averiguado algo sobre Amy?

Durante esas semanas en la casa, Reynald había averiguado algunas cosas sobre la mujer, aunque la mayoría de la información procedía de un detective privado que había contratado y que Marian solo había visto una vez.

Sabían que Amy sí era la hermana de Johanna, la amiga de Reynald. Estaba casada y tenía una niña de seis años llamada Sonia. Su marido, un hombre con un historial delictivo que arrastraba desde los quince años, aunque por lo general con delitos de menor importancia como algún robo con arma

blanca sin heridos o alguna agresión, no era el dulce novio que le había hecho creer antes de que se escaparan y se casaran. Ahora trabajaba de comercial en una empresa de electrodomésticos y viajaba constantemente. Había tenido diversas amantes y en esos momentos se encontraba de viaje en Florida con una de ellas. Por lo que el detective había averiguado, los problemas comenzaron cuando Amy descubrió a una de esas amantes y lo amenazó con dejarlo y llevarse a la niña. Desde entonces discutían mucho pero como el marido pasaba poco tiempo en casa, no sabía hasta que grado habían llegado esas peleas, pero había rumores...

Marian no pasaba tanto tiempo en esa casa para haber comprobado nada. Había coincidido con Amy dos veces desde que estaba allí y la mujer intentaba evadir cualquier contacto con otros vecinos. La niña era bastante tímida y Amy la prohibía hablar con extraños. Pero de lo que Marian estaba segura era que aquella mujer no era feliz.

—No. Aún no ha vuelto el marido y las cosas están muy tranquilas.

—Si no volviese todo estaría arreglado.

Marian masticó con fuerza la ensalada. De alguna manera sentía simpatía con Amy y de alguna manera eso hacía que odiara a su marido, un hombre al que ni conocía y que no quería ni ver. Llevaba tiempo viendo llorar a su vecina y cuanto más la conocía peor llevaba verla llorar sin hacer nada para ayudarla o consolarla.

—No creo que desaparezca sin más —dijo Reynald—. Si hubiera querido hacerlo, le hubiera dado el divorcio sin ningún problema como ella quería desde el principio.

—¿Pero por qué quiere mantenerla con él si no la quiere?

Reynald se encogió de hombros.

—Por arrogancia, por triunfo, por posesión —Volvió a encogerse de hombros—. Quien sabe.

—Menudo imbécil.

—Tienes razón.

—¿Y has conseguido hablar con ella?

—Uff —Reynald hizo una mueca—. Me evade. No, mejor dicho, huye de mí cada vez que me ve. Ya no espera ni a que me acerque. Parece estar en guardia nada más salir de casa. Tendrías que verla. En la puerta se pone a mirar a los alrededores para ver quien está cerca y si no me ve, sale corriendo, si estoy cerca, vuelve a meterse en casa antes de que me de tiempo a reaccionar —Se pasó una mano por el cabello, echándoselo hacia atrás y Marian apoyó una mano en la mesa, manteniendo la cabeza sobre ella mientras lo contemplaba—. Es tan frustrante.

—Parece mentira que una mujer huya de un hombre de tu especie —bromeó ella.

Reynald apartó la mano de su cabeza y la miró fijamente, añadiendo a su expresión una sonrisa perversa.

—¿De mi especie?

—Ricos, arrogantes y creídos.

—¿Eso piensas cuando me ves? —rió.

—No —Marian se hizo la ofendida—. Cuando te veo pienso en la manera que quiero hacerlo hoy.

Reynald enarcó una ceja.

—¿Ya quieres pasar al postre?

—Hmm —Marian se relamió—. No suena mal.

Reynald soltó una carcajada y le tendió la mano hacia ella. Marian la miró un segundo antes de soltar el tenedor y aceptarla, levantándose para dejarse guiar por la mano de Reynald que la llevó directamente hacia él, sentándola en sus piernas.

—No sabía que fueras tan golosa —dijo él mientras introducía una mano por debajo de su jersey, acariciándole la espalda.

—¿Ah, no? —protestó ella, acercando sus labios a los de él—. Pensé que ya sabías que me encanta la crema.

—¿Me comparas con un pastelito de crema?

—¿Lo hago? —Marian pasó la lengua por la barbilla de Reynald, lamiéndole la piel hasta alcanzar los labios, besándole apasionadamente mientras sentía las manos de Reynald enredando con su sujetador y presionando sus pechos con los dedos.

—Lo haces —aseguró él intentando bajar sus pantalones—. ¡Cielos! Dichosos pantalones.

Marian se echó a reír.

—¿Necesitas ayuda?

Marian se apartó lo justo para desabrocharse los pantalones y se los bajó lentamente, sin dejar de mirarlo, sintiendo la ávida mirada de Reynald fija en ella, devorándola y se sintió hermosa, sin ningún pudor de mostrarse desnuda ante él y volvió a sentarse encima, besándolo una vez más.

Reynald le agarró con fuerza las nalgas, apretando su erección entre sus piernas, sin dejar de besarla, sin dejar de acariciarla hasta que se desabrochó los pantalones también, mostrando toda la envergadura de su pasión y Marian lo acarició, incorporándose para sentarse sobre su sexo, permitiendo que la penetrara y gritó al sentir sus manos en sus hombros, dirigiéndola mientras ella se movía, besándola hasta que los dos alcanzaron el orgasmo y ella se abrazó a él, sintiéndolo dentro de ella antes de levantarse y buscar su ropa por el suelo.

—Pensé que estarías cansada del viaje —dijo él, levantándose también para volver a abrazarla y besarla.

—Tu cuerpo no parecía que estuviera teniendo la misma consideración.

—No es mi culpa que seas una mujer tan deseable.

—¿En serio?

Marian se puso de puntillas para alcanzar sus labios y lo besó.

—¿Sabes? Me alegra que contrataras aquella empresa para que hiciera toda esa limpieza a la casa.

—¿Ahora te alegras? Aquel día te pusiste como una fiera.

Marian puso los ojos en blanco. Sí, se había puesto furiosa de que después

de que ella había estado hasta de rodillas tratando de limpiar o, al menos, de adecentar un poco la casa para que fuera lo más habitable posible, ese hombre se presentara en ella con un ejército de empleados profesionales que casi le habían dado una apariencia reformada.

Se había enfadado. Y mucho, pero no había sido capaz de permanecer mucho tiempo molesta.

—¡No necesitaba tu ayuda, maldita sea! —gritó furiosa, encarándose a él mientras lo apartaba de un manotazo cuando él trató de acercarse a ella—. ¿No lo estaba limpiando yo?

Estaba furiosa, herida. ¡Ella también tenía su orgullo! Y él parecía solucionarlo todo con su dinero. Si necesitaba algo, lo compraba, si necesitaba a alguien, lo contrataba. Él podía hacerlo. Tenía el dinero, pero aquella era su casa y hasta ahora había vivido orgullosamente sin la ayuda de un hombre.

—Y lo estabas haciendo muy bien —Reynald se había cruzado pacientemente de brazos y ella se había puesto más furiosa. Conocía muy bien esa actitud. La usaba ella cada día cuando lidiaba en la escuela con los niños—. ¿Pero pensaste en mí?

Marian parpadeó aturdida.

—¿Qué? ¿Qué tenía que pensar en ti?

—¡Oh! Vamos, ponte en mi lugar. ¿Cómo crees que me encontraba yo viéndote allí arrodillada frente a mí ofreciéndote tan descaradamente?

Marian lo miró boquiabierta.

—¡Oh, vamos!

Y se echó a reír, zanjando la discusión.

—¿Y bien? —protestó ella haciéndose un ovillo entre sus brazos—. ¿Nos vamos a la cama o no?

CAPITULO 10

—Están llamando.

Marian buscó a Reynald con la mano, o más bien buscó su cabeza para

despertarlo. Tenía sus brazos alrededor de ella y Marian suponía que su cabeza era la que tenía aferrada a su espalda.

—Deja que llamen.

—Es tu teléfono —insistió.

—Da igual.

Reynald se pegó aún más a ella y Marian rió somnolienta.

—¿Y si es importante?

—Nunca es tan importante como esto.

—Reynald... es molesto.

—Está bien.

Los brazos de Reynald se apartaron de su cuerpo y Marian sintió un movimiento a su espalda mientras Reynald se levantaba y se movía desnudo por la habitación hasta alcanzar el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón, contestando con voz aún medio dormida y se sentó en la cama, despeinándose un poco más el pelo con la mano.

—¿Hoy? No, el lunes. El fin de semana no estoy para nada que tenga que ver con trabajo, ya lo sabes.

Marian lo contempló desde la calidez del interior del edredón de la cama, acurrucándose por todo el cuerpo sin dejar de mirar las largas piernas de Reynald, sus brazos musculosos, su pecho con una ligera pelusilla... Cuando levantó la mirada se encontró con los ojos del hombre y su sonrisa burlona.

Marian se encogió de hombros sin ningún pudor.

—No, no lo haré —continuó Reynald con la conversación—. No lo sé. ¿Por que no se lo pides a Dennis?

Marian se incorporó un poco en la cama, desperezándose, buscó el despertador y comprobó con disgusto que eran las once y cuarto. Habían dormido más de lo planeado.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y los dos se miraron antes de que Reynald le indicara con una sonrisa divertida que él estaba al teléfono. Marian hizo una mueca y salió de mala gana del calor de la cama, apoyando

los pies en el suelo con otra mueca y buscó la bata para ponérsela antes de bajar a abrir la puerta.

El timbre sonó dos veces más antes de que Marian llegara a la puerta.

—Voy —murmuró, atando torpemente el cinto de la bata a su cintura. Fuera de la cama hacía frío y Marian no veía el momento de volver a subir.

El timbre volvió a sonar y Marian abrió la puerta, preparándose a decir cuatro cosas a la persona que estuviera al otro lado, pero en cuanto vio a la mujer de pie frente a su casa, con el dedo aún levantado para volver a llamar enfundado en unos bonitos guantes negros, se olvidó completamente de lo que había querido decir.

—Hola, querida.

Marian sólo fue capaz de asentir con la cabeza y giró el cuello hacia el hombre que había al lado de la mujer.

Tenía cierto parecido a Reynald pero más delgado y su cabello era de un brillante castaño tan desordenado como el que Reynald tenía en ese momento al levantarse. Sonrió al darse cuenta que su atención estaba dirigida en él y Marian apartó la cabeza, volviendo a mirar a la madre de Reynald con un nudo en la garganta.

—Señora Oswen —logró decir, rezando para que Reynald no bajara o le hablase en ese momento—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Venía a hablar con vosotros.

—¿Con nosotros?

Marian se puso a la defensiva y la mujer entornó los ojos.

—Contigo y mi hijo, por supuesto.

—Ah —Marian evitó mirar hacia atrás instintivamente—. Él está...

Buscó una excusa rápida y convincente.

—¿Vistiéndose? ¿Duchándose tal vez?

A mujer sonrió radiante y Marian adivinó de quien había heredado Reynald el sarcasmo.

—Estaba hablando por teléfono —decidió responder sin embargo,

ignorando las insinuaciones de la madre de Reynald y optando por la diplomacia.

—Ya que nadie me presenta —intervino el hombre dando un paso al frente con la misma sonrisa, mostrando unos perfectos dientes blancos—. Soy Dennis Oswen, primo de Dennis.

Y sin que ella se la diera, Dennis tomó su mano y se la llevó a los labios.

—¿Qué tal si sueltas esa mano?

Marian dio un respingo, sobresaltada al oír la voz de Reynald a su espalda, pero se asombró más cuando la agarró por la cintura y quitó su mano de su primo.

—Reynald, cuanto tiempo.

—Sí, hace menos de dos días que vi tu cara —Los dos hombres se miraron fijamente, sin sonreír y Marian hubiera definido la atmósfera que se creó como peligrosa—. Y, en serio, Dennis, mantente alejado de Marian.

—Oye —soltó Marian, dándole un golpecito en el brazo a Reynald—. Ya vale, ¿no?

No era necesario añadir que ese no era el momento mejor para comenzar con esas escenas. Marian se giró hacia la madre de Reynald y tras unos segundos de lúgubre meditación, los invitó a pasar.

—¿Un viaje a la casa de campo de tío Edmund?

Reynald sacudió la cabeza, contrariado.

Marian no había vuelto a abrir la boca desde que todos se habían sentado en el cuarto de estar. Reynald le había agarrado la mano cuando se sentó a su lado en el sofá y ella había tenido el tacto de levantarse en el acto con la excusa de hacer algo para tomar.

—¿No te gustaría ir, querida?

A Marian le tembló la mano al servir el café en la última taza blanca que había rescatado hacía un par de semanas de unos de los juegos más bonitos que su madre había coleccionado, y estuvo a punto de verter el líquido negro en la mesa en vez de en el interior de la taza y levantó la cabeza para mirar a

la mujer.

—¿Yo?

—También vendrás, ¿no?

—Ah... —Marian buscó ayuda en la mirada de Reynald pero éste se encogió de hombros, como si la situación no le incomodara.

—¿Quieres ir?

Marian entrecerró los ojos y dejó la cafetera sobre el mantel, molesta. No es que le importara que la incluyeran en los planes, pero ahí la única que parecía preocupada por lo que pudiera estar pensando sobre ellos la familia de Reynald, era ella.

—Parece interesante —dijo, dispuesta a no ser de ayuda a las protestas de Reynald por pasar el próximo fin de semana en la casa de un pariente.

—Bien —dijo en cambio Reynald, desviando la mirada de ella—. Iremos.

—¿Qué?

Marian cerró la boca bruscamente al darse cuenta que todos la miraban y se sonrojó ligeramente.

—¿No has dicho que te parecía interesante?

—Ah, sí, pero...

Marian hizo una mueca mientras todos terminaban por organizar el viaje y se dejó caer en el sofá, permitiendo que Reynald pasara un brazo sobre sus hombros sin impedirselo. A nadie pareció extrañarle.

Cuando por fin se marcharon y los dos primos se lanzaron algunas miradas más de advertencia cuando Dennis se despidió de ella de manera exagerada y Reynald cerró la puerta, Marian le lanzó una furibunda mirada, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿A qué ha venido eso?

—¿Venir el qué?

Marian señaló la puerta con la cabeza.

—Tu familia.

—Si no quieres ir al viaje, no vamos, no tienes por qué presionarte.

Marian bufó.

—Ese es otro tema. ¿Cómo sabían que estabas aquí?

—Yo se lo dije.

Marian lo miró sorprendida.

—¿Qué les has dicho exactamente?

—¿Qué crees que les he dicho? La verdad. Que salgo con una maravillosa chica que me hace la vida mucho más fácil.

Marian dejó caer los brazos a los costados, derrotada e hizo un puchero.

—No sabía que estuviéramos saliendo.

Reynald fingió indignación.

—¿Entonces qué estábamos haciendo?

—Ah... —Marian sonrió—. ¿A dónde salimos a comer?

CAPITULO 11

El día pasó tan rápido como cada sábado. Demasiado corto para poder saborear de la compañía de Reynald y demasiado hambrienta de él como para tratar de dejar pasar el día y la noche antes de que llegara el domingo y una nueva despedida.

—¿Quieres hacer algo mañana?

Marian se encogió de hombros, desnudándose para ir a dormir.

—No en realidad, aunque hay una película que me gustaría ver...

Marian no se giró cuando los brazos de Reynald la rodearon por encima de la cintura y la apretó con fuerza.

—Una película —dijo, besándola en el cuello—. Suena bien.

—¿No quieres saber qué película es?

Reynald siguió el recorrido de su brazo, sin dejar de besarlo. Marian se estremeció.

—Si tú quieres verla a mí me parece genial.

—Mañana no te quejes.

—Mañana no lo haré —prometió, devolviéndole el brazo mientras acariciaba sus labios con la yema de los dedos antes de besarla—, pero esta

noche te necesito.

Marian rió pasando una mano por el vientre desnudo de Reynald y lo apretó con fuerza contra ella justo en el momento que se escuchó claramente el ruido de algo al romperse y unas voces demasiado altas. Los dos se quedaron completamente quietos, escuchando hasta que las voces dejaron de oírse y por un momento, Marian creyó que todo había terminado.

—¿Crees que su marido habrá venido? —preguntó, apartándose de Reynald que no apartaba la mirada de la ventana con expresión muy grave.

—Seguramente.

Reynald se acercó a la ventana y Marian cogió una chaqueta antes de unirse a él, asomándose a los cristales.

Las luces estaban apagadas pero unas voces algo distantes llegaban a sus oídos aunque no fue capaz de entender lo que decían.

Se escuchó un nuevo ruido al romperse y durante unas escasas décimas de segundo, Marian vio la silueta de un hombre acercándose a la ventana.

—¿Deberíamos hacer algo?

Reynald no respondió. Esta vez la pareja encendió la luz de la cocina, dejando a la vista las dos siluetas entre las cortinas y vio con claridad como él levantaba la mano y la dejaba caer sobre la cara de la mujer.

—Llamaré a la policía.

Marian se apartó de la ventana y de Reynald, comprobando que él tenía los puños apretados y la mirada llena de ira fija en la casa y fue a buscar su teléfono, marcando el número de emergencias en el momento que se oía un ruido más fuerte y unos gritos.

Sólo tuvo tiempo de levantar un momento la cabeza del teléfono. Reynald pasó por su lado a toda velocidad y Marian corrió detrás de él, alcanzándolo en el jardín donde Amy salía asustada y trataba de llevarse a su hija con ella.

—¿A dónde crees que vas, maldita mujerzuela?

El marido trató de detenerla, agarrándola violentamente del brazo y la niña comenzó a llorar.

—¡Cállate!

En ese preciso instante, Reynald llegó hasta a ellos y sin decir nada, golpeó al marido, apartándolo de la mujer y de la niña que se tambalearon hacia atrás peligrosamente y Marian corrió a sujetarlas, abrazándolas mientras las apartaba de la casa, sin dejar de mirar la pelea de los dos hombres.

—¡Reynald, déjalo! —gritó, cuando vio que la pelea ya había finalizado. Reynald, sin escucharla y sobre el marido, volvió a golpearlo—. ¡Reynald!

Dio un paso hacia él, pero Reynald se levantó con esfuerzo. Tenía el labio partido y sangraba de una ceja, pero por lo demás tenía mucho mejor aspecto que el marido de Amy que respiraba con dificultad y salía demasiada sangre de alguna herida cerca del ojo.

—Llama a la policía —dijo Reynald sin mirarla, echando una ojeada a Amy y a la niña—. Maldita sea —murmuró.

Marian obedeció sin decir nada, sólo lo observó mientras hablaba con Amy y calmaba a la niña mientras ella se encargaba de dar las explicaciones a la policía y respondía las preguntas que le hacían mientras mandaban unas unidades a la dirección que les indicó.

Cuando finalmente llegaron los coches patrullas y la ambulancia y se hicieron cargo de todo junto a las heridas, Reynald se encargó de dar los detalles.

—Tranquila —dijo, frotando los brazos de Amy mientras Reynald y su marido eran interrogados un poco más lejos.

—¿Te importaría cuidar de Maria mientras no estoy?

La mirada de ansiedad de Amy hizo que Marian se sobrecogiera y cogió a la niña en brazos, inmediatamente después de sonreír tranquilizadora.

—Puedes ir tranquila —dijo cuando uno de los policías fue a buscarla para llevarlos a los tres a comisaría a prestar declaración.

Reynald le había pedido que se mantuviera al margen. Lo había hecho con voz ronca pero suave y en todo momento había evitado encontrarse con su mirada.

Ella no había discutido, pero en ese momento, mientras acariciaba a María y trataba de calmar sus llantos y veía como Reynald se alejaba dentro de un coche patrulla, tuvo miedo.

—Ya está —dijo, conduciendo a la niña dentro de la casa—. Ahora va a estar todo bien.

Se quedó con ella hasta que consiguió que se quedara dormida y cuando bajó a la silenciosa cocina, de pronto le pareció demasiado vacía, comprendiendo que había sido Reynald quien había llenado ese espacio que faltaba, que había sido él quien había espantado los fantasmas de su pasado como había conseguido alejar al marido de Amy.

Con un suspiro, comenzó a preparar una buena infusión de tila y vertió el sobrecito en la tetera, dejando que el aroma invadiera toda la cocina. Después de la segunda taza y de cambiar una vez más el canal de televisión, escuchó el ruido de neumáticos frente a su casa y para entonces ya estaba amaneciendo.

Rápidamente fue hacia la ventana y vio a Amy bajar de un taxi. Dudó un instante y finalmente caminó hacia la casa, tardando un poco más en llamar al timbre. Marian abrió la puerta y la invitó a pasar, dándole un rápido abrazo.

—¿Quieres tomar una tila?

Amy negó con la cabeza.

—No, no hace falta. Gracias.

La miró con un poco de aprensión y Marian fue a la cocina a por una nueva taza, llenándosela y la dejó en sus manos, aceptándola con timidez.

—¿Por qué no te quedas a dormir aquí? —dijo, comprendiendo tal vez que no era el mejor momento para hacer preguntas y que tal vez ella tenía miedo de regresar a su casa—. María está dormida. Tardó mucho en calmarse, sería una pena que se despertara ahora.

—Yo...

—Siéntate —la animó, indicándole el sofá a su lado.

Amy obedeció sin decir nada y bebió de la infusión mientras las dos miraban en silencio las imágenes del programa en un volumen exageradamente

bajo.

—Pensé que cambiaría —dijo Amy de pronto, sorprendiéndola.

Marian la miró y Amy comenzó a llorar, moviendo la taza con violencia. Marian se la quitó y la dejó de mala manera sobre la mesa, abrazando a la mujer y consolándola un momento.

—Nunca cambian —susurró ella y Amy asintió sin volver a decir nada.

Amy no puso ninguna resistencia para subir a la habitación contigua a la de ella y se tumbó junto a la niña, susurrándole algo mientras la tapaba con la manta.

Marian les concedió intimidad, cerrando la puerta y escabulléndose a su habitación. No se acostó. Fue directamente a la ventana y se quedó observando la calle, preguntándose por qué Reynald no había llegado también.

—Mañana se lo preguntaré —se prometió, incapaz de llamar a la puerta de al lado y preguntarle a Amy sobre lo que había ocurrido en comisaría.

CAPITULO 12

Reynald la llamó una sola vez y le ahorró hacerle preguntas innecesarias a Amy, pero evadió de forma seca sus preguntas, cortando la comunicación con pretextos de que estaba ocupado y tenía cosas que hacer.

La sensación de ansiedad no desapareció y mucho menos disminuyó, pero Marian trató de mostrarse todo lo animada posible ante Amy y la niña y pasaron el día juntas, sin salir de casa. Amy habló un poco más y se mostró más animada ahora que Reynald le había dicho que su marido pasaría unos días en prisión y tendría una orden de alejamiento para ella y la niña, pero que todo tendría que solucionarse mediante juicio.

La semana fue excesivamente larga, más de lo que nunca lo había sido hasta ese momento y su humor también fue bastante desagradable. Durante los cinco días deseó tener el valor de llamar a Reynald solo por el placer decir su voz, pero no fue capaz. Tenía demasiado miedo a que ahora que todo se había arreglado más o menos con Amy, ahora que él ya no era necesario, que ya no necesitaba su casa, decidiera olvidarla, decidiera no regresar a la casa.

Condujo más rápido que de costumbre. Según terminaron las clases no esperó a que Max la interceptara a la salida, cuando su amiga saliera también de su aula; se apresuró al aparcamiento y arrancó el pequeño coche antes de que nadie pudiera hacerla preguntas. En ese momento, más que en cualquier otro hasta ahora, Marian no estaba dispuesta a responder nada. Ni siquiera creía poder hacerlo; el nudo que tenía en el pecho y la garganta parecía crecer por minutos, por segundos posiblemente y Marian creía que terminaría asfixiándola.

Dejó el coche en la entrada como de costumbre, notando unas intentas ansias al comprobar que el coche de Reynald no estaba aún aparcado y se apresuró a entrar, abriendo la puerta con manos temblorosas.

—¿Reynald? —llamó, sabiendo que la tranquilidad y silencio que había en el interior no indicaba que hubiera nadie dentro.

Incluso el polvo sobre las superficies de los muebles le decía que Reynald no había estado en aquella casa en toda la semana.

—Se acabó —murmuró con unos deseos incontrollables de echarse a llorar.

—¿Qué se ha terminado?

Marian se giró bruscamente y miró con la misma expresión que había puesto la primera vez que había visto a Reynald en el mismo vestíbulo.

—Reynald... —susurró, acercándose lentamente a él.

—¿Ocurre algo?

Cuando llegó hasta él lo abrazó con fuerza y sólo sintió que el peso de las angustias desaparecía cuando Reynald la estrechó entre sus brazos y le besó en la mejilla.

—¿Qué ha pasado? —insistió, apartándola lo justo para mirarla a la cara con una expresión grave de preocupación.

Marian sacudió la cabeza.

—Ahora que te he visto nada —dijo con una mueca.

—¿Estabas preocupada? —rió Reynald sin una pizca de remordimiento.

Marian le dio un golpe y él fingió doblarse de dolor.

—¿Cómo están las heridas?

Reynald se llevó la mano al labio y se encogió de hombros.

—Sólo son rasguños.

—Pobrecito —dijo ella, besándolo.

—Pero si el trato es este puedo fingir que es mucho más serio.

Marian volvió a golpearlo.

—¡Ni siquiera una llamada!

—He estado muy ocupado de verdad. Quería ayudar a Johanna y Amy de alguna manera. Y quería que fuera cuanto antes. No es un secreto que la ley puede ser muy lenta algunas veces.

Marian miró a la casa de al lado a través de los cristales de la ventana del salón.

—¿Cómo está Amy?

—Mejor. La he dejado a salvo con Johanna.

Marian lo miró sorprendida.

—Pero Johanna estaba en...

—¿No necesitaba un tiempo para cambiar de aires?

—Bueno, sí —admitió. Al fin y al cabo había sido una gran idea. Amy se recuperaría mucho mejor lejos de allí y junto a una hermana que la quería y apoyaría y Maria aún era muy joven para comprender muchas cosas—. ¿No tendrá problemas con la ley?

—He estado ocupado para resolver algunas cosillas —dijo Reynald de manera enigmática.

—Oh, es verdad. Los de tu especie sois capaces de cualquier cosa —rió.

—Los de mi especie... —repitió Reynald con una sonrisa—. Ya habíamos hablado de eso.

—Ya lo hemos hecho, sí.

—¿Y bien? ¿Preparada?

Marian parpadeó sin comprender.

—¿Preparada para qué?

—No me digas que se te ha olvidado el viajecito a la casa de mi tío.

Marian se llevó lentamente la mano a la boca, mirando a Reynald asustada.

—Se me había olvidado completamente.

—Una pena, porque ya nos están esperando todos.

—No...

¡Aún no se había mentalizado para eso!

—Sí —insistió Reynald empujándola fuera de la casa—. Es hora que presente formalmente a mi novia.

Marian lo miró con aprensión, pero no con la suficiente para que Reynald cediera.

—No creo poder estar a la altura de tu familia.

—Vamos —Reynald le abrió la puerta del coche y esperó con una sonrisa a que entrara—. No necesitas estar a la altura de nadie —dijo suavemente antes de cerrar la puerta—. Por sí sola ya eres magnífica.

FIN

Amor salvaje

Krista.E.Mollet.

CAPITULO 1

—¿Has hablado con el señor Fisnker?

Hellen pasó una mano por la lista de tareas que tenía monitoreada en la tablet y asintió con la cabeza, corroborando que la tenía marcada como acción ejecutada.

—Sí.

La señora Derran asintió también sin girar la cabeza hacia ella mientras pasaba las hojas de la revista sin prestarla demasiada atención.

—¿Se sabe algo de las fotografías?

Hellen volvió a revisar las notas. El tema de las fotografías no lo tenía apuntado. Todo había comenzado la noche anterior, cuando habían tenido el nuevo número de la famosísima revista de moda y belleza dolls & body. Pese a que se había programado un artículo sobre el entorno de la mujer trabajadora y la moda más usada por ese tipo de mujer, las fotos no habían sido revisadas y lo que representaban no había sido lo que se había pretendido al escribir la columna y se había creado un revuelo por todo el edificio que administraba la empresa dueña del nombre de la revista.

Tenían que cambiarlas. Eso era lo único en lo que se había quedado después de haber echo una reunión urgente en la que la tensión se palpaba en el ambiente.

Emilia Derran la redactora jefe y miembro importante de accionistas de la revista había destrozado uno de los volúmenes de prueba que habían salido, haciendo alarde del motivo por el cual llevaba veinticinco años en su puesto en los que la revista había prosperado continuamente llegando a los millones

de ventas al año.

La revista salía a la venta en quince días. Catorce si tenía en cuenta que ya era el día siguiente y para ese entonces tenían que cambiarse diez de las doscientas cuarenta y dos hojas que componían la revista. Tenían que estar a punto para una nueva maquetación e impresión y en los puntos de venta el día exacto que tenían previsto y que había sido anunciada y publicitada la fecha de salida.

Nadie había protestado, ni siquiera ella que siempre se había mantenido al margen, aceptando órdenes y cumpliéndolas al instante. Hellen estaba acostumbrada a ser una sombra en la empresa, segura que era imprescindible de alguna manera, pero cuando Emilia Derran había dicho su nombre al seleccionarla como la encargada de solucionar el problema y tenerlo todo listo para entonces, se había atragantado con el café.

—¿Te ves capaz de realizarlo? —había preguntado la redactora jefe, con las manos sobre la mesa de cristal negro y mirándola, no, a lo que esa mujer hacía se le podía llamar, atravesándola con su mirada de hierro.

Hellen había tragado con dificultad, calmando la tos y sintiendo no sólo la mirada de Emilia, sino la de todos sus compañeros que la habían mirado como si de pronto hubiera dejado de ser una sombra y se había aparecido frente a ellos por arte de magia.

Se había sentido nerviosa, con el corazón latiendo con mucha fuerza, pero jamás se había sentido tan feliz, tan plena, incluso podía comprarlo con el momento del orgasmo. Había llegado su oportunidad, la oportunidad de demostrar lo que ella era capaz de hacer, dejar de ser simplemente una sombra servible, un actor secundario a convertirse en la protagonista.

—Sí —había respondido con firmeza.

La redactora jefe la había mirado de esa manera un poco más y después había sonreído.

—Me alegra saberlo —Apoyó la espalda en la silla y los miró a todos, levantando la cabeza con altivez—. Ha sido un trabajo lamentable —dijo en voz muy alta—, un trabajo decepcionante al nivel de lo que nuestros lectores esperan de nuestra revista —Emilia había asentido con la cabeza—. Lo quiero listo e impreso en mi mesa lo antes posible. La señorita Hellen Mabel estará al cargo de la nueva idea, de la redacción y la supervisión de las fotografías. Espero que esta vez hagáis un buen trabajo y podáis obedecer sus ordenes con diligencia.

Después se había levantado y la había ordenado seguirla, dándole indicaciones precisas de lo que quería, de lo que esperaba, resumiéndole lo que no debía poner en el artículo y también le pasó una lista de fotógrafos que podían ayudarla.

—Lyonelle Dyson.

—¿Lyonelle Dyson?

—Si consigues convencer a ese hombre para que prepare las fotografías, el éxito estará asegurado.

Hellen apartó la tablet y miró a Emilia que pasaba el dedo por la superficie de la revista.

—¿Habla en serio?

Emilia la miró.

—Nunca he conseguido que ese hombre trabaje para dolls & body. Un desperdicio de talento. No creo que exista un fotógrafo mejor en el mercado hoy en día.

—Pero si no quiere trabajar...

—Sí, bueno, es una sugerencia —Emilia volvió a clavar la mirada en la revista e hizo una indicación al chofer que giró a la izquierda—. Tienes todos los datos de los fotógrafos que trabajan para nuestra revista. Puedes pedirles ayuda o puedes encargarte como tú veas del tema —El coche de detuvo frente

a un restaurante de comida italiana y Emilia esperó a que el chofer saliera del vehículo y le abriera la puerta para salir con una elegancia envidiable, pero antes de cerrar de nuevo la puerta e indicarle a su chofer que la llevara a casa, se inclinó hacia ella—. En serio, señorita Mabel, acabo de confiarte la supervivencia de nuestro nombre y posición. No me importa como lo hagas, pero consigue un trabajo impecable para dentro de dos semanas.

Hellen asintió con la cabeza. Aún tenía la adrenalina en el cuerpo, las ganas de trabajar y superarse a sí misma, de escalar y trepar posiciones y tal vez llegar algún día a la posición que tenía la mujer que se alejaba y se perdía de vista en el interior del restaurante, pero sabía que no era sencillo. Jugaba contrarreloj, no tenía nada preparado, nunca se había encargado de un proyecto y encima estaba agotada.

El chofer se acomodó en su asiento y volvió a arrancar.

—¿A dónde la llevo?

Hellen revisó la agenda y miró los datos del primer fotógrafo que había en la lista. No le sonaba de nada, pero tampoco estaba muy familiarizada con ese tema. Hizo una mueca y pensó rápidamente la manera que podría solucionar aquello. Tenía que pensar en una idea y eso lo necesitaba antes de empezar con las fotografías.

No era el momento de dormir. Cerró la agenda y miró al chofer.

—¿Puede dejarme en el museo de arqueología?

—¿En el museo?

—Por favor.

—Por supuesto.

El hombre giró la cabeza y comenzó a conducir. Hellen recogió la revista que Emilia había dejado en el asiento y buscó las páginas con el artículo que debía cambiar.

Tan sólo quedaban catorce días.

CAPITULO 2

—El color está mal.

—¿No estás siendo muy exigente?

Andy se cruzó de brazos mientras suspiraba al ver como su mejor amigo mostraba el peor lado de su personalidad. En realidad la personalidad de Lyonelle no tenía ningún lado bueno. Ese hombre era excesivamente serio y desconfiado, aunque no podía negar la parte de culpa de las dos mujeres de su pasado, ya que ella sólo se habían acercado a él por su fama y dinero y cuando más enamorado había estado él, había descubierto sus verdaderas intenciones, destrozándolo. La primera vez había conseguido superarlo, posiblemente seguro que tan sólo había sido mala suerte de haber conocido a Marisa, pero cuando Noemí apareció en su vida, o mejor aún cuando desapareció de ésta, Lyonelle no había querido saber nada serio de ninguna mujer. Las tomaba, las usaba y las dejaba. Esa se había convertido en su filosofía y no tenía ningún problema en dejar bien claro lo que pretendía con cada una de las mujeres con las que se acostaba.

Aunque lo que realmente fastidiaba es que pese a su fama de cruel y despiadado mujeriego, no dejaba de tener una compañera con quien pasar la noche.

Claro que su aspecto podía tener mucho que ver con eso.

Andy no se consideraba un espécimen despreciable, pero si se comparaba con su mejor amigo, tal y como su hermana no se cansaba de repetirle, era normalito. Lyonelle tenía un cabello negro y unos ojos azul celeste que destacaban con su piel blanca. Era alto y musculoso a diferencia de él, aunque sí que le sacaba varios centímetros.

—¡No! El trabajo debe ser perfecto.

Arrancó las fotografías y las arrugó cruelmente en la mano, tirándolas al suelo.

Andy suspiró y miró de reojo a Sara quien parecía estar a punto de echarse a llorar.

Esa era otra de las reglas de oro de Lyonelle desde que Noemí había sido su compañera de trabajo. Jamás se mezclaban los sentimientos con el trabajo. Nunca. Y hasta ahora lo había llevado a raja tabla.

Sara le había pedido que la recomendara para trabajar con Lyonelle cuando le dejó caer que su amigo estaba buscando un ayudante. Andy se había negado, sabiendo lo que iba a suceder, pero él siempre había sido demasiado flojo con las mujeres y no fue capaz de negarse ante las insistencias y las miradas de su amiga y al final, después de dos semanas trabajando para él, posiblemente Sara, aparte de no haber conseguido un acercamiento ni sexual ni sentimental con el monstruo de Lyonelle, estaba completamente arrepentida.

—Solo es un fallo de color —insistió, recogiendo las fotografías y las alisó, mirándolas con ojo crítico.

—Están muy oscuras y mira el enfoque.

Andy le lanzó una comprensiva mirada a su amiga quien le miró suplicante y suspiró, arrugando las fotografías y las dejó sobre la mesa.

—No son perfectas, de acuerdo —aceptó tratando de apaciguar a su amigo y rescatar a Sara de las garras de Lyonelle—, pero con un poco de practica Sara las hará tal y como quieres y...

—No —le interrumpió Lyonelle caminando hacia la puerta del piso.

Andy lo siguió con la mirada, llevándose una mano a la frente y chasqueó la lengua, sin ganas de seguir allí cuando viniera lo siguiente que ya había visto una decena de veces los últimos años.

—Lyonelle...

—Estás despedida —dijo en voz muy alta, abriendo la puerta bruscamente y la dejó así, sin moverse de ella mientras Sara abría mucho los ojos, indignada y le lanzaba una mirada de auxilio a él.

—Lo siento —susurró Andy a su amiga, echándose hacia atrás cuando ella le fulminó con la mirada.

—Vete —ordenó Lyonelle sin cambiar el desagradable tono de voz—. No quiero volver a verte.

Sara agarró su chaqueta y su bolso y se acercó a Lyonelle, deteniéndose frente a él con una mirada furiosa y los ojos llorosos.

—No hace falta que me lo digas. Jamás trabajaría más tiempo para alguien tan mezquino e insoportable.

—Largo.

—¡Que te den!

Andy suspiró y se frotó los ojos con fuerza, mirando cansado como Lyonelle cerraba la puerta a Sara en las narices, interrumpiendo su repertorio de insultos.

—¿Ya estás contento? —lo increpó cuando llegó a su altura y se sentó en el amplio sofá de cuero.

La casa estaba muy bien repartida. Lyonelle era un maniático del orden y del espacio. Le gustaban las casas amplias y había comprado un dúplex enorme, construyendo la vivienda en la primera planta y el área de trabajo en la segunda, llegando al trabajo con subir unas simples escaleras ovaladas que se encontraban al fondo del salón.

—No. He desperdiciado mi tiempo tratando de domesticar a la chica que me recomendaste.

Ahí venía el tono de reproche.

—¿Has pensado en los sentimientos de esa chica que te recomendé?

Lyonelle le lanzó una furibunda mirada.

—¿Sentimientos?

—Bueno, supongo que era muy difícil hasta para ti. Me pregunto si aún saber lo que eso significa.

—Déjate de gilipollecés. Esa chica no servía.

—Como tampoco servían tus ayudantes anteriores.

—Son todos unos inútiles.

—Así que sólo tú eres bueno en el trabajo, ¿no?

—No es lo que estoy diciendo. Podrías trabajar conmigo. Tú eres bueno.

Andy se apartó de la pared y sacudió las manos con fingida expresión de espanto.

—No, gracias, por ahora prefiero continuar en la posición de amigo. No tengo muchas ganas de rebuscar en la parte animal que sacas en todos tus ayudantes y el instinto de asesinarte.

—Estás exagerando.

—Sabes que no.

Andy se movió hasta sentarse en el sofá de al lado, aceptando la copa que Lyonelle le ofreció.

—Sólo quiero a alguien que haga bien su trabajo.

—No, amigo, no buscas a alguien que haga bien su trabajo. Buscas a tu doble y eso no existe... a menos que te ofrezcas voluntario para el intento de clonación humana.

—Déjate de tonterías, Andy. Ahora necesito un nuevo ayudante.

Andy bebió lentamente el licor y no se dio prisa en responder.

—No cuentes conmigo esta vez. No creo que exista ninguna víctima en este lado del planeta que no haya oído hablar del jefe tirano que eres.

Lyonelle bufó y también bebió de su copa, sumergiéndose en alguno de sus largos momentos de reflexión en los que Andy no tenía ningún interés en descubrir de qué se trataban.

CAPITULO 3

La sonrisa de Hellen se congeló en los labios nada más escuchó a aquel hombre decir las primeras palabras.

Detestable.

Sí, esa era la palabra que mejor definía a ese hombre en ese momento. Y lo curioso era que había llegado hasta él desesperada y aunque se había quedado sin habla al verlo tras abrir la puerta, enfundado en un pijama de rayas negras y azules que le sentaba de maravilla y dejaba al descubierto los músculos de los brazos, e incapaz de apartar los ojos de aquella mirada que daba más miedo que la de Emilia Derran pero que prometían placeres que posiblemente no había experimentado nunca hasta el momento de estrecharse junto a esos fuertes brazos, la opinión de él había cambiad completamente.

O más bien que él hablara le había hecho regresar a la realidad de las extrañas fantasías que se le habían ocurrido al verlo.

—¿Se te ha perdido algo?

Nada hasta que lo había visto. Maldita sea, ¿de verdad una persona con esa mueca de mala lecha iba a ser su única esperanza? Ya no sólo estaba posiblemente en juego su empleo, sino que había apostado su orgullo en ese proyecto. No podía fallar, se negaba a fallar.

—Buenos días, señor...

—Estoy ocupado y no quiero comprar nada. Vete.

Menudo tipazo...

—No vendo nada, señor...

—Tampoco me interesa cambiar de religión.

¿Es que ni siquiera pensaba dejarla terminar una frase?

—No me interesa la religión que tengas —soltó de mal humor, mordiéndose la lengua una vez hubo abierto la boca.

Al menos Lyonelle se detuvo un momento a mirarla, con los ojos entornados y una expresión aún más fiera que lo hacía condenadamente sexy. ¡Oh, vamos! Era un idiota. Hellen no debía olvidar eso, pero por ahora lo necesitaba.

—Eso es genial —soltó finalmente con voz áspera, intentando cerrar la puerta.

Hellen lo detuvo alarmada. No creía que ese hombre fuera a abrir la puerta de nuevo ni aunque le tirara el timbre abajo. Posiblemente su suerte terminaría en una estación de policías si lo que tenía que hacer era convertirse en una acosadora, aunque estaba dispuesta a ello con tal de conseguir sus fotografías.

Con esfuerzo, con mucho esfuerzo, Hellen volvió a sonreír y sacó una tarjeta del bolsillo, mostrándosela, ya que ese maldito hombre no intentó cogerla, aunque sí bajó la mirada hasta ella.

—Trabajo en dolls & body y me gustaría contratarlo para una...

—No estoy interesado.

Hellen hizo un sonido extraño en la garganta y casi arrugó la tarjeta en la mano.

Le habían advertido, cuando sus ideas iban de mal en peor y el tiempo se echaba encima, que aquel hombre tenía un carácter bastante difícil de soportar, pero de escucharlo a comprobarlo había un abismo.

Y ese abismo prometía engullirla en cualquier momento.

—Si es por dinero...

Hellen retrocedió instintivamente cuando Lyonelle se detuvo y se giró bruscamente, dando un paso hacia ella con una mirada cargada de furia.

—Escúchame bien...

—Hellen...

—Hellen o como sea —la interrumpió él sin dejar que terminara de presentarse algo que podía haberse ahorrado si aquel maldito hombre hubiera cogido la tarjeta que aún mantenía en la mano—. No me interesa el dinero que puedan pagarme. Cuando no estoy interesado en algo, simplemente no hago ese trabajo.

Presuntuoso, arrogante e insoportable. Si no fuera tan necesario ese

acuerdo en ese momento Hellen le hubiera incrustado la suela de su bota derecha entre esos bonitos ojos, justo en el medio de ellos.

—Ni siquiera te he dicho de qué trata el trabajo, ¿cómo sabes que no te interesa?

Lyonelle se cruzó de brazos y Hellen sostuvo sin vacilar su penetrante mirada, soportando con desagrado el análisis que los ojos de aquel hombre hicieron sobre su persona.

—No hay nada en dolls & body que pueda interesarme. Es una revista superficial y de poco gusto para mujeres soñadoras.

—Vendemos calidad —se puso ella a la defensiva.

—¿Y esos consejos en qué se basan? ¿En una ardua tarea de información o experiencia?

—¡Por supuesto que sí!

Lyonelle bufó.

—No estoy interesado. Búscate a otro.

Hellen apretó la tarjeta en la mano, con fuerza.

—Lo haría si pudiera —gritó, sin moverse—. Si he de decirlo creo que eres un imbécil que se creó tanto porque puede hacer una o dos buenas fotografías que ya no puede ni soportarse a sí mismo y por eso las paga con los demás —soltó con los dientes apretados. La expresión de Lyonelle no cambió, aunque sí enarcó una ceja—. Pero te necesito.

Hubo un gran silencio y luego, para mayor frustración de Hellen, él sonrió, una sonrisa cargada de maldad.

—Una condición.

—¿Cuál?

—Yo pondré el precio.

Hellen suspiró aliviada. ¿Había sido tan fácil después de todo?

—¿Y cuál es el precio? —Tendría que consultarlo con la jefa y... bueno,

siempre se podría negociar en cualquier caso.

—Te quiero a ti como pago.

Capítulo 4

Hellen se atragantó y entrecerró los ojos mientras se calmaba, tratando de sonreír con esfuerzo mientras deseaba tener a mano algo para golpear a ese hombre. No parecía ser del tipo gracioso, pero en ese momento no encontraba otra explicación a su ridículo comentario.

—¿Por qué no me dices de una vez lo que quieres? El proyecto... — Hellen hizo una pausa para tomar aire y mantener el control—, tiene que estar a la venta en ocho días. ¡Ocho! ¿Puedes imaginarte las pocas ganas de estar aquí jugando contigo?

Para ese entonces, Hellen ya había destrozado la tarjeta en su puño, pero ignoró el hecho de que era la rabia la que estaba ganando la batalla.

—Ya he dicho el precio.

Lyonelle no sonreía y el brillo en sus ojos hizo que Hellen tragara con dificultad a su pesar, preguntándose, por un instante cómo sería ese hombre en la cama.

Alarmada, apartó rápidamente esos pensamientos de la cabeza. Ella sólo vivía por el trabajo... sólo...

—Sé razonable.

—Me estás pidiendo que trabaje como un esclavo durante ocho días porque acudes a mí cuando ya has agotado todas las opciones más gratas antes de buscarme, ¿no es eso?

Hellen hizo una mueca pero asintió con la cabeza sin dudar.

—Es la verdad —soltó rencorosa—. Nunca se me hubiera ocurrido llamarlo si no fuera porque no tengo alternativa.

Lyonelle se encogió de hombros.

—Me parece bien, pero a cambio te quiero a ti.

Hellen parpadeó, comenzando a comprender las palabras de aquel hombre, o, al menos, de no verlas como una broma.

—Yo no estoy a la venta —dijo muy despacio, sin apartar la mirada del soberbio rostro del hombre.

Lyonelle hizo algo parecido al esbozo de una sonrisa.

—Todos tenemos un precio.

—Yo no.

—Es tu decisión —aseguró él sin apartar tampoco la mirada—. ¿Cómo de importante es ese trabajo para ti? Porque si quieres puedes rechazar mi oferta. Nadie te está obligando a aceptar.

Hellen apretó los labios y bufó, apartando al final la mirada y la clavó en las escaleras un momento, después lo miró, desafiante, furiosa, y una mezcla de curiosidad e interés que prefería no prestar mucha atención.

—¿Crees que con esas palabras puedes intimidarme?

—¿No lo hacen?

—No.

Lyonelle echó la cabeza hacia atrás y siguió mirándola, la miraba como si la desnudase con aquellos ojos.

—¿Eso significa que aceptas el trato?

Hellen apretó aún con más fuerza los labios.

—Puede que te arrepientas de ese trato —estúpido arrogante—. Es cierto que te necesito.

—¿Ves?

Hellen decidió ignorarlo.

—Y este trabajo es muy importante para mí.

Necesitaba que fuera un éxito.

—Todos tenemos un precio —continuó Lyonelle.

Hellen respiró con fuerza y levantó la mirada para sostenerle la de él, fría

y arrogante. Si quería jugar ella estaba dispuesta a seguirle el juego y si pretendían quemarse con fuego, no sería ella la primera en hacerlo.

—Pero te arrepentirás de este trato.

Lyonelle volvió a sonreír.

—¿Arrepentirme? —Lyonelle bajó de nuevo la mirada de arriba abajo, analizándola y luego levantó la mirada hacia su rostro. Hellen hizo una mueca y arrugó la nariz.

—Me temo que sí.

—Estoy dispuesto a arriesgarme.

—Bien entonces.

Los dos se miraron desafiantes y Lyonelle señaló el interior de su piso.

—¿Hablamos de negocios?

CAPITULO 5

Hellen se paseó por el espacioso salón. Se había negado a sentarse y aunque al principio le había parecido divertida su actitud, ahora comenzaba a irritarle que no fuera capaz de estarse ni un segundo quieta. Le ponía dolor de cabeza y no le dejaba enfocarse en las fotografías.

—¿No puedes estarte quieta?

Hellen lo atravesó con la mirada.

Esa era otra. Desde que esa mujer había acertado su ofrecimiento, lo trataba como si él se hubiera convertido en un gusano del suelo, o al menos lo miraba como si fuera uno.

—¿Cómo has dicho?

—Quieta, quiero que te estés quieta.

Hellen se detuvo bruscamente y se dio la vuelta lentamente hasta quedar frente a él. Lyonelle la examinó sin reparos. Estaba tan acostumbrado a ese tipo de mujeres que ninguna de ellas era capaz de sorprenderle. Sí, era interesante, al menos lo era su cuerpo, pero de ahí a que hubiera algo más de

interés en una mujer así...

—¿Y si digo que no me da la gana?

Lyonelle enarcó una ceja, algo que acompañó al movimiento de la mujer mientras se llevaba las manos a las caderas y continuaba mirándolo desafiante.

Al menos ésta sí tenía algo diferente.

Era irritante.

¿Comenzaba a arrepentirse de querer jugar un tiempo con ella?

Lyonelle suspiró y dejó las hojas del proyecto a un lado, sobre el sofá y se quitó lentamente las gafas, teniendo especial cuidado de no dejar nada encima de las fotografías ni la cámara que estaban a su lado y que había estado observando únicamente para hacer rabiar a Hellen, fingiendo desinterés por lo que ella estaba explicando.

—Me molestas y desconcentras.

—¿Quieres que me disculpe?

El tono helado de la mujer le hacía gracia. Acababa de aceptar una oferta de locos con tal de que él aceptara encargarse de las fotos del proyecto que ella dirigía y pese a que el precio significaba llegar a encontrarse en una situación bastante íntima, ella simplemente mostraba desagrado hacia él.

Tampoco era que él la quisiera precisamente. Le había propuesto que se acostaran únicamente para que ella lo dejara en paz. Tal vez había querido humillarla un poco, algo que normalmente hacía sin pensar. No odiaba a las mujeres, le gustaban, al menos le gustaba el rato de placer que podían pasar juntos, sin ataduras, ya que llegados a ese punto no confiaba en ninguna de esas criaturas. Eran mentirosas, engatusadoras y al final el único que había terminado sufriendo era él.

Estaba cansado y harto y hacía un tiempo que había decidido que el único interés que tendría con ellas sería carnal.

No iba a dejarse engañar otra vez.

—Me da igual si te disculpas o no. Simplemente deja de moverte como si fueras un perrito en vez de una mujer adulta.

La manera en la que las emociones se reflejaban en aquella mirada era refrescante. Por ahora por lo menos, pero Hellen no intentaba engañarlo. O lo hacía fatal, porque hasta ahora sólo había ido mostrando su desagrado por trabajar con él y le había dejado bien claro que pagaría el precio si ella llegaba a terminar el proyecto.

Si lo terminaba, no si era un éxito. O esa mujer tenía mucha confianza en ella o era una mujer de palabra.

Aunque eso último estaba por verse.

—¿Cómo sabré que pagarás una vez hayamos terminado?

Hellen respiró con fuerza y no cambió la postura.

—No lo sabrás —aceptó con un encogimiento de hombros—, pero no te quedará otro remedio que confiar en mí.

—¿Y si no estoy de acuerdo con eso?

—Pensaba que estabas de acuerdo.

—Eso lo decidiste tú sola.

Los ojos de Hellen se entrecerraron y apretó mucho los labios.

—¿Qué es lo que quieres?

—No sé... —Lyonelle se encogió de hombros y sonrió débilmente, algo que suponía no era una mueca muy agradable, sin apartar la mirada de la forma de los pechos de la mujer—. ¿No debería catar primero el producto antes de suponer que me interesa?

Hellen ni siquiera se movió. Se quedó inmóvil, con la mirada fija en él. Lyonelle enarcó una ceja.

—¿Estás... de broma?

Lyonelle se levantó lentamente del sofá y se acercó a ella, sin prisa, sorprendiéndose que Hellen no se apartara de él cuando se detuvo frente a

ella. Sus ojos ardían, sí, pero no de pasión precisamente; llameaban de rabia, de furia contenida que soportaba a duras penas.

Sin poder evitarlo, Lyonelle le agarró de la barbilla suavemente y le levantó la cabeza, inclinando su rostro hacia el de ella,

—Sí, es una broma —soltó con una sonrisa, a medio camino de sus labios.

Una vez más, la reacción de ella, le sorprendió. Hellen abrió mucho los ojos y apretó aún más los labios, apartando de mano de un manotazo y no retrocedió, sino que se mantuvo firme, soportando de mirada.

—Das asco —gruñó.

—Oh, tienes razón —rió él sin emoción, apartándose de ella—, pero te recuerdo que eres tú quien se está vendiendo por mi colaboración. ¿Es eso prostitución?

CAPITULO 6

Lyonelle no vio venir la mano de Hellen, pero sí la sintió cuando sus dedos golpearon su mejilla con fuerza.

—¡Eres un bastardo!

—¿No me digas?

Lyonelle sonrió con desgana, frotándose la cara con fuerza. La mujer estaba temblando de la rabia y él ya se imaginaba lo que vendría a continuación. Llevaba presenciando esa escena... ¿cuántas veces habían sido ya? Estaba tan acostumbrado a que le golpearan indignadas antes de irse que comenzaba a creer que cada vez dolía menos. Bueno, hasta ahora lo había considerado un precio justo por el placer que había recibido de ellas, pero esa mujer... ni siquiera habían pasado la noche juntos.

—Eres un desecho de hombre, ¿sabes lo que dicen de ti?

—¿Así que también te dedicas a cotillear por las esquinas? No te conozco pero a cada momento que pasa salen más aptitudes deplorables. Una hora más y posiblemente no puedas caer más bajo.

Hellen respiró con fuerza y dio un paso hacia delante, con la mano en alto, pero él fue más rápido y le agarró la muñeca con fuerza, impidiendo que ella pudiera volver a golpearlo justo en el momento que la puerta se abría y Andy lo llamaba a gritos antes de llegar al salón y quedarse tan inmóvil como ellos, contemplando la escena paralizado y posiblemente sorprendido; después carraspeó y le lanzó una fugaz mirada a ella antes de mirarlo a él.

—¿Interrumpo algo?

—No —aseguró Lyonelle con voz calmada.

Lyonelle vio como su amigo se fijaba en la mejilla que acaba de ser golpeada y supuso que ésta debía estar tan roja como las veces anteriores.

—Ya veo —continuó su amigo—. Creía que esta estancia la usabas generalmente para negocios, por eso me dejaste la llaves, ¿sabes?

Andy señaló las llaves y le dedicó una sonrisa de disculpa a Hellen que pareció salir de la sorpresa de verse en aquella situación y se soltó con rudeza, apartándose de él.

—Es una situación de negocios —aclaró Lyonelle, ganándose una nueva mirada airada por parte de Hellen y la que no pasó desapercibida a Andy que le lanzó otra inquisitiva.

—¿Tu nueva empleada... tal vez?

Hellen bufó y le enseñó los dientes, algo que Andy enarcara aún más las cejas y fuera más insistente con su mirada.

Lyonelle suspiró.

—Quiere que le ayude con un proyecto para la revista dolls & body.

—¿Dolls & body?

—Sí.

Andy se echó a reír y volvió a pasar la mirada de él a la mujer con un cabeceo que parecía de comprensión.

—Ahora lo entiendo —continuó—. Tú no trabajarías para ese tipo de

revista.

La mirada que Hellen le lanzó hizo que su amigo vacilara un momento.

—He aceptado —dijo Lyonelle, dejándose caer en el sofá y recogió las hojas que la mujer le había dado al entrar y comenzar a parlotear sobre lo sucedido, lo que se necesitaba, sobre sus ideas y lo peor de todo, sobre las fotos que había pensado que eran mejores... Había cosas que podía pasar y otras que no.

—¿Has aceptado?

Andy pareció atragantarse.

—Sí —repitió levantando la mirada de la hoja—. ¿Por qué?

—¿Es una broma?

—No —dijo él y sonrió haciendo que los dos se irguieran con recelo. La actitud de Andy era normal, ya que su amigo lo conocía desde hacía tiempo pero le agradó ver la alerta en esa mujer tan altanera. Al fin algo de control—. Acordamos un precio imposible de rechazar.

CAPITULO 7

—No voy a sacar esa mierda de fotografías. ¿En qué has estado pensando para tener esas absurdas ideas?

Lyonelle arrugó las hojas que ella había impreso aquella mañana y Hellen hizo un gran esfuerzo para no acercarse a él, de caminar el metro que los separaba para poner sus manos alrededor de su cuello y estrangularlo.

—¿No te gustan mis ideas? —dijo en un tono tan cargado de rabia que era difícil intentar sonar indiferente.

—Es basura. ¿Qué hiciste para conseguir el proyecto?

Las palabras de ese odioso hombre podían interpretarse como una ofensa pero Hellen simplemente ya sabía leer la burla en ellas sin escuchar la ofensa. Ese hombre, tal y como le había dejado caer Andy después de trabajar juntos durante cinco horas y ausentarse con la excusa de descansar un rato y dejarla

sola con el monstruo de su amigo, era un solitario y amargado hombre que había perdido su corazón y la capacidad de enamorarse.

Hubiera sentido lastima sino lo hubiera odiado tanto.

—Me acosté con mi jefe —soltó con un humor tan negro que hizo que Lyonelle se girara para mirarla antes de tirar a la papelera el vaso con el resto del café que habían pedido en un starbucks.

—Cambiaremos de idea.

Hellen hizo una mueca y dejó que él se adelantara a cruzar la calle para tirar ella también el vaso y lo siguió, asesinando su espalda.

Ni siquiera le había preguntado si era verdad, aunque tampoco era como si a él debía de importarle. ¿No había aceptado acostarse con él si le ayudaba? No quería darle demasiadas vueltas al tema, ya que ya habían pasado veinticuatro horas desde que le había pedido ayuda a ese hombre y eso significaba que tan sólo quedaba una semana para la presentación... ¿debía acostarse con él antes o después de presentar el proyecto...? Hellen se detuvo en mitad de la carretera, entrecerrando aún más los ojos. ¿En qué estaba pensando?

—¿Qué estás haciendo? ¿Tan desesperada estás que pretendes suicidarte ahora?

—No es una mala idea —soltó ella, caminando más rápido al ver como parpadeaba la luz del semáforo y se detuvo en la acera, al lado de Lyonele y lo miró con una mueca—, pero sería más tentador asesinar a ti.

Él la miró divertido.

—Adelante —la animó—. Pero eso no te ayudará con el proyecto.

Hellen hizo otra mueca.

—Una ciudad tan grande y me niego a creer que seas el mejor fotógrafo de la zona.

—No me considero el mejor, pero gracias de todos modos.

Hellen farfulló algo más sin sentido y volvió a tardar unos segundos antes de seguirlo.

—¿A dónde vamos?

—A visitar a alguien.

Hellen abrió mucho los ojos, espabilando el sueño que tenía y se puso a su lado.

—¿A quién?

—A una vieja amiga.

—¿Qué tipo de amiga?

Lyonelle le lanzó una rápida mirada sin disminuir el paso que había marcado.

—Sólo hay un tipo de mujer que te presentaría a ti.

—¿No me digas? —gruñó ella de mal humor.

—El concepto del anterior trabajo estaba equivocado. Si tus únicas ideas vienen de la misma base cometerás el mismo error.

Hellen sacó rápidamente el cuaderno del bolso.

—No puedo salirme de la idea. El artículo se basa sobre la mujer trabajadora y la moda habitual de la misma.

—No lo discuto —dijo él girando un edificio marrón—, pero en tus ideas y en el artículo que no ha sido aceptado sólo habla de un tipo de mujer trabajadora. Tu revista abarca un círculo mucho más amplio de mujeres y sobre todo esa revista la compra un sector diferente de mujer a la que se hace referencia.

—No te sigo.

Lyonelle se detuvo bruscamente y ella también lo hizo.

—No porque tú seas una feliz redactora sentada en su oficina, no significa que quienes compren y lean esa revista que tú has preparado, tengan ese mismo trabajo —dio un paso hacia ella y Hellen se irguió, levantando la

cabeza y no se movió cuando Lyonelle inclinó su rostro hacia ella, tan cerca que podía sentir el excitante aliento de sus labios en su rostro—, ¿alguna vez habéis pensado en interesaros por llegar al público correcto?

Hellen bufó, aún sin moverse.

—¿Sabes cuántos años lleva a la venta esta revista? Si no lo estuviéramos haciendo bien ya nadie la compraría.

—Que haya artículos e información buena no significa que toda lo sea. Tú puedes decidir si aquello que tú pongas dentro sirva para algo o simplemente sean unas páginas más de relleno.

Hellen respiró con fuerza y no respondió, dejando que Lyonelle volviera a sonreír con esa arrogante sonrisa y se diera la vuelta, volviendo a caminar.

—¿Y qué me sugieres que haga?

—¿Alguna vez has oído hablar de trabajo de campo?

—¿Trabajo de campo?

Lyonelle no le respondió; siguió caminado hasta detenerse en uno de los portales del edificio y se apresuró a retener abierta la puerta cuando un chico salió del edificio sin prestarles atención.

Subieron en el mismo incómodo silencio hasta la quinta planta y allí Lyonelle salió del ascensor, sosteniéndole la puerta con una sonrisa que estaba lejos de ser agradable y Hellen caminó algo confusa hasta detenerse junto a él en una de las puertas del final. Cuando llamó, la voz tranquila de una mujer se escuchó al otro lado.

—¡Lyon!

Lyonelle saludó con una sonrisa sincera por una vez y Hellen le miró sorprendida, un segundo antes de acordarse de que ese hombre era el mismo demonio y giró la cabeza para mirar a la mujer que había abierto la puerta

Sin lugar a dudas no era el tipo de mujer que se le había pasado por la cabeza cuando él había dicho lo de vieja amiga.

La mujer rondaría los sesenta y su aspecto era el de una mujer que pasa mucho tiempo en casa, con su bata de cuadros algo deshilada por un extremo y una ropa cómoda que habitualmente nadie quiere que alguien le descubra por casualidad, como para abrir deliberadamente la puerta.

—¿Y ella quién es?

Hellen se sobresaltó al descubrir que no era la única que le estaba haciendo un análisis a la mujer. Los ojos de un azul claro y repletos de arrugas a su alrededor, la miraban con interés, bajando un momento la mirada hacia sus manos.

—Maggy, déjame que te presente a Hellen. Estamos trabajando juntos.

La mujer apartó la mirada de ella.

—Trabajo, ¿eh?

—Sí, trabajo.

—Tú sólo apareces en mi puerta con dos tipos de mujeres. Con las que llevan anillos de pedida o las que llevan el título de asuntos de trabajo —la mujer suspiró—. Ya que ella no lleva anillo, suponía que debía ser de las del título.

¿Anillo de pedida? Hellen miró el rostro de Lyonelle, pero su expresión se había ensombrecido y su mirada endurecido. Maggy, en cambio, no se sintió amenazada, se limitó a quitarle importancia con un movimiento de manos y se apartó de la puerta.

—Entrad.

Hellen siguió a Lyonelle al interior de un pequeño piso, con una cargada decoración en recuerdos, fotografías, muebles antiguos, pero no aquellos que se encuentran en una tienda de antigüedades, sino aquellos adquiridos al principio de una vida y que nunca han sido renovados y hasta vio un pequeño camión rojo y amarillo de juguete a los pies de uno de los sofás.

—De acuerdo —volvió a hablar la mujer—. ¿Queréis tomar algo?

—Te lo agradezco, Maggy. Igual si no te importa nos demoramos un poco contigo.

—Cada vez tengo más curiosidad por saber de qué trata el trabajo. ¿Café?

—Por favor.

Esperaron a que Maggy volviera con varias tazas y las repartiera antes de sentarse frente a ellos con una mirada expectante.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Hellen trabaja para la revista dolls & body...

Maggy apartó bruscamente la taza de sus labios y lo miró sorprendida.

—¿Has accedido a trabajar para una revista así?

¿Qué tenía de extraño que él trabajara para la revista de su empresa? Hellen bebió un sorbo de su café y se mordió la lengua. Tenía curiosidad, demasiada, pero era cierto; no tenía tiempo y su interés por ese hombre no era importante, sólo era... ni siquiera tenía una respuesta para eso.

—Sí, es una larga historia.

—Tus historias nunca son largas, Lyon.

Lyonelle bufó y Hellen se puso en guardia, alerta de que pudiera ridiculizarla delante de esa mujer.

—Necesito que le expliques a Hellen sobre tu vida como trabajadora.

—¿Trabajas? —preguntó Hellen sorprendida, uniéndose a la conversación.

—Trabajaba, sí —dijo ella con una sonrisa.

Hellen miró a Lyonelle.

—¿En qué? —siguió.

—Estuve treinta y cuatro años trabajando como empleada en unos grandes almacenes.

—¿En serio? ¿En qué departamento? ¿Cómo dependienta?

Lyonelle bufó y sonrió con desdén.

—Ese es el problema de tu revista.

—¿Qué?

Maggy suspiró y también sonrió.

—No, trabajé en la limpieza.

Hellen volvió a mirar a Lyonelle y parpadeó confusa.

—¿Qué...?

—¿Cuántas veces has comprado esa revista?

—Posiblemente la compré hasta hace unos dos años.

—La revista no llega generalmente a un público acomodado. Son personas con trabajos normales las que compran la revista y esperan encontrar temas de interés, situaciones con las que pueden identificarse.

—¿Quieres...? —Hellen miró a Lyonelle sorprendida—. ¿Quieres que hable trabajos...?

—Trabajos. No son de uno u otro tipo, sólo son trabajos. Si necesitas hablar sobre la mujer trabajadora, su entorno y la moda usada por ellas, lo normal sería que se abarcaran todo tipo de trabajos. Desde ahí comenzarás.

—¿Qué?

—Si quieres mis fotografías, serán mis normas. Tú eliges.

Hellen hizo una mueca.

—Lo que tú digas.

Lyonelle señaló a Maggy.

—Bien, puedes comenzar con las preguntas.

CAPITULO 8

—¿Tú duermes alguna vez?

Hellen admitía que la profesionalidad de Lyonelle hacía honor a los rumores. Era inteligente y tenía un ojo increíble para crear situaciones e ideas que humillantemente admitía que ni ella tenía. Era un genio.

Pero también era un tirano.

Llevaban casi cuarenta y ocho horas sin parar de trabajar, llevándola de un lado a otro, obligándola a hacer unas u otras preguntas, tachando los detalles que él consideraba innecesarios... prácticamente hacía su trabajo, la hacía sentir minimizada, excluida. Era evidente que él solo se bastaba para convertir el proyecto en un éxito... y no sólo por las fotografías, unas que aún no existían y comenzaban a producirla ansiedad.

Pero lo que peor llevaba, aparte del sueño, algo que limitaba su capacidad para crear ideas, era que Lyonelle actuaba como el jefe, gritando y ordenando y ella, muy acostumbrada a recibir ordenes, había estado obedeciendo sin replicar.

—¿Dormir?

Lyonelle se quitó las coquetas gafas que encima le sentaban de maravilla, y la miró. Habían entrado a comer a un restaurante cerca de una plaza bastante visitada por turistas en ese momento y para colmo, Lyonelle le había mostrado otra faceta de él. No hablaba al menos que tuviera algo que decir, que por lo general era para ordenarle algo, y si ya tenía sueño...

—Sí. Por si lo has olvidado, es algo necesario para cualquier persona.

—No lo he olvidado.

—Parece que sí, a menos que seas capaz de hacerlo leyendo u estudiando alguna propuesta, claro.

Lyonelle suspiró e hizo a un lado su comida sin tocar.

—Pensaba que habías dicho que no tenías mucho tiempo. Deberías haberme avisado antes de estar perdiendo el tiempo contigo.

Lyonelle se levantó y Hellen se puso en pie de golpe, alarmada.

—¿A dónde vas?

—Relájate. Sólo voy a tomar un poco el aire.

—Pero si no has comido.

—No tengo hambre.

Lyonelle rodeó la mesa y recogió su chaqueta antes de caminar hacia la puerta. Hellen lo vio salir y observó como se paseaba por la plaza, entre los turistas, ojeándolos, deteniéndose y contemplando la zona.

Hellen suspiró amargamente y también apartó su plato hacia un lado y se levantó. Aquello era absurdo.

—Ya no sólo tengo prohibido dormir, sino que también comer —murmuró de mal humor mientras salía del restaurante.

Era un completo tirano.

Cruzó hasta donde se encontraba Lyonelle y se detuvo detrás de él, con las manos en los costados.

—¡Eh!

Lyonelle se dio la vuelta para mirarla, examinándola de arriba abajo como si la viera por primera vez.

—¿Ya has terminado de comer?

—Oh, ¿te preocupa?

—No realmente.

Hellen cerró un momento los ojos y respiró con fuerza. Sólo tenía que tener un poco más de paciencia... sólo un poco más.

—¿Qué estás haciendo?

—Pensar en un escenario.

—¿Un escenario?

Hellen miró a su alrededor, deteniéndose especialmente en la fuente que comenzaba a funcionar en ese momento con varios chorros de agua que se entrecruzaban al llegar a lo alto.

—Aquí haremos las fotos.

—¿Las fotos aquí?

—Sí. Aquí.

Hellen intentó ver el lugar de otra manera, de la manera que ese hombre lo

hacía.

—¿En qué estás pensando?

—Ven.

Lyonelle la agarró de la mano y la empujó cerca de la fuente, en lo alto y señaló con la mano libre la escena que debía ver bajo ellos, con todo el grupo de turistas que se movía de un lado a otro.

—¿Lo ves?

—No. Realmente no veo lo que intentas decirme, pero si tú crees que es buena idea...

Llegados a ese punto importaba poco su opinión, ya que básicamente lo había hecho todo él.

—Buscaremos a un grupo de mujeres trabajadoras, de varios tipos de trabajo y las juntaremos aquí. Un grupo de mujeres reales que aunque tengan diferentes trabajos, todas son mujeres trabajadoras. Haremos una con los uniformes y otra con la ropa que habitualmente usen.

Hellen volvió a mirar al grupo de turistas y comenzó a idear lo que Lyonelle estaba pensando y asintió lentamente con la cabeza.

—Es buena idea...

—Lo es.

Hellen puso mala cara.

—Eres un egocéntrico.

Lyonelle la miró y se llevó la mano que mantenía agarrada a los labios, besándosela sin dejar de mirarla. Hellen contuvo la respiración.

—No vayamos a sacar los defectos del otro. Nunca sabemos lo que puede salir allí, ¿verdad?

—Eres un imbécil.

Hellen apartó la mano bruscamente y se echó hacia atrás, perdiendo el equilibrio y sólo le dio tiempo de agarrarse al brazo de Lyonelle cuando cayó

hacia atrás, arrastrándolo a él también al interior de la fuente.

—¿Te has vuelto loca?

Lyonelle se incorporó en la fuente y le ayudó pese a sus palabras cargadas de rabia a que ella lo hiciera también.

—¡Ha sido un accidente! —chilló ella, tratando de limpiarse inútilmente el agua de la cara y enfocar a Lyonelle.

Una vez el agua dejó de chorrearle en los ojos, Hellen vio con amarga vergüenza como acababan de convertirse en el centro de atención no sólo de los turistas que habían comenzado a sacarles fotos, sino también de aquellos que estaban pasando por la plaza a esas horas.

—Espero que estés contenta.

—No mucho —musitó, saliendo de la fuente con un traspies que la hubiera regresado al agua si Lyonelle no la hubiera agarrado y la mantuvo sujeta hasta que consiguió salir.

—¿Y ahora que tienes planeado?

—¡No ha sido mi culpa!

—Deja de gritar. Por si no lo has notado acabamos de convertirnos en el centro de atención.

Hellen masculló algo y deseó patear el suelo, algo que lo hubiera hecho si Lyonelle no hubiera comenzado a alejarse.

—¿A dónde vas?

—A secarme.

Hellen miró a su alrededor, ignorando las miradas. Su casa estaba en la otra punta de la ciudad y la de Lyonelle tampoco estaba muy cerca.

—¿Dónde? —se interesó, asegurándose de caminar a su lado. Hellen prefería no tener que andar ella sola con esas pintas por las calles tratando de localizar un taxi.

Lyonelle como única respuesta le lanzó una fría mirada y siguió

caminando, deteniéndose frente a uno de los hoteles más lujosos de la ciudad y el más cercano. Sin vacilar, abrió la puerta y entró, caminando con una elegancia envidiable dadas las pintas que tenía con toda la ropa chorreando. Hellen lo siguió también, manteniéndose todo lo oculta posible en su espalda mientras los miraban con un desagradable interés y le daban las llaves al hombre.

CAPITULO 9

Hellen se cruzó de brazos sobre su jersey empapado e ignoró el molesto sonido de las gotitas cayendo sobre la alfombra.

—Sécate —le ordenó Lyonelle, lanzándole una toalla que terminó cayendo al suelo al no ser capaz de recogerla a tiempo.

Hellen lo miró furiosa pero se agachó a recoger la toalla y comenzó a secarse la cara sin perderlo de vista.

Según había entrado, Lyonelle había comenzado a quitarse la ropa, ignorando que ella se encontrara en la habitación y cuando ella le había hecho ver con todo el tacto que pudo que ella también se encontraba allí, el hombre se había encogido de hombros.

—¿Por qué no aprovechas y ya que estamos aquí no saldamos la cuenta pendiente? Puede que eso me ayude a trabajar más animado.

Hellen había pillado la respuesta por sorpresa y no había sabido que responder. Al principio. Luego se había puesto a gritar insultos como una loca mientras Lyonelle se encerraba en el cuarto de baño y salía varios minutos después, aseado y seco, vistiendo únicamente un albornoz blanco.

—¿Piensas quedarte así todo el día? Cogerás un resfriado.

—¿Te importa?

—No, supongo que no. Pero luego no me reproches que no hayas sido capaz de terminar el trabajo a tiempo.

Hellen apretó los dientes, pero poco a poco fue suavizando la presión y

relajó los brazos.

—Desde que te conozco mi vida ha ido del revés —dijo suavemente—. No duermo, no como, parece como si no fuera capaz de relajarme y...

Hellen se calló bruscamente al ver como Lyonelle se acercaba a ella y se detenía frente a ella, inclinando un poco la cabeza.

—¿Es eso una declaración?

—No seas absurdo.

—Si soy franco, debería decir que eres una de las pocas mujeres a las que puedo considerar un igual.

—¿Se supone que eso es un cumplido?

—No pretendía que lo fuera.

—¿Y cómo debería tomármelo?

Lyonelle se encogió de hombros.

—Sólo digo que comienzo a verte como algo más que un objeto.

Hellen bufó y masculló algo, moviendo la cabeza indignada.

—¿Eres imbécil?

Lyonelle volvió a encogerse de hombros.

—Después de conocer la falsedad con la que están hechas las mujeres, no confío ni creo en ellas.

—Vale, ¿eso significa que ha tenido ese tipo de experiencias con muchas mujeres?

—No —dijo él suavemente—. Sólo con dos.

—¿Dos?

—Los únicos dos errores de mi vida.

Durante unos instantes los dos se miraron fijamente y después él se apartó un momento.

—Sería mejor que fueras a darte una ducha.

—Es lo que haré.

Hellen se adelantó un paso para acercarse al cuarto de baño pero antes de llegara a él sintió como la mano de Lyonelle se clavaba en su muñeca y tiraba de ella, apretándola con fuerza en su pecho antes de besarla intensamente.

CAPITULO 10

Hellen tardó un poco más en la ducha de lo que habitualmente tardaba. No solía demorarse mucho, pero en ese momento lo que menos le apetecía era salir y enfrentarse a Lyonelle.

Lentamente se llevó una mano a los labios, recordando el beso que él le había dad antes de apartarse de ella y atender una llamada.

Salvada por la campana... sí, pero lo más ridículo de todo era que se había sentido frustrada porque él no había continuado, deteniéndose en un solo beso.

Suspiró ruidosamente y cerró el grifo, agarrando el otro albornoz que había colgado y se lo puso antes de respirar con fuerza y salir.

Lyonelle estaba sentada alrededor de la mesa y tecleaba algo en un ordenador. Al oírla, levantó la cabeza, examinándola con esa mirada que le ponía los pelos de punta.

—He mandado que manden lavar y secar nuestra ropa.

—Vale.

—Nos quedaremos hasta que nos la traigan.

—Bien...

Los dos se miraron en silencio.

—¿Quieres descansar un rato?

—¿Tú no vas a dormir?

—No sólo tengo este trabajo. Estoy comprometido con dos más.

—Ah.

Era verdad. Hellen se mordió el labio. Lyonelle no era de su exclusividad. Tendría otros compromisos, posiblemente trabajos mucho más interesantes y

productivos que el de ella.

—Dormiré un rato.

—Está bien. ¿No has dicho que trabajarás mejor si duermes un rato?

Hellen hizo una mueca y se acercó a la cama, tumbándose y tapándose hasta el cuello antes de ponerse de lado y tratar de dormir, escuchando a medias el sonido distante del teclado.

Durante los días siguientes la actitud de Lyonelle no cambió. Fue aún más tirano de lo que había mostrado las veces anteriores pero Hellen se acomodó fácilmente a él, comenzando a dirigir el proyecto y dando instrucciones. Lyonelle la escuchaba pero si no estaba de acuerdo la corregía sin dudar, explicándole los motivos por los que no estaba de acuerdo con ella.

Hellen admitía que, aunque las formas no eran las correctas, había aprendido más en el poco tiempo que había pasado con Lyonelle, que todos los años que llevaba trabajando para la revista.

Y también estaba el tema del pago.

Hellen le había dado muchas vueltas. Al menos sí lo había hecho en su poco tiempo libre del que había tenido.

Le gustaba Lyonelle.

Puede que esa combinación imperfecta de hombre arrogante y prepotente con los momentos más delicados, dulces y hasta íntimos que habían compartido, donde habían ido haciéndose revelaciones de sus vidas, le había llevado a la incierta certeza de que se sentía atraída por él.

Lo deseaba.

Y antes de darse cuenta se encontraba esperando con ansias el momento de entregar la nueva revista impresa para poder tener el tiempo libre y acudir a su encuentro con ese hombre.

—¿Has conseguido esto en tan poco tiempo?

Emilia Derran la miró sorprendida, dejando sobre su escritorio la revista

abierta por la página donde se encontraba su artículo y las fotografías de Lyonelle.

—Tuve ayuda.

Muchas realmente.

Emilia asintió despacio con la cabeza y acarició la página con la yema de los dedos, deteniéndose sobre las dos fotografías.

—¿Quién ha sido el fotógrafo?

La mujer la miró fijamente y Hellen le devolvió la mirada.

—Lyonelle Dyson.

—¿Lyonelle Dyson?

Hellen sonrió débilmente.

—El mismo.

—¿Me estás diciendo que ese hombre aceptó trabajar para nuestra revista?

Emilia estaba tan sorprendida que podía leerse la emoción en su rostro desencajado.

—Algo así.

—Algo así... —Emilia carraspeó con suavidad y recuperó la compostura

—. Supongo que él ha hecho algo más que aportar las fotografías, ¿verdad?

Hellen asintió con la cabeza.

—Sí, básicamente el trabajo es de él.

Emilia revisó el contenido una vez más y apartó la revista.

—Un gran trabajo.

—No mío —reconoció Hellen con pesar.

Aunque todo había resultado siendo un éxito, el reconocimiento que había recibido le estaba dejando un sabor amargo en la boca. Ella tan sólo había terminado siguiendo las instrucciones de alguien más, algo que ya llevaba haciendo durante años.

—¿Lo crees de verdad?

Emilia se levantó y se acercó hasta ella.

—Bueno, sí. No llega a ser por él no lo hubiera logrado seguramente.

—Nunca se sabe —La mujer sonrió—, pero aún así has logrado lo que yo llevo tiempo intentando. Un trabajo de Lyonelle Dyson. Siempre fue un genio y no sólo en la fotografía como has averiguado.

—Sí, vale —Hellen observó a Emilia mientras se acercaba a la ventana—. Pero su carácter le pierde.

—Es el carácter de alguien que ha sufrido mucho por amor.

—¿Por amor?

Emilia guardó silencio y se giró hacia ella con una nueva sonrisa.

—Da igual. No es a mí a quien le corresponde hablar de los demás... pero sí de trabajo.

—¿Trabajo?

—Has hecho un buen trabajo conjunto con ese hombre... y me gustaría que siguiera siendo así en el futuro.

—¿Eh?

—Dóblale el precio que le has ofrecido para que haya aceptado.

Hellen estaba segura que su rostro palideció, pero se limitó a asentir con la cabeza.

—Haré lo que pueda.

Se dio la vuelta y se acercó desanimada a la puerta.

—Hellen.

—¿Hm? —se giró para mirar a Emilia.

—Estoy segura que trabajar con Lyonelle te ha ayudado a abrir la mente, ¿no es así?

—Creo que sí —reconoció desconfiada.

—Puede que ahora no veas esto como un triunfo, pero a la larga serás capaz de ver esto como unas clases extras.

Hellen sonrió sin decir nada y salió del despacho. No dudaba que alguna vez no fuera a agradecer lo que aprendía de Lyonelle pero aún estaba el pago por sus servicios y encima tendría que volver a convencerlo para que trabajara con ellos más veces...

Cuando llamó al timbre de Lyonelle sus manos sudaban con fuerza.

—Pensé que no vendrías.

Hellen hizo una mueca y aceptó la invitación de entrar a su piso cuando él se lo indicó con una mano.

—Ha sido un éxito.

—Era inevitable.

Hellen hizo otra mueca, frotándose las manos.

—No podías ser más arrogante, ¿eh?

—Podría serlo aún más, pero no es por eso por lo que has venido, ¿no? Mi paga.

Los brazos de Lyonelle la rodearon la cintura y apretó con fuerza su cuerpo contra el de él, introduciendo una mano por su camisa hasta rodear uno de sus pechos. Hellen dio un salto de la impresión y se apartó torpemente. Cuando se dio la vuelta para mirar al hombre éste estaba sonriendo divertido.

—Relájate, ¿quieres?

—¿Qué me relaje?

Lyonelle se encogió de hombros.

—No es divertido conseguir a una mujer de esa manera.

—¿Perdona?

—Era una broma.

Hellen bufó. Debía sentirse aliviada pero se sentía muy lejos de sentirse de esa manera. Si tenía que ponerlo en palabras usaría la palabra decepcionada.

—De acuerdo —dijo con aspereza—. ¿Y qué me dices de volver a

trabajar conmigo?

Era un buen momento para entrar con ese tema y también había pulido su orgullo para no usar la frase trabajar para ella. Era evidente quién había sido quién en ese tiempo juntos.

Lyonelle enarcó una ceja y dejó de sonreír.

—¿Un nuevo proyecto?

—Tu trabajo ha sido un éxito —soltó ella de mal humor, reconociéndolo—. Pero esta vez no dejaré que tú seas mejor.

—¿Esta vez?

Hellen se encogió de hombros, imitando a la perfección la manera con la que él lo hacía.

—Sí.

—¿Das por hecho que voy a aceptar?

—No soy tan arrogante.

Hellen caminó lentamente hacia él y se puso de cuclillas para besarlo en los labios. Lyonelle no se apartó, pero no dejó de mirarla en ningún momento.

—¿Ahora vas a hablarme de un precio?

—Yo no estoy en venta —dijo ella con una nota irónica en la voz que hizo que Lyonelle sonriera.

—Todos tenemos un precio.

—Sí, tal vez, pero en esta ocasión seré yo quien averigüe cuál es tu precio.

Lyonelle enarcó una ceja.

—Eso va a ser más complicado.

—Me gustan los retos.

Lyonelle la besó también.

—Eso me gustaría mucho ver como lo consigues.

—Entonces tendrás que quedarte conmigo un poco más.

—No tengo inconveniente...

—Pero el precio será económico en esta ocasión.

—Tampoco tendré objeciones, ya que en esta ocasión lo he hecho gratis.

Hellen sonrió.

—Estaba dispuesta a pagar el precio.

—¿Ah, sí?

Lyonelle la rodeó por la cintura.

—Pero será para la próxima vez.

—¿La próxima vez?

—Sí, la próxima vez.

Sí, sería en el momento que ella encontrara la cerradura de su corazón.

FIN

EL AMIGO DE MI HERMANA

Krista.E.Mollet.

Capítulo 1

Carol esperó en la puerta de entrada, sin muchas ganas de llamar y enfrentarse a la persona que vivía allí.

Todo había sido cosa de su hermana. Hellen siempre lo planeaba todo, nunca tenía en cuenta su opinión, lo que ella quería.

Siempre lo hacía todo a su manera.

—Puedo vivir sola.

—Imposible.

Desde que Hellen había comenzado a trabajar se había vuelto insoportable.

Desde las dos semanas después de que consiguiera su propio equipo de laboratorio tras cuatro meses trabajando en el instituto de biología, Hellen había tenido una crisis de madurez intratable y había dejado de ser su hermana mayor tres años, su compañera de diversión, su amiga y confidente en las mayores locuras, a ser una madre, estricta, gritona y sacándole pegos a todo.

Carol había pasado de adorarla y admirarla a no soportarla.

Y el que se encontrase frente a esa puerta era también culpa de Hellen.

Y eso no podría perdonárselo en la vida.

Carol suspiró ruidosamente y levantó la mano, dejándola suspendida enfrente del timbre.

No podía hacerlo.

Hellen se había negado a que viviese sola cuando ella se trasladase con el

equipo del laboratorio a Canadá.

—¿Por qué no puedo? Soy mayor para vivir sola y tu empezaste a vivir sola más joven que yo.

—No es lo mismo.

Por supuesto.

Hellen había encontrado su frase favorita. No es lo mismo. Lo había escuchado más de cien veces en los últimos meses.

Parecía como si hubieran pasado siglos.

—No pienso volver con papá y su mujer. No la soporto.

—No es discutible. No te puedes quedar aquí. Además, la renta del piso no puedes pagarla.

—Trabajaré.

—Sabes que no eres capaz de hacer las dos cosas a la vez.

Hellen se había puesto frente a ella con los brazos cruzados y esa mirada que también había puesto en los últimos meses.

—¿Qué? —Había inquirido ella, molesta, sorprendida por el giro que había dado su hermana a la conversación.

—¿Crees que puedes combinar los estudios con un trabajo?

—Tú lo hiciste.

—No me compares contigo. Este mes dejaremos la casa y tú te irás a casa de papá.

—No, no me iré. Incluso la universidad me pilla más lejos.

—¡Deja de discutir!

Las dos hermanas se habían mirado desafiantes.

—Lo que haga es cosa mía. Trabajaré y estudiaré y viviré por mi cuenta.

Hellen se había frotado la cabeza, exasperada.

—¡Tú no eres capaz!

—¡No es asunto tuyo!

Las dos habían seguido discutiendo y Hellen, tal vez preocupada de que Carol cumpliera su amenaza de dejar la universidad en serio, intentó razonar

con ella. Si no quería volver con su padre, tal vez podía hablar con un amigo que vivía junto a la universidad para que se quedara con él mientras terminaba la universidad.

Carol se había negado como una loca.

Pero en esta ocasión por otro motivo.

Deen era el amigo de Hellen desde la primaria. Carol recordaba haberlo visto en casa más que a cualquiera de las amigas de su hermana y sólo se habían distanciado cuando los dos se mudaron para acudir a universidades diferentes e, incluso, Carol había oído a Hellen hablar con él frecuentemente.

Carol recordaba a Deen con cariño, recordaba la manera en la que siempre la había tratado pese a que era tres años menor, siempre la había tenido en cuenta y hasta la había defendido ante su hermana o sus padres cuando había hecho algo mal.

De alguna manera Carol había dejado de ver a Deen como el amigo de su hermana. Ya ni recordaba cuando había comenzado a fijarse en él, a sentir celos cuando trataba amigablemente a su hermana o el dolor que sintió cuando descubrió que tenía una novia.

Carol estaba enamorada de él.

Y no estaba preparada para encontrárselo de nuevo tras dos años sin verlo.

No es como si se hubiera olvidado de él, como si los sentimientos hubieran desaparecido; lo seguía queriendo, pero había pasado tiempo y le preocupaba vivir con él. Ninguno de los dos era ya un niño y Carol tenía que fingir que para ella , él seguía siendo simplemente el amigo de su hermana.

Al final no había conseguido persuadir a su hermana para encontrar otra alternativa. Hellen había terminado decidiéndolo todo por sí misma.

Deen al final era su última alternativa.

En realidad la había convertido en la única.

—¿Prefieres ir a casa con papá?

La pregunta no era exactamente esa. Y Carol lo sabía cuando miraba temblando de la rabia a su hermana después de la acalorada discusión.

¿Quieres ir a casa y vivir con la bruja de la esposa de papá?

Las dos odiaban a la mujer y ese era el motivo por el que Hellen se había marchado de casa nada más empezar la universidad y la había llevado con ella. No había querido que siguiera viviendo sola con una mujer que no las quería y que las despreciaba.

Y todo había ido genial hasta ese momento.

—No.

Admitirlo había escocido más que cualquier otra cosa, o al menos lo había hecho hasta que vio la satisfacción triunfal en el rostro de su hermana.

—Estupendo, entonces te quedarás con Deen.

Carol había ido detrás de su hermana n cuanto había salido de su habitación.

—Espera, ¿has pensado que él no quiera vivir conmigo?

—¿Por qué no iba a querer? No tiene por qué no querer hacerme un favor. Eso era en lo que ella se iba a convertir: un favor.

—¿Y si tiene novia?

—Bueno, no la tiene, creo —creo decía—, y si la tiene, viviréis los tres.

—Que bonito.

—Vamos, deja de comportarte como una niña, no es como si te estuviera diciendo que tienes que dormir en la misma cama de Deen. Tú en tu habitación, y ellos en la suya.

Se giró, la miró y puso los ojos en blanco.

—Ya, qué fácil es todo para ti.

Hellen siguió caminando hacia la cocina.

—No, tú lo haces demasiado difícil.

—Vale, pero, ¿y si dice que no?

—Entonces vendrás conmigo a Canadá, ¿te gusta la idea?

Carol había hecho muecas a su espalda mientras Hellen se reía.

—Olvidalo.

—Eso suponía.

Como su hermana había asegurado, a Deen no pareció importarle la idea, incluso Carol la escuchó preguntar entre risas si tenía una novia o vivía con alguien porque ella estaba muy preocupada de convertirse en un estorbo.

En esos momentos, había querido entrar a la habitación de Hellen, arrancarle el teléfono de la mano y apagarlo, pero no había tenido el valor de hacerlo.

Por una parte te negaba a admitirlo, pero por otra estaba deseando volver a ver a Deen. ¿Habría cambiado algo?

Carol volvió a suspirar frente a la puerta, aún sin atreverse a llamar.

—Al menos podías haber venido conmigo —musitó en voz baja, apartando la mano del timbre y se frotó las mangas de la chaqueta.

Se lo había pedido a Hellen. No quería presentarse sola en su casa con una sonrisa y fingiendo que no había pasado un par de años desde la última vez que se habían visto.

En realidad no era su amigo, sino el de su hermana y ella tan sólo había sido la torpe hermana menor que siempre trataba de seguir su ritmo y estorbarles hicieran lo que hicieran.

Lo viera como lo viera, aquel encuentro le producía ansiedad.

—¿No os llevabais bien? Recuerdo haberos visto hasta jugar juntos.—le había dicho Hellen sin dejar de preparar su maleta—. Hay que reconocer la paciencia que tenía el pobre contigo.

—Sólo era acompañarme, joder.

Pero había sido pedir demasiado de su hermana.

Y tampoco podía estar todo el día frente a la puerta, con una maleta sin que los vecinos comenzaran a pensar que era alguien sospechoso o Deen llegara a creer que se había extraviado por el camino y terminara llamando a Hellen antes de considerar la posibilidad de que se encontrase al otro lado de su puerta incapaz de llamar al timbre.

—Sólo tengo que apretar el timbre y sonreír cuando abran la puerta Aunque era más fácil decirlo que hacerlo.

Respiró hondo mientras volvía a levantar la mano y sin pensárselo demasiado, llamó al timbre, escuchando el sonido al otro lado de la puerta.

Durante unos segundos esperó impaciente a oír unos pasos acercándose, algún sonido desde el otro lado, pero todo siguió igual de quieto, de silencioso y tras un mininito, Carol comenzó a imaginar que realmente no había nadie dentro, que se había estado preocupando para nada.

—Genial.

Ella ansiosa por comprobar lo que pasaría cuando volviesen a verse y Deen ni se había acordado que ella llegaba a esa hora.

—Imbécil.

Aunque la imbécil era ella por preocuparse por algo así. Ella tan sólo era la hermana de su amiga. Posiblemente él no esperaba de ese momento lo mismo que ella.

Se dio la vuelta, pensando en donde esperar o buscar alguna cafetería donde llamar a su hermana y contarle lo ocurrido y que fuera ella la que se encargase de hablar con Deen, cuando la puerta se abrió y Carol se quedó completamente petrificada, girándose bruscamente.

—Ey, Carol.

—Deen.

Carol miró de una manera descarada al hombre que tenía frente a ella. Era tan apuesto como lo recordaba, pero admitía que la barba de dos días que le cubría la barbilla y el aspecto desaliñado que presentaba con su musculoso pecho al descubierto y unos desgastados pantalones de pijama, no le ayudaban a que ella sintiera un arrebató por colgarse de su cuello y besarlo.

Algo que no hubiera hecho de ningún modo de todas maneras.

—Vaya —dijo él, silbando, haciendo el mismo análisis con ella que Carol había hecho con él—. En este tiempo te has vuelto preciosa.

Capítulo 5

Carol miró a Deen en la puerta y no pudo evitar sonreír, bajando la cabeza.

—No puedo decir lo mismo de ti.

—¡Qué cruel! —rió él.

—Ya hablaste con Hellen...

Carol no terminó la frase. Le incomodaba la situación. Era imposible que los sentimientos que había intentado disimular por tanto tiempo simplemente quedaran olvidados ahora que lo volvía a tener enfrente.

—Sí, sí. No te preocupes. Pasa.

Deen se adelantó para cogerle la maleta y Carol se puso tensa, notando como la piel desnuda de sus brazos rozaban su cuerpo y cerró un instante los ojos, tratando de imaginarse como sería sentir aquel contacto sin ropa.

—¿Carol?

—¿Qué?

Carol parpadeó, dándose cuenta que se había quedado distraída en la puerta mientras Deen había entrado dentro de la casa.

—¿No vienes?

—Sí, estaba...

Carol no terminó la frase, se quedó en silencio, sin nada que decir realmente y sonrió torpemente antes de levantar un pie y entrar en la casa.

Aún le parecía increíble ir a vivir con Deen.

Ir a vivir juntos, los dos solos.

—¿Quieres comer algo o prefieres instalarte primero?

Aunque Deen solo la veía como la hermana pequeña de su mejor amiga.

—Me da igual. ¿La habitación?

—Claro —Deen arrastró la maleta hasta un cuarto y abrió la puerta a una habitación que por las cajas, Carol imaginó el uso que había tenido hasta ahora—. No es gran cosa.

—Ya, da igual.

Deen dejó la maleta a un lado y se acercó a la zona donde estaban

amontonadas las cajas.

—Mañana me las llevaré.

Carol se encogió de hombros.

Era duro ver como para Deen ella seguía siendo una niña.

—Déjalas —Murmuró—. No me molestan y, además, me iré en cuanto encuentre un trabajo de medio tiempo y ahorre un poco para irme a un piso sola.

Deen se giró para mirarla y se apoyó en la pared.

—No tengas tanta prisa.

—No quiero ser un estorbo.

Eso era lo único que tenía claro. Y ya que no podía razonar con Hellen, lo haría con Deen.

—No tan deprisa —rió él.

—He dicho cuando ahorre, no ahora mismo.

—Ya, ya. ¿Y qué opina tu hermana de esa decisión?

Carol puso los ojos en blanco.

—No se lo he preguntado.

Deen parecía divertido.

—¿No se lo has preguntado?

—No. Y de hecho —Carol se sentó en la cama y abrió la maleta—, no pienso decírselo.

Esta vez Deen se puso a reír y Carol lo miró molesta.

—Como quieras. Te dejaré para que te acomodes.

—Gracias.

Se apartó de la pared y caminó lentamente hasta la puerta. Carol siguió todos sus movimientos hasta que él se giró y ella apartó rápidamente la mirada.

—Una cosa.

¿Ya venían las normas?

—¿Hm?

—Estoy encantado de que estés aquí conmigo, así que no le des más vueltas al asunto, ni te preocupes por nada.

Deen sonrió y Carol sintió como se le aceleraba el corazón.

Desde niña, siempre había tenido debilidad por esa amabilidad que derrochaba y esa sonrisa dulce que tantas veces le dedicaba.

Incomoda apartó la mirada.

—Gracias —repitió, aunque esta vez sin la misma fuerza.

Capítulo 6

Vivir con Deen no era tan malo.

Carol admitía que era más fácil que vivir con la Hellen de los últimos meses y nada que hablar de si hubiera vuelto a casa de su padre.

Admitía que su hermana había tenido razón en pensar en él cuando buscaba una solución y eso en parte le molestaba, ya que siempre había tenido celos de los cercanos que eran los dos y lo lejos que estaba ella de Deen.

Deen estudiaba el master de la universidad y trabajaba, pero pese a todo el tiempo que dedicaba a una u otra de esas cosas, siempre encontraba tiempo para hacer con ella la cena y dedicarle tiempo. Carol se sentía cada vez más unida a él, se sentía cómoda y no se sentía sola.

Pero de la misma manera era muy complicado vivir con él.

Carol sabía que si siempre lo hubiera visto como un amigo, como el amigo de su hermana, ahora mismo no se sentiría tan nerviosa e inquieta.

Pero sus sentimientos por él ni siquiera habían disminuido ahora que vivían juntos. Era cierto que desde que vivían juntos, Carol había comenzado a ver los puntos malos de Deen.

Había descubierto en el mes que llevaban juntos, que Deen tenía la mala costumbre de descuidarse cuando estaba en casa. Vestía ropa de andar por casa, sin preocuparse en lo mal que le sentaba o lo rota que pudiera estar. Tampoco se afeitaba y el fin de semana, el domingo a la noche tenía un aspecto de hombre sin techo.

Al principio, había sido un shock para Carol. Su idea, la imagen mental

que tenía de Deen, ese chico de aspecto perfecto, arreglado, vestido a la moda y con el cabello perfectamente peinado, se había hecho añicos, pero poco a poco lo había terminado viendo como algo que era parte de él.

Tampoco era muy formal comiendo y Carol había tomado por costumbre arrastrarlo a la hora de la comida o apartarlo del televisor o el ordenador cuando consideraba que llevaba horas sin comer nada.

Vivir con Deen le había hecho darse cuenta que su amor por él no era algo casual, sino que se había dado cuenta que sus sentimientos eran tan fuertes que podían herirla, aunque Carol había decidido no preocuparse por eso todavía.

Por ahora pretendía disfrutar del momento.

Disfrutar de su convivencia con Deen.

—¿Te apetece hacer algo este fin de semana?

También tenía la mala costumbre de entrar a su habitación sin llamar.

Carol suspiró. Comenzaba a acostumbrarse a eso, o lo que estaba era cansada de repetirle que llamara antes de entrar.

—¿El fin de semana?

Al menos no la había encontrado aún en una situación comprometida.

Por suerte.

O por mala suerte.

Eso era algo por lo que Carol prefería no pensar demasiado. Su forma de actuar le hacía notar que seguía viéndola como una niña, como la hermana pequeña de Hellen.

Y eso la deprimía.

—Sí, al cine, de acampada, al parque de atracciones, ¿puenting?

—Eh...

—Si estás ocupada, lo dejamos para otro momento.

Deen miró el montón de libros que había frente a ella y Carol se giró completamente, con una sonrisa que trataba de restar importancia al montón de trabajos y exámenes que se le echaban encima.

—Estoy bien. Vamos a algún lado.

Aquello sonaba como a una cita.

—Genial. ¿A dónde te apetece?

—Cualquier lado menos el parque de atracciones.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Y una persona normal daría por finalizada esa discusión.

—Pero si hace unos años te encantaba ir allí.

Carol cerró los ojos irritada. No, había sido pedir demasiado que Deen dejara el tema en paz.

—Sí, cuando era niña.

—Vaya, no me digas eso —se burló Deen con expresión de sorpresa.

Carol puso los ojos en blanco.

—Lo sé, lo sé —rió él—. Toda una mujer.

A Carol le molestó el tono con el que lo había dicho y cogió uno de los libros que tenía sobre la mesa y se lo lanzó.

Deen se apartó de la trayectoria del libro riendo y levantó las manos para hacer las paces.

—¿Entonces vamos a algún sitio?

Carol volvió a poner los ojos en blanco.

—Ya veremos.

Se dio la vuelta, haciéndose la dura mientras repasaba mentalmente si había alguna película en cartelera que le apeteciera ver.

—¿Sabías que enfadarse de esa manera es muy infantil?

Carol se giró bruscamente con otro libro en la mano y Deen se apresuró a alejarse entre risas.

Capítulo 7

—Está todo bien.

Tal vez no había sido tan buena idea vivir con Carol después de todo.

—Sé como es mi hermana.

—¿Y eso qué significa?

Deen se rascó despreocupadamente la pierna, bostezando. Odiaba que le despertaran tan temprano un sábado, aunque no le había venido mal que Hellen le despertara si quería arreglarse un poco antes de las doce.

Carol había dicho que tenía que entregar algo a unos compañeros con quienes estaba haciendo un trabajo o algo así y habían quedado a las doce en la puerta.

Al final había sido Carol quien lo había planeado todo.

Irían a comer —aunque le había dejado a él escoger el restaurante—, después darían un paseo por la playa y más tarde al cine —también había escogido la película ella, aunque le había preguntado si no le importaba ir a verla—, y después...

Carol lo había dejado en el aire y Deen se había dado cuenta de que por un momento se le pasó por la cabeza la idea de acostarse con ella.

Posiblemente ese había sido el momento en el que había considerado la opción de que vivir con Carol había sido un error.

—Deen, ¿me estás escuchando?

—Sí, ¿qué decías?

Hellen suspiró.

—¿Te ocurre algo Deen? Te noto decaído.

¿Decaído? Deen sonrió y se sentó completamente en la cama. Era una forma de decirlo, aunque él no lo explicaría con la palabra decaído. También sería gracioso averiguar la opinión de Hellen sobre su repentina atracción por su pequeña y adorable hermanita.

Al menos había sido hace años pequeña y adorable.

Ahora seguía siendo adorable pero no tan pequeña.

—No, en absoluto. Pero me has despertado.

A veces mentir era más sano.

Deen no estaba tan dispuesto a reconocer frente a la bruta de Hellen que se le había pasado por la mente pensar en su hermanita de una manera bastante lejos de lo que ella esperaba que ocurriera entre ellos.

—Vaya, lo siento, señor vago, ¿te he despertado!

—Es sábado. Y los sábados no tengo que trabajar.

—Y eso significa que te pasas todo el día en la cama.

—Todo el día no —protestó él.

—Cierto —admitió Hellen—, sólo una parte considerable del día.

—Eso es más correcto.

Los dos comenzaron a reír.

—Vale, mi hermana está estudiando, ¿verdad?

—Sí, le dedica mucho tiempo, no te preocupes.

—No dejes que se distraiga mucho. Nunca ha sido de pasar muchas horas en algo tan aburrido como los libros de texto.

—Por si no te has dado cuenta, Hellen, tu hermana ya es lo suficientemente mayor como para tener a alguien que le haga de niñera.

Y su cuerpo había crecido bastante bien. Sus formas y curvas se habían redondeado más de lo que recordaba que habían hecho la última vez que la había visto.

—Créeme si te digo que su cabeza sigue siendo la de una niña de seis años... con las ganas de estar todo el día de fiesta y emborrachándose.

—Creo que exageras.

—Sólo te pido que le eches un ojo de vez en cuando.

—Se lo echo.

Aunque no en los lugares que Hellen le pedía.

—Tengo que volver al trabajo.

—Que responsable te has vuelto —bromeó Deen.

—Solo he crecido. En realidad tú también has madurado mucho, sólo que a uno mismo le cuesta verlo.

—Hasta hablas de manera diferente.

—Eres un imbécil, Deen.

—Esa es la Hellen que conozco.

Los dos volvieron a reír.

—No se está tan mal por aquí, en realidad.

—Uy, eso también lo conozco.

—¿De qué estás hablando?

—Vamos, vamos, admítelo, te gusta alguien.

Deen se pasó el teléfono a la otra oreja y miró el reloj para asegurarse que no se estaba excediendo con el tiempo y no tendría oportunidad de arreglarse un poco antes de salir de casa.

—Bueno, alguien hay, sí. He conocido a alguien.

—Y hasta le das vueltas al asunto. Eso es que te gusta de verdad. ¿Ya estáis saliendo?

—No.

Respuesta inmediata.

Deen enarcó una ceja y sonrió a la pared. ¿Así que un caso difícil para Hellen? Iba a ser una pena tener que perderselo.

—¿Entonces? ¿Es algo unilateral?

—No se lo he dicho.

—¿Te haces la dura o él se hace el duro? ¡No me digas que está casado!

—Joder, Deen, no —Hubo un silencio y Deen esperó a que continuase hablando, expectante—. Creo.

—¿Crees? Vamos avanzando —se echó a reír.

—Oye, que no tiene gracia.

—Lo siento, lo siento —Deen dejó de reír pero no de snreír—. Supongo que será un gran tipo. Es majó y eso, ¿no?

Hubo un extraño silencio al otro lado del teléfono y Deen arrugó la frente.

—De hecho es un completo capullo.

Esta vez fue él quien no se dio tanta prisa en responder.

—¿Y te gusta?

—Bueno, tiene su... morbo.

—Morbo.

No debía estar escuchando correctamente.

—¡Tú no lo entiendes!

—Prefiero no entenderlo.

—Da igual, tengo que volver al trabajo.

—Sí, sí, diviértete.

Deen la escuchó soltar algunos insultos antes de colgar y dejó el teléfono sobre la mesita, levantándose completamente con pereza mientras iba directamente a la ducha.

—Y yo pensaba que tenía un problema con su hermana.

Sacudió la cabeza y abrió el grifo de la ducha, calculando el tiempo que tendría antes de estar completamente arreglado.

Capítulo 8

Deen tan sólo tuvo que esperar cinco minutos en la puerta antes de ver aparecer a Carol dentro de un coche. Era normal que la acompañaran a casa. Hasta él acompañaba y le habían acompañado muchas veces, pero no pudo evitar sentir cierto malestar mientras veía como Carol le daba un fuerte y rápido abrazo al chico que la había acompañado antes de bajarse y despedirse con la mano antes de acercarse a él con una sonrisa recelosa.

—¿Has esperado mucho?

Deen sacudió con la cabeza, sin dejar de mirar como se alejaba el coche.

—¿Es tu novio?

Ni siquiera sabía por qué hacía esa pregunta.

—¿Quién? ¿John? ¡No!

—Se os ve unidos.

Intentó dar un matiz despreocupado a la voz mientras echaba a caminar hacia su coche.

—Es un amigo de la universidad. Y he tenido suerte que me haya traído porque al final nos hemos entretenido más de la cuenta y no me iba a dar tiempo de llegar.

—No te preocupes. Tus estudios son primero. Tan sólo me tenías que haber llamado. Esto lo podíamos dejar para otro momento.

Deen se giró para mirarla con una sonrisa que mostraba lo poco que le importaba si ella tenía novio o no, pero se sorprendió de ver la expresión dolida de Carol, un momento antes de que apartara la cabeza y mirara hacia otro lado.

—No ha sido el caso. Me ha dado tiempo —dijo en voz baja.

—Ya veo.

Caminaron en silencio hasta el aparcamiento y Deen se fijó en la manera que Carol tenía en subirse al coche, admirando sus piernas antes de subirse él también.

—Elijo yo el restaurante, ¿verdad?

Ya lo habían hablado, pero quería romper ese silencio.

—Sí.

Aunque ella no parecía muy por la labor.

—Me ha llamado Hellen.

—¿Mi hermana? ¿Para qué?

Al menos estaba interesada en algo.

—Me ha preguntado por ti.

—¿Y qué le has dicho?

Ahora estaba a la defensiva.

—Que estabas bien.

Deen intentó sonreír y Carol pareció relajarse.

—Siempre está metiendo las narices donde no la llaman.

—Es tu hermana.

—Eso no le da derecho.

—Eso es lo que le da derecho.

Carol se cruzó de brazos y Deen suspiró, dándose cuenta que iniciar una discusión no era lo mejor para comenzar una velada agradable.

—Tan sólo me ha preguntado que tal en los estudios, si comías bien, si bebías apropiadamente y si usabas los medios suficientes en tus relaciones sexuales.

Carol lo miró sorprendido, con los ojos muy abiertos y notó de refilón como se sonrojaba.

—Hellen no te ha dicho eso.

Aún así su tono de voz evidenciaba que Hellen era muy capaz de haberlo hecho.

—No, claro que no.

Deen la miró directamente con una sonrisa divertida y ella le hizo una mueca antes de reírse también,

—No tiene gracias.

—Al menos te has reído.

—Ya, claro.

Puso los ojos en blanco.

—¿A dónde vamos?

—Te gustará el local.

Deen conocía aquel restaurante familiar desde hacía año y medio. Más que un restaurante, era un local pintoresco donde mezclaban la cocina italiana con la china, legado de la unión de unos familiares antiguos donde un italiano había conocido a una hermosa china en un viaje y los dos decidieron escaparse y fundar una familia en Florida

Desde el principio, Deen le había encontrado más de una laguna a la historia, pero la muchacha, la nieta del dueño, tenía un acento bastante peculiar que hacía que uno pudiera estar horas escuchándola.

Sin hablar de que era muy bonita y tenía un generoso cuerpo también muy llamativo.

Si tenía que reconocerlo, Deen admitía que no solo había frecuentado el lugar por la comida.

—Ey, Deen, tiempo sin verte.

Deen sonrió automáticamente cuando Karmela se acercó hasta él, con una bandeja en el costado y unos pasos insinuantes.

—He estado ocupado, preciosa.

Deen aceptó de buena gana el rápido beso que le dio Karmela en los labios y dejó que le acariciara la mejilla.

—Te he echado mucho de menos.

Deen volvió a sonreír y reparó en Carol al moverse a su lado y giró el cuello para mirarla. Tenía la cabeza girada y miraba hacia otro lado. Deen, dándose cuenta de la situación, carraspeó y se apartó de Karmela.

—Lo siento, cielo, hoy he venido acompañado, tendremos que dejar lo nuestro para otro momento.

Era una promesa vacía. Siempre andaban con las mismas bromas, pero nunca llegaban a nada más que unas palabras coquetas y unos gestos insinuantes. Ninguno de los dos había intentado jamás algo más con el otro; posiblemente pese a sus palabras y acciones, no existía entre ellos esa necesaria atracción sexual a falta de sentimientos más profundos.

Deen le guiñó un ojo y ella le señaló una mesa.

—Es la mejor.

—Gracias preciosa.

Deen caminó primero, conduciendo a Carol hacia la mesa y le movió caballerosamente la silla, pero ella no intentó sentarse y Deen la miró intrigado.

Carol también lo miraba fijamente.

—¿Ocurre algo?

Ella sacudió la cabeza y miró un momento a Karmela antes de volver a mirarle a él muy seria.

—Tal vez sería mejor que yo me fuera.

Capítulo 9

Carol se había dejado convencer por Deen para quedarse en el restaurante, pero la atmósfera había sido imposible de recuperar.

Habían comido prácticamente en silencio y Carol tenía la sensación de que Deen había hecho el mayor desgaste de la conversación.

Ella ni siquiera lo había escuchado.

Al verlo junto a la camarera, Carol había tenido un nuevo episodio de dramatismo. Volvía al comienzo de su convivencia con Deen.

Por un momento había creído que entre Deen y ella podría existir algo más. ¿Por qué la había invitado? Le había estafo dando demasiadas vueltas mientras pensaba qué ponerse, se lo había tomado con ilusión, pero Deen había destrozado la esperanza cuando le había mostrado esa escena con esa chica llamada Karmela. ¿Su amante? ¿Su novia?

—Eh, ¿se puede saber lo que te pasa?

Carol suspiró y miró a Deen.

Le había dicho que estaba cansada y no le apetecía hacer nada después de ver una película de la que no se había enterado ni la mitad.

—Nada, estoy cansada.

Ni siquiera trataba de fingir bien. Era tan evidente que todo había comenzado en el bar, que a esas alturas le daba igual todo.

—A mí no me lo parece.

—Oye —Deen la miró de reojo, un momento sin apartar la atención de la carretera—. Si algo te ha molestado.

—No, está todo bien —mintió y volvió a mirarlo con una sonrisa forzada.

—A mí no me lo parece y preferiría que me lo dijese.

Parecía irritado, pero Carol también se sentía mal. ¿No podía sentirse desilusionada?

—Siento no haber estado buscando un trabajo, comenzaré enseguida.

—¿Qué? —Deen parecía realmente sorprendido—. ¿A qué viene eso de pronto?

—De pronto, no. Ya te dije que era lo que pensaba hacer.

—Sí, claro, pero lo decides ahora, después de más de un mes.

Carol se revolvió incomoda y giró la cabeza.

—No me había dado cuenta que era una molestia.

Deen soltó un juramento y giró bruscamente el volante para meterse en el aparcamiento.

—Una molestia. ¿Se puede saber de dónde sacas eso ahora?

—No traes a tu novia por mi culpa, ¿verdad? Porque yo estoy en tu casa.

Y ni siquiera se imaginaba hasta el punto que dolía todo aquello. En ese momento, Carol odiaba a su hermana por no haber tenido en cuenta sus sentimientos cuando la envió con Deen. ¿Se pensaba que porque era su amigo, todos tenían que considerarlo un amigo? Deen era un hombre, y ella una mujer. Y encima ahora mismo, ella estaba siendo irracional, pero ya puestos también era su culpa.

—¿Mi novia? ¿Lo dices por Karmela?

Deen se echó a reír.

—No tiene gracia.

Al menos no para ella.

—¡Karmela no es mi novia!

—No quiero ser un estorbo cuando quieras meter a alguien en tu casa y te contengas porque soy la hermana de tu mejor amiga y...

—¿Qué tonterías estás diciendo?

Carol miró un momento la expresión de Deen, una mezcla de enojo y sorpresa y abrió la puerta del coche, negándose a dejar entrever aún más lo afectada que estaba.

Quería a Deen, pero también tenía su orgullo.

Y en ese momento se sentía herida, aunque no tuviera motivos porque Deen jamás le había dicho más de lo que ya existía entre ellos, jamás había dado a entender que se sentía atraído por ella o algo, ella era libre de darse esperanzas y tener ilusiones y acababa de golpearse con ellas contra el suelo.

—Carol, espera. ¡Carol!

Deen la alcanzó antes de que llegara a la puerta de entrada y la agarró de un brazo para detenerla.

—Estoy cansada y quiero ir a dormir.

¿Tan difícil era que entendiera que no quería verle en ese momento? No, claro que eso no pasaría por su cabeza, ni siquiera comprendería lo que estaba

ocurriendo en ese momento.

—Mírame un momento.

Carol no levantó la cabeza.

Estaba tan cansada. Una parte de ella quería alejarse de él, admitía las evidencias y era racional, la otra quería inclinarse, besarlo y confesarse y con un poco de suerte dormir abrazada a él.

—Tengo que descansar. Mañana tengo que empezar un nuevo trabajo y...

Se calló bruscamente cuando Deen le levantó la barbilla suavemente y le obligó a mirarle a los ojos.

—Vamos, Carol, dime lo que ocurre.

Carol lo miró fijamente. Tan sólo tenía que inclinarse y besarlo...

¿Y después?

Sonrió y apartó la mano de Deen de su barbilla.

—Remordimientos de salir a divertirme cuando tengo tanto trabajo. Hellen me mataría.

Se apartó de él y entró en la casa, dejándolo fuera.

Capítulo 10

No podía creérselo. Estaba seguro que sus instintos no estaban tan oxidados como para no darse cuenta que Carol estaba celosa.

¿Cómo podía haber estado tan ciego?

Lo había tenido siempre frente a sus narices y nunca había visto las evidencias. Ahora en cambio, sí que se daba cuenta de la manera que Carol se había comportado con él en los últimos años. Lo evitaba, parecía más tímida y siempre estaba arreglada cuando él aparecía con Hellen. Y ahora lo ocurrido frente a Karmela.

O era eso o él era un condenado loco.

La idea de que Carol pudiera estar enamorada de él le había sorprendido e inquietado al principio, pero ahora no estaba seguro de cómo tomarse la noticia.

Admitía que le gustaba Carol, llevaba un tiempo, sobre todo desde que

había aparecido una vez más en su vida que su presencia le reconfortaba, incluso reconocía que verla tan familiar con aquel chico del coche no le había gustado nada, pero eso no quitaba que él hasta hacía nada no se había fijado en ella. Era sólo una niña, la hermana pequeña de Hellen, era...

—Me voy a volver loco.

Se frotó con fuerza la cabeza y salió al pasillo, deteniéndose frente a la puerta de Carol.

—Lo hablamos y lo solucionamos.

Siempre quedaba la alternativa de que todo hubieran sido ideas suyas.

Ese pensamiento hizo que detuviera la mano en el manillar de la puerta, impactado.

No quería que sólo fueran ideas suyas.

—Estupendo.

Abrió la puerta de golpe y se quedó helado, mirando de frente a Carol y la mitad de su cuerpo desnudo.

Por unos segundos los dos se miraron sorprendidos y Deen hizo un gran esfuerzo por apartar los ojos de sus firmes y redondos pechos al descubierto.

—¿Qué estás haciendo?

Carol ni siquiera gritó, al igual que tampoco se dio prisa por ponerse la camiseta que tenía en las manos.

—Tan sólo...

Deen carraspeó y Carol siguió mirándolo fijamente.

—¿Qué?

—Perdón —musitó y se dio la vuelta, sin salir de la habitación.

—¿Te acabas de dar cuenta que esta es una situación que podía ocurrir cada vez que abrías esa puerta sin llamar?

El tono de voz de Carol era neutral, pero Deen creyó leer algo más en él.

—No, ni siquiera lo he pensado.

Y no mentía. No había pensado en la posibilidad de encontrarse a Carol desnuda.

—Ya, ni siquiera has pensado en mí como una mujer.

Eso sí era reproche.

Deen giró un poco el cuello para ver como Carol se pasaba la camiseta por la cabeza.

—¿Querías que te viera como una mujer?

Carol dejó de moverse y levantó la cabeza.

—¿Te importa lo que yo quiera?

—Realmente sí.

Deen se giró completamente y se acercó a ella.

—¿En serio?

Carol hizo una mueca escéptica.

—Dime una cosa, ¿te gusto?

Carol pareció sorprendida por un momento.

—¿Eso te importa?

—Ya te he dicho que sí.

Deen dio un paso al frente, y luego otro más hasta detenerse frente a ella.

—¿Te gusto? —insistió.

Realmente quería oírlo. En ese momento la piel de Carol, la manera que las últimas gotas de agua de su cabello caían dentro de su camiseta y la empapaban, le excitaba.

Carol levantó la barbilla.

—¿Y si digo que sí?

Deen observó el recorrido de una nueva gota por su cuello y la apretó con el dedo, haciendo que Carol se estremeciera.

—¿Puedo besarte?

Carol respiró con fuerza.

—Sí.

Deen sólo tardó unos segundos en agarrarla por la cintura y estrecharla contra su cuerpo, besándola apasionadamente mientras su mano libre se introducía dentro de la camiseta que acababa de ponerse.

—Te deseo —dijo con voz ronca, en su oído.

—Yo también —murmuró ella, ayudándole a quitarse la camiseta y volviendo a mostrarle los pechos.

—Ciertamente has crecido muy bien.

—¿No te has fijado hasta ahora?

—Bueno... he debido estar muy ciego.

—Mucho.

Carol sonrió ampliamente y lo besó mientras enredaba con las manos en su pantalón y lo desabrochaba.

Deen también la besó, acariciando sus pechos, su espalda y su vientre y deslizó la mano dentro del pantalón del pijama, alcanzando su sexo.

—Vamos a la cama.

Carol asintió y lo agarró de la majo, empujándolo con ella mientras se tumbaba y Deen lo hacía sobre ella, acariciándole las piernas y se desprendía de sus braguitas.

—Quiero que sepas que entre Karmela y yo nunca ha habido nada y nunca...

Los dedos de Carol se detuvieron entre sus labios, callándolo.

—No me importa. Además, no es el momento.

Deen le besó los dedos y la penetró, haciendo que Carol gimiera de placer y se ajustara al ritmo de sus embestidas mientras alcanzaban el clímax y Deen tardaba un poco más en apartarse y dejarla descansar, haciendo que apoyara su cabeza sobre su pecho.

—Puede que tampoco sea el momento —comenzó Deen despacio, haciendo que Carol se moviera un poco, indicándole que estaba despierta.

—¿Qué pasa?

—Doy por hecho que hemos comenzado una relación, ¿no?

Tampoco podía darlo todo por hecho sin contar con el otro. No quería que luego ella se riera de él y quedar como un tonto que se había enamorado erróneamente.

—¿Quieres salir conmigo?

A Deen le molestó que Carol pareciera sorprendida.

—Ya he dicho que me gustas.

—No —le corrigió ella muy seria—, dijiste que me deseabas.

—Es lo mismo.

Deen puso los ojos en blanco.

—No, no lo es —insistió ella—, pero pensé que era un comienzo..

—Un comienzo —Deen acarició su brazo—. Te quiero —soltó bruscamente.

Carol sonrió.

—Ahora sí podemos iniciar una relación —aceptó ella.

—Tramposa.

Carol se puso a reír.

—¿Tú crees?

—Por cierto —Deen dejó de sonreír y Carol lo miró preocupada—, habrá que decírselo a Hellen, ¿no? ¿Quién lo hace?

Carol parpadeó.

—No pretenderás que lo haga yo, ¿no?

—Eres su hermana.

Carol volvió a sonreír y parecía contenta.

—Y tú su amigo del alma, ¿no?

Le dio unas palmaditas en el pecho y volvió a acomodar la cabeza sobre él, satisfecha.

Deen también sonrió.

Tampoco iba a ser tan malo decírselo a Hellen si estaba en Canadá.

FIN